



**Elena Greenhill, la inglesa
"bandolera" de la Patagonia**
María E. Argeri

**Libaneses y sirios
en el espacio público
neuquino**
Orietta Favaro y Graciela Luorno

**La imagen del enemigo y sus
transformaciones en
*La Nueva República***
Daniel Lvovich

**Problemas y dilemas en la
enseñanza de la Historia
reciente**
Gonzalo de Amézola

Acha / Bontempo / Cattarulla /
Halperín Donghi / Suriano /
Touris **reseñan a** Neiburg /
Vangelista / Goldman /
Bonaudo / Scarzanella / Zanatta

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO IX - NUMERO 17 FINES DE 1999

17

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO IX - NUMERO 17 - FINES DE 1999

17



**La Construcción de
un mito patagónico**

**Economía y política
en el espacio
público neuquino**

***La Nueva República*
y la imagen del
enemigo en la
Argentina de 1930**

**La enseñanza de la
historia reciente**

Pensar en pasado en términos éticos.
Entrevista a Alessandro Portelli /
Geoff Eley y la Historia Social del fin
del milenio

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO IX - NUMERO 17 - FINES DE 1999

Consejo de Dirección

Ema Cibotti
Silvia Finocchio
Patricio Gelli
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Mabel Penette

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Suscripciones: En Argentina U\$S24 (dos números)
En el exterior, vía superficie U\$S30 (dos números); vía aérea U\$S40 (dos números).

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 4582-2925.

Foto de tapa: Vendedor ambulante, Buenos Aires, ca.1901. H. G.Olds Fotografías, Fundación Antorchas, 1998

Distribución Internacional: Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 4361-0473, Fax: 4361-0493, E-mail: cambeiro@latbook.com.ar Bs. As., Argentina.

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Moreno 1785, 5° piso, Buenos Aires.

Impresión: Lorenprint, Mitre 1835, Villa Maipú, San Martín, Pcia. de Bs. As.

Indice

Artículos

La construcción de un mito: Elena Greenhill,
la inglesa "bandolera" de la Patagonia 7
por *María E. ARGERI*

Libaneses y sirios. Actividad comercial y
participación 27
en el espacio público neuquino
por *Orietta FAVARO* y *Graciela IUORNO*

La imagen del enemigo y sus
transformaciones en
La Nueva República (1928-1931) 49
por *Daniel LVOVICH*

Galería de Textos

¿El mundo es un texto? De la Historia Social
a la Historia de la sociedad
dos décadas después 75
por *Geoff ELEY*

Entrevista

El pasado debe pensarse en términos éticos.
Una conversación con Alessandro Portelli 127
por *Mirta Zaida LOBATO* y *Dora SCHWARZSTEIN*

Historia y Educación

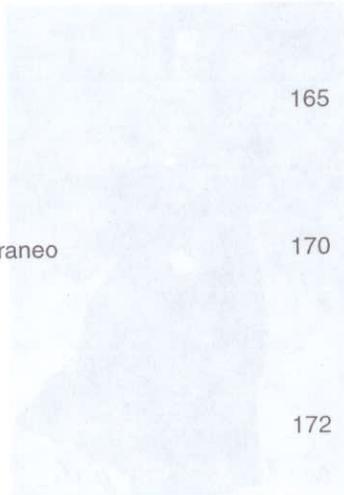
Problemas y dilemas en la enseñanza
de la Historia reciente 137
por *Gonzalo DE AMÉZOLA*



Este número está ilustrado
con afiches referidos al
fascismo en Italia y extraídos
de *Manifesti italiani nella
Seconda Guerra Mondiale*
de Roberto Guerri

Reseñas

Federico Neiburg Los intelectuales y la invención del peronismo <i>Reseñas de Jorge Omar ACHA y María Paula BONTEMPO</i>	165
Chiara Vangelista Terra, etnie, migrazioni. Tre donne del Brasile contemporaneo <i>Reseña de Camila CATTARULLA</i>	170
Noemí Goldman (dirección) Revolución, República, Confederación (1806-1852) Marta Bonaudo (directora) Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880) <i>Reseña de Tulio HALPERIN DONGHI</i>	172
Eugenio Scarzanella Italiani Malagente. Immigrazione, criminalità, razzismo in Argentina, 1890-1940 <i>Reseña de Juan SURIANO</i>	175
Loris Zanatta Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946) <i>Reseña de Claudia TOURIS</i>	179



Artículos

La construcción de un mito:
Flora Casavola, la inglesa "bandolera"
de la Patagonia

En algunas cosas a ser descubiertas co-
mo una posible realidad social. Una
realidad que puede ser tanto una
realidad social y política de la época.
Algunas de las cosas que los autores
que en su momento han sido los máxi-
mos de la historia argentina en ello
construyeron que precedió a la mito-
logización de la historia. Al margen
de la ley con sus límites entre la
realidad y la ley. Este último
punto es el centro de la obra en la
historia de la ley y la política
tradicional y contemporánea. Un
tradicional y contemporáneo. La ley de
los más fuertes. Un mito y una ley.



non tradite mio figlio

Reseñas

Federico García Lorca

Los cuervos

Reseñas

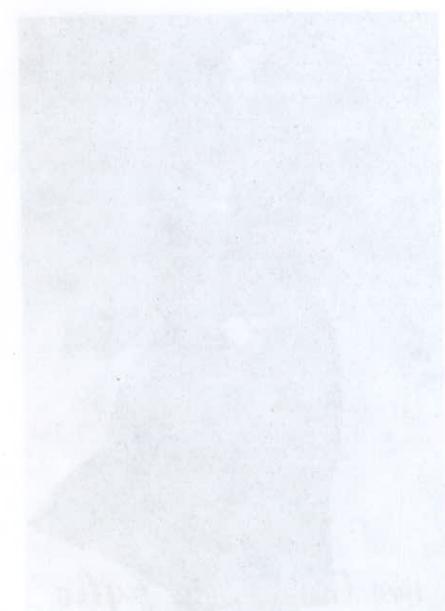
Reseñas

Chora

Tema

Artículos

Reseñas



La construcción de un mito: Elena Greenhill, la inglesa "bandolera" de la Patagonia

María E. Argeri*

"Y el agua errante se pondrá amarilla,
mientras corre mi sangre en la maleza
mojada y olorosa de la orilla".

Canciones, Federico García Lorca.

Hace cien años una mujer de nacionalidad inglesa llamada Elena Greenhill vivió en la región norpatagónica. Es un personaje real y de leyenda. Es la protagonista de varios relatos policiales y fantásticos que circularon en la narrativa local y la tradición oral. Ellos constituyen una sedimentación aleatoria producto de la circularidad y la repetición. También una simbiosis premeditada entre imágenes de pasión y heroísmo.

Las primeras narraciones que contribuyeron a estructurar el mito de Elena en un hilo conductor hasta el presente datan de la década de 1920. En ellos se la denominaba la *matrera*. Mientras que en los últimos relatos elaborados con posterioridad a los años sesenta o setenta se la definió más enfáticamente como *bandolera*, llegando

en algunos casos a ser sospechada como una posible rebelde social. Una coincidencia que no parece fortuita en relación con el clima intelectual y la realidad social y política de la época. Ahora bien, sin desmerecer los matices que existen entre las diferentes narraciones es posible encontrar un hilo conductor que presenta a la protagonista como un ser siempre al margen de la ley con límites difusos entre la criminalidad y la rebeldía. Este último rasgo es mucho más acentuado en la tradición oral, en la que se la presenta luchando siempre contra un orden injusto donde parecía imperar la ley de los más fuertes. Criminal para unos y rebelde para otros, lo cierto es que las historias sobre Elena muestran la configuración de códigos valorativos, la elaboración de un mito social, y fundamentalmente, los aspectos más relevantes de la invención de una cosmovisión de la historia regional.

Procederemos en primer lugar a presentar el relato fracturado entre la ficción y la realidad, posteriormente mostraremos la excepcionalidad de dicho relato en relación con los discursos que para la época definían el género, finalmente se hará referencia a las significaciones que el concepto *bandolerismo* asumió en las subjetividades de la Patagonia a principios del siglo XX¹, las cuales se expresan muy nítidamente en la historia de Elena.

* Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Instituto de Estudios Histórico Sociales "Profesor Juan Carlos Grosso". Una primera versión fue presentada en la V Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género, Santa Rosa, UNLP, 1998. Quiero agradecer los comentarios de Mirta Lobato y Silvia Mallo, así como la colaboración de Sandra Chía en la recolección documental.

La ficción, la realidad, la sedimentación de un mito social

1. En el mes de abril de 1915 unas escasas noticias en la prensa local y nacional –muy ocupadas en la guerra que asolaba Europa– comunicaban la muerte de una *matrera*, más conocida por *La Inglesa*. Fue asesinada a las tres de la tarde del 31 de marzo, mediante dos descargas certeras. Una impactó en un pulmón y otra en la nuca. Una partida policial la habría tomado por sorpresa en un paraje denominado Laguna Fría cerca de la Angostura del Chacay, en las inmediaciones de Gan-Gan, territorio nacional del Chubut, en la lejana y mítica Patagonia. A partir de entonces un cerro próximo al lugar de su muerte será conocido por *Cerro de La Inglesa*, ante cuya vista los arrieros y caminantes, desde hace más de ochenta años, descubren su cabeza en señal de respeto. Son homenajes anónimos para una mujer que, a pesar de haber tenido una vida similar a la de otras congéneres de su origen nacional y de su condición social, es recordada por un topónimo que contribuye al sostenimiento material de las leyendas que sus admiradores y detractores posteriores supieron construir, hilvanando la propia fantasía con fragmentarios datos de la realidad.

En marzo de 1915, Elena se dirigía hacia el Chubut, por una ruta que le era conocida, perseguida por las policías de dos territorios nacionales. Un pedido de captura para saldar algunos ajustes de cuenta posibilitó el destino final de quien en vida fuese *La inglesa*, y luego de muerta *La bandolera inglesa de la Patagonia*. Imagen fabulada que excedía los marcos criminológicos que la época y las ideologías dominantes adscribían para las mujeres.

Elena era una empresaria: arriera-comerciante y criadora de ganados. Solía atravesar con vaquía las antiguas

rutas de comercialización que unían la Patagonia y el sur de la pampa húmeda con Chile. De la misma manera conocía los atajos y los desfiladeros más arriesgados. En aquellos años de principios del siglo, no había arriero, peón, comerciante o estanciero que no la conociese en persona o de mentas. Admirada y odiada al mismo tiempo, con su muerte la leyenda y la realidad se conjugaron para construir uno de los relatos épicos más cristalizados en la Patagonia.

Desprovista de su condición femenina, Elena muerta se tornó referente de unos valores contrapuestos. Para algunos fue una bandida y *matrera*; para otros, casi una santa. Los primeros se repartieron algunos de sus bienes antes que interviniese la justicia, mientras un silencio parecido al miedo y a la complacencia cubría las actuaciones de algunos familiares y amigos. Los segundos, colocarán flores de papel en la cruz del túmulo que guardaba su cuerpo en el cementerio de Gan-Gan. A partir de 1949 las devociones de la incipiente religiosidad popular continuarán manifestándose sobre la tumba vacía. En ese año el cadáver fue trasladado al cementerio británico de la ciudad de Buenos Aires.

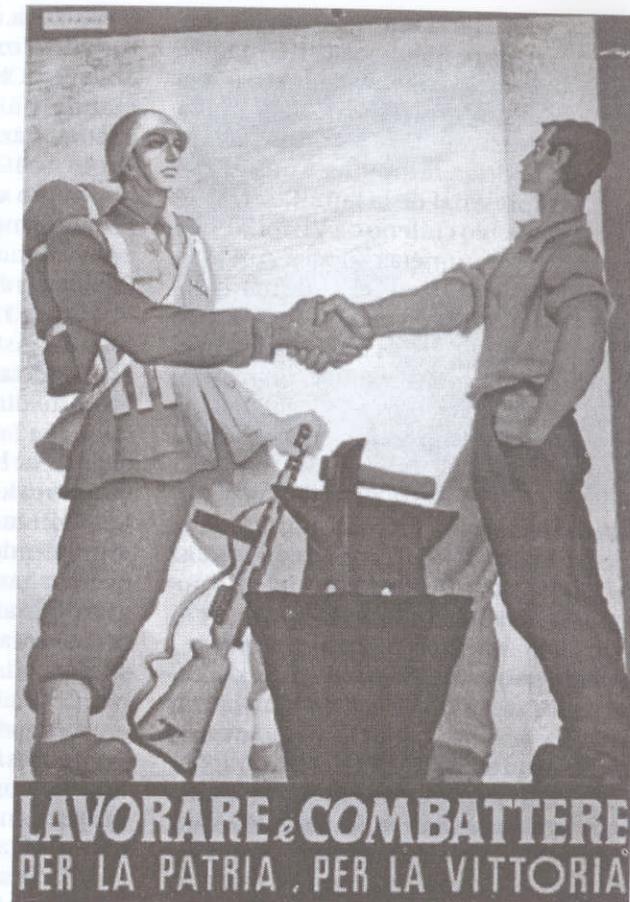
Realidad y ficción nos presentan a una Elena que marchaba a galope tendido por los llanos y quebradas desiertos y helados del sur, acompañada de sus peones, arriando tropas, tropillas y majadas con destino seguro. Su cuerpo delgado, de estatura pequeña, tenía un andar ágil y elegante. Vestía con *breches* y chaqueta de cuero, pañuelo al cuello y chambergo negros. Calzaba botas de caña alta con espuelas chilenas. Un poncho azul *castilla* de arriero cubría su figura y ocultaba los revólveres adosados a la cintura. Montaba con estilo masculino caballos briosos en silla norteamericana, en cuyas cinchas acomodaba más de un Winchester.

Con halo distinguido se apeaba frente a los boliches, mientras que con un gesto gracioso y decidido acostumbraba a elevar el ala de su chambergo.

Las descripciones de las proezas que realizaba *La Inglesa* con el revólver y el Winchester constituyen un nudo argumental que la muestra en sus aptitudes físicas y psicológicas. Firme, decidida y certera parece que era su prodigiosa puntería, capaz de quitar de la mano y de un solo tiro el arma del adversario. Un pulso seguro conectaba el revólver con la fuerza de sus pequeños e inquisidores ojos azules.

Todos los que dijeron conocerla coincidieron en que paseaba una fina estampa de estanciero, cuya femineidad se adivinaba por un largo mechón rubio claro que asomaba bajo el chambergo y caía descuidado sobre el fondo azul del poncho *castilla*. Detalle, al parecer, más que suficiente para encender las fantasías eróticas de aquellos varones que dijeron haber sido sus amantes, sus amigos o sus peones. Detalle que se reitera en los relatos masculinos posteriores. Para aquellos y para éstos, *La Inglesa* era y no era una mujer. Tanto por su clase social y origen nacional, como por su indumentaria, valor y osadía fue respetada, admirada y temida. Pero su condición de mujer la hizo al mismo tiempo odiada, deseada y negada.

2. Por la documentación judicial y los relatos posteriores de historiadores y periodistas locales se pueden recons-



truir algunos momentos de su vida. *La Inglesa* habría nacido en Yorkshire, alrededor del año 1875². Fueron sus padres Francis Emma Becker y John Alfred Greenhill, quienes emigraron al sur de Chile en torno a los años noventa, donde la familia se dedicó al comercio. El matrimonio Greenhill-Becker tuvo varios hijos. Pero, sólo Elena y Heriberto se radicaron en el territorio nacional del Río Negro. Sobre los otros hermanos existen unos pocos indicios, que muestran que el núcleo central de la familia permaneció en Chile, mientras otra de las hermanas se radicó en Buenos Aires siendo, al parecer, empleada de la embajada británica en esa ciudad. Sobre la vincula-

ción fraternal y la asiduidad de los encuentros entre Elena y sus hermanos no ha quedado constancia, pero es de sospechar que los negocios de compra y venta de hacienda con destino a Chile, bien podrían responder a una estrategia empresarial de la familia.

En el pueblo chileno de Victoria, Elena se caso en primeras nupcias con Manuel de la Cruz Astete, el 31 de mayo de 1894. Ella tenía diecinueve años y él treinta y ocho³. En los relatos locales se ha levantado con frecuencia un manto de sospecha respecto de la legalidad de las actividades económicas del marido, lo que sería corroborado por algunos entredichos que éste tuvo con la justicia del Río Negro. En una oportunidad, por sí o por inducción de sus abogados asesores y defensores Manuel afirmó que su vida había estado *llena de borascas*, a pesar de lo cual, había *querido rehabilitarse por medio del trabajo* y de los muchos *sacrificios y bajezas* que había pasado junto a su esposa para hacerse de un capital. Mas allá de los posibles arrepentimientos, Astete era productor rural y comerciante de ganado –que arriaba propio y ajeno; con pago de sisa o sin él–⁴, que operaba entre Chile y el norte de la Patagonia. En Choele Choel vivía su hermano Napoleón Astete⁵, miembro de unas de las redes más importantes de la zona, quien con frecuencia se abastecía ilegalmente del ganado de la estancia del entonces coronel de la nación don Pablo Belisle⁶. Hacienda que el coronel también había obtenido mediante mecanismos poco transparentes⁷, apropiándose de las raciones de ganado pertenecientes al ejército y extendiendo por *motu proprio* el perímetro de la superficie de tierras fiscales que le había concedido en usufructo el superior gobierno.

La actividad mercantil llevó a que el matrimonio Greenhill-Astete cambiase residencia frecuentemente, instalándose en Neuquén, Chelforó y Ge-

neral Roca. En estos recorridos nacieron sus dos hijos. El 12 de mayo de 1898, en Chelforó nació el mayor, Armando, quien fue registrado en el Juzgado de Paz de Chole Choel. Y el 21 de enero de 1900 nació Cesar Eulogio en el pueblo de Fuerte General Roca⁸. Posteriormente la familia se instaló en una vivienda rural del paraje Corral de Piedra, en el territorio del Neuquén.

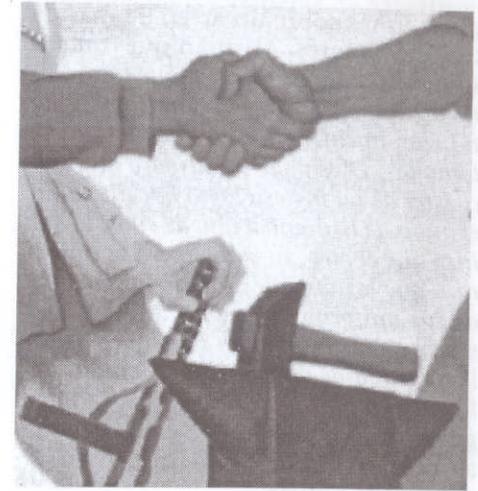
El 8 de noviembre de 1904 murió Manuel Astete. Según el sumario fue asesinado a golpes de piedra o palo en las inmediaciones de la vivienda que habitaba la familia en el territorio del Neuquén. La constatación de su muerte fue realizada por el juez de paz de Las Coloradas, actuando como testigos Belindo López y Bernardo Arias, quienes también serán testigos del segundo matrimonio de Elena Greenhill. Por la muerte de su marido fue sospechada de asesinato y procesada, permaneciendo detenida ocho meses en la cárcel de Choele Choel.

En ocasión de la defensa conoció a Martín Coria, quien decía ser sobrino del gobernador bonaerense don Marcelino Ugarte. Existen varias denuncias y causas, que desde la mayoría de edad lo muestran enfrentándose con la policía y los jueces de paz de todo el territorio, a quienes acusaba de corrupción y desidia en las funciones públicas⁹. En todos los casos de conflicto, su estrategia parece haber sido siempre denunciar, antes que lo hicieran sus enemigos. Para algunos de sus contemporáneos será el modelo de varón ilustrado y progresista que *despertará la desconfianza y la envidia que siempre despierta el hombre culto de espíritu refinado... en las personas ignorantes e incultas, que ven en aquel competidor que les sale a la palestra, con un empuje irresistible, su futuro amenazado en la lucha por la vida*¹⁰. En cambio para sus detractores fue *un tipo de mucha pluma... un leguleyo*¹¹, cuyo matrimonio

con Elena significó *la suma del coraje y la influencia... del revólver por un lado y las relaciones gravitantes por el otro*. El casamiento tuvo lugar en Catán Lil, cabecera del departamento del Limay, el 31 de agosto de 1905. Elena tenía treinta años y Coria tenía treinta y cuatro. Su padre, don Ángel, era un importante hacendado de Carmen de Patagones¹². Su madre había fallecido, años antes, en la ciudad bonaerense de Dolores.

El matrimonio con Coria implicó para *La Inglesa* el inicio de nuevos conflictos. A sus tradicionales enemigos se agregarán los enemigos de su nuevo marido y el hostigamiento constante de la red de intereses de su anterior cuñado Napoleón Astete, con epicentro en Choele Choel y radiaciones por todo el territorio. Así, una serie de denuncias, imputaciones y juicios teñirá la vida de Elena y Martín en los diez años que duró la convivencia. La fama de *delincuentes acomodados* se iniciará por esta época y contribuirá a la construcción de unos relatos que resignificados y reelaborados perduran hasta el presente.

El matrimonio abandona el Limay y se instala en Montón-Niló –donde abren un *boliche*– un paraje árido y desolado de la meseta del territorio del Río Negro. Allí la fuerza de los vientos desafiaba cualquier intento de forestación y permitía la pervivencia del bosque seco, ralo y achaparrado natural de la región. En la meseta, la erosión de los suelos dificultaba las tareas agrícolas, salvo en las proximidades de los ríos y arroyos. Lejos de las riberas fértiles del Negro, la actividad principal era la ganadería. Montón-Niló era un lugar estratégico en las rutas que conectaban el sur de la meseta con el alto valle del río. También se encontraba a una distancia equivalente de los dos ramales de ferrocarril que se extendían tanto al norte como al sur de



aquel sitio. En el sur la punta de rieles, se encontraba hacia 1910, en Maquinchao, en las afueras del pueblo y próxima a una de las más importantes estancias inglesas del territorio, con cuyos administradores *La Inglesa* tenía fluidas vinculaciones comerciales y amistosas.

En esos años que eran de auge para el desarrollo del lanar¹³, bien económico cuya posesión constituirá uno de los ejes de las disputas más encarnizadas, el matrimonio Greenhill-Coria se dedicará a la producción de ovejas cruzadas con *rambouillet*¹⁴ y a la compra-venta de hacienda en un radio comprendido entre Bahía Blanca, el Chubut y Chile. Y hubo quien afirmara que para hacerse del ganado *tenían boletos de señales de toda clase, seguramente por la influencia y vinculación que tenían con mucha gente importante*¹⁵. Asimismo, junto a la fama de mataderos que se iba acrecentando día a día eran famosos por sus enfrentamientos con la policía.

La anécdota más relevante que circula en los medios locales cuenta que, en ausencia de su marido, *La Inglesa* enfrentó junto a unos pocos peones una partida policial que llegó hasta su casa en Montón-Niló, para pedirle ex-

plicaciones sobre un arreo de más de tres mil lanares. Afirman que "ante el sorpresivo e inesperado ataque los agentes lograron huir sin verse nunca más por el lugar, mientras que los oficiales fueron tomados. Dicen que un disparo de Winchester de La Inglesa logró hacerle saltar el arma de la mano a uno de ellos, lo que hizo que el otro, su compañero se rindiera... que los oficiales fueron despojados de sus uniformes y que durante una semana o más estuvieron sometidos a realizar trabajos domésticos, cocinando y lavando platos..."¹⁶. Sin duda, la imaginación popular nutrió estos hechos agregando matices que ponían en ridículo a la policía.

Sin embargo, sobre este episodio particular, las causas judiciales y los sumarios dan otra versión de los hechos menos espectacular. En ellas se observa que el protagonista central del suceso fue Martín Coria. Esta causa permite mostrar de manera explícita el grado de conflictividad que existía en la Norpatagonia al finalizar la primera década del siglo. En efecto, contrariamente a la versión más difundida, la causa fue iniciada con una denuncia del propio Coria, reclamando protección a la justicia por el delito de *abuso de autoridad* cometido por las policías de Río Negro y Chubut, quienes habían baleado su domicilio. En su versión afirma que una partida policial de diecisiete personas habría hecho fuego bajo la excusa de examinar las guías de la última comercialización de animales lanares que había realizado *La Inglesa*, las cuales –siempre según Coria– estaban en regla y fueron adjuntadas al expediente¹⁷. Sin embargo, por el mismo hecho éste es imputado en otro expediente adjunto por *robo, hurto, extorsión y atentado a la autoridad*. La policía le acusa haber sido el primero que abrió fuego, desacatando la orden de allanamiento domiciliario, debido al presunto robo de mil

*trescientos cinco animales lanares, sustraídos por la fuerza, de una propiedad del Chubut*¹⁸. El arreo habría sido realizado, a punta de winchester, por Elena y los peones Modesto Rodríguez, Jacinto Rodríguez y Timoteo Medina. Mientras se estaba llevando a cabo la actuación sumarial, el matrimonio Greenhill-Coria se alejó hacia la Capital Federal. El expediente con la denuncia de Martín fue "traspapelado"¹⁹, al mismo tiempo que se daba curso al que había iniciado la policía de Quetrequile imputándole robo y desacato. Ambas causas son importantes en la medida que muestran las dos redes de poder enfrentadas. Por un lado, los amigos de Napoleón Astete, comerciantes y estancieros radicados en las intermediaciones de Choele Choele; la policía de Telsen (Chubut); la policía de Quetrequile (Río Negro); los comerciantes y los indios que vivían en la meseta. Por otro, los amigos de Martín Coria; el comisario de El Cuy (Río Negro), José María Torino; mercachifles sirio-libaneses vinculados a la colectividad de la localidad General Roca, y los encargados de la estancia inglesa Maquinchao.

Además del caso anterior, en 1910 la subcomisaría de Quetrequile abrió más de seis sumarios contra Coria²⁰. Cuando los primeros, en una sola cuerda, son remitidos al jefe de policía para que los eleve al juez letrado, el comisario sumariante redacta el siguiente informe: *Martín Coria tiene actualmente tres sumarios por estos mismos delitos, cuyos sumarios estoy aún ventilando y ya obran en esta subcomisaría dos denuncias más por hurto de animales yeguarizos con extorsión... es un sujeto de pésimos antecedentes, los dejó en Patagones, dejó hechos comprobados en Catanilil Territorio del Neuquén donde fue Juez de Paz suplente y donde se quemaron todos los libros a raíz de la huida del mismo, y donde se casó con Elena Greenhill, acusa-*

*da de uxoricidio y donde estuvo esta detenida dieciocho meses! es el mismo Martín Coria, señor Jefe que fue al Chubut en el departamento de Telsen y después de apropiarse indebidamente de tres mil quinientas ovejas de la viuda Mercedes Cifuentes de Jara huyó del territorio hasta el paraje denominado Montón-Niló, en este distrito, donde actualmente vive y donde junto con su mujer desacató la policía, a mano armada, hecho que levantó protestas en la prensa nacional, y es el mismo y único sujeto que levanta protestas y tiene un sinnúmero de denuncias sobre sus proceres delictuosos*²¹.

Esos primeros sumarios a los que se hace referencia en el informe de la subcomisaría de Quetrequile se habían elaborado a partir de tres denuncias: una por hurto, otra por atentado a la autoridad y la última –en la que se implicaba también a Gabino Bazán, Roque Harris y Alcides Duré– por *usurpación y abuso de autoridad, extorsión y hurto*. El denominador común de las acusaciones contra Martín Coria era su fama de habilidoso para contraseñalar animales, los que habría obtenido de otros pobladores, en su mayoría indígena, mediante diferentes mecanismos de engaño: pago en especie por recompensas o por actuación a favor de la defensa de alguna causa judicial; otorgamiento de poderes amplios por parte de indios incautos y simulación de compra-venta. En síntesis, prácticas que no eran privativas del imputado, sino la regla corriente en esa sociedad. En esta última causa se presentaron varios indígenas testificando como dam-

nificados de las astucias de Martín y sus amigos. Todos ellos viven en el paraje Lagunitas, situado en la meseta rionegrina y afirmaban que cada uno de ellos entregó un lote de ovejas, ante las amenazas recibidas. Los valedores de la acusación son comerciantes de la región que en ese año de 1910 se encontraban comprometidos en un escándalo de connivencia con los indígenas, los que estaban acusados de haber asesinado a varios mercachifles sirio-libaneses. Este sumario estaba radicado en la jurisdicción del comisario José María Torino, miembro de la red de poder en la que participaba Elena y su marido²².

Por estas causas Martín Coria fue sobreseído. Lo mismo sucedió con todas las anteriormente mencionadas. A pesar de su mala fama los fiscales solicitaron siempre el sobreseimiento definitivo, o provisional en todas aquellas causas que existían defectos en el procedimiento policial y era imposible establecer la existencia de los delitos. Del análisis de los expedientes se observa que existieron tres tipos de demandantes y querellantes contra el matrimonio: *pobladores indígenas* que decían no hablar castellano y que iban a declarar acompañados de sus respectivos lenguaraces; *individuos poderosos* que disputaban espacios de poder local y que se dedicaban a las mismas actividades económicas que Coria y *La Inglesa*; y *comisarios y agentes de policía*, de Río Negro y Chubut. En efecto, las policías que controlaban las vías de comercialización entre am-





bos territorios y que atravesaban la meseta patagónica fueron sus más acérrimos perseguidores. En 1910, por las causas que hemos relatado, Martín Coria fue llevado detenido hasta esperar la sanción del juez letrado, por el oficial Britos de la subcomisaría de Quetrequile hasta la cárcel de Viedma. Este, personaje jugará, luego, un rol central en la muerte de *La Inglesa* y en la consecuente defensa de sus compañeros de armas cuando sean procesados por homicidio.

En noviembre de 1914, Martín Coria murió en la ciudad de Buenos Aires a raíz de una cruenta enfermedad. Muchos afirmaron posteriormente que *La Inglesa pierde de su lado al hombre que pocas autoridades se animaban a iniciar acciones contra él, porque era leguleyo y contaba en su haber con muchas influencias importantes... quedaba desprotegida y confiada solamente a su extraordinaria puntería y a la lealtad de los hombres que la acompañaban desde un tiempo atrás...*²³. Entre esas lealtades del último año estaba Martín Taborda, un entrerriano que había llegado a la Patagonia huyendo de la justicia de su provincia. Los que reconstruyeron la vida de Elena, afirmaron que éste fue su último marido. Pero, lo único cierto

en esta invención romántica es que Taborda la acompañaba en el viaje al Chubut y sobrevivió a la ejecución de *La Inglesa*, a pesar de haber sido herido por la policía, pudiendo atestiguar en la causa que la justicia letrada le siguió por homicidio al comisario Félix Valenciano y a su oficial ayudante. Posteriormente fue deportado del territorio del Río Negro para que terminara de cumplir la condena que adeudaba en Entre Ríos.

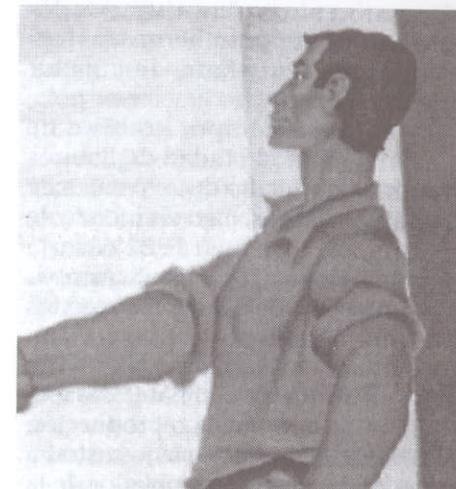
El viaje final hacia el sur duró veinte días, desde el 11 al 31 de marzo. Las policías de Quetrequile y del Chubut, dispuestas a vengar todas las situaciones ridículas por las que habían pasado iniciaron la persecución. Elena, ya viuda de Coria, no pudo resistir el cerco que le tendieron sus enemigos. Al finalizar el verano y ante el inminente peligro envió nuevamente sus hijos, Armando y Cesar Eulogio, a la ciudad de Buenos Aires. A principios de marzo abandonó Montón Niló y se dirigió hacia Bahía Blanca conduciendo un arreo. Posteriormente, sabiendo que los perseguidores merodeaban por su domicilio llegó a la estancia inglesa Maquinchao. Una vez allí entregó a su amigo Donald Mc. Lennan un poder para que en su nombre pudiese cobrar cuatrocientos cincuenta pesos que la firma Frasse y Cia. de San Antonio Oeste le adeudaba por la venta de treinta y seis fardos de lana²⁴.

Al finalizar el mes de marzo, huyó de la estancia de los ingleses con destino al sur. La acompañaba Martín Taborda. *La Inglesa* llevaba en su billetera un monto de once mil pesos. A primeras horas de la tarde del día 31 fue ejecutada a orillas de la Laguna Fría por el comisario Félix Valenciano y el agente Norberto Ruiz. La noticia de su muerte se difundió rápidamente por todo el territorio. El informe telegráfico era acompañado por los rumores que ciculaban de boca en boca. Sus enemigos

de la subcomisaría de Quetrequile inventaron rápidamente un expediente para justificar el asesinato. Dicha causa, encabezada con una fecha anterior al hecho, se basaba en una denuncia del oficial Britos —enemigo acérrimo de Martín Coria—, quien atestiguó que *La Inglesa* lo había extorsionado y le había quitado una fuerte suma. Este expediente tuvo una doble intencionalidad: por una parte insertar en el sumario el pedido de captura y de esta manera dar visos de legalidad al asesinato; y en segundo lugar apoderarse de la suma que *La Inglesa* llevaba consigo en el momento de la muerte²⁵.

En efecto, el último expediente contra Elena y Martín Taborda fue caratulado *asalto y robo*, el cual habría sido cometido contra el oficial Britos, a punta de pistola en la cocina de la casa de Montón Niló. El denunciante dijo que en esa ocasión le sustrajeron tres mil quinientos sesenta pesos. Y para favorecerse ante el juez tiñó los hechos con una historia romántica. Se presentó en la causa, en calidad de ex-amante de la imputada, durante los años en que ésta vivía con su segundo marido. Como marco de los hechos que denuncia, Britos afirmó que fue a visitarla con el fin de devolverle un anillo y una pistola que, hacía algunos meses, se había llevado para recomponer. En esas circunstancias, Elena le habría exigido además la entrega de una carta personal y un mechón de sus cabellos que, supuestamente le habría regalado al agente de policía, en los momentos de arrebatos pasionales.

El oficial Britos también afirmó en esa oportunidad que *Elena le sabía decir que ella estaba acostumbrada a jugar con los hombres... que una vez lo había atado al Comisario Pua del Chubut y le había hecho firmar todo lo que ella quiso, que está acostumbrada a reírse de la Policía y que la Policía a ella le tiene miedo y que sabe también que ella una vez lo pe-*



*leó al Comisario Caminara porque ella traía robadas una cinco mil ovejas de la viuda de Jara... que también le confesó que hizo matar al primer marido*²⁶. Para demostrar el robo mencionado, Britos y sus compañeros de armas buscaron testigos que afirmaran haberle provisto de una alta suma de dinero, con anterioridad al hecho. Pero, la justicia letrada y la cámara de apelaciones de la ciudad de La Plata dictaron el sobreseimiento definitivo de Martín Taborda, el único sobreviviente de esta historia.

Una vez muerta *La Inglesa*, muchos intentaron repartirse los bienes. En el imaginario popular quedaba una gran herencia. Sin embargo, en el inventario que realizó la policía para abrir el expediente sucesorio, sus inmuebles y semovientes representaban una suma casi insignificante: cuatrocientos ochenta y siete lanas mestizas *ramboulliet* que fueron declarados como pertenecientes a sus hijos; una casa de material crudo de cuatro dependencias con techo de cinc; una cocina económica; una máquina de cocer; un coche de cuatro ruedas con toldo y arneses y un escaso mobiliario. Salvo la suma de doce mil pesos que fue depositada por la justicia en el Banco de la Nación Argentina, el resto de los bie-

nes pasaron a ser administrados durante siete años por su hermano Heriberto, quien tenía fama de jugador empedernido.

Durante ese tiempo, los hijos de Elena vivían en la ciudad de Buenos Aires en un domicilio de la Avenida de Mayo al seiscientos, bajo el cuidado de un tutor. Fue recién en 1922 cuando César Eulogio, en ausencia de Armando —ya mayores de edad—, reclamó los bienes que legalmente les pertenecían. Para entonces sólo quedaba la suma de dinero, el inmueble casi había desaparecido, lo mismo que la reproducción de las ovejas que estaban bajo custodia del tío, otorgadas a un poblador de la zona en aparecería de los beneficios.

3. La historia de Elena Greenhill no concluyó con la muerte, sino que dio paso a la construcción del mito. Diferentes anécdotas se fueron superponiendo de manera fragmentaria, a partir de las cuales se pueden adivinar las formas en que el odio de algunos y la conmiseración o simpatía de otros la instalarán definitivamente en las leyendas que se tejen y destejen en los espacios patagónicos. En esas construcciones imaginadas que describen el espacio del sur como una tierra inhóspita, pletórica de masculinidad y sin sitio para las mujeres, Elena es la Patagonia. Y para serlo fue despojada de su condición femenina. Despojo de atributos de identidad que se inicia en vida y cristaliza desde el momento de la muerte. Posteriormente, todos afirmarán que ella negaba su condición sexual, vistiéndose y comportándose como un varón.

La Inglesa fue ejecutada mediante un tiro de gracia. Muchas voces disimularon el detalle y prefirieron hablar de una derrota en combate decidida por la astucia de la policía, quien habría abandonado los uniformes reglamentarios para disimular su presencia

en las proximidades de la laguna. Los que lamentaron su final por estimarla un ejemplo de valentía echaron a rodar la versión de una muerte de rodillas. El expediente por homicidio seguido al comisario Valenciano atestigua que Elena tenía una descarga en la nuca. Y esa no era la manera habitual para asesinar a una mujer. El menosprecio por la condición femenina cristalizaba en unas prácticas de violencia nunca equivalentes. Las mujeres que desafiaban el poder de los agentes de policía eran vejadas, humilladas y maltratadas, más nunca ejecutadas. Y esto a pesar de que muchas supieron ser rápidas con las armas y listas en las estrategias de supervivencia.

En las imágenes pasadas y presentes de la Patagonia las mujeres han sido seres invisibles, cuya opacidad no se vincula con los índices relativos de la tasa de masculinidad, sino con unas construcciones imaginarias que se fueron superponiendo agregativamente a través del tiempo, desde el momento en que los hombres blancos descubrieron el territorio. Desde entonces, la Patagonia se convirtió en el escenario de unos dramas fabulados donde algunos personajes masculinos históricos fueron inventados e instalados como arquetipos relevantes en una amalgama discursiva que entremezcla y atraviesa varios siglos, desde el XVI al XX. Ellos son: los indios de pies enormes; los corsarios; los naturalistas; los aventureros, los militares y los caciques bravos. El cuadro se completa, luego de la guerra final contra las poblaciones indias, con otros personajes: los pioneros, los bandoleros, los policías *arriesgados* y los maestros ambulantes que supieron abrir la frontera al *progreso* de la civilización.

En esos relatos no hubo sitio simbólico para las mujeres en tanto hacedoras de la historia. La memoria sólo rescata unas pocas que se constituyeron

en las excepciones que confirman la regla. A un escaso número se le adosaron rasgos de valentía similares a los de Elena, pero de manera desdibujada por episodios de seducción y arrepentimiento. Mientras otro escaso número de mujeres sirvieron como ejemplos de abnegación y sacrificio; modelos de vidas inmoladas por el amor y de samaritanas de nuevo cuño que, desprendiéndose de sus aspiraciones personales, escoltaron a sus maridos en el combate cotidiano por dominar una tierra bravía. Todas ellas eran mujeres blancas.

Elena Greenhill también era blanca. Pertenecía a una nacionalidad prestigiosa para el imaginario argentino de aquellos tiempos. En la Patagonia, sus connacionales controlaban la mayor parte de los mejores recursos económicos de la región. En las estancias de los británicos tenía sus amigos, con quienes compartía negocios y ganancias. Sin embargo, este vínculo ha sido olvidado o disimulado por aquellos que posteriormente reconstruyeron su vida: *hay quien dice que apareció aquí viniendo de Chile contratada por los ingleses de la estancia Maquinchao como especializada para el arreo de hacienda. Los hechos desvirtúan esa hipótesis, ya que ninguno de los que la conocieron, admiten que haya tenido alguna relación de dependencia con esa importante explotación ganadera*²⁷. Una omisión en el relato que, sin lugar a dudas, muestra el status local que tenían los ingleses, como asimismo el compromiso de los escritores locales, siempre temerosos de enemistarse con los más fuertes.

También, las descripciones condensan la aversión que sus enemigos pudieron sentir frente a una mujer que, a pesar de su "mala fama", no podía no ser considerada una señora, según los usos y costumbres sociales de la época. El detalle de nacionalidad unido a la posición social no son datos menores. Los cicarios que representaban al or-

den institucional en el territorio chubutense tuvieron que responder por su muerte ante la justicia. La condición social y el origen de *La Inglesa* se impusieron sobre el status subordinado del género, otorgándole una masculinidad que sólo expresaba el miedo de sus adversarios: *desde muy pequeño oía hablar con mucha frecuencia a mi padre y a viejos pobladores de la zona, de las hazañas de "La Inglesa", de su extraordinaria puntería para el uso de las armas de fuego y de su coraje para cuatrear y enfrentar el peligro; como así también del temor que le llegaron a tener algunos hombres, considerados como de gallas*²⁸.

Sin embargo, no fue la única mujer que manipulaba las armas con destreza, ni la única que galopaba aferrándose con las piernas al lomo de las cabalgaduras. Hubo muchas indias y mestizas que la memoria no registró y que adoptaron comportamientos similares a los de Elena. Pero, todas ellas desaparecieron y aunque fueron relegadas al olvido, varios fragmentos de sus vidas quedaron registrados en diferentes causas judiciales. Estos indicios permiten detectar muy fácilmente las modalidades que, en el espacio y en la época, asumía la condición subordinada del género, la cual se vinculaba, en los discursos oficiales, con la posición social y el grupo étnico. Como denominador común las indias, mestizas y blancas pobres en su relación con el poder eran estigmatizadas como *prostitutas, libidinosas o libertinas*. En todos estos casos se trató de una confrontación desigual con el sistema de coacción que *"obligó a lo cotidiano a pasar al orden del discurso"*²⁹.

El caso de Elena fue diferente. Su confrontación con el poder territorial no era tan desigual. Ella también fue acusada de seductora. Pero, una vez más el status social que tuviera en vida, y las supuestas causas que habían conducido a su muerte se impusieron

para borrar las acusaciones por libertinaje. El hecho de haber sido ejecutada por *bandolera* y *cuatrer*a fue una imagen más poderosa para el recuerdo que las diferentes historias de seducción inventadas por los enemigos que aspiraron a compartir una intimidad que les estaba vedada. *La Inglesa* era un objeto deseado pero respetado. Para la mayoría de los varones su condición social y la habilidad con el revólver la hacían inalcanzable. Los que aspiraban a ser furtivos poseedores de su cuerpo sabían que debían pasar primero por la distancia de los disparos. Así muchos tuvieron que contentarse observando el cabello que caía en cascada sobre el poncho azul. Son los que, como el oficial Britos, uno de sus últimos chacales, soñaban con llevar un mechón de esos cabellos atesorado en un bolsillo de sus camisas.

Elena era rubia, muy rubia y con los ojos claros. Esa claridad la hacía visible, diferente: incitaba al deseo. Y el deseo es siempre selectivo. Cada vez que se apeaba en un boliche las miradas masculinas la seguían, intentando urgar en su cuerpo femenino que siempre se ofrecía recubierto por el poncho. Mas no era la única mujer que frecuentaba los almacenes y boliches. Las indias, mestizas y blancas pobres concurrían a esos ámbitos para proveerse de alimentos. También algunas mestizas y blancas eran dueñas de fondas y tabernas. Las mujeres recorrían el espacio rural interactuando cotidianamente con los varones. No obstante, la absoluta mayoría ha resultado invisible para las miradas que describieron y describen la Patagonia. Una invisibilidad de género que no tenían ni los gobernadores, ni la justicia. Para ellas se dictaban decretos y circulares cuyo sentido era moralizarlas: tornarlas disciplinadas y sumisas al orden del Estado, a la lógica del capital y al imperio moral del varón. La *civilización* y el *progreso* exigían la imposi-

ción de un nuevo universo normativo, cuya construcción de género se basará en presupuestos dicotómicos: descendes-disciplinadas e indecentes-indisciplinadas. El disciplinamiento de las mujeres traerá aparejada una nueva cosmovisión de familia, para la cual las madres debían ser el núcleo central difusor de la moral pública.

En los diferentes relatos sobre la vida de Elena Greenhill existe sólo un tema que no ha sido ni destacado positivamente, ni oscurecido o vilipendiado. Su condición de madre, simplemente ha sido mencionada al pasar como detalle menor. En una época en que, para la moral pública, la *buena* crianza de los hijos concedía a muchas mujeres el status de madre ejemplar, *La Inglesa*, de acuerdo a esos parámetros, hubiese constituido un modelo a imitar: velaba por sus hijos y les daba una educación acorde a los parámetros de su clase y de su época. Pero, la dimensión de la ternura no se adecuaba con la imagen de una mujer tenida por violenta.

Así, el universo discursivo de las posibilidades de existencia mítica la prefirió varón, la instaló en la épica. Y los aspectos soslayados de su vida tienen el sentido de justificación y de reivindicación, no por cierto de su ser femenino, sino de un mundo reputado salvaje, agreste y excluyentemente masculino. La construcción del mito la despojó de la vida y en una conversión simbólica le entregó la tierra. Elena es presentada como un ser rebelde, solitario, sin conexiones y vínculos que estuviesen por encima de la energía de los revólveres. Había nacido la leyenda.

Bandolerismo, discurso y poder

El caso de Elena es un ejemplo relevante del denominado bandolerismo de lejano sur: una de las historias más

atractivas en el conjunto de un sinnúmero de otros relatos apenas elaborados, los cuales ya constituyen un lugar común en las descripciones locales más aceptadas. Los documentos de la época –en su mayor parte crónicas, prensa local y nacional, relatos de viajeros y partes policiales– y las narraciones contemporáneas –que hacen un uso acríptico de las fuentes– tienden a confirmar estas imágenes en interpretaciones circulares del fenómeno. Así, es posible detectar una línea discursiva que reitera con énfasis *el caos y el desorden* como una peculiaridad inherente a la región. Pero, ella constituye, en verdad, una fuerte y abigarrada invención ideológica que, gracias a la complejidad de sentidos superpuestos, torna incomprensible la conflictividad social y étnica y las modalidades que asumieron las luchas por el poder, en una sociedad que al mismo tiempo que se desestructuraba social y culturalmente, comenzaba a integrarse de una manera diferente. En este sentido, para comprender la realidad social y describir a grandes rasgos la conflictividad que le fue propia y que pervive de alguna manera impresa en los discursos fue necesario desandar el camino de su sedimentación, comparando los relatos periodísticos, policiales y judiciales, los cuales a pesar de los agregados y resignificaciones muestran una sólida persistencia desde hace un siglo. En este marco ideológico, fue necesario deconstruir el concepto para analizar los diferentes niveles y expresiones de la conflictividad. En pocas palabras, desandar la complejidad discursiva, escindirla y reordenarla para comprender el conjunto del proceso histórico³⁰.

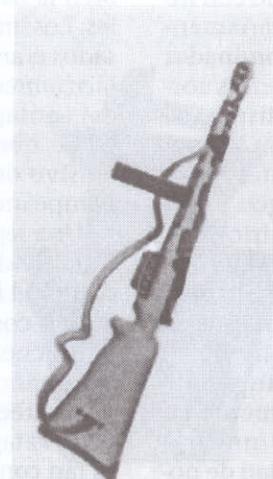
Estancieros, comerciantes, labrado-

res, hacendados, criadores; pobres y ricos podían ser imputados por *bandolerismo*. Con dicha categoría se hacía referencia fundamentalmente al delito rural. En muchos casos el concepto podía confundirse con cuatrismo o abigeato, sin que fuesen necesariamente sinónimos. Para los discursos al uso, un *bandolero* era mucho más que un ladrón de ganados; era un reflejo de inadaptación social. Era siempre "el otro", el competidor o el conflictivo. Esta laxitud denotativa llevaba a que cualquier poblador pudiese ser sindicado como bandolero.

Sin embargo, en esta construcción ideológica constituida por categorías confusas y gelatinosas pueden encontrarse perfilados dos sentidos muy claros que emergen luego de una análisis un tanto pormenorizado de las subjetividades locales, a partir del cual es posible entender la vinculación entre el discurso y la percepción de la realidad que tenían los propios sujetos históricos contemporáneos del fenómeno.

En efecto, se puede afirmar que el concepto *bandolerismo* refleja, por una parte, la instancia conflictiva en la formación de los sectores dominantes locales, y por otra, da cuenta de las contradicciones que desató el proceso de subordinación de las poblaciones indígenas remanentes de la guerra. Ambas dimensiones –confundidas, interconectadas y superpuestas– constituyen el sentimiento y la expresión discursiva de una realidad social entendida como anárquica.

Si tomamos en cuenta el primer sentido es fácil detectar la forma en que se fue sedimentando la construcción



imaginaria de un endémico desorden social en momentos de conformación de los sectores dominantes. En efecto, en la mayor parte de la documentación quedó plasmada la voz de diferentes grupos que se consideraban a sí mismos como *la parte más sana de la población; los legítimos ocupantes; o los verdaderos productores*. Estos eran los que recurrían a la prensa con el fin de justificar o bien la represión por parte de los aparatos de estado, o bien la legitimación de hacer justicia por mano propia. Pero sería erróneo suponer que estos grupos constituían algún sector social compacto y consolidado con intereses convergentes. Contrariamente, por aquella época el denominador común eran los enfrentamientos corporativos entre quienes se disputaba el poder en el plano local. Eran los embrionarios sectores dominantes regionales, en su mayoría de origen inmigrante europeo o asiático (sirio-libaneses) y sudamericanos de segunda generación. Muchos de ellos se habían desplazado de las regiones más desarrolladas de Argentina y Chile en un intento por escapar a la pauperización. Residían preferencialmente en los poblados y aldeas de un inmenso espacio rural con baja densidad de población. Sus enfrentamientos se vinculaban con la apropiación de los mejores recursos y el dominio y control de las vías de comercialización. Pero, esta disputa material no suponía la constitución y el fortalecimiento de poderes personales autónomos. Antes bien, el poder se consolidaba al compás de fuertes redes de solidaridad con agentes y funcionarios estatales. Los comisarios de policía y los jueces de paz articulaban dichas redes de poder otorgándoles por un lado fortaleza y seguridad, y por otro lado, debilidad e inestabilidad. La vinculación con el Estado posibilitaba amparo en los ilícitos, pero abría los canales para las

inspecciones de los funcionarios federales y el accionar de la justicia letrada.

En este tipo de conflictividad existe la primera pista de unos de los sentidos que asumirá la imagen de caos social que se personificaba en la figura de los *bandoleros*. Los grupos que se enfrentaban recurrían a la prensa local y nacional para llamar la atención de las autoridades federales. Así, las acusaciones de bandolerismo y cuatrерismo recogidas por diferentes corresponsales eran moneda corriente en las páginas de los periódicos. Con mucha frecuencia cada grupo adjuntaba también la lista de los supuestos criminales. Los imputados, sospechosos o acusados eran *estancieros, hacendados y comerciantes*, que disputaban el control del ventajoso comercio ganadero con Chile, que otrora fuera de dominio exclusivo de las poblaciones indígenas pampeano-patagónica³¹.

Una segunda pista para entender las subjetividades regionales a la hora de definir el *bandolerismo* hay que buscarla en la conflictividad étnica que es una consecuencia directa de la guerra de ocupación. Luego de 1880 los indios no desaparecieron; continuaron poblando la Patagonia. Más aún, su presencia es tan contundente en las primeras décadas del siglo XX que lleva a cuestionar o bien las estimaciones censales realizadas por los blancos antes de la campaña final de ocupación, o bien la magnitud de las muertes, ya sean en combate, o por efecto de las epidemias o de la represión. Según las versiones oficiales de la *Campaña del Desierto*, los enfrentamientos militares habrían terminando en 1885 con la erradicación definitiva de la *barbarie*. Esta misma versión es la que, con frecuencia, se reitera o subyace en los análisis historiográficos, en los cuales se suele asimilar exterminio con derrota. Dos errores interpretativos convergen. Por una parte, existe una transcripción crítica de los

documentos que dan cuenta de la ocupación de la Patagonia. Por otra parte, existió una real mutación denotativa que afectó a las subjetividades locales en el uso de las categorías. En efecto, se observa que hacia fines del siglo XIX con la incorporación de los territorios del sur al Estado nacional el anteriormente denominado "problema indígena" desapareció de los discursos públicos, y de las informaciones que para la prensa brindaban los organismos oficiales. A partir de los años ochenta un colectivo social denominado indifereciadamente "los pobladores" ocupaba la región. Los estudios demográficos tampoco desvelan la cuestión indígena, porque basan su análisis en la información de los censos nacionales o territoriales y en los recuentos de población realizados por los cuerpos militares. Así pareciera que existían dos nacionalidades que eran mayoritarias: la argentina y la chilena. Sin embargo, con mucha frecuencia, esta última es anexada a las columnas de población extranjera junto con los españoles e italianos, y los más escasos ingleses, franceses y sirio libaneses³².

A este marco interpretativo también se suma la presunción de una sociedad ya muy mestizada a principios de siglo y la idea de una rápida desestructuración cultural por efecto de la ocupación y el posterior blanqueamiento. En otros términos, nunca se pone en duda el éxito de la campaña militar que según muchas versiones habría rápidamente provocado la desorganización de los grupos domésticos indígenas, la desaparición de sus estructuras de poder; la desestructuración de sus bases materiales y el desu-

so de la lengua. Supuestos ideológicos que indefectiblemente conducen a errores de comprensión.

Más aún ya en el siglo XIX, les fue atribuida una nacionalidad a los pobladores nativos. *Grosso modo* se equiparó tehuelche con argentino y mapuche con chileno; o se aplicó la lógica del *ius solis* para definir la pertenencia, según se hubiese nacido de uno u otro lado de la cordillera. Y esa mutación de sentidos, esa nueva manera de denotar no fue ajena al proceso ideológico que la sustentaba. La construc-

ción del imaginario de la nación con pretensión homogénea implicó diferentes mecanismos de inclusión-exclusión. Estructurada bajo la égida *del progreso y la modernidad*, la nación argentina se sacralizó blanca, de raíz biológica y cultural europea³³. En dicho modelo no había espacio para los indios en tanto que grupos étnicos capaces de tener derechos diferen-

ciales dentro del Estado. El liberalismo que constituía la amalgama de esa invención sólo posibilitaba la integración individual en la comunidad de los ciudadanos. Ahora bien, es necesario desandar el camino de la construcción de la nación para comprender las modalidades que asumió la exclusión del indígena derrotado, el cual en pocos años dejó de ser indio para convertirse en *argentino nativo, o extranjero* que había nacido allende la cordillera³⁴.

También siguiendo la misma lógica de la *modernización y el progreso*, hacia fines del siglo XIX comenzará a imponerse un nuevo orden en los territo-



rios patagónicos. Se delimitarán las fronteras internacionales; la tierra tendrá un status fiscal; el comercio deberá ajustarse al control de los jueces de paz; las fuerza pública ira imponiendo el control estatal; y una nueva normativa intentará transformar los usos y costumbres. Moral y derecho estipularán una nueva delimitación entre lo prohibido y lo permitido. En otros términos, el poder del Estado ira construyéndose a partir del control de la violencia y la imposición de la fiscalidad, afectando, sin lugar a dudas, la vida cotidiana de las poblaciones vencidas. En este contexto de poder, la continuidad de la economía indígena y la pervivencia de sus prácticas culturales entrarán rápidamente en conflicto con la nueva normativa.

Una vez finalizada la guerra, los pobladores nativos perderán el control de los pasos neuquinos, pero desplazarán la circulación de ganado mayor hacia la zona menos controlada de la provincia del Chubut, haciendo caso omiso al pago de sisas y guías judiciales a que estaban obligados los arreos de ganado. Tampoco respetarán los deslindes necesarios de un suelo que cada vez se iba haciendo más privado. En el lapso de pocos años los que otrora habían sido los tradicionales productores y comercializadores de la región se tornaron en delincuentes –el más abigarrado grupo de *bandoleros* del que dan cuenta los documentos– porque no aceptaban las nuevas imposiciones, ni la competencia que el blanco llevaba a cabo por el control de los recursos. En efecto, los enfrentamientos con los nuevos pobladores blancos muestran diferentes mecanismos de resistencia indígena frente a la expropiación, siendo uno de los más comunes la apropiación de ganados –el abigeato simple y el cuatrismo–.

En una confrontación permanente por el uso de los recursos, su conver-

sión inmediata en delincuentes también se impregnó de una fuerte xenofobia. En los momentos más críticos y conflictivos de la disputa por los bienes materiales, al sustantivo *bandolero* se le adosará el calificativo *chileno*. Sin duda, la xenofobia también se acentuaba al compás de los entredichos con Chile por la cuestión de los límites andinos. Así entre la competencia económica y la formación de la identidad nacional, se fabulará sobre la nacionalidad de los delincuentes. Pero la imaginación no se ajustaba con exactitud a los datos policiales y judiciales, ya que muchos de los imputados decían ser argentinos nativos. La circularidad de los discursos y la personificación del peligro y del miedo llevó a que, bajo el pretexto del incremento de los *delitos en banda*, algunos solicitasen a los gobernadores el cierre de las fronteras. Con frecuencia, se hablaba del *mal elemento* que llegaba del país andino en épocas de esquila y cosecha. El *forastero* siempre era visualizado como un ser peligroso, una amenaza. Muchas veces se lo consideraba un delincuente, otras un avaro que venía a servirse de las riquezas de este suelo para llevárselas a su lugar de origen; un sujeto que no sólo atentaba contra la propiedad y los bienes, sino también un ser extraño a la comunidad local.

Consideraciones finales

En la polisemia que caracterizó el concepto *bandolerismo* se puede entrever un entrecruzamiento de conflictos de clases, étnicos y resistencias al poder estatal que caracterizarán el espacio rionegrino hasta bien entrada la década de 1940³⁵, momento en que comenzará a perfilarse el desarrollo de las agroindustrias características de la región. En este sentido, la historia de Elena muestra de manera clara la con-

flictividad que caracterizó la constitución de los sectores dominantes locales, dejando entrever al mismo tiempo una sórdida lucha étnica entre éstos y los pobladores indígenas.

Pero, debido a la gran difusión que tuvo la leyenda, Elena es hoy uno de los personajes históricos más conocidos por los habitantes de la norpatagonia rionegrina, y uno de los casos policiales más atractivos para escritores, periodistas y viajeros que visitan la región por primera vez, quienes también contribuyen a elaborar literariamente una historia regional valorativa y fantástica encarnada en hombres que parecen haber vivido al margen de cualquier proceso económico, político, social y cultural. Se trata, en otros términos, de la reproducción acrítica de los imaginarios locales y de la invención de individualidades desprovistas de historicidad, presentadas al mercado literario nacional como productos exóticos de una tierra tenida por excéntrica, y que por muchas décadas fue considerada uno de los patios traseros de un país visualizado económicamente opulento y culturalmente progresista. Una región también entendida, por los productores de discurso, como inhóspita y renuente al disciplinamiento; un lugar, como solía afirmarse en el siglo XIX, donde se atrevían sólo los aventureros o aquellos que por pertenecer a una *raza superior* podían imponerse sobre las adversidades naturales, sembrando *semillas de civilización*. Pero la cristalización de estas imágenes no ha sido sólo el producto de las invenciones literarias que se difundieron gracias a la pluma de muchos intelectuales. Ellas responden también a un fenómeno más generalizado arraigado en el sentir popular. Se trata en conjunto de una construcción ideológica que refleja la cristalización pasada y presente de diferentes luchas, la que al mismo tiem-

po posibilita desandando el camino, reencontrarse con sujetos históricos menos cinematográficos.

La biografía fabulada de Elena Greenhill, construida a partir de datos fragmentarios de la realidad, resignificados por diferentes valores y sujetos que mantienen vivo el recuerdo, no puede ser tomada como arquetipo de las diferentes historias de vida de las mujeres que vivieron en la Patagonia por la misma época. En este sentido, el caso es revelador de la opacidad que han tenido los sujetos femeninos en la construcción de los imaginarios locales, situación que ha llevado a la postulación de explicaciones erróneas por parte de muchos cronistas e historiadores locales amateurs, quienes sedimentaron la idea de una masculinidad excluyente. Más aún, en la construcción imaginaria que se ha hecho de su vida y que ha sido recogida en distintos textos, se le ha inventado una personalidad que poco o nada debió ajustarse a la realidad.

Pero, ¡cuántos secretos encierra en sí misma una muerte violenta! La manera de desvelarlos no es a partir del análisis del caso individual, salvo a riesgo de aventurar falsas conjeturas. Contrariamente el contexto social, las modalidades en que se expresaban las relaciones de poder y la configuración de fuerzas pueden explicar los motivos de su muerte trágica. Sin lugar a dudas, la *Inglesa* fue ejecutada por un entramado de poder local que le era decididamente hostil. Su matrimonio con Martín Coria había tenido consecuencias positivas: le había permitido salir de la cárcel; aumentar sus riquezas; y realizar su actividad social y económica en un marco de relativa seguridad. Sin embargo, también había tenido consecuencias negativas que se expresarán contundentemente una vez que aquel haya muerto. En este sentido, Elena recibió como beneficio

de inventario la tarea de resolver el conflicto con sus enemigos, algunos poderosos por su condición económica y política; otros por la fuerza de sus pistolas; y unos terceros que son presentados por los documentos como delatores o convidados de piedra, pero que verdaderamente jugaron un rol importante como enemigos. Nos estamos refiriendo a los indígenas que fueron despojados de sus bienes, por obra de la astucia de Coria y de la labor de Elena y sus peones. Y en un medio geográfico y social como era la Patagonia en esa época, nadie podía sobrevivir sin tener aliados que lo ocultasen. Enemistada con un sector de los blancos no tuvo tampoco la solidaridad de los nativos, la que hubiese sido vital para

sus intereses económicos. Los trayectos entre Montón Niló y el Chubut la obligaban a recorrer la zona de la meseta donde vivían los indios.

En este contexto de conflictividad fue asesinada cuatro meses después de la muerte de su segundo marido. En la historia de la *bandolera* se resumen conflictos sociales, étnicos y resistencias al orden. Y una profunda soledad debida a su condición de género. La antigua red de poder a la que pertenecía no reclamó por ella. La familia se desentendió. Los ingleses de la estancia Maquinchao guardaron silencio. Sólo algunos arrieros dieron comienzo al rito de dejar flores sobre la tumba que guardaba sus restos en un cementerio chubutense ■

Notas

1. Desde el pionero estudio de E. Hobsbawm, *Bandidos*, Barcelona, Ariel, 1976, hasta el presente han sido numerosos los trabajos que tienden a estudiar el fenómeno del bandolerismo. En todos los casos la vía explicativa ha intentado destacar períodos históricos transicionales entre formas rurales arcaicas o de antiguo régimen hacia sociedades modernas capitalistas y urbanas. Sin embargo, esta línea evolutiva ha sido reconsiderada tanto por la antropología urbana como por el análisis del propio bandolerismo rural, muchas veces endémico y de larga duración. En este último caso, los estudios sobre América Latina son reveladores de la pervivencia secular del fenómeno. En este sentido, existe un texto de síntesis para el área andina, cuyos autores siguen en buena medida el derrotero metodológico trazado por Hobsbawm. Cf. los diferentes artículos en Carlos Aguirre y Charles Walker (editores), *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario 1990.

2. El relato más actualizado sobre la vida de Elena Greenhill -que contribuye a nutrir el imaginario local en cuanto a las historias de

bandidos- corresponde al escritor de Ingeniero Jacobacci, Elías Chucair, *La Bandolera Inglesa y otros relatos Patagónicos*, Neuquén, Siringa Libros, 1983. Esta versión ha sido reiterada plenamente en dos obras contemporáneas, cf. Virginia Haurie, *Mujeres en tierra de hombres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996 y Roberto Hosne, *Barridos por el viento. Historias de la Patagonia desconocida*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

3. Archivo Histórico Provincial de Río Negro (en adelante AHPRN) Justicia Letrada, Expediente sucesorio 21.523/1915-1922, folio 49.

4. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente 2510/1910, págs. 16-23.

5. La red de intereses a la que pertenecía Napoleón Astete la hemos detectado en otro trabajo, "El difícil equilibrio entre el poder personal y la política federal en la formación de los sectores dominantes locales, Río Negro a principios del siglo XX", ponencia presentada en la V Jornadas de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, 29-30 de mayo de 1997.

6. AHPRN, Policía, Denuncia de Pablo Belsile a la Comisaría de Choele Choele, 1903.

7. Cf. César Vapñarsky *Pueblos del Norte de la Patagonia*, General Roca, Editorial Fuerte Roca, 1983.

8. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente su-

cesorio 21523/1915 cit, folios 57 y 61.

9. AHPRN, Justicia Letrada, Expedientes 214/1889; 2412/1900.

10. AHPRN, Expediente 8539/1910, folio 18.

11. Relato de Amado Chuquer, citado en Elías Chucair, *La Bandolera Inglesa y otros relatos Patagónicos*, op. cit, página 7.

12. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente sucesorio 21523/1915 cit. folio 85.

13. Cf. César Vapñarsky, op. cit.

14. AHPRN, Expediente sucesorio 21523/1915, cit folio 34.

15. Elías Chucair, op. cit, pág. 10.

16. *Idem*, pág. 14.

17. AHPRN, Expediente 8539/1910, folios 20-21.

18. AHPRN, Expediente 5375/1909.

19. AHPRN, *Ibidem*, folio 22.

20. AHPRN, Justicia Letrada, Expedientes 8539; 8259; 2294.

21. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente 8539, folios 10 vuelta y 11.

22. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente 5379/1910. La causa que el comisario Torino siguió a los pobladores indígenas de la meseta se ha analizado en otro trabajo.

23. Elías Chucair, op. cit, pág. 15.

24. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente sucesorio 21523/1915 cit folio 23.

25. AHPRN, Justicia Letrada, Expediente 15167/1915.

26. *Ibidem*, folio 5 y 5 vuelta.

27. Elías Chucair cit, página 9.

28. *Idem*., página 5.

29. Michel Foucault, *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1190, página 201.

30. Muchas son las obras que repiten la idea de caos o desorden en los territorios patagónicos. Han sido seleccionadas algunas que muestran esta construcción ideológica de manera paradigmática, ya sea porque se ocupan específicamente del "bandolerismo", o porque sentencian que el conflicto social se debe a la falta de progreso, el cual es dificultado por los propios pobladores de región. Cf. J. Alavarez, *Policía desamparada*, Viedma (T. del Río Negro), 1940; R. Casamiquela, *Relatos policiales patagónicos del Sargento Tello*, Viedma, Fundación Ameghino, 1981; J. Edelman, *Recuerdos territoriales. los primeros años de Neuquén capital*, Neuquén, 1954; J.E. Gadano, *Territorios Nacionales. Estudio Político Económico*, Buenos Aires, Ed. Valerio Abeledo, 1945; F. Juárez, "Los bandidos rurales" en *La*

vida de nuestro Pueblo, Buenos Aires, CEAL, 1981; J. H. Lenzi, *De la cultura. Estudios sociales sobre el Río Negro*, Buenos Aires, Juan Perrotti, 1919; y del mismo autor, *Gobierno de Territorios. Conceptos básicos de la Ley Orgánica Territorial*, Buenos Aires, 1940; S. Linares Quintana, *El gobierno de los Territorios Nacionales*, Buenos Aires, 1941 (Conferencia); J. M. Sarobe, *La patagonia y sus problemas. Estudio geográfico, económico, político y social de los Territorios Nacionales del Sur*, Buenos Aires, Ed. A. López, 1935; L. Yará, *Memoorias de un policía*, Buenos Aires, Ed. Círculo Policial de R. Negro, 1928.

31. Para comprender el desarrollo económico de las poblaciones indígenas pampeanas, antes de la guerra de ocupación definitiva, cf. Raúl Mandrini, "Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el Area Interserrana Bonaerense, *Anuario IEHS* 2, Tandil, 1992; y "Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (s. XVIII y XIX): el caso del suroeste bonaerense" *Boletín Americanista* 41, Barcelona, 1991.

32. Cf. César Vapñarsky, *Pueblos del Norte de la Patagonia*, Roca, Editorial Fuerte Roca, 1983.

33. La cuestión indígena vinculada a la invención de la nación argentina ha sido estudiada por Mónica Quijada, "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina" en E.I.A.L vol. 9 n.2, 1998, y "La question indienne" en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, v. CV, juillet-décembre 1998.

34. Diferentes posiciones teórico-metodológicas confrontan en la interpretación sobre el origen de la "nación" como fenómeno histórico. Cf. E. Balibar-I. Wallerstein, *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA, 1991; Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993; Ernest Gellner, *Naciones y Nacionalismos*, Madrid, Alianza, 1991; Anthony Smith, *La Identidad Nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997; David Miller, *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997; Dominique Schnapper, *La Communauté des Citoyens. Sur l'idée moderne de nation*, Paris, Gallimard, 1994.

35. Esta versión se expresa muy claramente en R. Casamiquela, *Relatos policiales patagónicos del Sargento Tello*, op cit.

Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

Servicio de venta a distancia
Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

*Disponemos para
todo tipo de consultas,
de una dirección de
Correo Electrónico:*

prometeo@sminter.com.ar

Libaneses y sirios. Actividad comercial y participación en el espacio público neuquino¹

*Orietta Favaro, Graciela Iuorno**

El Estado argentino en un proceso de lento avance de la frontera, por la ausencia de una idea fuerza, consecuencia de la falta de presión poblacional, inicia la ocupación de los nuevos espacios ganados al 'indio', tanto en el norte como en el sur del país. La instancia nacional, el ejército y la legislación son los que asumen la tarea de crear las condiciones de ocupación de un ámbito nominalmente integrado a la Nación, debido fundamentalmente a la falta de impulso de los sectores dominantes de la pampa húmeda-litoral, región central del modelo agroexportador. Se trata de los *territorios nacionales*, áreas dependientes de la influencia del Estado, sobre las que esta instancia debía ejercer una función de homogeneización económica y social hasta llegar, cuando estuvieran dadas las condiciones, a la conversión en nuevas provincias argentinas.

En los territorios, durante un lapso de setenta años, se van desarrollando –por el accionar del Estado y la propia dinámica interna– las bases sociales y materiales sobre las que emergen las

nuevas provincias en 1955. Tal es la situación de Neuquén, territorio que surge en 1884 reuniendo particulares características derivadas de su posición mediterránea, sus condiciones geográficas, su estructura demográfica y sus recursos económicos.

En el período territorialiano se desarrollan núcleos urbanos, sobre los que accionan sujetos sociales, estableciéndose una importante trama de vinculación entre el Estado nacional, el espacio público local y las redes familiares. A partir de la migración interna y el flujo ultramarino, los migrantes de origen árabe concretan una inserción económica diversificada. Esta situación permite la constitución de áreas y actividades productivas diferenciales por zonas: norte, centro y sur neuquino. En un área en particular, Zapala –centro del territorio– se define con claridad un sector de comerciantes que en un consistente proceso de participación en el espacio público, se convierte en actor político y desplaza a la otra fracción mercantil que venía actuando en la capital neuquina.

En este marco, nos interesa acercar algunas reflexiones en torno al accionar del sector comercial zapalino, constituido a partir de estructuras familiares y relaciones de parentesco, que posibilitan la formación de grupos de poder económico y político. Sus vinculaciones mercantiles de carácter mayorista, políticas y étnicas (libaneses y sirios), le permiten generar

1. El presente trabajo se inscribe en una investigación más amplia, dentro del programa: *Representaciones de la política y la sociedad. Su concreción en la dinámica del estado neuquino*. Universidad Nacional del Comahue.

* Docentes e investigadoras de la Universidad Nacional del Comahue. Integrantes del Centro de Estudios de Estado, Política y Cultura (CEHEPYC), asociado a CLACSO.

bases de acumulación en la etapa territorialiana y preparar un 'proyecto político', concretado y ampliado en el contexto de la proscripción del peronismo con la creación del Movimiento Popular Neuquino (MPN, 1961).

Este sector de origen árabe consolidado en Cutral Co, durante los primeros años del Neuquén provincia, desplaza del espacio público capitalino al sector mercantil dedicado –desde comienzos del siglo– a la actividad comercial minorista, que no logra articular un 'proyecto político' con continuidad en la instancia provincial.

El Neuquén territorialiano: diferencias espaciales, étnicas y económicas

En el norte la ganadería y la agricultura de subsistencia, practicadas en pequeña escala en tierras fiscales y con trabajo familiar, se orientan hacia el mercado chileno. En el sur, también la ganadería es la actividad central, se desenvuelve con carácter extensivo y con incorporación de tecnología capitalista, orientada –en este caso– hacia el Atlántico. La situación se ve favorecida, tanto por la cercanía de la Gobernación de Río Negro como por las posibilidades de trasladar el ganado desde y hacia la pampa húmeda, a través del ferrocarril que llega a Zapala en 1913¹.

En el resto de la Gobernación, predominan la cría de ganado ovino y caprino, la agricultura de subsistencia y la explotación aurífera, desarrolladas por crianceros y pirquineros², generando escasos excedentes. Sus particulares características, sumado al hecho que no demandan en general servicios, explica la razón por la cual existen pocos núcleos poblacionales en el territorio hasta las primeras décadas del presente siglo.

Sin embargo, el traslado de la capitalidad y sede de las autoridades políticas administrativas desde el norte (Chos Malal) a la zona enmarcada por los ríos Neuquén y Limay ("la Confluencia"), permite obtener contornos más definidos a un asentamiento poblacional allí existente: Neuquén. La llegada de la línea férrea y su prolongación al centro geográfico de la Gobernación (Zapala), la instalación de organismos e instituciones nacionales en el contexto del avance del Estado, tanto en la capital como en el resto territorialiano, estimulan la llegada de funcionarios de Buenos Aires y, por lo tanto, aumentan las demandas para cubrir las necesidades de estas reparticiones federales.

A su vez, la explotación del petróleo a cargo de la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales, contribuye a la definición económica del departamento Confluencia y de sus principales núcleos poblacionales: Neuquén y Plaza Huincul-Cutral Co, localidades que hegemonizan el proceso del Este. En efecto, Zapala amplía la actividad ganadera con el establecimiento de estancias y se vincula con ganaderos de zonas aledañas; esta particular situación se ve beneficiada con la llegada de la línea férrea, hechos que en su conjunto la convierten hacia la década de 1920 en el nudo de comunicaciones del territorio. Este desenvolvimiento resulta determinante para el asentamiento poblacional, y su actividad comercial lleva a esa localidad no sólo a convertirse en cabecera del departamento homónimo sino también a que se decida, por su importancia creciente, la instalación de sedes crediticias como una sucursal del Banco de la Nación Argentina (1918). La entidad ya venía actuando en Neuquén capital desde comienzos de siglo, la instalación de registros para la inscripción de prendas, el asentamiento de la

dirección nacional de escuelas –que regula las tareas de los establecimientos neuquinos– y en 1941 la construcción de un hospital de envergadura, que junto con el de la capital, atienden las necesidades de toda la Gobernación.

Ahora bien, la crisis del régimen de acumulación capitalista de 1929-30, como se sabe, lleva a los sectores dominantes argentinos a propiciar el ISI subordinado a la actividad que continúa siendo fundamental en la pampa húmeda y litoral argentino: la agropecuaria. En el espacio de estudio, debido a las medidas proteccionistas que toman algunos países como Chile, se produce la reorientación del comercio neuquino hacia el Atlántico, luego de que el país trasandino fuera el principal mercado de los productos. Tengamos en cuenta que las estancias capitalistas del sur territorialiano –de significativa importancia demostrada en el hecho de que tienen hasta su propia Sociedad Rural que las representa– envían a invernar a la pampa húmeda sus ganados, transportados en camiones hasta Zapala, localidad que a su vez recibe de la zona pampeana, vacunos con destino al mercado chileno. Es decir, se produce un flujo y reflujo de ganado hacia y desde el litoral y, la estación zapalina y su área de influencia, se ven beneficiadas como núcleo intermediador de la actividad comercial.

Ello permite la emergencia de casas de acopios y 'frutos del país'³, servicios derivados de la actividad de playa del ferrocarril, de embarque y 'empresas'



transportistas. En efecto, más del 40% de las casas comerciales son almacenes, ramos generales y acopio de frutos, mayoritariamente vinculadas a la compra y venta de lana y de hacienda del sur (bovinos y en menor escala, ovinos), que se canalizan por la estación mencionada. Zapala abastece a una vasta zona del territorio, de artículos provenientes de Bahía Blanca (punta de rieles hasta 1899) y de Buenos Aires, como así también coloca productos elaborados en el mismo núcleo urbano, instalándose 'fábricas' e 'industrias', –que ocupan escasa mano de obra– y 'empresas familiares' con características domésticas como panificación y las que se dedican al arreglo de carros y transporte automotor⁴.

Los frutos del país, en especial, el ganado, los cueros y las lanas, continúan dirigiéndose hacia el Pacífico, ya que ni las medidas tomadas por Chile, ni la frontera natural, impiden el desarrollo del comercio y del contrabando. La cordillera, por su innumerable número de boquetes y pasos habilitados durante todo el año, no constituyó una barrera entre Argentina y el país trasandino.

Las actividades mencionadas en Zapala dan lugar a un intenso comercio mayorista que hasta las personas relacionadas con la función pública o privada incursionan, con éxito, en ese rubro y en la prestación de servicios. Por ejemplo, la tradicional familia Zingoni, dedicada al ganado y a las labores mercantiles y que, como consecuencia de esa expansión, instala en Buenos Aires una sucursal de su casa⁵. También diversifican, realizando 'inversiones' en transporte, materiales de construcción y se convierten –por ejemplo Zingoni y Rambeaud– en comisionistas y consignatarios de hacienda, agentes de seguros y poseedores de aserraderos.

Entre los sectores comerciantes más importantes, cabe señalar los de origen libanés; es el caso de los Sapag. En 1908 llega a Buenos Aires Habid Mansur Sapag acompañado de su hijo Elías y su yerno Antonio Roca Jalil, se conectan en forma inmediata con Moisés y Salomón Busader, planteándose como destino San Martín de los Andes, en el territorio neuquino. Los inconvenientes del viaje por los medios de transportes de la época, los obliga a detenerse en Picún Leufú donde se encuentran con un compatriota, Simón Jalil, que los orienta 'sobre las bondades' de radicarse en este espacio. Es así que Antonio Roca Jalil continúa su viaje a San Martín de los Andes, mientras que Habid y Elías Sapag regresan a la capital de Neuquén –en poco tiempo–

instalan un comercio ligado a otro negocio de ramos generales de fundamental importancia desde comienzos de siglo, conocido como Linares Hnos.

Cuando se inician los trabajos para la extensión de la línea férrea a Zapala, –arriba en 1913 a ese asentamiento poblacional– Juan H. Sapag se relaciona con los subcontratistas de la obra. Al respecto narra:

*"Orientado en Buenos Aires por nacionales [mi padre] vino a Neuquén que en ese momento el ferrocarril había llegado a Cipolletti y se estaba concluyendo en Neuquén el puente sobre el río, el puente ferroviario. Mi abuelo se instaló con un negocio de ventas de ramos generales en Neuquén, muy ligado a la empresa Linares, pero al poco tiempo con otro hijo, el menor, que vino del Líbano, acompañaron como mercachifles en la construcción del ferrocarril Neuquén-Zapala, atendiendo a los trabajadores, vendiéndoles de acuerdo de sus necesidades y así transcurrieron algunos años"*⁶.

A su vez, pocos años después, con el viaje inaugural de la extensión de la línea, llegan a ese poblado Severino Afione y su esposa Máxima, con sus dos hijos, Máximo y Jorge.

Este último relata:

*"En el año 1913, mi padre instaló un comercio de ramos generales. Posteriormente trajo a su familia, mi padre, mi hermano Máximo y yo, que entonces residíamos en Neuquén. El viaje lo realizamos el 2 de enero de 1914. Fue el viaje inaugural del ferrocarril con su punta en Zapala"*⁷.

Severino Afione provenía de Kafum (Siria), se había dedicado –desde fines de siglo– a la actividad comercial durante casi diez años en Diamante (Entre Ríos). Luego de un tiempo en su país, regresa a Argentina hacia 1910, ahora con su esposa, instalándose definitivamente en Neuquén. Primero

con un comercio en la denominada "zona del bajo" (Sarmiento y Láinez) y, luego en 1913, pasa a Zapala donde además del comercio, es representante del diario La Nación.

En Zapala, Juan Sapag conoce a Trannak⁸ propietario de gran parte de las tierras sobre las que se asentó un establecimiento ganadero denominado precisamente 'Zapala', que en esta coyuntura además proveía de carne a las cuadrillas ferroviarias. Posteriormente, Juan se traslada a Covunco donde instala un comercio; allí llegan poco después, Habid y Elías Sapag.

El padre del actual gobernador de Neuquén, Canaán Sapag, proveniente del Líbano con su esposa Nacira Jalil y sus hijos Elías y Habid (que luego muere) ingresan a nuestro país y se radican en tierras ubicadas al norte y sur de la punta de rieles, instalando un comercio de ramos generales en Covunco, recibiendo en consignación todo tipo de elementos y mercaderías necesarias para abastecer a Junín y San Martín de Los Andes, al sur y Chos Malal, al norte.

Felipe Sapag relata al respecto:

*"Cuando el ferrocarril llegó a Zapala se instalaron en Covunco, Mariano Moreno, cerca de donde está el cuartel. Mi padre vino en ese momento, lo trajo mi abuelo. Ya estaba casado con dos hijos, Elías el que fue senador nacional y otro hermano que falleció en Zapala por sarampión... no había médicos"*⁹.

En este contexto patagónico, libaneses y sirios tienen un rol fundamental en la ocupación del espacio y en la definición de actividades comerciales y organizaciones intermedias. Por una parte, Afione –de origen sirio– funda el comité Zapala del partido radical y es su primer presidente (1917), 'integra la brigada local de la Liga Patriótica' (1924), es miembro activo del Tiro Federal y uno de los fundadores de la sociedad sirio-libanesa¹⁰. Integra asociaciones intermedias, como la biblio-



te-
c a
l o c a l

Eduardo Elordi y por la representatividad adquirida, forma parte de la comitiva que gestiona en Buenos Aires ante el presidente Hipólito Yrigoyen, la instalación de la sucursal del Banco de la Nación.

A mediados de la década de 1920, amplía su actividad comercial en el paraje Santo Tomás (departamento Collón Curá, a 20 km aproximadamente de Piedra del Águila), con la instalación de una sucursal de ramos generales. Recordemos que Afione originalmente había colocado su comercio en la capital neuquina y se orienta hacia Zapala con motivo de la prolongación de la punta de rieles. No obstante, el traslado no sólo se motiva por la necesidad de extender el área de su actividad, sino y, fundamentalmente, por la lógica de comportamiento étnico de evitar la superposición con otros connacionales¹¹. Es en Neuquén donde se relaciona con otros comerciantes como Monti, Borrini, Carro y Mehana; quienes amplían sus comercios instalando sedes en Zapala; los primeros con una panificadora y José Carro con un almacén de ramos generales. Simultáneamente también se ubica en esa localidad, Iason y Cía., Marlet y Cía y Martín Etcheluz quien es el primer jefe de correos y telégrafos.

Ya se encontraban establecidos, en-

tre otros, José Guglielmi¹², Finochietti hnos¹³, Zanotti¹⁴, Torresini¹⁵, Mercuri hnos¹⁶, Zambrano¹⁷, Carmona¹⁸. También se encontraban, Moisés Cravchik, Carlos Chechik, Moisés Slabusky, Moguillansky Hnos, Mauricio y Benjamín Averbuj¹⁹, León Crupnik, etc.²⁰. Tengamos en cuenta que nos referimos a una localidad, que según el censo territorialiano de 1920, tiene 1817 habitantes de los cuales 1113 son argentinos, 435 chilenos, 79 españoles, 48 italianos, 19 sirios, 32 libaneses y 8 turcos. Por lo tanto, la incidencia de los pueblos de origen árabe supera a los migrantes de origen español.

Llegados a este punto, es necesario explicar brevemente por qué, los libaneses y los sirios eligen fundamentalmente las actividades mercantiles. El comercio es el elemento que aglutina a los árabes; dado que cuando se produce su emigración del Imperio Turco²¹, éste se encuentra en una etapa de expansión, vinculando productos europeos con Asia a partir de las ciudades puertos de Siria y Líbano. [...] *"Desde mediados del siglo pasado, creció [la migración] debido a los efectos de la penetración comercial de occidente, que acentuó y dio nuevas dimensiones a las rivalidades entre cristianos y musulmanes"*²².

En rigor se puede pensar en un modelo y, a la vez, circulación y enlace para la radicación en la Argentina de migrantes del mismo origen a partir de las cadenas de llamadas que se articulan para el espacio de estudio, entre principios de siglo y los años 1940.

La radicación de la familia Sapag: entre Zapala y Cutral Co

En principio, cabe preguntarse las razones por las que la familia Sapag elige nuestra región. Se trata de un grupo migrante que proviene de una zona montañosa similar a la actual

San Martín de los Andes.

En una entrevista, Elías Sapag señala:

*"El Líbano es una montaña, es muy parecida a la zona de San Martín de los Andes, en cambio, Zapala y Covunco, es más desértica"*²³.

Se establecen en el área de Zapala a instancias de Juan H. Sapag, -tío abuelo del gobernador- quien había estado anteriormente en Picún Leufú y plasma la idea de la instalación de un comercio que sirviera para abastecer a los obreros de la construcción del ferrocarril. Otra razón por la cual se instalan en ese lugar, es la posibilidad del establecimiento de una guarnición militar en Las Lajas. En este contexto, Juan Sapag invita al coronel Pilotto, -luego gobernador neuquino- para que recorra la zona de Covunco en compañía de Marcelino Pavía y Martín Etcheluz y comenta:

*"Ese día fuimos por la orilla del río, mirando lugares y al mediodía almorzamos en lo de Pavía. Estábamos todos muy contentos y de ahí en adelante, nació una gran amistad entre nosotros y el coronel. Por otra parte, teníamos en común, él y yo, el idioma francés, que él dominaba por haber estado en Francia y que yo había aprendido en el Líbano. Así se fue creando una estrecha amistad entre este militar y nuestra familia"*²⁴.

El hecho de que Juan Sapag se refiera a nuestra familia, nos lleva a plantear las cuestiones relacionadas con la estructura familiar. "Una red se articula en torno de un linaje, esto es un apellido. La familia nuclear del pariente mayor -cabeza de familia- de dicho apellido, es la célula básica a la cual se agregan los parientes consanguíneos y políticos, sean de la misma rama, o ramas del mismo tronco, o bien de otras familias"²⁵.

La familia actúa como grupo, es una entidad colectiva, pero también una entidad privada. Coincidimos con

*Balmori, Voss y Wortman cuando dicen "la familia es una unidad social basada en lazos de sangre y de matrimonio. La familia se extiende verticalmente en el tiempo por lazos sanguíneos (padres e hijos) y lateralmente por lazos sanguíneos y matrimoniales (esposa, hermanas, hermanos, primos, primas, cuñados, cuñadas)"*²⁶.

En el Líbano, la existencia de un individuo fuera de la familia es algo casi inconcebible, tradicionalmente se aprende desde el seno de aquella, a sustentar la honra, el orgullo, la reciprocidad y la lealtad. El núcleo duro de los valores y de la propia esencia del ser, enfatiza en los patrones de comportamientos que protegen la "unidad familiar". Era común que el liderazgo en una comunidad (aldea o ciudad) tomara la forma de consejo, el que normalmente reunía a los jefes de las familias más importantes, reconocidas por la riqueza o por la nobleza. Como contraparte, se daba el soporte de los liderazgos, esto es, cada jefe se comprometía a proteger y atender los intereses económicos sociales y políticos de sus adeptos²⁷.

En este sentido dice Elías Sapag:

"Junto a mi abuelo y sus tres hijos [mi padre, Canaán, uno de ellos] constituyeron una familia grande, que se los llamaba el clan Sapag. La forma de la familia árabe, está conformada con el respecto del mayor al menor. Existe esa disciplina del mayor que tiene autoridad sobre el menor y que va creando una familia unida y responsable en

*conjunto y eso se mantiene todavía hasta la fecha"*²⁸.

A su vez, Juan (uno de los tres hijos de Habib Manzur) comenta:

*"... fui tesorero de la primera comisión de la iglesia [en Zapala], a la cual el cura venía una vez por semana desde Neuquén y oficiaba misa en la sociedad sirio libanesa que yo me encargaba de prestar, ya que también era socio fundador"*²⁹.

Desde la perspectiva que venimos desarrollando, el ejército se convierte en un factor dinamizador de Zapala y estos sectores comerciantes, importantes proveedores del mismo. En la década de 1930 se asiste a una transformación de la localidad con la construcción de los cuarteles de Covunco Centro³⁰, proceso que no sólo cristaliza cambios en la ciudad sino que también permite el asentamiento de personas vinculadas a tal situación, entre los que cabe mencionar, militares, profesionales y empleados de dependencias nacionales. La nueva situación obliga a las casas de ramos generales a concretar una mayor especialización, acorde con las necesidades de la población.

A partir de la inserción de nuestro país como proveedor de materias primas e importador de productos elaborados, son los árabes quienes colocan elementos y productos de uso cotidiano en el interior del país. Se constituyen en intermediarios entre los que producen y los que consumen, desarrollando una economía informal basada en el cuentapropismo y articu-



lando una red entre parientes o paisanos mayoristas a los cuales el 'merchachifle' trasladaba el producto al comprador con facilidades de pagos –pero con elevados precios– situación que le permitió la iniciación de importantes ganancias.

Las actividades comerciales de los libaneses y sirios en el área de estudio indican una preferencia hacia las *tien- das, almacén o ramos generales*, comercios altamente diversificados –por las necesidades de una sociedad aún no cristalizada– que se instalan en centros urbanos de menor jerarquía. La afirmación pone en discusión la tradicional idea vinculada de que los comerciantes de referencia son mayoritariamente 'merchachifles'. La información con la que contamos, nos muestra, por una parte, que entre los comercios radicados, encontramos una *diversidad étnica*³¹ y, por otra, que no todos responden a la categoría de 'vendedor ambulante', es decir, no sólo cuentan con cierto capital inicial, sino que también establecen nuevos comercios en otros espacios en los momentos de conformación de los asentamientos.

Un factor importante para tener en cuenta en este análisis, es el hecho de que los libaneses sean de religión católica, situación que les permite integrarse a la sociedad en formación con menores dificultades que, en todo caso, los que practican la religión musulmana. A pesar que existe a nivel nacional una clara discriminación hacia estos grupos, éstos no lo manifiestan, antes bien, enuncian su 'fácil inserción' a la nueva cultura. Resulta llamativo que nieguen la discriminación, teniendo en cuenta que en general, desembarcan en Montevideo, sin las 'ventajas' de los inmigrantes europeos y su idioma queda restringido al ámbito familiar. Por ello, la religión católica actuaría como un elemento a fa-

vor de la asimilación en la sociedad argentina; asimismo, optan por establecerse en áreas lejanas a los centros urbanos –noroeste y patagonia– donde deben medirse sólo con otros más desposeídos que ellos. Dentro de su 'imaginario' y expectativas, acompañan la extensión de la línea férrea como el símbolo del 'progreso', practicando el comercio cara a cara, hasta que el desenvolvimiento de las ciudades conduce al surgimiento de las tiendas y este tipo de vendedor ambulante va desapareciendo.

En el marco de la crisis de 1930 y de los desafíos que impone la actividad comercial, los hijos de Canaán Sapag, hacia 1933 se instalan en Cutral Co, donde constituyen la Sociedad Sapag Hnos. Felipe Sapag refiere:

*"Mi abuelo regresa a su patria en 1924 con un hermano... En esa nostalgia... y en esa trayectoria terminé la escuela primaria en Zapala. Estoy hablando del año 1930, no había escuelas secundarias en Neuquén ni en Río Negro, ni en la Patagonia, así que fui a estudiar a Bahía Blanca como interno... En 1932 tuve que dejar porque mi padre con la crisis del '30 se fundió y no pudo pagar las cuotas... entonces con mi hermano mayor Elías nos vinimos a Plaza Huincul..."*³².

La crisis no sólo obliga a redefinir la situación comercial de la familia Sapag, sino también a cambiar y ampliar el rubro, ya que la actividad mercantil –que de manera intensa se desarrollaba hacia el país trasandino por el corredor Lonquimay y Temuco– se ve afectada. Los Sapag se establecen en la localidad petrolera de Cutral Co –cercana a Zapala– donde también se radican comerciantes de esta última ciudad, como el caso de los hermanos Averbuj. Ello supuso que otras familias de origen árabe, se ubiquen en el núcleo petrolero en la última etapa territorial; Abraham, Abdala, Adem,

Jalil, Temi, Jaime, Saade, Jadul, Kemel, Saaffe, Serer.

Hay que tener en cuenta que a 100 km de la capital neuquina, la labor del Estado nacional en la búsqueda de petróleo permite –luego de una positiva exploración desde comienzos de siglo– que la repartición encargada del mismo, la Dirección de Minas, descubre el recurso en 1918. La administración de la explotación nacional del hidrocarburo, a cargo de YPF desde su creación en 1922, faculta el surgimiento de un núcleo urbano: *Plaza Huincul*, directamente vinculado a los trabajadores y técnicos que desarrollan tareas en la explotación. La acción de la empresa se extiende al octógono fiscal con la consecuente demanda laboral; junto a esa reserva estatal, se instalan los trabajadores precarios de las compañías privadas, derivando en el surgimiento de una población marginal, heterogénea, argentina y extranjera, con y sin especialización que –por presión de la petrolera nacional– se asienta a pocos kilómetros de su lugar de trabajo, dando origen a un nuevo pueblo conocido inicialmente como *Barrio Peligroso*, luego oficialmente denominado *Cutral Co* en 1933.

Desde Plaza Huincul se despacha combustible refinado en la destilería del lugar, tanto al interior territorial como hacia el litoral argentino, la empresa estatal avanza en la explotación del recurso y, hacia los años 1940, incorpora el gas³⁴. La explotación hidrocarbúfera por parte del Estado nacional, si bien se convierte en la actividad más rentable para la instancia central y para los sectores sociales involucrados, no genera dentro del territorio márgenes de ganancias significativas; recordemos que las regalías, establecidas por ley de 1935, sólo se pagan a las provincias. No obstante, el aumento de la producción petrolera, en particular luego de los años 1930 y, la com-

plejidad de las actividades que ella conlleva, permite el aumento poblacional en Cutral Co, localidad que cada vez más, se convierte en un centro comercial que presta servicio a esta área. Por obra del gobierno nacional a través de la compañía estatal y por la acción del gobierno territorial, se la proveerá de los servicios urbanos necesarios, de viviendas, asistencia hospitalaria y escolar; a lo que es necesario agregar que en Plaza Huincul la misma compañía estatal construye viviendas, escuelas y proveedurías para sus trabajadores.

Con relación a YPF comenta Felipe Sapag:

*[...] "En YPF empezaba la época de Mosconi... el jornal normal era de un peso por día... entonces era un imán, un imán de gente que venía a Plaza Huincul, a raíz de eso se formó Cutral Co, por la cantidad de gente, venían los trenes cargados de 'linyeras'. Nos instalamos en Cutral Co antes que se instalara el pueblo oficialmente... nunca ingresé a YPF ya que pusimos una carnicería y luego un comercio de materiales de construcción en los que comenzó a irnos bien"*³⁵.

Es preciso apuntar, que los libaneses y los sirios sólo se encuentran instalados con actividades comerciales en determinados espacios territoriales; además del área de estudio, –los departamentos Zapala y Confluencia– en la región cordillerana en San Martín y Junín de los Andes. Apellidos como Asmar, Azzem, Medhi, Majluf, Creide, Roca Jalil, Saad, Cid, Abraham, Adad, etc, resultan comunes y permiten reafirmar la vinculación entre comercio, etnicidad y participación en el espacio público neuquino.

Mientras tanto, en el departamento Confluencia –como se explicita más arriba– emergen dos núcleos urbanos de importancia. Por un lado, el traslado de la sede de la capitalidad del terri-

torio al vértice de los ríos Limay y Neuquén lleva a las autoridades de la gobernación a fundar Neuquén (1904), tomando como base un asentamiento allí existente. A ello se debe sumar, que el poblado era la punta de rieles, convocando personas y actividades; los elementos mencionados actúan en la valorización de las tierras de esa zona. En su área 'rural', sobre el río Limay se desarrolla agricultura, horticultura y cultivo de vid, con carácter de subsistencia y para el abastecimiento local, tanto como resultado de la acción pública (colocación del área bajo riego) como de la privada, tal es la situación de la colonia Los Canales de Plottier Hnos. Por otro lado, sobre el río Neuquén, como consecuencia de las obras de regadío encaradas por la instancia nacional, surge la colonia Centenario, cuyos primeros pobladores son, entre otros, los obreros de la obra que, junto a sus familias, deciden asentarse en esa zona.

Las demandas de estas actividades más las derivadas de la instalación del aparato estatal nacional en ese núcleo territorialiano, hacen que el comercio y los servicios, también sean centrales. En este orden, los empleados públicos nacionales y territorialianos –en número creciente– operan en función de la reproducción de los aparatos burocráticos. Si bien la población es mayoritariamente argentina, hay una fuerte presencia de italianos y españoles, vinculados a la cobertura de las necesidades del centro capitalino. Estos migrantes fueron consolidando una experiencia organizativa que les permite establecer relaciones con los distintos sectores de la comunidad, ejercitar su capacidad de acción y lograr identificarse como voceros de la comunidad ante los organismos estatales.

En el orden de las ideas que venimos exponiendo, un importante número de los libaneses mencionados

constituyen la denominada *primera generación*. La estructura generacional permite verlos en el transcurso del tiempo; no se están planteando generaciones históricas, antes bien, generaciones directas o genealógicas que abarcan el transcurso de dos de ellas. Los miembros de la primera generación son inmigrantes libaneses y sirios, a su vez, la segunda generación está conformada, en general, por las familias de la primera. En tal sentido, la primera red de familias se articula a partir de alianzas matrimoniales y comienza a desarrollar la actividad que será dominante: el comercio en Zapala. La *segunda generación*, intensifica las actividades ya establecidas que complementan o se constituyen en el 'soporte' económico, a la vez, ocupan cargos electivos en diferentes niveles públicos territorialiano. Es decir que como entidad colectiva, la familia influye en los asuntos públicos: "modos de organización, relaciones sociales, tipos de inversión y participación política"³⁶.

Para el caso de estudio, dentro de la familia Sapag, Juan Habib y Canaán Sapag operan como la primera generación ya que son los sujetos sociales que concretan la base de acumulación originaria en el territorio de Neuquén. Las actividades económicas desarrolladas, especialmente el comercio, conforman la principal ocupación de los varones. Con el objeto de afianzar su inserción, integran comisiones directivas e instituciones culturales (biblioteca popular), la sociedad sirio libanesa y participan activamente en las primeras instancias políticas (son concejales en el municipio).

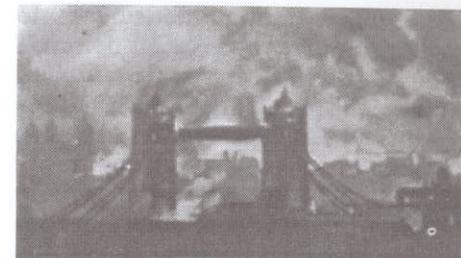
Estas familias del área zapalina y capitalina, dominan el comercio y el crédito³⁷, actividades de fuerte rentabilidad y se enmarca en la lógica de reproducción del capital. No son originalmente sectores productivos, pero mo-

difican su métodos de operar, es decir "sus mecanismos de acumulación y reproducción ampliada"³⁸ cuando estén dadas las condiciones para lanzarse a la producción en escala, unas décadas después, ya convertido el territorio en provincia.

En otros términos, la *actividad comercial*, originada en los almacenes de ramos generales que se dispersaron en el área central y este del territorio neuquino, se convierte en el primer vínculo importante para una población escasa y alejada como la que se manifiesta en este ámbito. Asimismo, las vinculaciones matrimoniales³⁹ y asociación de capitales facilitan el incremento de los beneficios de estos sectores, sumado a ello la localización de organismos del Estado nacional, su aparato burocrático y las guarniciones militares, en su conjunto, dan cuenta de que la economía territorialiana, definitivamente, gira alrededor de dos estaciones ferroviarias, Neuquén y Zapala⁴⁰.

Estos comerciantes actúan como agentes de acumulación y tiene una posición estratégica y privilegiada en el desarrollo 'productivo' neuquino. Los dos sectores, el zapalino y el capitalino, mantienen relaciones intraterritorianas, quedando el segundo en un papel subordinado. Hacia afuera, el sector predominante se amplía al implicarse cada vez más con el aparato estatal nacional-territorialiano y establecer fuertes alianzas en la esfera de la política. Los negociantes en su mayoría de origen árabe⁴¹, libaneses y sirios, si bien no son numéricamente importantes según se desprende de los censos nacionales y territorialianos, se constituyen, desde el ámbito de la economía y de la política, en el sector inmigratorio más significativo por su incidencia en el escenario político provincial.

De cualquier modo, es preciso apuntar que no se trata de un grupo homogéneo. En virtud de lo expuesto,



podemos afirmar que el sector zapalino de origen sirio –vinculado al radicalismo– no logra articular conjuntamente con otros sujetos sociales las acciones políticas que le permitiera implicarse en el nuevo espacio y corre una suerte similar al de la capital neuquina, aunque esta última contiene a grupos de otro origen étnico⁴². Dicho con mayor precisión, la fracción más homogénea es la libanesa que la constituye *una familia* y que en el caso que nos ocupa está expresada por *los Sapag*, –vinculada al peronismo desde sus orígenes– quienes hace treinta años son gobierno en Neuquén.

Los comerciantes y su presencia en el espacio público neuquino

Recordemos que los *territorios*, por ley 1532 de 1884 que les da origen, podían constituir legislaturas cuando reunieran 30.000 habitantes y con 60.000 podían ser declarados provincias. Las poblaciones con más de 1000 habitantes tendrían concejo municipal electivo, el resto, sólo comisiones de fomento designadas por el gobernador, al que a su vez, nombraba el poder ejecutivo nacional.

Los territorialianos quedan legalmente privados de sus derechos políticos, ya que la ley Saénz Peña permite la construcción de la ciudadanía en las catorce provincias y capital federal. No obstante la legislación y cumplidas las exigencias en las Gobernaciones, el establecimiento de instituciones loca-

les plantea serias dificultades. No sólo resulta complejo la creación de comisiones de fomento sino que también, en reiteradas oportunidades, están envueltas en irregularidades; como se observa de las denuncias que desde distintos planos, llegan al ministerio del interior, órgano de donde dependen los territorios nacionales.

Los comerciantes de Zapala, Cutral Co y Neuquén capital, participan activamente en el espacio público a través de la creación de asociaciones intermedias e integrando distintas comisiones. Es decir, los espacios políticos y de poder se reparten entre unos pocos; sus nombres se repiten en cuanto organismo, institución o comisión local se constituye, desde la biblioteca, el tira federal y los clubes y, varios de ellos, son corresponsales de los principales diarios nacionales. Por ejemplo, Luis Monti de *La patria degli italiani*, Martín Etcheluz y Pedro Ortega de *La Nación*, Félix Martínez de *El diario español*, José Ricardes de *La Prensa* y Juan Sapag de *La Razón*⁴³.

Por una parte, los zapalinos adquieren significativa importancia y se convierten en *los referentes* del interior neuquino, toda vez que surge una problemática que afecta ese núcleo y su esfera de influencia. Cabe citar el caso del intento de trasladar, hacia los años 1920, la capitalidad del territorio a esa localidad, hecho que logra la adhesión de muchas firmas de Neuquén y la visita del Ministro de Agricultura de la Nación, Tomás Le Breton. En otras oportunidades, logran la colaboración de la Sociedad Rural del sur ganadero y de comisiones de fomento de una vasta región con vistas a modificar el emplazamiento de vías de comunicación, que al parecer, afectaba esa vinculación comercial.

Desde su creación en 1927, el municipio de Zapala⁴⁴ reúne posiciones enfrentadas que se traducen en dos

grupos políticos de carácter local; el 'partido' *Democrático comunal* y el 'partido' *Unión comercial y obrera*. En las listas del primero figuran como concejales comerciantes del área, como Martín Etcheluz –presidiendo– Juan Sapag, Moisés Cravchik y Francisco La Valle. El segundo, lo preside Severino Afione y lo integran Máximo Besoki, José Carro y José Ugarte⁴⁵. Ambos 'partidos' están vinculados a tendencias nacionales, el primero –si bien se define como apolítico– hace votos para que en las elecciones de 1928 gane la fórmula Gallo-Melo; el segundo desaparece en algunos años y surge una agrupación a la que se la considera su heredera, *Concentración Popular*, que postula como candidato a Osvaldo Pesqueira (médico) acompañado por Miguel Zingoni (estanciero); mientras que el partido *Democrático* postula a Etcheluz⁴⁶ –propietario de una empresa de transporte y director del periódico *La Voz del Territorio* –(además de corresponsal de *La Nación*)– acompañado por el comerciante Juan Sapag⁴⁷. La constante presencia de libaneses en la gestión del gobierno comunal se puede interpretar como una acción estratégica de política local, a la vez, permite observar la interconexión de familias, como es el caso de los Sarquis-Sapag.

En este contexto, la pugna entre los dos grupos políticos que no constituyen partidos modernos puede pensarse como un mecanismo que une personas e implica competición ¿de objetivos?, ¿de políticas?, ¿de ideas? No cabe duda de que sí *de poder, posición y recompensas*, especialmente si tenemos en cuenta que se trata del voto de sólo 559 habitantes. A la larga, los miembros de cada fracción perfilan una tendencia que, en el marco de la ampliación de grupos y alianzas, permite definir a los partidos políticos que expresan las líneas nacionales y, fundamen-

talmente, la conformación de las escisiones de éstas.

En el municipio zapalino se producen luchas electorales que son en realidad luchas facciosas con ribetes y momentos de violencia, provocando, por ejemplo, el asesinato en 1942 del intendente electo, Martín Etcheluz. Estos hechos más los sucesos del orden nacional, –caída de Castillo y el inicio del proceso del 4 de junio de 1943– lleva a que el municipio sea intervenido. Además de la intervención general consecuencia del 'golpe del '30', no funciona con sus autoridades electivas entre 1942 a 1952, prácticamente hasta los prolegómenos de la provincialización de Neuquén y contemporáneamente al desarrollo del peronismo.

Hacia 1952, cuando se normaliza el concejo municipal, las adhesiones se expresan alrededor de dos partidos nacionales: el peronista y el radical. El primero cuenta con (órganos de difusión como el periódico *Alerta*, cuyos propietarios son Luis Ricci y Emiliano Such, está integrado mayoritariamente por comerciantes y a su frente se encuentra Amado Sapag⁴⁸. Zapala había sido el lugar elegido por Amado Sapag, al que acompaña durante un tiempo, su hermano Elías al trasladarse a ese lugar. De este modo, se constituye un eje de actividad mercantil, de servicios y provisión a las empresas (YPF) y Ejército, *de la familia*, que partiendo de Conunco, pasa por Zapala y Cutral Co-Plaza Huincaul.

Cutral Co –estrechamente ligado a Plaza Huincaul– tanto por su proximidad geográfica como la provisión de artículos, alimentos y elementos generales a la población del campamento petrolero, tiene desde sus orígenes comisiones de fomento: "*amigos del pueblo*" y "*pro escuela pueblo nuevo*", están integradas tanto por obreros de la empresa petrolera como por comer-

ciantes de la localidad cutralquense. También aquí, en un marco dominante de inestabilidad y lucha facciosa, se constituyen y disuелven comisiones, observándose como constante la presencia de Elías Sapag. Cuando oficialmente se permite el establecimiento de la primera Comisión de Fomento en 1936, el gobierno territorialiano a cargo de Pilotto, designa entre otros, a Gerardo Jérez, Julio Vendramini, Roberto Robles Bentham, Ernesto Geimonat y *Elías y Felipe Sapag*. Estos nombramientos adquieren significación ya que permite ir articulando la ecuación política que luego tendrá acceso al control del estado provincial. En efecto, la presencia de estos comerciantes en las instancias que se constituyen, implica por lo menos para algunos, una sustantiva capitalización política, base para acceder al poder. Cuando los habitantes cutralquenses tienen la primera oportunidad de elegir sus autoridades municipales en 1951, el gobierno comunal está conformado por tres comerciantes: *Felipe Sapag*, Félix Rosell Per y Polidoro Hernández y dos obreros de YPF: Gilberto Pérez y Andrés Alvarez⁴⁹. Las dificultades para integrarse y la 'discriminación de la que eran objeto los libaneses', los lleva a utilizar la estrategia de la política como medio para el reconocimiento social⁵⁰. Afirma una escritora al referirse a este grupo inmigratorio: "Ganaron con la política el lugar social que la tradición hispana les negaba"⁵¹.

Es importante recordar que las comisiones de esas localidades encaraban obras atendiendo a las necesidades de la población, hecho que permite a Elías y luego a Felipe Sapag, reproducir sus cargos e ir ganando –con el tiempo– presencia y 'consenso'. Así encontramos en 1936 a Elías Sapag y en 1942 a Benjamín Averbuj al frente de las comisiones municipales. En la medida

que se expande el núcleo urbano, se amplían los negocios de ramos generales y los servicios y la empresa petrolera estatal es un factor dinamizador de Cutral Co. Otros libaneses asentados en esta localidad, también provenientes de Zapala y dedicados al comercio, son la familia de Miguel Majluf y María Nader. Entre sus hijos, cabe mencionar por su accionar público, a Amado Majluf, quien integra comisiones de entidades sociales, culturales y deportivas. Cercano al radicalismo, en 1959 forma parte del directorio del Banco de la Provincia del Neuquén durante el gobierno de la UCRI, presidido por Edelman-Asmar⁵².

Por otra parte, recordemos que en la capital del territorio se daba una fuerte presencia de italianos y españoles, también comerciantes y prestadores de servicios y referentes en el ámbito público. En este sentido, el municipio neuquino que surge en 1906, manifiesta serias dificultades para imponer su jurisdicción y aceptación por parte de los vecinos; aunque son las autoridades enviadas por el poder central, gobernador y policía, quienes primero desconocen, en reiteradas oportunidades, las ordenanzas del cuerpo. La situación planteada provoca un grado de conflictividad, agravado con la llegada del radicalismo a nivel nacional; disputas resueltas de variadas formas: intervenciones, anulación de ordenanzas, etc. Se practican denuncias a la prensa local⁵³ de los hechos del municipio, se impugnan comicios, renuncian concejales, en definitiva, el órgano de gobierno local, más de una vez, queda acéfalo.

Los 'partidos locales' en los primeras décadas son *Unión Comunal*, con Aurelio Bassi, Vicente Chrestía, Javier Salvadó, Andrés Alcaraz y Ricardo Zaragoza, *Unión Vecinal*, con Miguel Mango, José Fava, Otto Max Neuman, Armando Vidal, José Masciove-

chio, etc. Con el advenimiento del radicalismo, éste pugna con el socialismo y sus referentes son Ángel Edelman, Francisco Benedetti y Carlos Acosta para el primero y, Cesáreo Fernández, Felipe Santamaría, José Enríquez y Amaranto Suárez⁵⁴, para el segundo.

El cuestionamiento a lo político en el marco de los años 1930 opera en las fuerzas locales en el sentido de pretender aparecer como apolíticas teniendo como órgano de expresión a *El Territorio* bajo la dirección de Neuman. De todas formas, el socialismo –en el contexto de la proscripción del radicalismo hasta 1935– obtiene un significativo aumento de representaciones y está presente en entidades de todo tipo, tanto culturales, como benéficas o de servicios públicos como CALF, cooperativa eléctrica creada en 1933. En estos años, se registra una activa participación de la comuna capitalina a través de sus delegados en congresos de municipios y de comisiones de fomento que se realizan en Buenos Aires. En estos encuentros se analiza el problema de los derechos políticos de los habitantes de los territorios nacionales, observándose tendencias contrapuestas en función de los intereses en juego, de la ideología predominante en los participantes y, fundamentalmente, de las diferentes realidades espaciales. Dicho de otro modo, no son las mismas, las necesidades y dinámica económico social de los territorios del norte que las del sur del río Colorado⁵⁶.

Desde los inicios de la revolución de 4 de junio, en la Gobernación están presentes las tareas de la Secretaría de Trabajo y Previsión. En esta década, con el asentamiento de las guarniciones militares en distintas partes del territorio, no sólo se movilizan recursos e incrementa población sino que se contribuye a la 'integración' del mismo y se vinculan cada vez más, los re-

presentantes del poder central con los comerciantes⁵⁷ y ganaderos. Con el peronismo se asiste a un fenómeno de agremiación incentivado por el Estado que se traduce en la aparición de nuevas organizaciones sindicales que intentan desplazar al PS y PC del control de los gremios tradicionales: ferroviarios, petroleros y de la construcción. Precisamente, los dos primeros, a partir de los conflictos del 1958 y 1961 respectivamente, anudarán sus lazos con los Sapag, al implicarse éstos en el sostenimiento de las familias cuyos jefes estaban en huelga⁵⁸.

En 1955 se sanciona la ley que permite otorgarle el carácter de provincias a gran parte de los ex territorios nacionales, entre ellos, Neuquén. Desde el ascenso del justicialismo a nivel nacional, se generan políticas orientadas a estructurar estos espacios, aunque a veces, la implementación de las mismas actúa con un efecto inverso, resultado de la compleja realidad social. Es necesario tener en cuenta que en 1946 se había realizado una asamblea en Zapala que derivó en la creación de un partido laborista neuquino, cuya comisión ejecutiva –presidida por Elías Sapag– incluía representaciones en las principales localidades del interior. Recién en 1947 se conforma localmente el partido peronista, cuyo presidente es Arturo Krause y vice Pedro San Martín.

Los gobernadores peronistas, Emilio Berenguer, Pedro Julio San Martín y Pedro Luis Quarta⁵⁹, no logran hacer frente a los problemas derivados del cuestionamiento local por ser, en general, figuras no representativas de los intereses neuquinos. Cada área y núcleo poblacional tiene sujetos sociales que los expresan; por ejemplo, Emilio Berenguer no surge como una figura que garantice la articulación entre los intereses ganaderos y comerciales y el poder local; por esta razón, San Martín,



que es una figura con amplia trayectoria en el territorio, al igual que Quarta, logra mayores acuerdos. Esto no implica que sean aceptados por todos los referentes locales, tal es la situación cuando San Martín pretende imponer como sucesor a su secretario, Pedro Mendaña, objetado desde la capital neuquina por una parte del peronismo que presenta la candidatura de Quarta. No resulta extraño en el marco del objeto del trabajo, que Belenguer cubra la escasa confianza depositada en su gobierno, con una intensa relación con *los Sapag*⁶⁰, que se traduce en comunicación postal y en reuniones entre ambos. Elías Sapag, de este modo, –representante en Cutral Co del partido laborista– logra cierto reconocimiento del peronismo local que lo instala como interlocutor entre el gobernador y los cutralquenses.

Durante el peronismo, en el marco de la "ampliación sustantiva en la dimensión social de la ciudadanía y su estrategia de expansión del mercado interno con la ISI [el peronismo] toma la decisión política de incorporar los territorios al sistema federal argentino... " [...] "ante la posibilidad concreta de elegir representantes tanto en el ámbito nacional como local, se asiste en Neuquén, a una intensa campaña de afiliación y a la proliferación de cursos de adoctrinamiento partidario y difusión de los beneficios y alcances de la nueva situación. A la vez, se levanta la intervención a los entes comunales y se reconoce rango municipi-

pal a las comisiones de fomento de Chos Malal, Junín de los Andes, San Martín de los Andes y Cutral Co, las que sumadas a las ya existentes –Neuquén y Zapala– aumentan considerablemente las posibilidades de participación de los neuquinos en instancias políticas de carácter formal⁶¹.

Para entender esta situación hay que tener en cuenta, no sólo las lógicas expectativas originadas frente a la redefinición de la función estatal y la consolidación de la orientación distributiva del gobierno a nivel general, sino también las dificultades existentes en el territorio para la organización y participación de fuerzas políticas opositoras.

A la inexistencia, previa al peronismo, de condiciones institucionales que viabilicen la organización de una estructura partidaria a escala territorial, se suman, por una parte, la implantación de mecanismos de mediación inéditos que cubren con éxito todo el espacio y, por otra, obstáculos a la acción proselitista de las expresiones políticas tradicionales. El PS –que durante los años 1930 había controlado el municipio capitalino– sufre un proceso de desestructuración que lo inhabilita para las contiendas electorales. En esta coyuntura sólo la UCR, con mayor arraigo y representación en las localidades más importantes, se convierte en la fuerza que nuclea a la oposición y logra integrar, con carácter de minoría, los distintos concejos municipales.

Una situación similar se reitera en abril de 1954 –renovación del delegado territorial y concejos municipales y elección del vicepresidente de la república– donde el partido peronista obtiene la mayoría en todos los cargos; sin embargo su presencia implica una diversificación en el espectro partidario territorialiano.

Convertido Neuquén en provincia

y ya con autoridades constituidas –aunque en el marco de la proscripción del peronismo a nivel nacional– es importante subrayar que la familia Sapag, consolidado su poder político y económico y en el contexto de alianzas con otros libaneses del sur neuquino, comienza a articular las relaciones que –en el contexto de la necesidad de crear un partido con base peronista hasta el levantamiento de la proscripción de éste– lleva a la creación del Movimiento Popular Neuquino en 1961 en reuniones que tienen como área de concreción, precisamente, Zapala y Cutral Co. Es posible que, tal como siempre afirma en las entrevistas Felipe Sapag el detonante es la ‘orden de Perón de votar a Frondizi’; no obstante, llama la atención y forma parte de la necesidad de continuar investigando sobre el nivel que permita intervincular comercio, política, etnicidad, clientelismo, entre 1958 y 1961, años de clivaje en la consolidación de la relación.

Cabe recordar, en el orden que venimos desarrollando, que *Felipe Sapag*, no sólo tiene un permanente accionar municipal durante toda la etapa peronista, sino también realiza cuestionamientos a la empresa estatal respecto de las diferencias en las condiciones de vida de los obreros establecidos en Cutral Co y los radicados en el Campamento de YPF en Plaza Huinul. A su vez, durante la denominada “Revolución Libertadora”, a pesar de la proscripción del justicialismo, continúa manteniendo estrecha relación con hombres del partido y “discreta vinculación con la comuna a través de su colaboración material o bien dando su opinión sobre las obras a concretar⁶².

En definitiva, la acumulación de capital de libaneses y sirios que arriban al territorio neuquino al comenzar este siglo, con algunos elementos personales y con la aspiración de concretar los sueños de hacer fortuna en otras tie-

rras, es definitorio para su posterior inserción. En este sentido, accionan en la creación de las asociaciones intermedias en las que participan activamente, presidiendo las comisiones; se constituye así en un factor nucleador y legitimador de su rol en los espacios políticos.

La lógica capitalista de estos sectores mercantiles, los lleva a radicarse en áreas cercanas, donde la presencia del Estado nacional a través de la empresa pública YPF y la labor de las compañías privadas ofrecen un ‘mercado’ potencial de significativa importancia para ser cubierto por comercios especializados, como es el caso de Cutral Co. El asentamiento en esta localidad petrolera no implica desvincularse de Zapala, en reiteradas oportunidades las sedes se mantienen allí; no obstante, las probabilidades de mayores beneficios económicos lleva a sirios, pero, en particular a los libaneses, de los cuales volvemos a subrayar la *familia Sapag*, a ampliar sus bases de acumulación económicas y políticas; situación que en definitiva le permite a la *segunda generación* (Felipe, Elías y Amado Sapag), acceder al poder provincial.

Esa llegada se produce luego de la creación del MPN en 1961 y para las elecciones de 1962 deben confrontar con radicales también libaneses, como es el caso de la fórmula Majluf-Benedetti (éste último médico de Neuquén capital) y permite definir en el contexto de la proscripción del justicialismo, la estrategia de creación de un *partido provincial* de base peronista, con una serie de mecanismos novedosos para los años 1962⁶³, en el marco de las divisiones del radicalismo nacional y el perfil carismático de sus candidatos; en su conjunto, elementos que operan para el triunfo del partido de Sapag.

Los *Sapag* articulan y enriquecen las alianzas comerciales, étnicas, matrimoniales, familiares y clientelares, te-

jidias durante la etapa territorialiana –¿ampliadas entre 1958 y 1961?– para lanzarse a la ‘conquista de la capital neuquina’, desplazando al otro sector de comerciantes de la sede capitalina que no logra consensuar ni conformar una expresión local de los partidos nacionales, como alternativa válida para 1962.

Asimismo, se construye –durante muchos años– en el imaginario colectivo, la importancia para gobernar de las cualidades personales de varias individualidades de estos sectores comerciantes, tanto por su accionar en las instancias de gobierno local, como por su carácter de exitosos en los negocios. Se apela tanto a la reivindicación de la marginación política de los espacios territorianos durante 70 años, como también, se aborda el problema de ‘todos los territorios unidos al nuestro por fuertes lazos afectivos’⁶⁴ que aún interesa y hace más fuerte la posibilidad de viabilizar a nivel discursivo el enfrentamiento estado provincial-Estado nacional, enarbolando la bandera del *federalismo* ■



Notas

1. Para mayor información, cfr: Orietta Favaro (Dir.): Mario Arias Bucciarelli, Alicia González, María Carolina Scuri y Susana Palacios: *Estado Provincial y Sistema Político. El caso Neuquén*. Informe Final Secretaría de Investigación, UNC. Policopiado, 1996.

2. El *criancero* es un pequeño productor ganadero, en general, de ganado caprino, con tenencia precaria de la tierra y trabajo familiar. Se trata de actores que obtienen poca productividad y tienen escasa capacidad de acumulación, dedicados a comercializar los 'frutos del país' con Chile. Susana Bandieri: "Actividades económicas y modalidades de asentamiento". En Susana Bandieri, Orietta Favaro, et al: *Historia de Neuquén*. Bs.As., Plus Ultra, 1993, 16. A su vez, el *pirquinero* es el trabajador de las minas de oro del norte neuquino, casi siempre, de origen chileno y escasa capacidad para obtener beneficios a partir del laboreo independiente en la explotación aurífera, ya que no se logra más de 50 gramos de mineral a través de la utilización de vasijas, platos de madera y zarandeo del mineral.

3. En sus Memorias, los gobernadores territorianos denominan 'frutos del país' a los cueros, lanas, pelos, etc., propios de esta región.

4. La información registrada en las Memorias de los Gobernadores, mencionan entre otros, a 'los centros de acopios de frutos del país, agencias de cargas, almacén y ramos generales, comisiones y consignaciones, compra y venta de hacienda, establecimientos agrícolas ganaderos' y otros servicios. En: *Memorias de los Gobernadores*, 1924.

5. Despertar, periódico zapalino, 1941. En: Orietta Favaro (Dir) Mario Arias Bucciarelli, et al. op. cit.

6. Testimonio Oral. Felipe Sapag, mayo 1997.

7. Testimonio oral de Jorge Afione. Tengamos en cuenta que el tren cubría el trayecto desde Bahía Blanca hasta Zapala, pero el servicio desde Neuquén capital a esta localidad, duraba 6 horas en un coche precario junto a la máquina.

8. Ricardo Hosking Trannack compra en Londres 27.000 has denominado Campo Zapala perteneciente a Roberts. Parte alrededor del año 1880 de Inglaterra y luego de viajar por Santa Fe y Córdoba recorriendo campos, con el objetivo que sus hijos aprendieran el manejo de esas tareas y adquiriendo animales, llega al recientemente creado territorio de Neuquén. Según atestiguan sus descendientes, cuando llegan a las tierras no había nada, hu-

bo que hacer los mojones, ampliar los terrenos porque no cubrían el número de vacunos y proceder a vender carne al ejército - comprador obligado - que se encontraba en Las Lajas. En: Bea Colcerniani: "Una ciudad llamada Zapala". En Los pioneros. Revista Zapala, 1994, números 1,2 y 3.

9. Testimonio Oral. Felipe Sapag, mayo 1997.

10. Dado que a comienzos de siglo en nuestro país no había embajadas que representaran a inmigrantes sirios y libaneses, las organizaciones que los contenía eran una combinación de mutuales y clubes bajo la denominación "siriolibanesa", como si fueran provenientes de un mismo país.

11. Liliana A. Bertoni: "De Turquía a Buenos Aires. Una colectividad nueva a fines del siglo XIX". En: Estudios Migratorios Latinoamericanos, Bs.As., 1994, 26.

12. Instala una fonda y alojamiento.

13. Instala primero una fonda y luego anexa una imprenta.

14. Lechería.

15. Tornería

16. Vinería

17. Transportista

18. Ferrería

19. Parte de la familia Averbuj instalada inicialmente en Zapala, se traslada y coloca un comercio en Cutral Co.

20. Dedicados al acopio de frutos del país y ramos generales propiedad de libaneses y sirios en Zapala, se encontraban: Adem Hnos, Salomón, Sapag e Hijos, Severino Afione, Jesús Mehana, Sarquis Hnos, Mauricio Averbuj y Hnos, Medhi Hnos y Jorge Sever. A su vez, con almacenes: León Gajnaj, Miguel Majluf, Juan Nadur, Sapag e Hijos, Jalil Mallid, Marun y Antonio Seede, Miguel Nadur y Elías Daud, Mansur, Fermín Temi, Constantino Medahuar, Carlos Nayar y F.Sarquis. Asimismo, con despacho de bebidas encontramos: Vicente Mehana, A. Nadur y Jalil Mallid; con carnicería: Miguel Majluf; carros y carruajes: Emilio Kreiter; cervicería: Severino Afione; comisiones y consignaciones: Sapag e Hijos; compra y venta de hacienda: Adem Hnos, Miguel Majluf, Severino Afione, Sapag Hnos, Carlos Nayar; depósito de forrajes y carbón: Adem Hnos, Aniceto Nadur y Salas & Serer.

21. Es necesario señalar que la denominación de Imperio Turco corresponde hasta la finalización de la administración otomana, momento en el cual Siria y el Líbano quedan bajo el protectorado francés (1918 - 1943). En ese último año, bajo la influencia del modelo de

Estado-Nación occidental, se crea la República del Líbano. La presencia de misiones norteamericanas y francesas, fundando colegios y la universidad del Líbano, confirió a éstos, un sentimiento de superioridad y de mayor status en relación a los sirios. Recordemos que Siria desde 1958 a 1961 forma parte -junto a Egipto- de la República Árabe Unida.

22. Liliana A. Bertoni: "De Turquía....", op. cit., pp. 86 -87.

23. Entrevista de Héctor Castillo (periodista zapalino) a Elías Sapag, a la sazón senador nacional y hermano de Felipe Sapag, actual gobernador. Marzo de 1988.

24. Archivo Histórico Provincial. Carpeta Zapala. El subrayado es nuestro.

25. Waldo Ansaldi: Prólogo. En: Tullia Falletti y Fabián Sislán: Dominación política, redes familiares y clientelismo. Bs.As., G.E.U. (Grupo Editor Universitario), 1997, p. 12.

26. Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Wortman: Las alianzas de familia y la formación del país en América Latina. México, F.C.E., 1990, p. 14.

27. Oswaldo Truzzi: "Etnicidad e diferenciación entre inmigrantes siriolibaneses em Sao Paulo". En: Estudios Migratorios Latinoamericanos, op. cit., pp.9 -10.

28. Entrevista a Elías Sapag, op. cit.

29. Carpeta Zapala, op. cit.

30. Allí se instala el Regimiento X de Infantería de Montaña en campos adquiridos a la familia Trannack. El Estado nacional construye en la década de 1930, la Guarnición Ejército Zapala, instalándose el Regimiento de Caballería.

31. Entendemos por grupo étnico, a las subculturas que conservan ciertos comportamientos característicos que, en alguna medida, los diferencia de los modales y culturas de la mayor parte de la sociedad. Además, comparte algo en común apoyado en el sentimiento de un "nosotros". En M.N.Marger: Race and ethnic Relations. Woods wort Publishing Company, 1985

32. Entrevista a Felipe Sapag. Diálogos de Felipe con los jóvenes entrepreneur. Copade, Neuquén, septiembre 1997.

33. De todos modos, permanecen en Zapala ya que unos años más tarde (1945), forman la Sociedad Comercial Colectiva con ese domicilio legal, destinada a abastecer a las guarniciones militares tanto de Zapala, como de Cuncun y Las Lajas.

34. El petróleo es el recurso más importante que se produce en Neuquén, ya que si bien la zona norte tiene yacimientos mineros, las pre-

carias condiciones tecnológicas de su explotación, los irregulares laboreos de las minas (auríferas, de baritina, de asfaltita, etc) sólo inciden en determinadas coyunturas como la crisis energética nacional consecuencia de la 2ª GM. Habida cuenta de que no generan beneficios significativos, emergen actores políticos con un papel irrelevante en las respectivas áreas de influencia.

35. Entrevista a Felipe Sapag. Diálogos...op. cit.

36. Tullia Falletti y Fabián Sislán: Dominación política..., op.cit., p.32

37. El movimiento bancario de Zapala es significativo, ya que sobre un monto de negocios generales del territorio de pesos m/n 208 millones, esa localidad reúne una suma superior a pesos m/n 52 millones. En: Francisco S. Torres: Frontera neuquina, Bs.As., Biblioteca Suelo Argentino, 1942, p. 119.

38. Mario Cerutti y Menno Vellinga (Comp): Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional. España, Alianza, 1989, p.14.

39. A título ilustrativo, comentamos el caso del matrimonio de Zuraya Sarquis con Juan H. Sapag. La instancia civil y religiosa es un momento de rearticulación de las relaciones sociales ya que convoca a connacionales radicados en el país; en este caso, - entre otros - a Adem, Averbuj, Josid, Seede, Azar, Roca Jalil, Julián, etc.; todos ellos, nombres representativos de su comunidad con permanencia hasta el presente.

40. Silvia Gorenstein: "Reestructuración del capitalismo argentino y repercusiones territoriales. Reflexiones en torno al 'modelo neuquino'". En Eure, Revista latinoamericana de estudios urbanos regionales, Bs.As., 1994, 60, p.44.

41. Recordemos que para 1914 los denominados 'turcos', ocupan los primeros lugares entre los grupos de extranjeros en nuestro país. En la provincia de La Rioja su número es mayor que el de los españoles y en Catamarca, Santiago del Estero, Córdoba, Tucumán y San Luis, tienen el tercer lugar; a su vez, Neuquén registra un cuarto puesto. La denominación de turcos u otomanos, dificulta la desagregación de sirios y libaneses en los diferentes momentos de su llegada a Argentina; la primera guerra mundial frena - en parte - el ingreso de inmigrantes de este origen, no obstante los saldos migratorios son ampliamente favorables. Más de 250 mil migrantes proceden de los países de lengua árabe, especialmente de Siria y del Líbano y llegaron a la Argentina entre 1890 y 1950.

42. No abundaremos en el análisis de italia-

nos y españoles en Neuquén capital, temática ampliamente estudiada por Sonia Fernández y Carla Manara cuyos resultados se publicaron - entre otras - en la Revista de Historia 3 y 4 de la Universidad Nacional del Comahue.

43. Archivo Histórico Provincial. Memorias de los gobernadores, 1924.

44. Recordemos que en 1918 se había creado la primera comisión de fomento, integrada por Etcheluz, Elías Sapag y Felipe Luccione.

45. Orietta Favaro (Dir.) Mario Arias Bucciarelli, et al: Estado Provincial y sistema político..., op. cit. Llama la atención, que por la minoría debía ingresar Severino Afione, sin embargo, lo hace Máximo Besoki, de origen judío.

46. Martín Etcheluz era amigo personal del Dr Leopoldo Melo que en reiteradas oportunidades viaja a la zona con el objetivo de trasladarse a las termas de Copahue. En: Testimonio de Jorge Afione.

47. En 1932, Juan Sapag forma parte del municipio, junto a José Carro, Juan Elías Adem y Carlos Chichik; siendo presidente del concejo Carlos Ortega. Este último es reelegido en 1935 e inicia su gestión con la colaboración de Alberto Zingoni, Guglielmi, Fraud Sarquis y Juan Adem.

48. En estos años, amplían su actividad económica hacia la industria minera con Empresa Minera Aluminé e instalan una fábrica de cal hidratada (hoy Los Catutos), extendiéndose poco tiempo después a la industria forestal.

49. Orietta Favaro (Dir), Mario Arias Bucciarelli et al: Estado provincial y sistema político, op. cit.

50. Por ejemplo, el periódico El Territorio, en 1934, refiriéndose a una propuesta de Elías Sapag de designar con el nombre de Elordi al futuro Cutral Co, comenta que desconoce la "autoridad del mercachifle llamado Sapag". En: Susana Palacios: "Entre el territorio y la provincia. Prácticas formales e informales de los futuros dirigentes emepenistas". En prensa. El futuro es nuestro.

51. Norma Morandini: El Harem. Menem-Zulema-Seineldín. Bs.As. Sudamericana, 1998, p.52

52. Los libaneses y sirios radicados en Cutral Co realizan intensas actividades en asociaciones intermedias, como el Centro Cultural Deportivo, que contaba entre sus principales socios y desempeñando funciones directivas, además de Saade, a Felipe Sapag. Con ello van adquiriendo el reconocimiento de hacendados que los respaldará para su posterior accionar

político. Un testimonio elocuente es el del docente Saade, quien con motivo de la presencia de una delegación de fútbol integrada por un equipo de Santa Rosa (La Pampa) y presidida por el Dr Ismael Emir, dice: "Por feliz coincidencia los integrantes de la delegación visitante eran nativos de un territorio unido al nuestro por fuertes lazos afectivos..."[...] "El centro cultural sumó prestigio al ya obtenido en su corta e intensa campaña de defensa del deporte y de la cultura, finalidades esenciales perseguidas desde el instante mismo de su fundación". En: Alesio Miguel Saade: Cutral Co. Tiempos de viento, arena y sed. Bs.As., 1986, p. 202.

53. Entre los más importantes periódicos podemos mencionar: Neuquén (1908) de Abel Cháneton, figura política importante de una comisión vecinal y asesinado en 1917. También Confluencia y Nueva Era (1913 y 1917, respectivamente), ambos dirigidos por españoles e italianos partidarios de la Unión Popular.

54. Orietta Favaro (Dir), Mario Arias Bucciarelli, et al.: Estado provincial y sistema político..., op. cit.

55. Para mayor información sobre tema, Cfr. Orietta Favaro y Mario Arias Bucciarelli: "El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: una clivaje en los años'30". En: Entrepasados, Bs.As., 1994, 9.

56. Para mayor información sobre el tema, cfr. Orietta Favaro: "Realidades contrapuestas a los estados provinciales: los territorios nacionales, 1884 -1955". En Realidad Económica, Bs.As., Iade, 1996,144, pp.79 - 96.

57. Como también son permanentes los viajes de los Sapag a efectos de reunirse con las respectivas autoridades territorianas.

58. Por ejemplo, en la huelga petrolera que llevó a la ocupación del área por parte del Ejército, los obreros eran escondidos y sus familias protegidas y provistas de alimentos. En: Susana Palacios: "Entre el territorio y la provincia...", op.cit.

59. Belenguer (1946 - 49), es de extracción sindical y proviene de Bahía Blanca, San Martín (1949 - 52), estanciero del sur neuquino y Quarta, abogado radicado en Neuquén desde 1946, se desempeña como gobernador territorialiano y como comisionado nacional con la aplicación de la normativa que convierte a los territorios en nuevas provincias. Para mayor información sobre el tema, cfr. Orietta Favaro (Dir): Estado provincial y sistema político... op cit.

60. Telegramas de Elías Sapag al gobernador Emilio Belenguer, 1946.

61. Orietta Favaro (Dir), Mario Arias Bucciarelli et al: Estado provincial y sistema político...op.cit.

62. Susana Palacios: "Entre el territorio y la provincia...", op. cit. No obstante, no sucede lo mismo con Amado Sapag, a quien la "Revolución Libertadora" le inicia un proceso judicial en 1956.

63. El cierre de campaña resulta novedoso, por un lado, el MPN se presenta por primera vez a elecciones en la provincia, apela a todo tipo de estrategias, acto central masivo, discursos 'federalistas', paternalismo, el conjunto folklórico Los chachaleros, etc. Mientras que el radicalismo, con escaso apoyo nacional, fi-

guras de bajo perfil y apelando a cuestiones que poco tenían que ver con el sentido y sentimiento del 'neuquino', resulta perdedor en la contienda electoral de 1962 luego de haber gobernado la provincia y ser el autor material e ideológico de la construcción del estado provincial. Testimonio oral del Dr Víctor Peláez, abril de 1997.

64. Es importante señalar las constantes reuniones, detrás de motivos deportivos y culturales, entre algunas figuras representativas de los comerciantes neuquinos, con otros de los territorios de Río Negro y de La Pampa. Esto conforma la idea de problemas comunes a los que se apela en forma permanente. En: Alesio Miguel Saade: Cutral Co. Tiempos de viento, arena y sed, Bs.As., 1986.



mora Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

n° 5 / octubre 1999

Rosi Braidotti: diferencia sexual y nomadismo; Ana Amado y Nora Domínguez / Diferencia sexual, incardinamiento y devenir; Rosi Braidotti / Un feminismo deleuziano. Entrevista a Rosi Braidotti; Ana Amado y Nora Domínguez / La doxa de la diferencia; Rita Felski / El Tractado de la divinanza de Lope de Barrientos y el surgimiento del estereotipo demonizado de la bruja en la España tardo-medieval; Fabián Alejandro Campagne / Los métodos en debate. La marca de los dualismos en la geografía feminista; Silvina Quintero / Bioética, herencia y descendencia. Algunas reflexiones acerca del asesoramiento genético; Susana E. Sommer / Políticas médicas de la histeria: mujeres, salud y representación en el Buenos Aires del fin de siglo; Gabriela Nouzeilles / Subjetividad, discurso y género: una propuesta metodológica; Sara Pérez y Julia Zullo / Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia; Linda Martin Alcoff / Del Parentesco al género; Entrevista a François Heritier / "Detrás de bambalinas"; Entrevista a Marta Lamas / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a:
IEEG. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puán 480. 4° piso (1406) Capital Federal. República Argentina
Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: iieg@filo.uba.ar

**BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, Noemí Goldman, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Roberto Schmit (Secretario de Redacción).

ISSN 0524-9767

Número 19, Tercera Serie

1er. Semestre de 1999

SARA MATA DE LOPEZ: Valoración de las propiedades agrarias y dinámica de las transacciones de tierras en Salta a fines del período colonial.

ALBERTO LETTIERI: Repensar la política facciosa: la conciliación y los partidos políticos de 1877 en Buenos Aires.

VERONICA V. ORTIZ DE ZARATE: Navidad en Copiapó y Vallenar. Chile, 1931.

SUSANA BIANCHI: Catolicismo y peronismo. La familia entre la religión y la política (1945-1955).

- Reuniones y Congresos
- Reseñas Bibliográficas

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U\$A 25, América Latina y E.E.U.U. U\$A 35, resto del mundo U\$A 36. Instituciones: Argentina U\$A 31, América Latina y E.E.U.U. U\$A 39, resto del mundo U\$A 41.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". 25 de mayo 217, 2° piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 43347512-43425922-43431196 (int 105) Fax: (54-11) 43432733.

La imagen del enemigo y sus transformaciones en *La Nueva República* (1928-1931)¹

Daniel Lvovich*

En el año 1932 los confiscatorios impuestos a la propiedad ahogaban a los pocos hacendados que no habían abandonado sus tierras, ya que la mayoría de las propiedades territoriales habían sido ocupadas por los campesinos, alzados al grito de *Tierra y Libertad*. Las actividades económicas rurales habían caído en la ruina, y aunque todavía se sembraba, los agricultores ocultaban o destruían sus cosechas para evitar la confiscación. En las ciudades nadie quería trabajar y el empleo público, que ocupaba a 800.000 personas, era la ocupación predilecta. Sólo el comercio se mantenía en pie, en especial el que estaba en manos de los israelitas.

El Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Dr. Leopoldo Bard, había atraído en dos años a medio millón de inmigrantes "circuncisos" provenientes de Palestina, Polonia y el sur de Rusia; y era tal la influencia y prestigio que tenía la colonia judía en el gobierno "que se había pensado en agregar a los símbolos nacionales la estrella de cinco puntas (sic) que figuraría en la bandera junto al sol". La creciente inflación provocaba, entretanto, que los billetes se depreciaran continuamente, mientras la masa del circulante se incrementaba sin pausa.

* Universidad Nacional de General Sarmiento. Agradezco los comentarios de Sandra McGee Deutsch, Leonardo Senkman y Fernando Devoto a las versiones preliminares de este trabajo.

Las principales ciudades del país estaban semidestruidas por los saqueos de 1928, llevados a cabo por el populacho enfurecido, y aún cuatro años más tarde los radicales y los socialistas se disputaban el honor de haber saqueado a Buenos Aires, destruyendo sus edificios públicos, Iglesias y medios de transporte.

El panorama político se había modificado drásticamente en relación a 1928. La UCR había dado lugar a dos fracciones; el sector de Bard y Molinari, junto al Cantonismo y el Lencinismo, fundaron el Radi-Comunismo, para oponerse al melismo, "cuyo jefe había ingresado el año anterior, como se sabe, a la 3° Internacional", mientras el conjunto de las fuerzas de izquierda dominaba el Senado. Tras la ocupación norteamericana de la Aduana de Buenos Aires y del Territorio del Neuquén por parte del ejército chileno, Hipólito Irigoyen, desplazado del poder, se distraía de su melancolía leyendo *El Capital* y una *Apología de Lenin* escrita por Enrique Larreta.

La esfera educativa no permanecía ajena a tan radicales cambios: El ministro de instrucción impuso como textos de lectura obligatoria en todas las escuelas a *El Hombre* de Oyhanarte y *El sofista* de Molinari, suprimió la ortografía y la sintaxis y declaró válidos los títulos otorgados por las bibliotecas Hipólito Irigoyen de la Capital; eliminó los exámenes e invirtió el orden de la enseñanza, que comenzaba

entonces por la Universidad para terminar en los niveles originalmente iniciales.

Pocos documentos del pensamiento de los redactores de *La Nueva República* presentan con tanta claridad sus temores y prevenciones como el ejercicio de historia ficcional escrito por Juan E. Carulla en 1928¹—uno de los varios de tono similar que el autor publicó en este periódico—del que extrajimos las líneas precedentes. Se trata, en su imaginación, de un capítulo de la historia escrita en el año 1940 por orden del interventor norteamericano, en el que la catástrofe que los neorrepublicanos preveían en ciernes había alcanzado su completa consumación.

Si bien el registro ficcional y el tono paródico que adopta este artículo podrían provocar objeciones a su uso como testimonio del pensamiento político neorrepublicano, se debe considerar, sin embargo, que son justamente estas características las que le permiten presentar sin ambages sus preocupaciones y pesadillas, liberadas de las trabas que la intervención política tradicional exige a la argumentación.

El objetivo de este trabajo es analizar el lugar que estas distintas imágenes del enemigo ocuparon en *La Nueva República*, ponderando su importancia relativa y considerando las transformaciones y desplazamientos que —pese a los escasos tres años en que apareció, de manera discontinua, el periódico— tuvieron lugar. La relevancia de este análisis reside en que muchas de tales imágenes estarían destinadas a perdurar, trascendiendo los estrechos límites de un periódico de escasa circulación, en los movimientos nacionalistas de la década de 1930.

Promediando el primer gobierno de Irigoyen, las distintas fuerzas conservadoras comenzaron a reordenar sus filas, en base a una serie de iniciativas que atendían a distintos objetivos.

Mientras tras los sucesos de la Semana Trágica se organiza la Liga Patriótica Argentina como una organización contrarrevolucionaria, más antiizquierdista que antiliberal en sus orígenes², la Iglesia comienza desde principios de la década de 1920 una ofensiva destinada a ampliar su influencia sobre el Estado y la sociedad, en la que se destacaron la creación en 1922 de los Cursos de Cultura Católica y en 1928 de *Criterio*³. Sectores de la vieja elite comenzaron en 1919 a publicar *La Fronda*, cuya prédica no se diferenció en un principio de la tradicional doctrina conservadora, defendiendo en lo económico al librecambismo y la inserción agroexportadora del país en el mercado mundial, y en lo político, una crítica despiadada al paternalismo y personalismo de Yrigoyen, a los contenidos estatistas de su administración y al estilo plebeyo de su gobierno, junto a una vaga defensa del sistema oligárquico⁴. Durante el año 1925 aparece la primera publicación autodefinida como nacionalista, *La Voz Nacional*, de efímera existencia y extravagante conformación, dirigida por Juan E. Carulla⁵.

En este contexto hará su aparición, a fines de 1927, *La Nueva República*, el principal vocero nacionalista del período. Inicialmente concebido como un periódico que expresara a la generación nacida entre los años 1890 y 1900, el grupo original era numeroso, aunque "... los propósitos de unos y otros dispares. Había entre los interlocutores, católicos tradicionales o conversos recientes, maurrasianos, conservadores, antipersonalistas e irigoyenistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros", amplitud que excluía, sin embargo, a los socialistas⁶. El proyecto inicial será pronto abandonado, para dar paso a la constitución de un órgano político y doctrinario de oposición al gobierno, lo que motivará que abandonen las conversaciones los

irigoyenistas Carmelo Pelegrini y Mario Jurado, y el maurrasiano ortodoxo Alfonso de Laferrère, que no quería asociar "el destino de la patria al nombre de la república". El equipo de la nueva publicación quedó compuesto entonces por Rodolfo Irazusta como Director; Ernesto Palacio —que firmaba en ocasiones como Héctor Castillo— como Jefe de redacción, Juan Carulla, Julio Irazusta y Mario Lassaga, que empleaba el seudónimo de Mario Garay, como redactores permanentes y César Pico y Tomás Casares como colaboradores especiales, que participarán sólo en los primeros números de la publicación. Posteriormente se incorporaría al núcleo principal de la publicación el poeta Lisardo Zía, que en ocasiones firmaba como Eduardo Muñoz o como Taurus.

Los hermanos Irazusta, que provenían de una acomodada familia enterrriana, habían tenido cierta participación en el radicalismo, acompañando a su padre, dirigente del radicalismo antipersonalista en su provincia. Ambos se vieron influidos durante su estancia en Europa por las corrientes antiliberales por entonces en boga. En el caso de Rodolfo, la principal influencia fue la de Charles Maurras; en el de Julio, la del creador de la Acción Francesa no fue tan relevante como las de Benedetto Croce, el filósofo espiritualista y conservador Jorge Santayana y Edmund Burke⁸.



Ernesto Palacio pertenecía a una destacada familia porteña. Anarquista en su juventud, se vinculó a las vanguardias literarias y en 1924 se encontró entre los fundadores de la revista *Martín Fierro*, por lo que Julio Irazusta consideraba que provenía "de una extrema izquierda más literaria que política". Bajo la influencia de César Pico se convertirá en un católico militante, dedicado a los problemas de la teoría y la acción política en base a una muy sólida formación clásica. Juan E. Carulla era un médico enterrriano, que en su juventud había sido anarquista y colaborado en *La Protesta*. Durante la Primera Guerra Mundial se enroló como médico en el ejército francés, sien-

do en Francia influenciado por L'Action Francaise. Su trayectoria se asemeja así al tradicional tránsito europeo, mediado por la *Fronterlebnis*, desde la izquierda al nacionalismo.

Cesar Pico, médico bacteriólogo de formación, ejerció una notable influencia entre las jóvenes generaciones nacionalistas, sobre todo a través de los Cursos de Cultura Católica. Tomista y católico intolerante, llamado el "vice-Papa" por sus amigos, estuvo influido por el primer Maritain, Berdiaeff y Belloc, y tras la condena papal a la Action Francaise, pasó de la admiración al desprecio por la obra de Maurras. Tomás Casares, filósofo y jurista, intransigentemente tradicionalista y antimoderno, se vinculó desde muy joven a los grupos católicos. Fue uno de los exponentes del nacionalismo católico que más participación tuvo en las instituciones del Estado⁹.

Los distintos puntos de partida de los colaboradores de *La Nueva República* no impedían que los uniera su común oposición a la democracia liberal y al régimen irigoyenista, mientras el "criterio de base, católico, aristotélico, hispánico..." los acompañaría durante toda su vida¹⁰.

El universo de lectores de *La Nueva República* no era numéricamente demasiado amplio, aunque desde el punto de vista de su influencia entre sectores de la elite no carecía de importancia. Desde una perspectiva doctrinaria Ernesto Palacio señalaba que "*La Nueva República* representa en el país una minoría. No debemos, ni podemos, ni queremos ser sino una minoría..."¹¹, mientras Carulla detallaba que "Se nos leía en los medios cultos, tanto de la Capital como del Interior; se nos leía entre la juventud universitaria, en el ejército y en las filas católicas"¹². Como es sabido, el General Uriburu se encontraba entre los más importantes suscriptores de la publicación.

Al cumplirse el primer aniversario de la publicación Julio Irazusta precisaba, posiblemente exagerando, que: "El número de suscriptores aumenta, paulatinamente y creemos poder completar el millar antes de fin de año"¹³, con una influencia que se ampliaba debido a que los artículos eran transcritos frecuentemente en diarios del interior y repercutían en la gran prensa metropolitana. Por otro lado se debe señalar que los redactores de *La Nueva República* colaboraban frecuentemente con otras publicaciones, en un abanico que abarcaba desde *Criterio*, *Baluartes* y *La Fronda* hasta *La Nación*. Sin embargo, la intención manifiesta en varios números de 1930 de alcanzar la cifra de diez mil suscriptores y la esperanza de que la aparición diaria los ponga en contacto con "... un público más vasto, de lectores nuevos e indiferentes, que pronto se convertirán en viejos amigos..."¹⁴ se verán frustradas, ya que la publicación nunca alcanzará una difusión masiva.

Las posiciones ideológicas de los redactores de *La Nueva República* se inspiraban en dos fuentes básicas, que resultaban en ciertos aspectos contradictorias: el tradicionalismo católico de raíz tomista y la doctrina maurrasiana, que alimentaban una postura antiliberal y antidemocrática. Aunque es cierto que, como afirma Zuleta Alvarez, la influencia de Maurras sobre los neorepublicanos fue indirecta y parcial y no alcanzó a todos los redactores ni a todos los aspectos desarrollados en el periódico¹⁵, su importancia fue sin duda fundamental, y mucho mayor de lo que el autor de *El Nacionalismo Argentino* ha señalado. En las páginas del periódico se reproducían, igualmente, capítulos o párrafos de un arco relativamente amplio del universo de referencia del pensamiento conservador: desde clásicos de la antigüedad greco latina, como Platón, Aristó-

teles o Cicerón, hasta autores argentinos, como Groussac, Lugones y R. Rivarola; incluyendo además, entre otros, a Burke, de Maistre, Spengler, Papini, Chesterton, Berdiaev, Musso- lini y de Maetzu.

Desde un punto de vista editorial, la publicación de *La Nueva República* se divide en tres períodos. Entre diciembre de 1927 y marzo de 1929 aparece quicenalmente, bajo la dirección de Rodolfo Irazusta; reaparece como semanario con Ernesto Palacio como director, entre el 18 de junio de 1930 y el 7 de marzo de 1931; para iniciar luego una breve etapa como diario, desarrollada entre el 5 de octubre y el 10 de noviembre de 1931, dirigido conjuntamente por Palacio y Rodolfo Irazusta, con el subtítulo de "Epoca de la reorganización nacional".

Sin embargo, desde el punto de vista de la transformación de las ideas de los redactores de la publicación, consideramos que el clivaje más importante está representado por el golpe de 1930, y la posterior desilusión de los neorepublicanos con el rumbo adoptado por la revolución, que implicará notables desplazamientos en algunas de sus perspectivas fundamentales. Por lo tanto, la periodización que proponemos en este trabajo toma como punto de inflexión a los sucesos de septiembre de 1930, proponiendo una interpretación de la ideología neorepublicana que privilegia como clave de lectura a los conceptos de decadencia y complot.

La perspectiva decadentista de los neorepublicanos, derivada en gran medida de los esquemas interpretativos de Maurras y la derecha francesa, posibilitará la lectura de la democracia —entendida más como fenómeno ideológico que como una manera de distribución del poder político en la sociedad¹⁶— como jalón casi terminal, superado en este aspecto sólo por el bolchevismo, de un proceso de declina-



ción de la sociedad. Las páginas de *La Nueva República* dan testimonio de los comienzos de un trabajoso proceso de búsqueda de un foco de positividad histórico —que resultó sin embargo, siguiendo la consigna maurrasiana de *la politique d'abord*, una preocupación secundaria— a partir del cual entender el desarrollo como corrupción.

La decadencia no era entendida como un proceso naturalmente desarrollado, sino como resultado de oscuras conjuras cuyos responsables creían poder identificar. En este sentido, consideramos que la idea de complot organiza desde el comienzo la cosmovisión nacionalista, que identificaba en ocasiones a los conjurados en individuos que, como Irigoyen, escondían tras sus prácticas unas intenciones siempre ocultas, y en otras a fuerzas más amplias, que desde las sombras intentaban dominar el mundo, como el "judaísmo internacional", la masonería o el protestantismo.

Para superar las aporías de las historias favorables u opuestas al nacionalismo de los "nacionalistas" en Francia, Pierre Taguieff se preguntaba: "¿Por qué no definir el nacionalismo 'fin de siglo' a partir de su gesto constitutivo, fuertemente tematizado, de denuncia de un complot dirigido a dominar y explotar el cuerpo nacional? Un complot organizado por extranjeros

del interior... He aquí de nuevo, vuelto hacia el interior, el tema de la *cruzada*, cruzada para la reconquista del país real tanto como del país legal¹⁷. La perspectiva propuesta resulta, como intentaremos demostrar, perfectamente pertinente para el caso de los neorrepublicanos, no sólo por su recepción de la doctrina maurrasiana de los cuatro estados conjurados, sino también porque en su retórica la explicación causal de gran parte de los fenómenos políticos y sociales considerados remitían, en última instancia, a la acción de fuerzas ocultas.

La primera etapa de La Nueva República (1927-1930)

En el primer número de *La Nueva República*, los hermanos Irazusta publicaron un artículo de contenido programático¹⁷, en el que señalaban que la sociedad argentina estaba atravesando una profunda crisis, cuya causa encontraban en la desorientación intelectual que había impedido la formulación de una doctrina capaz de reemplazar al positivismo de Alberdi y su generación; y en la demagogia imperante desde la sanción de la Ley Sáenz Peña, cuyas consecuencias eran el saqueo del Estado y el desaliento al trabajo productivo. Con ello, las instituciones de la República comenzaban a ceder ante los elementos de descomposición, que habían llegado a poner en riesgo la vigencia misma de la Constitución de 1853.

Ante un panorama descrito con trazos tan patéticos, *La Nueva República* asume el rol de vocero de una reacción patriótica. En este sentido, el componente católico tradicionalista es evi-

dente, ya que afirman que: "Lo primero haremos una campaña de dignificación social, de depuración de todos los elementos contrarios a la unidad espiritual. Que ésta no se consigue y preserva sino gracias a la religión es la enseñanza que nos proporciona la historia de los más diversos países que han merecido el título de grandes. [...] Nosotros trataremos de inculcar a la juventud, sobre todo universitaria, el respeto por la Iglesia y en problemas como el de la libertad de enseñanza y divorcio, para los cuales ella tiene solución conocida, estaremos con ella". Se proponen igualmente defender la solidez de la familia argentina, amenazada tanto por la posibilidad de una ley de divorcio cuanto por el excesivamente igualitario régimen de la herencia.



En el terreno político, defienden la diferenciación clara de las instituciones del Estado y, con espíritu maurrasiano, el fortalecimiento del régimen presidencial, "tendencia que está en el orden natural de las cosas de acá", y de las

autonomías municipales y la existencia de fueros provinciales y municipales. En el aspecto económico, señalan que "Las industrias madres soportan el enorme tributo del capital extranjero que rige las transacciones por medio de los frigoríficos y de las grandes firmas de acopiadores de grano.", criticando la ineptitud del Estado para proteger la producción y el desproporcionado crecimiento de la población urbana, que se contraponen al debilitamiento de la población rural y a la falta de estímulo al trabajo productivo.

La postura de los neorrepublicanos resulta entonces republicana pero no democrática, combinando la defensa de la Constitución con la crítica a la Ley

Sáenz Peña, a la que responsabilizaban de los males políticos del país. En este sentido el grupo se presenta como una continuidad de la tradición política republicana argentina, por lo que no era poco frecuente que recurrieran a la figura de Alberdi para filiar su ideología. Rodolfo Irazusta presentó, en reiteradas ocasiones, a los conceptos de República y Democracia de manera contrapuesta, en base a un conjunto diferenciado de argumentos. Desde el punto de vista constitucional, afirmaba que "En los ciento y tanto artículos de la constitución del 53, ni una sola vez se habla de la democracia", y que "De las tres palabras que definen la forma de gobierno, ninguna de ellas es inseparable del concepto de Democracia y dos son francamente hostiles¹⁹. Según este razonamiento, mientras la República implica el interés por la cosa pública y la primacía del derecho público sobre el privado, la Democracia sostiene la primacía del interés y el derecho privado. El concepto de Representación implica en esta óptica sencillamente



la delegación de poder, que existe en realidad en cualquier régimen político. En el caso democrático, "La elección no puede dar una representación fiel, si no se opera entre hombres de la misma condición social o profesional [...] Cuanto a que los diputados representan el interés general, es un contrasentido, porque ese sólo puede representarlo el Estado en su unidad. Podría pues la representación involucrar la democracia, pero la realidad de la democracia destruye toda representación con el sufragio universal²⁰. En cuanto al federalismo, Irazusta sostiene su incompatibilidad con la democracia, ya que cuando el Estado procede del sufra-

gio universal no respeta ninguna limitación tradicional. Siendo el federalismo tradicionalista por naturaleza, constituye una valla para el poder político, por lo que "... o hay federalismo o hay democracia; los dos juntos no pueden vivir²¹."

Desde el punto de vista histórico, sostenía Rodolfo Irazusta que la Argentina nunca fue una república democrática, debido a que ni en el período colonial ni el que transcurrió entre la Independencia y la Organización Nacional existen rastros de una política democrática, a no ser en los Cabildos, que expresaban los intereses comunales, donde la democracia tiene su campo de acción indicado²². Aunque resulta innegable que los hombres de mayo y los constituyentes de 1853 recurrieron a la doctrina democrática, afirma, lo hicieron como medio y no como fin. Si la democracia no está inscrita en la tradición nacional, si lo está la "... del gobierno personal, hasta el punto que se puede decir que el país, tal como

es hoy y lo amamos, es una creación del poder personal: primero del Rey de España [...] y luego de Moreno, Rivadavia, Rosas, Urquiza y la serie de los varios grandes presidentes elegidos según la constitución del 53²³.

Desde una perspectiva doctrinaria, Rodolfo Irazusta afirmaba que la República, en sentido lato, es la realidad misma del gobierno, el gobierno existente en todo país bien organizado, "... donde éste sea regido por aquél como el cuerpo por el alma²⁴. Este es el sentido en que podían hablar de República los clásicos españoles y franceses que vivieron bajo regímenes monárquicos. El sistema republicano impli-

ca, igualmente, "... la admisión, en el ejercicio del gobierno y en su formación, de un principio más espiritual que el mayoritario, la capacidad y la representación de la capacidad, y en el organismo social, de las diferencias establecidas por la naturaleza; el respeto por las superioridades de la posición, de la cultura, de la edad..."²⁵. En contraste, la democracia no es en esta óptica más que utopía y abstracción, y su teoría un movimiento de oposición hecha por hombres que sufrían de los inconvenientes inevitables en toda formación social y "que se vengaban teorizando sus rencores. Ostenta la unilateralidad y el espíritu sectario de un programa de partido"²⁶. Sostenía asimismo que los principios de igualdad y libertad sin restricciones que son el fundamento de la democracia hacen imposible toda organización abriendo las posibilidades para que el culto de la incompetencia se haga general, ya que, arrasadas las jerarquías, todos creen ser aptos para todas las actividades. En el aspecto económico sostenía que la democracia es el régimen del consumo: la igualdad teórica hace que nadie acepte de buen grado los duros oficios de la producción, que quedan para los que no alcanzan una participación en el presupuesto del Estado. Para los redactores de *La Nueva República*, la expansión ilimitada del empleo público era inseparable de la democracia, ya que apreciaban que era éste el factor que permitía el desarrollo de prácticas clientelares que garantizaban el éxito de las maquinarias políticas.

La postura antidemocrática y antiliberal fue también teorizada por Ernesto Palacio en términos de decadencia intelectual. En su óptica, "Los sofismas del romanticismo y la revolución francesa, que emponzoñaron toda la actividad pensante de varias generaciones argentinas y obstaculizaron nuestro crecimiento político, siguen siendo en

el ambiente nacional la ideología dominante"²⁷. Consecuencias de esta hegemonía intelectual resultan, en el orden científico y artístico, la apoteosis de la improvisación y la incultura; y en el plano político, "una torpe demagogia que amenaza arrasar hasta con los más firmes pilares del monumento levantado por la cordura de nuestros constituyentes". Ambos fenómenos son unificados por Palacio bajo el signo de la barbarie: Mientras en el plano especulativo el romanticismo significa el desconocimiento de las jerarquías espirituales y la defeción de la inteligencia ante el sentimiento y la experiencia sensible, en lo político representa el desconocimiento de las jerarquías naturales. "Su expresión categóricas es el dogma de la soberanía del pueblo, fuente de casi todos los errores doctrinarios que hacen del siglo pasado uno de los más funestos en la historia del pensamiento universal"²⁸. En la Argentina, el predominio del pensamiento romántico ha provocado la "Negación de la jerarquía sobrenatural de la Iglesia de Cristo; negación de la jerarquía natural del Estado: predominio del arbitrio individual y de la sensibilidad revolucionaria". En tales características han desarrollado un rol central la escuela laica, la crítica de los partidos avanzados, la propaganda de la prensa popular y las prácticas demagógicas.

Desde esta temprana intervención aparece en Palacio la idea de complot, por lo que, frente a lo que entendía como una "... vasta conspiración de fuerzas enemigas...", señala la necesidad de iniciar la contrarrevolución, en un doble aspecto: Uno intelectual, "que consistirá en la destrucción paulatina de los sofismas democráticos y liberales con que se envenena a nuestra juventud desde la cátedra, el periódico y el libro" y otro político. "... la lucha sin cuartel contra los adversarios de la na-

cionalidad y el orden, contra la coalición de la canalla revolucionaria cada vez más insolente y envalentonada"²⁹.

La definición de nacionalismo que el mismo Ernesto Palacio propone participa de esta concepción antiliberal y antidemocrática, ya que en su óptica, "El nacionalismo persigue el bien de la nación, de la colectividad humana organizada; considera que existe una subordinación necesaria de los intereses individuales al interés de dicha colectividad y de los derechos individuales a los derechos del estado. Esto basta para diferenciarlo de las doctrinas del panteísmo político, las cuales se caracterizan por el olvido de ese fin esencial de todo gobierno —el bien común— para sustituirlo por principios abstractos: soberanía del pueblo, libertad, igualdad, redención del proletariado. Sabemos ya los orígenes de esta desviación moderna. Reconocemos inmediatamente las imaginaciones malas del psicópata ginebrino..."³⁰. Por ello, el nacionalismo se manifiesta como un movimiento tendiente a la restauración de los principios políticos tradicionales, resumidos en los principios de orden, jerarquía y autoridad, a los que el espíritu democrático, con su invocación de derechos individuales absolutos, se contraponen. Acorde a esta concepción, el nacionalismo implica el reconocimiento de que la sociedad está fundada en la naturaleza, por lo que excluye de sus filas a aquellos que afirmen cualquier versión del contractualismo.

Desde una postura católica integrista, el aporte de César Pico y Tomás Casares a la crítica de la democracia y el liberalismo parte igualmente de una perspectiva decadentista. Si el fin de la Edad Media significó el tránsito de la cultura —en la que primaban los valores espirituales— a la civilización, caracterizada por el materialismo; sostiene Pico siguiendo a Berdiaev, la mo-

dernidad significa no sólo un agotamiento de las fuerzas creadoras sino también un desorden de las jerarquías establecidas por la naturaleza. La democracia no es en esta óptica más que una consecuencia de la indiferencia frente a la verdad y el criterio de las mayorías una torpe solución ante el abandono de los criterios objetivos, trascendentes al simple parecer subjetivo. Es por ello que el régimen parlamentario sólo se pudo desenvolver mientras no debió enfrentar problemas apremiantes, pero no podría superar los desafíos del bolchevismo y el fascismo, exponentes ambos de un estado de espíritu que apunta a la intolerancia. Mientras el comunismo es considerado un movimiento sentimental, cuyo cientificismo encubre su absoluto vacío intelectual, en cambio, "La reacción intelectual [...] consciente del significado filosófico de la crisis contemporánea busca el remedio en un retorno a la cultura, a la primacía del espíritu y de la inteligencia. Ante todo, una revisión de los sofismas del subjetivismo filosófico, una vuelta hacia la gran tradición de la filosofía realista. Cultura greco-romana; reivindicación de la Iglesia y del tomismo; disciplina obligada de la soberanía romántica"³¹. Casares encuentra, en idéntico registro, la solución a los problemas abiertos por la difusión de las doctrinas de la soberanía popular y la autonomía individual teorizada por Kant, en el reconocimiento del concepto de deber como sometimiento a una norma trascendente, cuya legitimidad no podría provenir sino de la Iglesia como depositaria de la revelación divina³².

Los neorepublicanos compartían la idea de que la democracia y el liberalismo conducían naturalmente al socialismo, el caos o a la dominación extranjera,³³ no sólo porque la voluntad popular expresada en el sufragio uni-

versal arrasaba, en esta perspectiva, con todo límite, sino porque su desarrollo era entendido como producto de una serie de fuerzas conjuradas. Así, se entendía la decadencia espiritual de la juventud como resultado de "... la terca e insidiosa propaganda anticatólica subvencionada por el extranjero"³⁴, se afirmaba que la democracia tenía un origen protestante, al que se atribuía un espíritu revolucionario³⁵ y se aseguraba que tras el ataque del liberalismo a la Iglesia y su clero se ocultaba su alianza con la masonería y el protestantismo y su tendencia a "judaizar"³⁶.

Junto a estos enemigos universales del orden, la jerarquía y la Iglesia, existían naturalmente, otros mucho más cercanos, como el radicalismo y la izquierda.

Los neorrepúblicanos presentaron una imagen permanentemente negativa de la figura de Hipólito Irigoyen, aunque sus opiniones sobre el Partido Radical serán más matizadas, para cambiar notoriamente tras la desilusión del grupo con el rumbo de la revolución de 1930 y el cambio de orientación ideológica que llevará a los hermanos Irazusta y a Palacio a una revalorización del pueblo y a un viraje hacia posturas antiimperialistas.

Según la óptica de Rodolfo Irazusta, hasta su acceso al gobierno en 1916, "... el Radicalismo no poseía, por lo menos en forma preponderante, elementos revolucionarios; era el Partido de la Constitución y aún se le sospechaba de un vago clericalismo"³⁷. Sin embargo, a partir de esa fecha, aquel partido y su líder merecían la crítica de *La Nueva República* por tres motivos.

El primero era, coherentemente con la ideología neorrepblicana, el que su origen y legitimidad provinieran del

voto popular. En la retórica de *La Nueva República*, las referencias a los sectores populares eran frecuentemente despectivas —el vulgo, el populacho— y su función en los movimientos sociales la de simples espectadores que apoyan pasivamente a las minorías activas, en una concepción que remite a Maurras pero también a Pareto. La imagen predilecta de Ernesto Palacio al respecto refiere que "... la masa en todos los movimientos de la historia, ofrece una analogía patente con el coro de la tragedia clásica"³⁸. De este modo, el primer pecado de Irigoyen consistió en llegar en 1916 a la Casa Rosada "arrastrado por la turba democrática" y haber dado a entender "... desde el primer

momento su voluntad de castigar el orgullo de los poderosos en franca amistad con el populacho..."³⁹.

El segundo aspecto, compartido con un amplio arco opositor se refería a las prácticas demagógicas, el carácter discrecional y corrupto del gobierno y al avasallamiento de las autonomías pro-

vinciales desarrolladas durante las administraciones de Irigoyen. Para *La Nueva República* en cuyas páginas se escribía el apellido del Presidente con la letra *ye* para evitar relacionarlo con Bernardo de Irigoyen— esto se manifestaba en que mientras no proveía las altas dignidades del Estado, atiborraba las dependencias del gobierno con millares de empleados que habrían de constituir su ejército electoral. Junto a las frecuentes intervenciones federales a distintas provincias, los neorrepúblicanos detestaban "el abuso, el prevaricato y el atropello"⁴⁰ que en su óptica caracterizaban al régimen, atribuyendo la raíz de todos estos males al



carácter plesbiscitario del gobierno que le permitía arrasarlo con todo límite y control.

El tercero y más permanente de los tópicos neorrepúblicanos respecto al radicalismo, residía en considerar a este partido como una fuerza con un verdadero carácter izquierdista y revolucionario. La popularidad de Irigoyen realizaría entonces las tareas para las que los Partidos Socialista y Comunista no estaban en condiciones, ya que "Toda la propaganda de ideas hecha en los últimos años ha consistido en presentar aderezados de mil maneras los principios socialistas. El vulgo no maneja ya ni aun tópicos de otra procedencia. Pero nadie ha logrado encauzar el sentimiento socialista como el señor Yrigoyen, con ese enorme partido con ciertos visos de nacionalismo y un espíritu de lucha de clases, favorecido por la abundancia del capital extranjero en el país. Y, al hacerlo ha despojado al socialismo, al suyo, de esa frialdad ideológica inhumana que lo caracteriza en su estado original y que debe a su origen judío y a su crianza protestante"⁴¹.



Detrás de cada movimiento huelguístico —a los que seguían con atención— los neorrepúblicanos sospechaban de la acción de Yrigoyen como instigador del conflicto, o bien de la pasividad o favoritismo del gobierno hacia los trabajadores. Aún el miembro más mesurado del grupo, Julio Irazusta, sostuvo una polémica con Manuel Gálvez respecto al obrerismo de Yrigoyen, en la que afirmó que el líder del radicalismo era revolucionario no sólo por sus prácticas obreristas, sus demagógicos ataques al capital y su neutralidad en los conflictos sociales, sino también porque el sólo anuncio

de su reelección había desencadenado huelgas y porque tras la Reforma Universitaria se escondía un larvado bolcheviquismo⁴².

Con relación a la izquierda, *La Nueva República* publicó desde su primer número informaciones negativas sobre la Unión Soviética y México —país al que consideraban como una sucursal de Moscú, dirigido por masones y socialistas— en las que destacaba sobre todo las persecuciones contra los católicos. Si la situación en estos países se conectaba con las peores pesadillas neorrepúblicas, no ocurría lo mismo con los partidos comunista y socialista argentinos, que nunca representaron para ellos un peligro verdadero ya que, como afirmáramos, sostenían que la verdadera amenaza revolucionaria provenía del radicalismo.

Por ello, las referencias a los líderes socialistas, aunque despiadadas, se realizaban en un tono permanentemente irónico y despectivo, en el que los caracterizaban como un conjunto de charlatanes insustanciales⁴³. Respecto al comunismo, si bien se lo consideraba "... peligroso [...] como estado de ánimo, como núcleo de simpatía a cuyo derredor se pueden agrupar esas dispersas fuerzas revolucionarias"⁴⁴ no se consideraba a aquel partido como una amenaza real, debido a su endeblez y sus permanentes divisiones. Por ello, aunque consideraban necesario mantener a sus militantes bajo vigilancia, pensaban que lejos de encabezar la revolución social, "... partidos como el comunista no alcanzarán más que a elegir concejales, como Penelón, que tan bien se ha caracterizado por su vanidad y ridícula suficiencia"⁴⁵.

Si los neorrepúblicanos se exasperaban ante la composición plebeya del radicalismo, en el caso de los partidos de izquierda a ello se sumaba lo que consideraban una inaceptable participación extranjera en sus filas. Blanco privilegiado de sus iras eran, por un lado, los militantes y diputados socialistas de origen italiano, "señores llegados ayer al país" a los que, en su entender, la cláusula constitucional de nacionalización no amparaba, debido a que hubiera debido excluir "... a los que repudian lo nacional, a los que en vez de agradecer la acogida de la sociedad argentina, tratan de destruir su organización; a los que han llegado a identificar los vicios de la política con las modalidades argentinas, diciendo 'política criolla'"⁴⁶. Sin embargo, para los neorrepúblicanos el principal problema de las organizaciones de izquierda era su origen y composición, que entendían eran característicamente judíos⁴⁷.

En efecto, desde sus primeros números, y a lo largo de toda su trayectoria, *La Nueva República* insistirá en presentar al socialismo como un instrumento judío, además de no dejar de recordar jamás el origen de varios de sus dirigentes, a los que se referían, despectivamente, como "Los judíos de la casa del pueblo" o "los israelitas Dickman". Similar identificación se realiza con el Partido Comunista, caracterizado como "artificiosa secta de pronunciado olor hebreo" constituida "... sobre un núcleo de afiliados judíos..."⁴⁸.

El argumento acerca del origen judío del socialismo se apoyaba en primer término en la idea de que la obra de Marx era expresión de una "mentalidad semítica", cuyo carácter polémico era resultado de un exhibicionismo que "... lo llevó a discrepar con todos, para así singularizarse y dar satisfacción a su enfermiza vanidad racial"⁴⁹. La conversión de la familia Marx al

protestantismo no sólo no constituía un obstáculo para este razonamiento sino que, curiosamente, lo reforzaba. Esta idea no se sostenía sólo con el irónico argumento de que su padre, "como buen abogado judío, decidió la conversión en bloc de toda la familia, con lo que realizaba una apreciable economía"⁵⁰, sino con la idea de que el judaísmo había dejado en Carlos Marx, pese a su conversión, el estigma corporal de la circuncisión y un estigma racial que provocaba que odiara su origen mucho más que cualquier converso de otra religión, porque "... en estos ruines menesteres los judíos descuellan, dando muestras de una amoralidad bastante desaprensiva"⁵¹.

La convicción acerca del origen hebreo del socialismo reposaba además en lo que entendían era el carácter antinacional e inasimilable de los israelitas, quienes por ser extranjeros en todas partes "odian y desprecian a todas las naciones, a todas las patrias" sentimiento que se ha transformado en el "internacionalismo antipatriótico de los socialistas o, mejor dicho, tras el internacionalismo católico se oculta el odio hebreo, como se oculta el odio judío a la Religión Católica tras el liberalismo o la indiferencia religiosa de que blasonan los socialistas"⁵². Es por ello, afirman, que los judíos socialistas conservan sus ritos mientras obligan a los católicos a abandonar su religión.

Si el lazo que mantenía unida a la "comunidad imaginada" de los neorrepúblicanos era, en sintonía con las posturas de Ramiro de Maetzu, el catolicismo⁵³ no debe extrañar que se considere a los judíos como extranjeros y enemigos. Debe recordarse al respecto que en la polémica desarrollada en 1928 sobre el carácter del nacionalismo, Ernesto Palacio se encargó de responder prolijamente a cada uno de los argumentos de Leopoldo Lugones,

con la excepción de la acusación de antisemitismo, a la que no se preocupó en levantar⁵⁴.

El antisemitismo neorrepúblicano no provenía sólo de la identificación entre izquierda y judaísmo, sino que abarcaba un amplio abanico temático. Los personajes más odiados dentro del radicalismo eran, además de Irigoyen, Molinari, Ricardo Rojas y Leopoldo Bard. A este último, al que invariablemente se denominaba "diputado judeo-radical", se le despreciaba por su visibilidad como judío, su origen plebeyo y sus tendencias populistas, imputándosele relaciones con la delincuencia y la pornografía⁵⁵.

La prédica neorrepública de defensa de las zonas rurales frente a una creciente urbanización, tenía como corolario que se demandara al Estado la implementación de una ley que obligara a los inmigrantes, independientemente de su origen, a permanecer en el campo y evitar que se radiquen en la Capital⁵⁶, además de postular la necesidad de seleccionar a los migrantes. Sin embargo, para el caso de los inmigrantes israelitas, *La Nueva República* solicita una intervención más radical, ya que de los 400.000 judíos que aseguraban que vivían en 1928 en Argentina sólo un puñado había permanecido en el campo, debido a que "... los israelitas no son la mejor inmigración para ningún país y menos para el nuestro, en donde se necesita más que todo pobladores para el desierto. Y lo que ha pasado en Polonia, Canadá, Brasil, Palestina, Rusia, etc., es que los gobiernos respectivos se han visto obligados a limitar numéricamente la entrada de israelitas, o a encauzar sus actividades comerciales por medio de leyes restrictivas"⁵⁷.

La imagen recurrente que sobre los judíos tenían los neorrepúblicanos era la del parásito, que aprovechaba en beneficio propio los esfuerzos ajenos,

tanto en el aspecto intelectual como en el económico. En lo relativo al mundo de las ideas, Gozalbo opinaba que Marx no había hecho más que aprovechar las ideas concebidas por Saint Simón y Fourier entre otros, para apropiarse luego de la colaboración de Engels, ya que como todos los sabios judíos era un "empresario del saber"⁵⁸. Para el contexto argentino, *La Nueva República* responde a las críticas de *La Vida Literaria*, revista dirigida por Samuel Glusberg en la que colaboraba Lugones, con similar argumento: Los judíos, que se apropian "... de ropas viejas y de ideas ajenas..." –así como Maimónides no pasó de ser un vulgarizador de Aristóteles y Spinoza de Descartes– aprovechan hoy a Lugones "... con esa facilidad deshonesto con que Judá se aprovecha de todo"⁵⁹. Es en el aspecto económico donde esta imagen se torna más recurrente, ya que desde el comienzo de la publicación se critica a las empresas cerealeras "judías", –como Dreyfus y Bunge y Born– a las que se acusa por el empobrecimiento de los agricultores, aún antes de que los neorrepúblicanos comiencen su crítica al capital extranjero⁶⁰, señalando que "La necesidad de intermediarios es un invento de los judíos"⁶¹.

El extremo conservadurismo de *La Nueva República* llevó a sus redactores a criticar también a *La Prensa* y *El Hogar* por su "liberalismo ciego", a la educación popular, que abre en su óptica el camino a la difusión entre las masas de las ideologías avanzadas, por lo que se propone "... combatir el alfabetismo en nombre de la cultura"⁶², a la Reforma Universitaria y a la posibilidad de que las mujeres –cuyo único espacio legítimo era para los neorrepúblicanos el doméstico– accedan al voto⁶³. También criticaron la creciente influencia norteamericana sobre Hispanoamérica y condenaron la invasión a Nicaragua, aunque esforzándose por distin-

guir su crítica de las propias de las posturas antiimperialistas de izquierda, ya que en la óptica de *La Nueva República*, el nudo del problema no radicaba en la defensa de un principio de soberanía absoluto, sino en que la intervención fue realizada por un país ajeno a la comunidad hispanoamericana⁶⁴.

Tampoco los grupos conservadores tradicionales escapaban a la crítica neorepublicana. Aunque el período posrosista aún no era criticado en bloque, se afirmaba que la popularidad del radicalismo era resultado del carácter liberal de los gobiernos desde 1880, cuyo principismo progresista había provocado malestar social y desorientación espiritual a los que se les imputaba además ligereza en el cumplimiento de su misión directiva y un excesivo usufructo de los caudales públicos⁶⁵. Sin embargo, los logros del liberalismo económico en la Argentina no eran, en esta etapa, puestos en cuestión⁶⁶.

A la oposición conservadora se le cuestionaba su apego a la democracia liberal, que los llevaba, indefectiblemente, a emplear los mismos métodos demagógicos que el radicalismo. Así, llegaron a sostener que bajo la jefatura de Rodolfo Moreno (h.), el conservadurismo "... disputó con el radicalismo a ver quién era más liberal y más amigo del proletariado [...] llegando a sobrepasar al radicalismo en radicalidad. Es una lógica e inmediata consecuencia de la lógica electoral [...] Ese oportunismo y el temor de aparecer rancios, reaccionarios y en contra del 'espíritu de los tiempos', llevaron a los dirigentes conservadores a suplantar los escasos principios de gobierno [...] por las pamplinas liberales..."⁶⁷. La defección con-



servadora de su deber como partido del orden, y su oportunismo significaban, para los neorepublicanos, que su derecho a gobernar había caducado⁶⁸. Estas consideraciones, en las que el repudio a la existencia misma de partidos políticos tenía una dimensión central, no impedirían que *La Nueva República* llamara a votar en 1928, como mal menor, por Sánchez Sorondo como Diputado Nacional, y por los candidatos del Partido Nacionalista —que era, pese a su denominación, un tradicional nucleamiento conservador— como concejales de la Capital⁶⁹, y que en 1930 la Liga Republicana, con la disidencia de Rodolfo Irazusta, apoyara a los candidatos del Partido Socialista Independiente.

Los distintos motivos antidemocráticos que animaban a *La Nueva República* no implicaron, como señaláramos, un abandono de la tradición republicana de la que se sentían tributarios. Aunque esta afirmación puede ser relativizada por las posturas de Pico y Casares —que en 1928 publicaban más

en *Criterio* que en *La Nueva República*— con su defensa de una *Nación Católica* que se diferenciaría con claridad de aquella tradición, el núcleo neorepublicano más duradero puede ser caracterizado en este período más por un extremo conservadurismo que por la existencia entre ellos de proyectos de cambio sistémico. La admiración por los regímenes de Mussolini y Primo de Rivera no implicaban, en esta primera etapa, la intención de trasladar este tipo de experiencias a la escena argentina, si exceptuamos un efímero entusiasmo monárquico de Julio Irazusta, que este atribuyó a la influencia de Maurras⁷⁰. Para los neorepublicanos,

como afirmaba Rodolfo Irazusta, "La carta de Alberdi (era) la única esperanza del republicanismo ante la democracia invasora"⁷¹.

Así, en ocasión de las elecciones de 1928, ante la inminencia de un nuevo triunfo del Irigoyenismo, se diferenciaban del llamado a la dictadura de Lugones, debido a que "... para *La Nueva República* no ha llegado la hora de estas desesperadas soluciones"⁷², postulando en cambio la necesidad de constituir un programa "netamente reaccionario" en lugar de competir con el radicalismo empleando su misma demagogia. Polemizando con el propio Lugones, Ernesto Palacio rechaza la acusación de "precipitada imitación de una mala cosa europea" que formulara el poeta, señalando que "... tratamos de entroncar con la tradición del país y mantenernos en el terreno de nuestras instituciones"⁷³.

Esta característica, más conservadora que rupturista⁷⁴, se aprecia con claridad en el Programa que la publicación ofrece al recientemente electo gobierno, en el que se descarta la necesidad de una reforma constitucional, y se afirma que la propuesta es "realizable con los medios ordinarios del Estado..."⁷⁵. Los principales cambios políticos propuestos son una reforma de la Ley Electoral que establezca la circunscripción uninominal y "para restringir el electorado y sustraer la administración pública a las influencias electorales", la eliminación de los padrones de los empleados y funcionarios públicos de todas las jurisdicciones, los delincuentes, los analfabetos, los insolventes y los extranjeros. El voto es concebido como derecho y no como deber, y, acorde a la ley propuesta "deberá suprimirse toda mención de



partidos políticos y establecer una relación puramente personal con el candidato" ya que "la Constitución ignora los partidos". Proponen igualmente la representación de los Territorios Nacionales en la Cámara de Diputados, y el establecimiento de autonomía administrativa y municipal en los mismos y otras medidas tendientes a dotar de mayores atribuciones a los municipios. Otras medidas propuestas, extremadamente conservadoras pero que no hubieran implicado cambios institucionales, era el establecimiento de procedimientos selectivos de inmigración, la instauración de la enseñanza religiosa en la escuela primaria y la supresión de la Reforma Universitaria de 1918.

Aún la formación de la Liga Republicana en julio de 1929 —organismo cuyo triunvirato de conducción estaría integrado por Rodolfo Irazusta, Juan Carulla y Alfonso de Laferrière— se realiza con el objetivo de combatir "... la corrupción política que ha hecho

presa de la República" y a "... los enemigos interiores de la República", en nombre de la "defensa de los principios que alientan en el preámbulo de la Constitución"⁷⁶.

La Liga se proponía resistir por la prédica oral y escrita o la acción directa el predominio de la política demagógica, la subordinación de los gobernantes a las exigencias de los comités, la complicidad del ejecutivo en la promoción de los conflictos obreros y en la adulación de las muchedumbres y la difusión de ideas, como la del plebiscito, que conceden al gobierno poderes extraordinarios ajenos a la Constitución. Se propone combatir igualmente

el clandestinismo de los decretos, el capricho personal del Presidente, el electoralismo, la venalidad y el favoritismo, las venganzas partidarias, la corrupción, y la desorganización sistemática de las instituciones armadas. También prevé "Iniciar una acción enérgica en defensa de la Constitución y las leyes de la República, cuyo desconocimiento por el gobierno, cualquiera sea la mayoría electoral que lo designó, no debe consentir ningún ciudadano".

Si los propósitos de los republicanos se presentan bajo ropajes constitucionales, su acción callejera poco tuvo que ver con la de los *Camelots du roi* o los *Fasci di combattimento*. Su primera actividad fue gritar en la Plaza de Mayo, el 9 de julio de 1929, encabezados por Rodolfo Irazusta, "Viva la patria, abajo el mal gobierno", lo que provocó la detención por 30 horas de Rodolfo Irazusta y Mario Lassaga. A ella siguieron otras, igualmente pintorescas, como el intento de obligar a Florencio Parravicini, actor y concejal municipal de irregular cumplimiento de sus obligaciones como edil, a asistir al Concejo Deliberante, lo que se vio frustrado debido a que Parravicini se presentó, la noche en que la Liga irrumpiría en el teatro donde actuaba, al Concejo Deliberante, o la participación en la silbatina contra el Ministro de Agricultura que obligó a suspender la ceremonia de inauguración de la Exposición Rural en agosto de 1930⁷⁹. Las refriegas en que se enfrentaron con la policía y con el *Klan* radical nunca resultaron demasiado significativas, y, según el testimonio de Julio Irazusta, los jóvenes radicales parecen haber sido mucho más feroces que la "ingente juventud" que conformaba la Liga Republicana.

Si, como es sabido, los contactos entre los neorepublicanos y el General Uriburu se hicieron frecuentes en

los meses que precedieron al Golpe de Estado, y su periódico contribuyó a crear un clima propicio para el golpe, su influencia en los sucesos de septiembre de 1930 ha sido mucho menor que lo que aquellos prefieren recordar⁸⁰. En el número de *La Nueva República* inmediatamente anterior al Golpe de Estado, Rodolfo Irazusta se esperaba con un "... régimen dictatorial y subsiguientemente, la implantación de un nuevo régimen político que suprima las elecciones de sufragio universal", para aclarar inmediatamente, defendiéndose de las críticas que recibían del diputado demoprogresista Correa, que "nosotros no profesamos la ideología de L'Action Française" sino que "Queremos una república jerárquica que responda a las diferencias efectivas en la sociedad"⁸¹.

La segunda etapa de *La Nueva República* (1930-1931)

El pasaje entre el republicanismo elitista y jerárquico y el corporativismo se produce tras el golpe militar. En efecto, *La Nueva República* publica en sucesivos números de noviembre de 1930 la *Defensa del Estado* de Leopoldo Lugones; el Manifiesto de corte corporativista publicado en Córdoba por un grupo de intelectuales encabezado por Nimio de Anquín y el capítulo sobre representación corporativa de *Les lois de la politique française* de Charles Benoist. En su comentario del manifiesto de Córdoba, sostenía Rodolfo Irazusta que "Es indudable que el sistema corporativo es una necesidad imperiosa de la vida social, y que su implantación facilitaría enormemente la representación popular"⁸². En febrero y marzo de 1931 el propio Irazusta eleva al General Uriburu sendas propuestas para la organización del gobierno municipal y el nacional. En el primero, se

combina la representación territorial –restringida por el voto censitario y calificado– con la de las corporaciones, y para los poderes de la República, la solución propuesta es netamente corporativista⁸³.

Sólo en 1931, cuando los neorepublicanos reconocen la decepción que experimentan por el rumbo que ha seguido la revolución, afirmarán en el Preámbulo al Programa de la agrupación Acción Republicana, en la que confluían con Lugones, que "Nunca pudo gobernarse sin violar la Constitución, sencillamente porque la Constitución no existía. Y no servía porque es un instrumento extranjero [...] mientras requiérese que alguna vez tengamos los argentinos constitución nuestra"⁸⁴. Si bien este preámbulo fue redactado por Leopoldo Lugones, fue aceptado por los neorepublicanos que participaron de esta efímera experiencia política, repudiando por primera vez a la Constitución del '53 en su conjunto.

Desde los meses inmediatamente anteriores al golpe militar, *La Nueva República* había profundizado su crítica antidemocrática, depositado sus esperanzas en que la revolución abriera paso a un cambio de régimen y no sólo de equipo gobernante e insistido en los tópicos provenientes de la etapa anterior, apareciendo nuevas figuras del enemigo y tornándose su cosmovisión cada vez más conspirativa. Varios componentes conformarán esta visión orgánica. Por un lado hace su aparición la imagen del capital financiero, ligado a los intereses internacionales, y por ello capaz de quedar al margen de las vicisitudes de la nación, contrastando con los propietarios territoriales, cuya suerte es idéntica a la del país. Aparece así la representación de una "Aristocracia sin amor por el país, sin lástima por el pueblo, sin solidaridad con la Nación"⁸⁵.

Toma forma así la idea de la dependencia argentina del capital externo, fundamentalmente inglés, que conforma en Argentina una plutocracia extranjera que gobierna el país a través de sus abogados⁸⁶, imagen que tendrá una afortunada trayectoria en lo que sería la tradición del revisionismo histórico. También en este período los neorepublicanos se apropian de un concepto destinado a recorrer similar camino, el de oligarquía, presentada por Julio Irazusta en oposición a la clase de los estancieros, ya que mientras éstos representan el auténtico espíritu de conservación, aquélla no trata más que conservar el régimen liberal, en el que su influencia política se pone al servicio del intermediario extranjero –que explota a los propietarios de la tierra– para asegurarse un enorme provecho económico⁸⁷.

Esta mirada irá acompañada por el comienzo de un proyecto de revisión histórica –empresa que si bien ya había sido planteada, aunque no desarrollada, en 1928⁸⁸, y vislumbrada con la crítica a la trayectoria del liberalismo político emprendida por R. Irazusta en 1929⁸⁹– presenta ahora tópicos como el de "... la historia que nos han contado es falsa y tendrá que ser revisada por completo..." y el que señalaba que el "liberalismo en la República Argentina es el predominio del extranjero"⁹⁰.

La clave conspirativa resulta fundamental para el análisis neorepublicano de la problemática de la dependencia externa, cuestión que irá ganando centralidad a medida que los efectos de la crisis de 1930 se tornen más evidentes. Polemizando con el conjunto de las corrientes laicas, indignadas por la inclusión de la enseñanza religiosa obligatoria en la Provincia de Córdoba, Rodolfo Irazusta⁹¹ señalaba por un lado la consabida identidad entre liberalismo y socialismo, ya que "... la re-

volución que trata de implantar el so- viet en nuestro país, comenzó por donde comienzan todas, por el anti- clericalismo que triunfó en tiempos de Roca y de Juárez, con la enseñanza lai- ca y el matrimonio civil". Sin embar- go, las posturas anticatólicas respon- den en su óptica a intereses ocultos, debido a que "El anticlericalismo, da- ñoso para los países latinos, ha sido fa- vorecido por la masonería anglosajo- na para debilitarlos y tenerlos bajo su férula. La masonería, como el liberalis- mo económico, son elementos de la dominación anglosajona que sufrim- os [...] Si el laicismo es el instrumen- to de nuestro sometimiento espiritual a los anglosajones, el libre cambio es el instrumento de nuestra dependencia económica a los mismos anglosajo- nes", considerados los auténticos beneficiarios de la producción argentina, gracias al monopolio de los ferrocarriles y los fri- goríficos y a su predomi- nio en las finanzas.

Como en muchos otros aspectos, la revolu- ción del 6 de septiembre de 1930 marcará también un cambio en la consideración neorre- publicana del judaísmo, con la apari- ción de la idea del complot universal. En el ya citado artículo de Gozalbo, publicado en el número previo al gol- pe militar, se comienza a dibujar esa tesis, al sostener que el internaciona- lismo que Marx y otros judíos insufla- ron al socialismo, fue el instrumento "de su raza, 'raza elegida' que en vano ha pretendido dominar el mundo des- de millares de años. Han buscado en el socialismo, secta internacional y ca- tastrófica, ese dominio que siempre se les ha escapado". Sin embargo, pese a señalar que, paralelamente, fueron los banqueros judíos quienes internacio-

nalizaron las finanzas y los judíos de la Migdal los que internacionalizaron la trata de blancas y el soborno, la cons- piración queda aún reducida al accio- nar de un solo instrumento, el socia- lismo.

Solo tres meses después, la tesis conspirativa se perfeccionará, para brindar una imagen en la que el ene- migo se unifica bajo la forma de un complot universal judío que emplea diversas instancias en su plan de do- minación. Será Rodolfo Irazusta quién la planteará con mayor claridad: "El socialismo, de origen israelita, está empeñado en la tarea de desarmar a los pueblos latinos, para lo cual cuen- ta con la influencia de la finanza inter-



nacional. Ambas insti- tuciones, socialismo y finanza, son los instru- mentos de la domina- ción israelita, cuyo po- der aumenta día a día. Predicó en Rusia el pa- cifismo para obtener el poder de los zares, y desde ese momento no ha cesado la guerra roja, la guerra destructiva, la guerra de exter- minio"⁹².

Hasta la finalización de la publica- ción de *La Nueva República* este tipo de interpretación reaparecerá frecuentemente, a través de intervenciones en las que se afirmaba que "... un capita- lismo internacional judío [...] es el ver- dadero regulador de la situación de las naciones sometidas y dominadas por este nuevo poder terrenal"⁹³; que "nuestros ganaderos dependen de me- dia docena de frigoríficos, subsidiarios a su vez del "Klan judío que mueve en Wall Street las finanzas del mundo", además de a la gran prensa y a los go- biernos"⁹⁴; que la masonería no es más que un instrumento dócil en manos del judaísmo internacional, que tra-

maba en España una venganza de la expulsión sufrida en 1492⁹⁵ o que el especialista judío en temas económi- cos es "... el técnico de todas nuestras desgracias..."⁹⁶.

La adopción de un discurso virulen- temente antisemita por *La Nueva Repú- blica* puede ser explicado en parte, co- mo lo hace Buchrucker, por su capaci- dad potencial para impresionar a sec- tores de la población que anteriormen- te no encontraban nada convincente en la imagen que el uriburismo pinta- ba de sus enemigos –el radicalismo y la izquierda– conjugando un antiguo prejuicio con la moderna doctrina del antisemitismo europeo, de la que Mau- rras participaba. Esta hipótesis explica sin duda su uso en los años posteriores al golpe militar, pero poco nos dice acerca de las frecuen- tes intervenciones anti- semitas previas. En este sentido resulta más consistente la apreciación de Sandra McGee Deutsch⁹⁷, quién sostiene que aunque el antise- mitismo ideológico ocu- pó en la prensa y los li- bros nacionalistas menos espacio que otros temas y no fue el aspecto más im- portante de la doctrina nacionalista, fue de todos modos un elemento inte- gral de ella, a lo que debemos agregar su persistencia a lo largo de toda la vida de *La Nueva República*.

La desilusión de los neorrepublica- nos con el rumbo adoptado por el régi- men de Uriburu –expresada a partir de la reaparición de *La Nueva República* co- mo diario– cuando son convocadas las elecciones en las que triunfaría Justo, implicaran la profundización de su crí- tica a la "oligarquía conservadora" que, en su óptica, había desviado a la revolu- ción de sus verdaderos objetivos. La im- pugnation al retorno del régimen del



sufragio universal se acompañaba de una identificación de los intereses de la oligarquía con la Constitución de 1853, a la que se consideraba ahora "contraria a los intereses públicos"⁹⁸. Las críticas, empero, alcanzaban no sólo a los polí- ticos conservadores, sino al completo régimen uriburista, que "Con el pretexto de dominar la demagogia, gobernó contra el pueblo"⁹⁹.

Aunque en todo el período se repe- tirán obsesivamente los ataques al sis- tema de partidos y a los conservado- res, ante la evolución de los hechos Rodolfo Irazusta intentó intervenir en el proceso electoral, trabajando para una finalmente frustrada candidatura de Gallo tras la que confluían secto- res del radicalismo, conservadores y socia- listas independientes.

Ante el escenario electoral existente, los neorrepublicanos en- tenderán que la confor- mación de la Alianza Ci- vil representaba la unión de dos de sus ene- migos más odiados: el socialismo y los conser- vadores. Para *La Nueva*

República la fórmula De la Torre-Repet- to no hizo más que materializar la vasta conspiración de las finanzas y el socia- lismo, unidos por su común liberalis- mo y su aversión a la producción y a la propiedad raíz, por lo que no es de ex- trañar que se la llamara "alianza demó- crata-judeo-maximalista", que se exa- cerbara la identificación entre socia- lismo y judaísmo y que Rodolfo Irazusta dijera de Repetto que "Él sabe bien que detrás de cada banco existe, más cerca o más lejos, la finanza internacional ju- día, de la cual es siervo y a cuya trama quiere someter al pueblo argentino"¹⁰⁰.

Mientras el multiforme enemigo tomaba cuerpo en esta fórmula, los neorrepublicanos –en particular Pala-

cio y los Irazusta- decepcionados con la experiencia uriburista, comienzan un lento proceso de "descubrimiento del pueblo", al que consideraban ahora como un aliado ante los enemigos externos. Es por ello que la caracterización del radicalismo variará en este período profundamente. Mientras Rodolfo Irazusta establece una filiación popular para el radicalismo, señalando que en este partido la unidad nacional es sólida por provenir de la unión de los caudillos provinciales, y subrayaba su oposición al liberalismo¹⁰¹, Ernesto Palacio destaca, ante la coyuntura electoral, que "El radicalismo representa en los momentos actuales la única fuerza nacionalista de arraigo popular que hay en el país", por lo que confía en que sus miembros impedirán el triunfo de la fórmula demoesocialista, a causa del "... sentido nacionalista que seguramente habrá de prevalecer en la masa anónima del

radicalismo, la cual si bien pudo equivocarse con Irigoyen, no va a equivocarse con los aventureros exóticos que hoy la adulan..."¹⁰². Mientras Zuleta Alvarez explica este desplazamiento como un resultado de la creciente importancia que Rodolfo Irazusta otorgó en esta etapa a la problemática del Imperialismo, Buchrucker agrega el argumento que ve en este cambio un movimiento táctico de Irazusta, destinado a ganar el apoyo de grupos radicales para "los oficiales sin tropa" de *La Nueva República*, opinión que resulta, empero, incapaz de explicar los cambios ideológicos de largo plazo de estos sectores del nacionalismo.

Este viraje no impedirá, sin embargo, que *La Nueva República* depositara en aquella ocasión sus esperanzas en la candidatura del General Justo, del que esperaban un gobierno de orden capaz de encabezar, finalmente, la revolución que anhelaban ■

Fuentes

a- Periódicos

La Nueva República (1927-1931)

b- Libros

Juan E. Carulla, *Al filo del siglo y medio*, Buenos Aires, Huemul, 1964.

Carlos Ibarguren, *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

Carlos Ibarguren (h), *Roberto de LaFerrere. Periodismo Política Historia*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado Editora, 1975.

Julio Irazusta, *Balace de siglo y medio*, Buenos Aires, Independencia, 1983 (1966).

Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.

Bibliografía

María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, C. E. A. L., 1983.

Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo, La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Sandra McGee Deutsch, "The Argentine right and the jews, 1919-1933" en: *Journal of Latin American Studies*, N° 18, Cambridge, 1986.

Sandra McGee Deutsch, "The right under Radicalism, 1916-1930" en: Sandra McGee Deutsch and Ronald Dolkart, *The Argentine Right. Its history and intellectual Origins. 1910 to the present*. Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc, 1993.

José María Ghío, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: Beatriz Gurevich y Carlos Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires,

Universidad Di Tella-GEL, 1994.

Tulio Halperin Donghi, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969.

José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Nuevo País, 1987 (1965).

José Luis Romero, *El Pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970.

Pierre-André Taguieff, "El nacionalismo de los 'nacionalistas'." En Gil Delanno y Pierre André Taguieff (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993.

Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Enrique Zuleta Alvarez, *El Nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975.

Notas

1. Juan E. Carulla, "Capítulo de historia. El año 1932", *La Nueva República* (en adelante LNR), año I, N°20, 26 de mayo de 1928, p. 1

2. Sandra Mc Gee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina 1900-1932*. The Argentine Patriotic League, Lincoln & London, University of Nebraska Press, 1986.

3. Véase al respecto: Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996 y José María Ghío, "La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo" en: Beatriz Gurevich y Carlos Escudé, *El Genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, U. Di Tella-GEL, 1994.

4. José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Nuevo País, 1987, pp. 113-114.

5. Véase al respecto: Juan E. Carulla, *Al filo del siglo y medio*, Buenos Aires, Huemul, 1964, pp. 238 y ss.

6. Julio Irazusta, *Memorias (historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, p. 176.

7. *Idem*, p. 181.

8. María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, C. E. A. L., 1983, pp. 69 y ss.

9. Para los datos biográficos de los miembros

de *La Nueva República*, cf.: Julio Irazusta, *El pensamiento político nacionalista*, Buenos Aires, Obligado Editora, 1975 (en adelante PPN) y María Inés Barbero y Fernando Devoto, op. cit.

10. PPN, t. I, p. 15.

11. Ernesto Palacio, "Escándalo", *LNR*, 28 de junio de 1930, p. 1.

12. Juan E. Carulla, op. cit., p. 175.

13. Julio Irazusta, "Nuestro Aniversario", *LNR*, 1° de diciembre de 1928, p. 1

14. Julio Irazusta, "Sobre el capital extranjero", *LNR*, 22 de octubre de 1931, p. 1.

15. Enrique Zuleta Alvarez, *El Nacionalismo Argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, t. I, p. 214.

16. Cf. Tulio Halperin Donghi, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 107-111.

17. Pierre-André Taguieff, "El nacionalismo de los 'nacionalistas'." En Gil Delanno y Pierre André Taguieff (comps.), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 156.

18. Julio y Rodolfo Irazusta, "Nuestro Programa", *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p. 1

19. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 28 de abril de 1928, p. 1.

20. *Idem*.

21. *Ibidem*.

22. Rodolfo Irazusta, *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p. 2.

23. *Idem*.

24. Rodolfo Irazusta, "República y Democracia", *LNR*, 15 de marzo de 1928, p. 1.

25. *Idem*.

26. *Ibidem*.

27. Ernesto Palacio, "Organicemos la contrarrevolución", *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p. 2.

28. *Idem*.

29. Ernesto Palacio, "Organicemos la contrarrevolución", *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p. 2.

30. Ernesto Palacio, "Nacionalismo y democracia", *LNR*, 5 de mayo de 1928, p. 1.

31. César Pico, "Inteligencia y Revolución", *LNR*, 1° de enero de 1928, p. 1.

32. Tomás Casares, "Política y Moral", *LNR*, 15 de enero de 1928, p. 2.

33. Rodolfo Irazusta, "La política", *LNR*, 1° de marzo de 1928, Ernesto Palacio, "La Reacción Republicana", *LNR*, 18 de junio de 1930.

34. Julio y Rodolfo Irazusta, "Nuestro Programa", *LNR*, 1° de diciembre de 1927, p. 1.

35. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 5 de mayo de 1928, p. 1.

36. Augusto Gozalbo, "Reaccionarios", *LNR*, 24 de noviembre de 1928, p. 2.

37. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 28 de abril de 1928, p. 1.

38. Ernesto Palacio, "Escándalo", *LNR*, 28 de junio de 1930, p. 1.

39. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 2 de mayo de 1929, p. 1.

40. *Idem*.

41. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 1° de abril de 1928, p. 1.

42. Julio Irazusta, "El obrerismo de Yrigoyen - Respuesta a Manuel Gálvez", *LNR*, 23 de junio de 1928, p. 1.

43. Véanse los comentarios de Palacio sobre Ingenieros, (*LNR*, 15 de diciembre de 1927), sobre Justo, (15 de enero de 1928) y sobre Sánchez Viamonte. (14 de abril de 1928) y el de Julio Irazusta sobre Palacios (14 de abril de 1928).

44. Augusto Gozalbo, "Realidad Comunista", *LNR*, 10 de noviembre de 1928, p. 2.

45. *Idem*.

46. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 1° de abril de 1928, p. 1.

47. Esta tipo de afirmación no resultaba una novedad en Argentina. Varios años antes de la Semana Trágica, en 1915, el periódico católico *Acción Democrática*, vocero de la Unión Democrática Cristiana presentaba al socialismo como un instrumento de los judíos. Cf: Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana - Universidad de San Andrés, 1995, pp. 54-55. Por supuesto, la idea de que el complot judío utilizaba a las finanzas como instrumento de dominación mundial se había difundido desde 1890, con las sucesivas ediciones de *La Bolsa* de Julián Martel.

48. Abel Galíndez, "Revolucionarios revueltos", *LNR*, 21 de abril de 1928, p. 2.

49. Abel Galíndez, "El Conventillo socialista", *LNR*, 5 de mayo de 1928, p. 2.

50. Augusto Gozalbo, "Internacionalismo Hebreo", 30 de agosto de 1930, p. 3.

51. *Idem*.

52. *Ibidem*.

53. Al respecto escribía Rodolfo Irazusta el 12 de octubre de 1931 que "Para el criterio latino, y por lo tanto para el español, la afinidad racial no proviene sólo de la sangre. Las razas que forman la latinidad no son sino la superposición de nuevas capas étnicas que ha llegado a identificarse por un vínculo mucho más fuerte que el de la transfusión de la sangre: por la unidad espiritual". Si para los españoles "la raza no consistía en la sangre sino en el bautismo", y "lo que nos une con españoles y ameri-

canos más que la raza es la religión", la consecuencia es que "Los que se empeñan en destruir el sentimiento religioso de nuestro pueblo, macerado con todos los sentimientos patrióticos, se empeñan en destruir el vínculo más fuerte y el más noble que une a nuestra sociedad".

54. Ernesto Palacio, "El Nacionalismo. Réplica a don Leopoldo Lugones", *LNR*, 21 de julio de 1928, p. 1.

55. Sin firma, "El atentado del City Bank", *LNR*, 1° de enero de 1928, p. 1. Véase al respecto Sandra McGee Deutsch, "The Argentine right and the jews, 1919-1933" en: *Journal of Latin American Studies*, N° 18, Cambridge, 1986. Tras el derrocamiento de Irigoyen Bard fue "detenido, vejado y sometido a toda clase de torturas físicas y morales, llegándose hasta urdir un simulacro de fusilamiento..." para que revelara los propósitos del Klan radical. Leopoldo Bard, *Estampas de una vida*, citado en: Boleslao Lewin, *Como fue la inmigración judía a la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983, p. 281. Según Lewin, es probable que el padre de Bard haya sido miembro de la organización de trata de blancas *Zwi Migdal*.

56. Cf. "Revista de la prensa", *LNR*, 14 de abril de 1928, p. 3. Aunque la sección no tenía firma, según Zuleta Álvarez generalmente era redactada por Rodolfo Irazusta.

57. Sin firma, "La Argentina y los israelitas", *LNR*, 15 de marzo de 1928, p. 2.

58. Augusto Gozalbo, "Internacionalismo Hebreo", 30 de agosto de 1930, p. 3. Que esta consideración se contradijera con la que derivaba la teoría marxista de la perfidia racial del autor no constituyó, al parecer, un problema lógico para el autor.

59. "Ecos", 1° de diciembre de 1928, p. 2. El artículo no lleva firma, aunque la sección era escrita generalmente por Mario Lassaga.

60. Carulla consideraba en 1928 que el capital extranjero era imprescindible para el desarrollo nacional, por lo que el nacionalismo debía promover su radicación en el país, aunque tomando las medidas necesarias para que su influencia pueda gravitar sobre el interés nacional. Juan Carulla, "Nacionalismo y capitalismo extranjero", *LNR*, 28 de julio de 1928, p. 2. Al respecto, Julio Irazusta recuerda que en sus primeros años *La Nueva República* no veía el problema nacional como lo harían años después, a causa de un retroceso del pensamiento nacionalista en el período: "Ni discutíamos el aporte del pseudocapital extranjero, que todo el mundo decía fecundador de la expansión argentina, ni dábamos al factor externo el valor

que tenía. Los factores internos nos parecían de importancia más decisiva". Julio Irazusta, *Balance de siglo y medio*, Buenos Aires, Independencia, 1983, p. 129

61. "Ecos", *LNR*, 10 de noviembre de 1928, p. 2.

62. Ernesto Palacio, *LNR*, 1° de abril de 1928, p. 2. Rodolfo Irazusta afirmaba además que la educación no es función del estado, excepto la superior, "y nada más que como elemento de contralor". *LNR*, 1° de diciembre de 1927.

63. Juan Carulla, *LNR*, 28 de abril de 1928, p. 1.

64. *LNR*, "La Conferencia de La Habana", 15 de febrero de 1928, p. 1.

65. Rodolfo Irazusta, "La Política", 1° de abril de 1928, p. 1 y 2 de mayo de 1929, p. 1.

66. Rodolfo Irazusta, "El precio del liberalismo", *Baluartes*, 29 de diciembre de 1929, en PPN, t. II, pp. 32-36.

67. Abel Galíndez, "Nuestros conservadores", *LNR*, 27 de Octubre de 1928, p. 1.

68. Sandra McGee Deutsch, "The right under Radicalism, 1916-1930" in: Sandra McGee Deutsch and Ronald Dolkart, *The Argentine Right. Its history and intellectual Origins. 1910 to the present*. Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc, 1993.

69. *LNR*, 1° de abril de 1928, p. 2; 1° de diciembre de 1928, p. 3.

70. PPN, t. I, p. 59.

71. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 14 de abril de 1928, p. 1.

72. Sin firma, "Panorama electoral", *LNR*, 15 de febrero de 1928, pp. 1-2.

73. Ernesto Palacio, "El Nacionalismo. Réplica a don Leopoldo Lugones", *LNR*, 21 de julio de 1928, p. 1

74. En este sentido, resulta especialmente acertada la definición de los nacionalistas como "... voceros autoelegidos de una elite que, a sus ojos, había firmado su propia sentencia de muerte con la promulgación de la Ley Sáenz Peña" Marysa Navarro Gerassi, *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969, p. 48

75. Programa de Gobierno de La Nueva República, *LNR*, 20 de octubre de 1928, pp. 1-2.

76. Bases y programa de acción de la Liga Republicana, PPN, t. II, pp. 25-28.

77. PPN, t. II, p. 14.

78. Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferriere. Periodismo Política Historia*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p. 44.

79. Carlos Ibarguren, *La Historia que he vivi-*

do, Buenos Aires, Peuser, 1955, p. 376.

80. Enrique Zuleta Alvarez, *Op. cit.*, pp. 238-240.

81. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 30 de agosto de 1930, pp. 1 y 4.

82. Rodolfo Irazusta, "La Revolución Americana", *LNR*, 8 de noviembre de 1930, p. 1.

83. Rodolfo Irazusta, "Proyecto para la organización provisional del gobierno municipal" 16 de febrero de 1931, PPN, t. II, pp. 148-151 y "Formación de los poderes de la República", PPN, t. II, pp. 152-165.

84. "Preámbulo y Programa de Acción Republicana", PPN, t. II, pp. 169-181.

85. Rodolfo Irazusta, "Ernesto Tornquist y Cia", *LNR*, 28 de junio de 1930, p. 1.

86. Rodolfo Irazusta, "La Política", 8 de noviembre de 1930, p. 1.

87. Julio Irazusta, Editorial no publicada, marzo de 1931, "La oligarquía conservadora y los estancieros", PPN, t. II, pp. 166-168.

88. Rodolfo Irazusta, "El homenaje a Rawson", *LNR*, 8 de septiembre de 1928.

89. Rodolfo Irazusta, "El precio del liberalismo", *Baluartes*, 29 de diciembre de 1929, en PPN, t. II, pp. 32 - 36

90. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 28 de junio de 1930, p. 1

91. Rodolfo Irazusta, "La Política", *LNR*, 30 de agosto de 1930, pp. 1 y 4.

92. Rodolfo Irazusta, "La Revolución Americana", *LNR*, 8 de noviembre de 1930, p. 1

93. D. B., "El enemigo", 10 de octubre de 1931, p. 1

94. Ario, "Políticos", *LNR*, 12 de octubre de 1931

95. A. E. M., "La venganza", 10 de octubre de 1931, p. 1

96. Angelino Zorroaquin, "El contralor de cambios", *LNR*, 14 de octubre de 1931, p. 2

97. Sandra McGee Deutsch, "The Argentine right and the jews, 1919-1933", p. 132

98. "Declaración", *LNR*, 5 de octubre de 1931. Julio Irazusta la atribuye a la pluma de Ernesto Palacio.

99. Ernesto Palacio, "Bajo pretexto de dominar la demagogia el gobierno gobernó contra el pueblo", *LNR*, 2 de noviembre de 1931

100. Rodolfo Irazusta, "Notas Políticas", *LNR*, 15 de octubre de 1931, p. 1.

101. Rodolfo Irazusta, "La filiación histórica", *LNR*, 29 de octubre de 1931, p. 1.

102. Ernesto Palacio, "Notas Políticas", *LNR*, 29 de octubre de 1931.

¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después*

Geoff Eley**

La historia para los derrotados puede decir !Oh Dios!
Pero no puede ayudar a perdonar.
W. H. Auden

No hay documento de civilización que no sea simultáneamente un registro de barbarie.
Walter Benjamin

La historia nada nos enseñará.
Sting

En el comienzo

En 1971, Eric Hobsbawm anunció "es un buen momento para ser historiador social" (1971, 43)¹. Diez años después, la situación era la misma todavía, a pesar de cierta inquietud y celeridad de algunos por encontrar una crisis en el campo. Lo principal era el continuo crecimiento de la actividad (la proliferación de jornadas, conferencias, sociedades subdisciplinarias, redes internacionales, iniciativas curriculares y disertaciones, a pesar de la contracción de graduados de la carrera de his-

* El artículo ha sido extraído de Terrence J. McDonald, *The Historic Turn in the Human Sciences*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1996.

** Este ensayo fue escrito en el verano de 1990 y refleja tanto el estado de la discusión disciplinaria como mi propio pensamiento en ese tiempo. Durante estos años, un enorme caudal de publicaciones, debates y clarificaciones han ocurrido, aunque posiblemente no un cambio enorme en el paisaje epistemológico que mi ensayo describe. Muchos historiadores han empezado a explorar las emocionantes nuevas perspectivas, pero probablemente un número igual está luchando contra los perniciosos efectos de un demonizado "postmodernismo", y el campo de dificultades lo es más que antes. Más que tratar de actualizar mis citas (un proyecto entero en sí mismo), he dejado el texto y las notas en su forma original, como un tipo de instantánea de una historia todavía en movimiento. Por otro lado, las publicaciones de Kahleem Canning y Peggy Somers merecen ser reconocidas, ya que reflejan tempranas





toria), y a la luz de tal expansión, los conflictos de dirección eran, tal vez, signos normales de la diversificación y el crecimiento. Que los historiadores sociales pudieran discutir sobre teoría y método era una evidencia de vitalidad más que de enfermedad, y solamente aquellos cuya visión de la historia social era estrecha o sectaria podían sentirse molestos con conflictos como aquéllos².

Diez años más adelante, sin embargo, esa confianza es difícil de sostener. No soy el primero en haber detectado un desplazamiento discursivo general en la retórica y en la práctica de la profesión desde la historia "social" a la "cultural", efectuado mediante aquello que nos acostumbramos a denominar "giro lingüístico". Claramente, esta observación necesita ser elaborada y especificada, pero un buen barómetro del cambio en la sensibilidad historiográfica es Gareth Stedman Jones. Desde su vigorosa polémica contra las complacencias liberales y los supuestos positivistas de la tradición historiográfica británica en 1967 hasta una variedad de ensayos críticos a mediados de los '70, Stedman Jones desarrolló un proyecto de historia "no empirista" y "teóricamente informada" que era Marxista, abierto hacia otras formas de teoría social, naturalmente materialista y que unificaba las problemáticas de la historia social contemporánea, tal como llegó a entenderse.

Para muchos historiadores, fue muy desconcertante cuando Stedman Jones en 1983 pareció abrazar una for-

discusiones que me ayudaron a agudizar mis formulaciones acerca de la formación de clase. Ver Kahtleen Canning "Gender and the Politics of Class Formation: Rethinking German Labor History", *AHR* 97 (1992): 736-68; "Feminist History after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience" *Signs* 19 (1994): 368-404; *Languages of Gender and Labor: Female Factory Work in Germany, 1850-1914* (Ithaca, 1996) y Margaret Somers, "Workers of the World, Compare!", *Contemporary Sociology* 18 (1989): 325-30; "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", *Social Science History* 16 (1992): 591-636. Más generalmente, quería agradecer a mis amigos y colegas del *Program for Comparative Study of Social Transformation*, que me brindaron el contexto de generosidad intelectual y exploración en el cual este ensayo fue escrito. Tengo una deuda particular con Nick Dirks, Mike Kennedy, Sheery Ortner, Bill Sewell y Peggy Somers, pero especialmente con Terry McDonald, quien organizó la conferencia de la cual derivó este volumen, y cuya amistad intelectual e inteligencia han sido una parte vital de mis años en Michigan. Para una indicación de los desarrollos desde 1990, los lectores pueden consultar la Introducción a Nicholas Dirks, Geoff Eley y Sheery Ortner (editores), *Culture/Power/History: A Reader in Contemporary Social Theory*, (Princeton, 1994): 3-45, y Geoff Eley, "Playing it Safe. Or: How is Social History Represented? The New Cambridge Social History of Britain", *History Workshop Journal* 35 (1993): 207-20.



ma de análisis lingüístico que era decididamente no materialista en el clásico sentido y que pareció llamar a poner en duda los supuestos dados de la historia social. Por otra parte, desde esos tiempos las cosas se han movido rápido. Las formulaciones cautelosas del propio Stedman Jones fueron dejadas atrás, disolviéndose en una polaridad mucho más radical entre los así llamados deconstructivistas y los materialistas empedernidos³. Por supuesto, la historia social que emergió en los '60 nunca fue un proyecto unitario. Pero algunas nociones de determinación, conceptualizadas en el terreno de la vida material, ya sea en términos de demografía, economía, proceso de trabajo, definiciones de clase en el sentido sociológico o cultural, proveyeron generalmente el tejido de los supuestos comunes. Desde la ventaja de mirar a finales de los '80, una tajante división parece haberse abierto dentro de esta "iglesia cerrada", entre quienes han estado repensando sus supuestos, al punto de revertir radicalmente la coherencia determinante de la categoría de "lo social" y aquellos otros que continúan defendiendo el particular materialismo socio-histórico en el que se formaron.

En este contexto, la historia social se ha convertido en un sitio de incertidumbre epistemológica general, que caracteriza a vastas áreas de la vida académico-intelectual en las humanidades y ciencias sociales de fin de siglo. Este cambio es quizá más abarcativo en algunas áreas que en otras (en el sentido que inunda algunas disciplinas más completamente) y más central en las discusiones disciplinarias de, por ejemplo, literatura y antropología, más que en sociología u otras ciencias sociales más "duras". No accidentalmente, las discusiones más radicales e influyentes han estado ocurriendo en áreas que carecen del poder de tradiciones disciplinarias, especialmente los estudios de mujeres y el emergente campo de estudios culturales. Un valioso mapa de esta incertidumbre es provisto por algunos capítulos del libro de Peter Novick, *The Noble Dream*, que nos recuerda sus orígenes en torno a Kuhn, Rorty, Fish y Geertz, más que en Foucault, Lacan, Barthes y Derrida. Pero Novick asimila el debate demasiado fácilmente al marco binario "objetivismo" / "relativismo". Mientras está indudablemente en lo cierto al plantear la disolución de la "historia", en tanto proyecto disciplinario centrado que fue en las últimas tres décadas, focaliza demasiado en el proceso de especialización académica y subestima el impacto del "pensamiento continental contemporáneo". De hecho, lejos de tener "poco impacto positivo en la profesión histórica y prácticamente ninguno por fuera de la subdisciplina de la historia intelectual europea", figuras como Hay-





den White y Dominick LaCapra son sólo la vanguardia de un fenómeno mucho más vasto. En 1990, afirmarí, el interés en Foucault y Derrida se extiende mucho más allá de unos pocos "historiadores profesionalmente marginados cuyas alianzas primarias en las comunidades multidisciplinares son con teóricos literarios, críticos culturales y filósofos" (Novick 1988, 605).

Es difícil periodizar este movimiento con precisión. En retrospectiva, la primera ola de ensayos polémicos de balance crítico, que usualmente son citados como una evidencia de la "crisis" en la historia social durante la segunda mitad de los '70 –los de Fox-Genovese y Genovese (1976), Stedman Jones (1976), Stone (1977), Ludt (1979)– eran en realidad marcadamente inocentes de teoría postestructuralista cuya ausencia Novick detecta en el discurso de los historiadores. Además, estos ensayos están –en su mayoría– anclados en una forma aún no problematizada de materialismo. Podría marcar los mismos puntos en una variedad de afirmaciones programáticas –incluyendo las editoriales fundantes de nuevas revistas como *History Workshop Journal* (*HWJ*) y *Social History* (*SH*), ambas lanzadas en 1976, o la investigación colectiva sobre la escritura de la historia en los Estados Unidos, editada por Michael Kammen para la American Historical Association (AHA), *The Past Before Us*, cuyos ensayos fueron reunidos en 1977-78, en una coyuntura intelectual también definida por el clima de mediados de los '70. En otras palabras, este primer momento de balance pertenece más al período de dramática expansión de la historia social post-60, que al actual período de incertidumbre y cambio, profundizando las bases de los supuestos materialistas, más que poniéndolos en duda. Además, una investigación sistemática en las revistas de historia social más establecidas– como *Past & Present* (*P&P*), *Journal of Interdisciplinary History* (*JIH*) or *Journal of Social History* (*JSH*) dejando de lado otras importantes revistas que también publicaron trabajos de historia social, como *Journal of Modern History* (*JMH*) o *American Historical Review* (*AHR*)– mostrarían, sospecho, una similar carencia de interés en las influencias de la teoría literaria o la lingüística. Y allí donde *AHR* o *JMH* han comenzado a incorporar esas influencias a través de artículos o ensayos, las más viejas revistas de historia social han tomado su distancia hasta el presente, como una de las revistas que en los '60 estuvo a la vanguardia del intercambio entre historia y sociología, *Comparative Studies in Society and History* (*CSSH*)⁴.

Mi sensación es que las cosas comenzaron a cambiar alrededor de 1980 y que ese desplazamiento puede ser

trazado a partir de las revistas más nuevas como *HWJ*, *SH*, y *Radical History Review* (*RHR*). Por ejemplo, uno puede comparar las editoriales originales de *HWJ* sobre "Historia Feminista" y "Sociología e Historia" (1, primavera de 1976, 4-8), que continúan firmemente con los lineamientos de la crítica materialista de los '60 (y que están todavía conectados con las antiguas influencias de Eric Hobsbawm y Edward Thompson), con la editorial de algunos años más tarde sobre "Lenguaje e Historia" (10, agosto de 1980, 1-5), que marca cierta distancia con el materialismo fundante. La trayectoria puede ser descrita más en detalle: *HWJ* se rebautizó "Revista de Historiadores Socialistas y Feministas" y, simultáneamente, comenzaron a publicarse: una guía de "Foucault para historiadores" de Jeffrey Weeks (14, agosto de 1982, 106-19); una editorial sobre "Cultura y Género" (15, primavera de 1983, 1-3); la llegada de la nueva crítica literaria feminista en artículos de Mary Poovey y Joan Scott (22, agosto de 1986, 185-92); el ingreso gradual del psicoanálisis, a través de ensayos de Sally Alexander (17, primavera de 1984, 125-49), Laura Mulvey y T. G. Ashplant (23, primavera de 1987, 1-19 y 165-73), y la edición especial de cuatro artículos sobre "Psicoanálisis e Historia" (26, otoño de 1988, 105-52); otra edición especial sobre "Lenguaje e Historia", incluyendo un agudo artículo de Peter Schötter sobre "Los historiadores y el análisis del discurso" (27, primavera de 1989, 1-65) y, más recientemente, un número especial sobre la Revolución Francesa que es fuertemente "culturalista" en el sentido literario/lingüístico actual (28, agosto de 1989, 1-87)⁵.

En gran medida, quisiera argumentar, que esto refleja un proceso de compleja revisión generacional. El lanzamiento de revistas como *HWJ*, *SH* y *RHR*, junto con el fortalecimiento y la revitalización de otras, como *International Labor and Working-Class History* (*ILWCH*), marcan el ingreso de una generación particular (formada en los '60 y en los comienzos de los '70) y su reclamo de un espacio institucional distintivo bajo el signo de una inquietante expansión de la historia social. El giro a formas de historia cultural lingüísticamente concebida, al final de los '70⁶, movido por una combinación de contexto político cambiante y compromiso de autonomía teórica, fue mayormente registrado en la historia feminista y de las mujeres, marcando una fractura en el amplio consenso generacional. Hasta cierto punto, estas tensiones se expresaron en conflictos tempranos sobre teoría *per se*, tanto como en los mordaces ataques al "Marxismo estructuralista", que dominó con mucho la vida intelectual de la izquierda británica hasta entrados los '70. Además, lo sobresaliente de





esta generación particular y sus polémicas, fueron magnificados por la drástica reducción del número de graduados en historia en los últimos '70 y primeros '80. Principalmente por esta razón, la generación siguiente ha tenido pocas oportunidades para hacer oír su propia voz, por contraste (podríamos suponer) la que se reciba a finales de los '80 o los '90 tendrá mucho que decir en áreas como historia de género o estudios culturales.

Mi elección de un momento particular para dramatizar ese cambio generacional sería una jornada de discusión que tuvo lugar en la Universidad de Michigan en octubre de 1979, alrededor del tema "¿Desde dónde y hacia dónde va la Historia Social?". Elegí esa ocasión parcialmente por su resonancia local, y parcialmente por razones personales, ya que marcó mi propia introducción a las discusiones sobre Historia Social en Norteamérica⁷. Pero allí se encapsularon amablemente los dilemas –y los incipientes fraccionamientos– de un corte generacional sobre algo (el proyecto de la historia social) previamente unido por ciertos supuestos teóricos y metodológicos compartidos. Convocados por Louise y Charles Tilly, y aprovechando la presencia local por la ocasión de la Primera Conferencia Norteamericana sobre Historia del Trabajo (en la Universidad Estatal de Wayne), se juntaron un número de voces representativas e influyentes, como James Cronin, William Sewell, David Levine, John Merriam, Joan Scott, y Edward Shorter. Organizados en tres sesiones consecutivas, el encuentro fue direccionado hacia la discusión de los ensayos de balance crítico referidos más abajo (Fox-Genovese y Genovese; Stedman Jones; Stone y Judt) y quedó claro que mucho del apasionamiento se debió a la (justificada) ira en las polémicas personales de Tony Judt. Con el correr del día, se habló mucho de las insuficiencias del "Marxismo vulgar", que parecía significar el estudio cuantitativo de la experiencia cotidiana y la vida material, y de la necesidad de cambiar hacia "formas más sofisticadas de historia cultural". Se hizo mucha referencia a la teoría europea y al debate teórico británico (el que, como sucedió, estaba a punto de ganar un clima particularmente desagradable en el XIII History Workshop en Ruskin College, Oxford, en diciembre de 1979). Tales referencias fueron focalizadas en parte por los antropólogos presentes (Michael Taussig y Bernard Cohn) y en parte por quien escribe. Y mientras la teoría aludida era siempre considerada Marxista o Marxista-Feminista, era efectivamente el sello usado para una crítica antirreduccionista parcialmente digerida y aún emergente, que a la larga disolvería la problemática del Marxismo tal cual lo conocíamos. Finalmente, aunque



las discusiones transcurrían en un espíritu de apertura y generosidad, con muchas posiciones constructivas y clarificadoras, el día terminó con una enojada intervención de Charles Tilly (dirigida contra ciertas afirmaciones de William Sewell) en la cual reafirmó, en no inciertos términos, la primacía del "marco más duro del trabajo sociológico", que la conferencia aparentemente había sido llamada a defender⁸. Cosas importantes estaban en juego.

Mirando atrás, fue una ocasión extremadamente fértil. En ese año, había aparecido *Work and Revolution in France* de William Sewell; Joan Scott se había trasladado a Brown donde comenzó un sistemático encuentro con el postestructuralismo y Charles Tilly proseguía bajando línea. La mención de estos nombres es simplemente para registrar el cambio: Scott y Sewell eran probablemente la descendencia más importante de la unión entre Historia y Sociología en la década del '60 pero ahora estaban afirmando que la historia social en sí misma era insuficiente. El discurso de los historiadores sociales estaba empezando a desobedecer y se derramaba a través de los límites de la disciplina, barriendo con prácticas que se consideraban seguras. Como dijo Couvares en un escrito para el simposio de Tilly (en un curioso cambio de lenguaje) : "La nueva ramera de la antropología, 'la descripción densa', junto con la semiótica, amenazan diariamente con cambiar el foco, con alterar los términos del discurso" (Couvares 1980, 675).

Aún los trazos que he documentado de la ocasión no traicionan la emergente historia intelectual. Así, Charles Tilly nota el cambio en el "trabajo antropológico, ... el estudio de las mentalidades, y... el análisis marxista más riguroso", pero luego parece creer que el proyecto existente –"biografías colectivas, cuantificación, aproximaciones científico-sociales y rigurosos estudios del comportamiento cotidiano"– podían continuar por mucho tiempo más. El truco era simplemente conectar mejor la "agenda histórica establecida" con un lenguaje que otros historiadores pudieran entender. Tan lejos como pudo, la descripción de Tilly de los "dos mandatos" de la historia social era irrefutable: "preguntar cómo el mundo en que vivimos es lo que es, y cómo en este llegar a ser lo que es afectó la experiencia cotidiana de la gente común; preguntando cómo pueden haber afectado a la experiencia cotidiana los cambios históricos fundamentales e inquiriendo cómo y por qué los ganadores vencieron sobre otras posibilidades" (C. Tilly 1980, 681). Pero en tanto las construcciones culturales de esos procesos sean ignoradas (y categorías como "experiencia cotidiana" y "gente común" puestas en cuestión), la formulación continuará siendo insatisfacto-





ria. De manera similar, las problematizaciones que hace Louise Tilly sobre "trabajo" ("para hablar de cambios en el trabajo de las mujeres son necesarias nuevas y más rigurosas definiciones, palabras y categorías") y "política" ("La política deber ser reconceptualizada para que podamos hablar de aquellos que no tienen derechos formales"), están bien en sí mismas (L. Tilly 1980, 67). Pero también es claro que esas reconceptualizaciones profundizan en un terreno sociológico particular. En ese sentido *Women, Work and Family* y *Gender and the Politics of History*, están separadas por mucho más que una cuestión de años⁹.

Hemos entrado en los "nuevos tiempos". Lo que me sorprende, en esta nueva coyuntura, es el grado en el que los historiadores se han convertido, -de buena gana- en sus propios teóricos. Eso no era tan evidente en los '60, cuando la historia social declaraba su presencia mediante una relación ecléctica y dependiente hacia la sociología (y también la antropología) y las apropiaciones más conscientes de la ciencia social focalizaban en metodología (como la demografía, la historia de la familia, los estudios de migraciones, la historia urbana, entre otras) más que en teoría. En cierta medida, los ensayos de Stedman Jones de 1967-76, que llamaban a los historiadores a emanciparse de la minoridad que tenían en relación la ciencia social y empezaran a producir teoría por sí mismos, resultaron una lectura a la medida de la naturaleza de esa relación¹⁰. Al mismo tiempo, algunos historiadores han tomado las palabras de Stedman Jones al pie de la letra. En los '70, esto se efectivizó parcialmente a través de un retorno a Marx, ya sea de manera directa, mediante *El Capital*, la *Grundrisse* o algunos escritos políticos como *El Dieciocho Brumario*, o indirectamente, a partir de la apropiación de algunos teóricos heterodoxos como Gramsci. También se efectivizó mediante la crítica a los usos sociológicos de algunos conceptos (como "comunidad" y "control social") ya que se desentendían los significados acumulados que comprometían sus usos contemporáneos (Stedman Jones 1976; McDonald 1985; Calhoun 1980; Gatrell 1982). Un giro a la antropología antes que la sociología (el terror de los Tilly), fue en realidad parte de ese mismo proceso, y ya era visible en las reflexiones que suscitó *Work and Revolution in France* de William Sewell, y devino más importante en tanto la antropología misma comenzó a "historizarse" durante los '80 (Sewell 1980; también Cohn 1980, 1981; Medick 1987).

Pero los lugares más sobresalientes de una teorización tan independiente, afirmaríamos, son aquellos en los que los préstamos acrílicos son más fuertes, a causa de la ausencia de una práctica a racionalizar, tanto como la caren-



cia de teoría relevante para usarse -donde la innovación, la iniciativa y la interdisciplinariedad han estado inscriptas más centralmente en las condiciones del proceso de conocimiento desde el comienzo, podríamos decir- fundamentalmente en los nuevos y "no disciplinados" campos de teoría feminista/historia de las mujeres y estudios culturales. Por supuesto, la "no teoría" es imposible, y debe ser objetado que los historiadores de estas últimas áreas son menos dependientes de teorías externas que sus predecesores (o previas encarnaciones) en historia social. Es simplemente una clase diferente de teoría, literaria más que científico-social, la que está en juego. No es accidental que algunas de las influencias claves en estos dominios, como Michel Foucault y Stuart Hall, son distinguidos precisamente por su desobediencia a la clasificación disciplinaria convencional (¿Foucault era historiador, o qué?). Y me parece que los historiadores (Joan Scott y Richard Johnson podrían ser perfectos ejemplos) se han convertido en participantes más activos de los nuevos debates teóricos¹¹.

A pesar del escepticismo de Peter Novick, hay evidencias de que los historiadores han intercambiado fructíferamente con la tradición reciente del postestructuralismo francés y sus interpretes británicos y norteamericanos. Es significativo que esta recepción se haya extendido más allá de las páginas de revistas como *HWJ* o *RHR* a los órganos profesionales centrales en Norteamérica. De maneras diferentes, tanto *AHR* como *JMH* han brindado espacios generosos a los recientes debates alrededor del impacto del giro lingüístico¹². En cierta medida, esta exposición ha caracterizado los debates sobre la historia intelectual, la más implicada con el lenguaje y la textualidad en un sentido formal. Pero no hay duda que las ideas están circulando mucho más extensamente, influenciando la práctica intelectual y, desde luego, la retórica de vastas áreas de historia política y social. Así, el moderno campo alemán (por citar un ejemplo más) no se ha distinguido en sus últimos treinta años por su radicalidad metodológica y teórica, a pesar que existían en su seno grupos radicalizados. En realidad, un notable intento por abrirse camino ante el conservadurismo, con una ambiciosa argumentación teórica sobre el declive de la República de Weimar, fue silenciado rápidamente¹³. El órgano oficial de los germanistas norteamericanos *Central European History (CEH)*, ha sido útil para la publicación de monografías y trabajos de campo, pero rara vez pasó de esa situación de "mitad de camino" en cuanto a solidez. Aparte de un par de ensayos y unos pocos artículos, no hubieron aportes con una orientación específicamente Marxista





hasta la publicación del intercambio entre Abraham y Feldman, –diecisiete años después de la publicación de la revista– y allí el propósito era deslegitimarlo. Aparte del artículo, –ahora clásico– de Renate Bridentalh en 1973, y otros tres artículos que trabajaban empíricamente sobre mujeres, no hubieron artículos con una orientación definitivamente feminista hasta el año número dieciséis de la revista, cuando se publicaron tres, de Jean Quartaert y Deborah Hertz (y luego de un intervalo de cinco años, otro de Jean Quartaert). E incluso, durante los primeros veinte años (1967-1987), bajo una definición más generosa, sólo se publicó un artículo promedio por año cuyo contenido fuera de historia social¹⁴.

Mientras tanto, el suelo ha estado cambiando bajo nuestros pies. La existencia del Grupo de Estudio de Historia de las Mujeres en Alemania, –en la costa Este desde los '70– ha sido un signo de esto. La culminación fue una conferencia en Rutgers en 1986 sobre "El Significado del Género en la historia alemana", que contribuyó a repensar el campo en su conjunto. Al final de la década, el giro lingüístico también había llegado. Una conferencia sobre "Reevaluación del Tercer Reich" en la Universidad de Pennsylvania en abril de 1988 trató de acorrallar las nuevas influencias, pero para 1989-90, una serie de acontecimientos registraron el cambio: un pequeño simposio en Chicago en 1989 sobre las influencias interdisciplinarias en la historia alemana ("Cambios postmodernos en Teoría y Metodología"); una conferencia más importante sobre el balance del *Kaiserreich* en la Universidad de Pennsylvania en febrero de 1990, que fue organizada, en cierta medida, alrededor de las problemáticas de género y las implicaciones del giro lingüístico; otra conferencia importante en Toronto en abril de 1990 sobre "Elecciones, Política de masas y Cambio Social", donde se continuaron las discusiones previas; y un gran evento en la Universidad de California-Los Ángeles en ese mismo mes, sobre representaciones del Nazismo y la Solución Final ("Sobre los límites de la Representación Histórica y Artística"), en la cual Derrida personalmente arribó a la historia alemana. De hecho, *CEH* tuvo que ser relanzada en los '90 a partir de un número especial en el que se reunían los trabajos del simposio de Chicago¹⁵.

El paisaje actual

En su ensayo de 1971, Hobsbawm sugirió que las producciones más interesantes en historia social estaban agrupadas en torno a seis núcleos:

1. Demografía y parentesco
2. Estudios Urbanos (en tanto permanecieran dentro del área)
3. Clases y grupos sociales
4. Historia de las mentalidades, o conciencia colectiva, o "cultura" en el sentido de los antropólogos
5. La transformación de las sociedades (por ejemplo, modernización e industrialización)
6. Movimientos sociales y fenómenos de protesta social. (Hobsbawm 1971, 12)

Revisando esta lista dos décadas después, es difícil simplemente añadir algo a la lista de temas ya que (como estoy argumentando) el cambio principal está dado por un desplazamiento subyacente de perspectiva, más que por la apertura a nuevas áreas¹⁶. Las primeras de las tres categorías de Hobsbawm están claramente vivas y bien. Así, la maquinaria de la historia demográfica continúa brindando sus resultados, a menudo desnudando nuevas relaciones y problemas, pero básicamente desde una profundización en las problemáticas materialistas clásicas acerca del cambio social, –usualmente desde una ecléctica perspectiva sociológica¹⁷. Igualmente, la historia urbana sigue siendo una categoría mal definida, aunque el estudio de las comunidades urbanas se ha convertido en el principal medio práctico para el análisis de la formación de clases¹⁸. La historiografía sobre clases ha crecido en los parámetros subrayados por Hobsbawm, y a las investigaciones sobre la clase obrera, debemos agregar ahora una creciente literatura sobre campesinado, y más recientemente desarrollada, sobre la burguesía y la pequeña burguesía/clase media¹⁹.

Pero como marco descriptivo de la "práctica actual de la historia social", la lista de Hobsbawm no sirve de mucho. Parcialmente, porque nuevos grupos temáticos deben ser agregados –el crecimiento de áreas recientes de la historia social incluye: delito y castigo, medicina y salud pública, sexualidad, religiosidad popular, trabajo, memoria popular, mientras la política social y la educación, siendo viejas, fueron olvidadas en la lista de Hobsbawm. Desde mi punto de vista, toda la construcción de la historia social como un campo (sub)disciplinario ha sido desplazada durante la última década, de manera que un cuerpo de discusión se ha desarrollado en paralelo poniendo en cuestión el conocimiento socio-histórico constituido, con profundas implicaciones para las seis categorías de Hobsbawm. Más que elaborar un extenso inventario de temas, en realidad, es importante marcar algunos ejes de este flujo subterráneo.

a) Primero, es necesario decir que la teoría de género





está transformando las bases desde donde pensamos la historia. Tanto sea como dimensión de análisis o área de trabajo empírico, la historia de las mujeres está ausente en el informe de Hobsbawm, y leer esos viejos informes nos da la pauta de la radicalidad del cambio ocurrido desde los '60²⁰. Las cuatro críticas referidas más abajo en este ensayo (Fox-Genovese y Genovese 1976; Stedman Jones 1976; Stone 1977; Judt 1979) son casi indiferentes a las consecuencias transformadoras de la nueva historia de las mujeres, y en realidad no fue hasta fines de los '70 que un cuerpo de literatura monográfica comenzó a aparecer. Incluso allí, al lado del proceso político de vencer los prejuicios inscriptos en las estructuras de la profesión y su régimen disciplinario, mucho de este nuevo trabajo fue neutralizado en sus efectos, ya sea por la adopción del marco de las "esferas separadas" o porque se subsumió a la historia de las mujeres dentro de la historia de la familia. Es destacable esto en el ensayo que Carl Degler escribió para *The Past Before Us*, pero el mismo síndrome también afectó a *Women, Work and Family* de L. Tilly y Scott (Degler 1980; Tilly y Scott 1978).



Mientras este movimiento continuó siendo controvertido, es sólo recientemente, con el desplazamiento conceptual desde la historia de las mujeres hacia la historia de la construcción de la diferencia sexual, que los protegidos espacios centrales de la disciplina han comenzado a ceder. Por supuesto, una gran cantidad de trabajos continúan realizándose sobre representaciones sexuales. Pero son las áreas más importantes, como la historia del trabajo²¹, formación de clases²², ciudadanía y esfera pública (Landes 1988; Pateman 1988; Outram 1989; Catherine Hall 1985), y el estudio de la cultura popular²³, las que están profundizando la utilización de perspectivas de género. Ésta también promete arrojar luz sobre la comprensión del nacionalismo y el fascismo, aunque algunos de los emergentes trabajos sobre masculinidad tiendan a centrarse demasiado fácilmente en los hombres, más que en su relación con las mujeres²⁴. No deberíamos pintar un cuadro tan optimista, por supuesto. Por ejemplo, el núcleo de los historiadores demógrafos y los historiadores de la familia han permanecido marcadamente resistentes en su defensa de viejos proyectos²⁵. Pero la presión insistente por el reconocimiento del género en tanto "categoría útil del análisis histórico" es cada vez más intensa (Scott 1988, 28-50).



b) Es importante notar la, ahora, omnipresente influencia de Foucault. Sería un error exagerar retrospectivamente la centralidad de las ideas de Foucault en las tendencias que estamos discutiendo, y en la práctica,

han encontrado resonancia solamente dentro del universo de pensamiento que esbozaré más adelante. La velocidad de su recepción no puede ser sobreestimada. Los trabajos mismos estaban disponibles en su traducción tempranamente. Pero Foucault estuvo completamente ausente en los trabajos pioneros de historia social del delito, la ley y la prisión de los '70, y en esa época su recepción en el idioma inglés estaba conducida desde los márgenes de la vida académica oficial —en revistas como *Telos* y *Partisan Review* en los Estados Unidos y por una vanguardia consciente de las revistas de la post-nueva izquierda, como *Economy and Society*, *Radical Philosophy*, *Ideology and Consciousness* y *m/f* en Gran Bretaña²⁶. Fue recién a comienzos de los '80 cuando los historiadores comenzaron a tomar nota explícitamente (Weeks 1982; Harrison y Mort 1980). Desde ese momento, los trabajos sobre sexualidad (particularmente la construcción de categorías sexuales a fines del siglo XIX y el siglo XX), cárceles, hospitales, asilos y otros centros de confinamiento, políticas sociales y salud pública, y la historia de la ciencia y las disciplinas académicas, han sido penetrados por la influencia formativa de Foucault.

Sin embargo, más allá de llamar la atención hacia nuevas áreas de investigación, la recepción de Foucault ha tenido algunos efectos teóricos vitales. Ha redireccionado fundamentalmente la comprensión del poder, alejándola de las convencionales, institucionalmente centradas, concepciones del gobierno y el estado y de las concepciones sociológicas de dominación de clase, hacia una dispersa y descentrada concepción del poder y su "microfísica". Nos ha sensibilizado hacia las formas sutiles y complejas de interrelación entre el poder y el conocimiento, particularmente en su forma última de organización administrativa y disciplinaria. Ha llevado al extraordinariamente fructífero concepto de discurso a una forma de teorizar las reglas y regularidades de campos particulares del conocimiento (sus "regímenes de verdad"), y a la estructuras de ideas y supuestos de lo que puede y no puede ser pensado y dicho en determinados contextos de tiempo y lugar. Ha cambiado radicalmente los supuestos de los historiadores sobre las acciones individuales y colectivas y sus bases de interés y racionalidad, llevándonos a ver, en cambio, como las subjetividades son producidas a la vez dentro y a través de lenguajes de identificación que yacen más allá de la voluntad y el control de los sujetos individuales en el clásico sentido de la Ilustración.

c) Durante gran parte de los '70, la historia de las mentalidades funcionó como una nueva panacea para





un número considerable de historiadores. Pareció una alternativa convincente a la clase de historia –formalista, canónica– de la alta cultura; prometió el acceso a la cultura popular del pasado; proveyó de un terreno de aplicación de métodos cuantitativos y la posibilidad de apropiación de la antropología; y, por supuesto, seguía animada por un proyecto de "historia total". Durante algún tiempo, la recepción y traducción de importantes trabajos de *Annales*, orquestada por unos pocos individuos bien situados, fue virtualmente acrítica. Como dijo uno de ellos, "la historia social parecía girar alrededor del núcleo *Past & Present-Annales* y barrer todo lo anterior" (Darnton 1980, 332). Sin embargo, por algunos años la historia de las mentalidades parece haber estado en receso. El tono del simposio de inauguración de la revista *Review* en 1978 era todavía celebratorio, pero para mediados de los '80 ya habían aparecido una serie de investigaciones críticas –Stuart Clark en *P&P*; Samuel Kinser en *RHR*; Gregor McLennan en *Marxism and Methodologies of History*; Michael Grismondi en *SH*; Patrik Hutton en *History and Theory*; y finalmente Roger Chartier y Dominik LaCapra– en el contexto de reafirmar la importancia de una forma de historia intelectual basada textualmente (Clark 1983; Kinser 1981; McLennan 1981; Grismondi 1985; Hutton 1981; Chartier 1982; LaCapra 1985).

No puede haber dudas que todas estas críticas, junto a la mala voluntad de los Annalistas para teorizar su comprensión de la cultura, han dado cuenta de los reduccionismos y los determinismos no especificados en las obras de Braudel y Ladorie. Igualmente, las críticas de Chartier y LaCapra han dejado pocas dudas que la historia intelectual ha recuperado el terreno que pareció haber cedido en los '70. Ninguno de estos desarrollos compromete lo alcanzado por Marc Bloch y Lucien Febvre o excluye la producción de historia de la cultura a la manera de *Annales*, debidamente repensada a la luz de las recientes discusiones. Pero esto no ha sucedido todavía. En su conjunto, las discusiones de los historiadores de la cultura se han movido hacia otro lado, o fuera de la modernidad temprana (el área de mayor influencia de la historia de *Annales*) o hacia el terreno del lenguaje, donde la delantera la llevan los teóricos feministas y los historiadores intelectuales, o sea, intocados por el paradigma de *Annales* o directamente críticos a él²⁷. Por otra parte, los usos más interesantes de Bajtin no vienen de los historiadores sociales como Natalie Zenon Davies y Bob Scribner, sino de los críticos literarios (comparar Davies [1975] y Scribner [1981] con Bennett [1979], Stam [1988] y Stallybrass y White [1986]). En retrospectiva, la



codificación triunfal de los logros de *Annales*, *La Nouvelle Historie*, ahora se parece más a un epitafio, al menos en lo que refiere a historia de las mentalidades.

d) Otro cuerpo de análisis cultural, los estudios culturales contemporáneos, han producido relativamente poco trabajo histórico. En tanto una aún emergente formación transdisciplinaria, estudios culturales comprende una variada miscelánea de influencias –sociólogos, eruditos de literatura e historiadores en Gran Bretaña (pero no antropólogos) y comunicación de masas, teoría literaria y, potencialmente, antropología reflexiva en los Estados Unidos. Las fuertes tradiciones existentes (por ejemplo en etnografía crítica, antropología cultural y etnometodología) han trabajado de manera preventiva contra los estudios culturales en las ciencias sociales en Gran Bretaña permitió un espacio para la emergencia. Así, las principales iniciativas en Estados Unidos han surgido desde las humanidades (como el Programa en Estudios Comparativos del Discurso y la Sociedad en la Universidad de Minesotta), mientras que la proliferación de institutos y programas en ciencias sociales han mostrado escaso interés. Por otra parte, la teoría feminista ha jugado un papel clave, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, tanto como la crítica post-Saïd de formas de pensamiento coloniales y racistas. Otra vez, las influencias individuales variarán (por ejemplo, Gramsci o las aproximaciones psicoanalíticas en Gran Bretaña), pero el giro lingüístico, junto con la fascinación por el postmodernismo, ha sido común a ambas experiencias.

Para nuestro objetivo, debemos notar que el trabajo más concreto ha estado fuertemente situado en el presente. En algún sentido, no importa: el "largo presente" de los estudios culturales es el que comienza en 1945, casi medio siglo que necesita de la atención de los historiadores. Pero dada la euforia que circunda un número de áreas –por ejemplo la cultura del consumo; las economías del placer y el deseo; el crecimiento del trabajo serrial en las tecnologías visuales de cine, fotografía, video y televisión y otros medios comerciales como la propaganda, los comics y revistas; la relación de las mujeres en particular con los géneros de lectura popular (novelas góticas, sagas familiares), la televisión (comedias, telenovelas, series de detectives) y cine (horror, ciencia ficción, melodrama); el uso de la autobiografía y la voz personal; la crítica cultural postcolonialista; y los debates reabiertos sobre cultura alta/media/popular– podemos esperar un *in crescendo* de trabajos históricos (para introducciones, ver: Punter [1986]; Hall et. al. [1980]; Jackson





[1989]; Bratlinger [1990]). Los trabajos sobre memoria popular y de las representaciones del pasado forman un género particular (Colls y Dodd 1986; Wright 1985; Lumley 1988; Bromley 1988; Niethammer 1983, 1985, 1986; Passerini 1987).

e) Querría finalizar esta serie de observaciones con una paradoja. Por un lado, la ambición temprana de una "historia total", de escribir la historia de la sociedad en alguna forma holística e integrada, ha sido puesta radicalmente en cuestión. En uno de mis menos memorables ensayos publicados una década atrás, comentaba que la característica más interesante de la historia social a fines de los '70 era su "nueva potencialidad de totalización". Ahora, es posible mantener alguna versión de ese reclamo (por ejemplo, la posibilidad de considerar todos los fenómenos y prácticas en su dimensión social), pero la forma más fuerte del argumento –"intentando comprender *todas* las facetas de la vida humana en términos de su determinación social"– se ha convertido en problemática (Eley 1979, 55f). Como argumentaré más adelante, la confianza en la concepción materialista de totalidad social –"sociedad" en su sentido marxista y no marxista o sociológico– ha dejado de ser el supuesto organizativo natural para muchos científicos sociales y teóricos de la cultura.

Pero por otro lado, se sigue escribiendo un cuerpo considerable de sociología histórica –mucho más que antes– organizado dentro de las problemáticas de la formación de los estados, la emergencia del capitalismo, desarrollos políticos comparados, revoluciones, entre otros (por ejemplo: Tilly 1990; Wallerstein 1988). Más que eso, se ha desarrollado un nuevo género de historia mundial, extendiéndose literalmente desde la Mesopotamia hasta la confrontación global del siglo XX, producida por sociólogos británicos, inspirados presumiblemente por el recuerdo de sus manuales de escuela, pero intentando reconstruir la teoría social en la escritura de la historia del mundo (Giddens 1981, 1985; Mann 1986; John Hall 1985). Esto crea una interesante yuxtaposición. Por un lado, los diagnósticos radicales de la "condición postmoderna" están proclamando la caída de las grandes narrativas; por otro lado, los más ambiciosos sociólogos históricos están definiendo su proyecto en la producción de... un nuevo surtido de grandes narrativas.

Este ensayo ha presentado un informe truncado y selectivo de los desarrollos actuales, necesariamente limitado en la práctica a mi propia experiencia. Cuando consideramos a la trayectoria de la historia social desde los '70 no hay duda que podría decirse mucho en relación a cam-

pos importantes de producción que yo conozco sólo de un modo imperfecto –como la mayoría de la historia social en Estados Unidos, la historia social de los esclavos y las sociedades de la postemancipación en América; la historia social de Africa, el estudio de las sociedades coloniales y postcoloniales en el Tercer Mundo, y demás. Pero he tratado de puntear ciertos aspectos del presente contexto que puedan servir como base para discutir.

Todo el Mundo es un Texto

Dando una mirada al paisaje intelectual de las ciencias sociales a fines del siglo XX es difícil no impresionarse por el poder y la popularidad de la teoría literaria, los análisis lingüísticos, y la noción de relato en la dirección teórica. Si miramos el *revival* de la historia intelectual y la influencia de Dominik LaCapra, la convergencia potencial de los historiadores intelectuales con los críticos literarios en un nuevo "molde historicista", el impacto enorme de Edward Said y Gayatri Spivak sobre los escritos de los intelectuales en y sobre el Tercer Mundo, el interés de Joan Scott y otras feministas en las teorías de género y discurso, el giro de la antropología reflexiva hacia las formas de narrar el mundo experimentado, el análisis formal de la "retórica" de la economía y otras, –aparentemente– disciplinas no literarias, o simplemente a la circulación de términos como *discurso* y *deconstrucción*– en todas estas áreas, parece no haber escape.

En muchos sentidos, Hayden White es el santo patrón de este desarrollo desde un principio (1973), cuando su *Metahistoria* problematizó las fronteras entre las humanidades y las ciencias sociales y mostró cómo los trabajos de estas últimas están contruídos, también, alrededor de una narrativa y unas estrategias retóricas particulares, incluso cuando tienen el deber de ceñirse rigurosamente a las reglas de la evidencia y a la metodología científica. Por otro lado, White montó este cambio desde los viejos recursos de la crítica literaria y de su original e ideosincrática imaginación, confrontando la historia "objetivista" con los principios morales y estéticos que ordenaron y delataron su propia producción (White 1973, 1978). Al mismo tiempo, la transformación de los estudios literarios por el impacto de (entre otros) Derrida y De Man ha radicalizado el cambio. Las complejidades de la lectura (y la escritura) han puesto la categoría del texto y del trabajo de interpretación en cuestión. Desde la focalización en la intención del autor y en el sencillo significado logrado del texto, (una quimera que



oscurece la indeterminación y la apertura necesaria del texto, su "indecibilidad", su multiplicidad de significados), la teoría literaria ha profundizado la práctica de la lectura hasta el punto de una sofisticación técnica donde los significados pueden aparentemente ser revelados indeterminadamente. Para los neófitos ha sido a menudo difícil entrar en este círculo mágico sin dedicarse todo el tiempo a aprender un nuevo lenguaje de habilidades y gestos, y algunas veces ha parecido que una reprofesionalización de la literatura –una tecnocracia de la palabra– ha sido precisamente el punto central.

Todavía tal sospecha no puede eclipsar la influencia de la teoría literaria más allá de su dominio inmediato. Alguna apropiación modificada del proyecto básico de la deconstrucción –como simplemente, "una lectura abarrotada de inconsistencias y contradicciones, rompe con la idea de una totalidad unificada" (editores de *HWJ* 1980, 1)– se ha convertido en lugar común. Para los historiadores sociales en particular, alguna noción de externalidad, –lo que Derrida ha llamado "la sobredeterminación diacrónica del texto" o la noción de Raymond Williams de determinación en tanto fijación de límites– es algo a tener en cuenta (Derrida 1988, 606). Probablemente esto significa focalizar en dos clases de movimientos –atrás, hacia el contexto de producción del texto, y hacia afuera, a la forma en que sus significados fueron construídos. Más que comprender que "significa" el texto, de hecho, debe ser más fructífero entender cómo "trabaja". Como planteó Tony Bennett, con las características de la influencia de Gramsci en los estudios culturales británicos: "el texto es el lugar en el cual varios significados y efectos pueden ser producidos de acuerdo a las determinaciones en las que el trabajo está inscripto–determinaciones que nunca son dadas y sencillas, sino plurales y contradictorias, producto de relaciones de lucha" (Bennett 1982, 235). Por otro lado, esta modalidad de análisis se ha extendido desde los textos escritos en el sentido más convencional, a todo tipo de documentos e igualmente de experiencias, comportamientos y acontecimientos. Desde el haber asaltado la transparencia del texto en el discurso de la crítica literaria, la textualidad se ha convertido en una metáfora de la realidad.

De manera interesante, el giro hacia la teoría literaria de las ciencias sociales, tiene una larga historia. Dos de las influencias más importantes de los estudios culturales en Gran Bretaña y Estados Unidos –Raymond Williams y Clifford Geertz– fueron formados en ese camino, Williams desde su propio transfondo disciplinario en literatura inglesa en los '40 y '50, Geertz por la apropiación del

método de la crítica literaria en el momento de su impacto inicial entre los últimos '50 y mediados de los '60. En cierto sentido, el importante ensayo de Geertz "La Ideología como Sistema Cultural" (1973), proporcionó una insuperable instantánea de las ciencias sociales en los Estados Unidos en la cima de su confianza de postguerra, congelada justo en el momento de mediados de los '60, cuando todo comenzaba a irse al infierno. El principal contexto referencial estaba dado todavía por Talcott Parsons y el Departamento de Relaciones Sociales de Harvard, pero también habían llegado al punto de incipiente disolución. Las notas al pie de página de Geertz se leen como el epitafio para un discurso vanidoso, y en ese sentido el ensayo es un fascinante documento intelectual, situado en la cresta de la transición y firmemente empapado de su momento. La cuestión interesante es que cuando Geertz queda libre para formular su teoría de la acción simbólica, lo hace en la dirección de la filosofía y la crítica literaria. Y, por supuesto, la filosofía y la crítica literaria que incorpora son las disponibles en Estados Unidos en los '50 (Geertz 1973a, 1973b).

Cuando vamos a Raymond Williams y sus, igualmente importantísimos *Culture and Society* (1958) y *The Long Revolution* (1961), que son producidos más o menos en el mismo período, encontramos una formación intelectual cerrada firmemente en su contexto nacional, aunque llevándonos de vez en cuando a los poderosos recursos de una cultura metropolitana, (recursos que estaban llevando las ciencias sociales de Estados Unidos a las cuatro esquinas del mundo). En el caso de Williams, el contexto inmediato estaba dado por el diálogo muy inglés con la crítica de F. R. Leavis y I. A. Richards y su compromiso político con la democracia y la alta cultura. Pero una de las características remarcables de la posterior carrera de Williams –cortada por su trágica y temprana muerte en 1989– fue su habilidad para moverse con los tiempos –no en el sentido limitado de seguir modas, sino con el consecuente enfrentamiento y asimilación de/con las nuevas teorías. Si consideramos la totalidad de sus escritos desde fines de los '60, de hecho, nos encontramos con las principales influencias teóricas que han transformado la comprensión de la cultura y la ideología desde que Geertz elaborara sus primeras propuestas –con la excepción del propio Geertz y de la antropología cultural norteamericana, a la cual Williams parecía indiferente (la indiferencia fue mutua). Comenzando con la filosofía y estética centroeuropea (Luckás, la Escuela de Frankfurt) y continuando por el linaje francés de estructuralismo y postestructuralismo, la apropiación de





Gramsci, el descubrimiento de Bajtin y Voloshinov, Williams registró la recepción de la teoría continental europea y la trabajó desde su propia contribución distintiva. El ensayo "Base y Superestructura en la teoría Cultural Marxista" (1973), fue uno de los primeros que lo instalan en ese proceso, anticipando en gran medida a *Marxism and Literature* (1977) y los siguientes escritos. Por otro lado, la apertura del pensamiento de Williams era ejemplar y hubiera sido fascinante haber tenido sus reflexiones sobre el emergente discurso del postmodernismo a fines de los '80²⁸.

No fue un logro menor de Williams en los '70 el haber mediado la influencia de la teoría literaria en vastas áreas del discurso social, político y cultural y, posiblemente en un ancho dominio político. Debajo de las discusiones teóricas referidas más abajo, descansa un cambio político, este es, la agenda irresuelta del radicalismo intelectual post-68, que derramó una rica profusión de marxismos y feminismos en las últimas décadas. Por supuesto –y es este el punto principal de mis propias reflexiones– desde los apasionantes días de los '60, cuando las formas de explicación "sociales" se llevaban todo por delante y conectaron a tierra la imaginación, en las causalidades determinantes de un materialismo axiomático, un auténtico torrente ha pasado bajo el puente. Además, la principal tendencia de este último fue, a pesar de los comienzos materialistas a los que aludimos, haber sido un antirreduccionista furioso.

Al principio, la nueva difusión del marxismo –que por primera vez estableció su presencia en las universidades del mundo anglo-parlante– pareció sostener el clásico compromiso de la tradición: ya sea en la separación "antihumanista" de Althusser entre el Marx joven y maduro, la tensión general del estructuralismo entre el modo de producción y un concepto de clase centrado económicamente, la revitalización de la economía Marxista, los estudios inspirados en Braverman sobre el proceso de trabajo, o las disputas por el trabajo de las feministas. *El Capital* fue reinstalado como punto de partida. Todavía estas discusiones se definían a sí mismas en términos no inciertos como desviaciones, como avances críticos sobre viejas formas de la teoría economicista. El modelo "base/superestructura" de determinación social, con la asignación de prioridad lógica a lo económico, cayó bajo ataques particulares. Los esfuerzos de Althusser y Poulantzas hicieron un agujero en esa ortodoxia, a través del cual un ejército de influencias especialmente francesas –el psicoanálisis Lacaniano, la lingüística de Saussure, la filosofía de la ciencia de Bachelard, la estética de Mache-



rey, la semiótica y las teorías del cine, entre otros– pudieron precipitarse. Esta liberación de la política y la ideología para un análisis "relativamente autónomo", ancló a la economía como "la causalidad estructural" y "la determinación en última instancia", abriendo el dominio completo de la esfera "no económica" a la visión marxista –estética, literatura, arte, teorías del conocimiento, vida intelectual, cultura popular, entre otras– en breve, "cultura", como la tensión convergente a partir de la cual el marxismo británico disidente se definiría (Hall et. al. 1980; Benton 1984; Eley 1984; Lovell 1990).

La euforia de esos días, la sensación de estar participando en un discontinuo proceso de revisión, es un digno de ser recordado. Y mientras la voz en este punto es claramente personal (con acento británico), bien vale reconocer un remarcado logro generacional, que tanto internacionalizó (o al menos europeizó) una previamente parodiada cultura intelectual, arrojándola en un modo de intercambio abiertamente teorizado, como simultáneamente problematizó los términos dirección de esta última. Al mismo tiempo, es peligroso presentar este proceso más unificado, coherente y lógicamente continuo de lo que fue (o pudo haber sido), de modo uno que algo se mueva seguido racionalmente por otra cosa: causalmente inscripto en las contradicciones e insuficiencias que lo precedieron. Las historias intelectuales son pocas veces tan racionalmente construidas como ésta; y el proceso de revisión fue disruptivo más que armonioso, instigado por el conflicto tanto como por el ímpetu lógico.

El feminismo es con mucho, la principal influencia de este tipo, y el lector se habrá dado cuenta de su reaparición regular en mi texto –no tanto como una interrupción, ya que mi comprensión de su importancia está demasiado controlada para eso, ni tampoco como tema integrador prioritario. Me he devanado los sesos sobre qué hacer acerca de esto, y tal vez esta precisión captura la relación entre el feminismo y la discusión general en teoría social e historia social (siempre asumiendo por "general" un sinónimo de anglocentrismo). Mejor, mantener el sentido de relativa lejanía y la habilidad de molestar la coherencia lógica y narrativa de la situación, que ser subsumido llanamente en su estructura (lo que también sería una deshonestidad de mi parte). Por un lado, como observó Terry Lovell, la contemporánea escritura feminista es reconocible en los términos que estoy utilizando:

"El viaje comienza con los escritos de feministas Marxistas o socialistas (en historia, ciencias sociales y estudios culturales), buscando develar las





condiciones materiales de la opresión de las mujeres bajo el capitalismo; sigue con el reconocimiento de que ciertos aspectos de esa opresión no se adecúan rápidamente a las categorías marxistas y que se requiere una comprensión más acabada de la subjetividad femenina para dar cuenta de como la opresión es *vivida*, y debe pensarse desde el psicoanálisis más que desde el marxismo. Luego, a partir de Lacan y las modernas teorías del lenguaje, el viaje continúa hacia el "postestructuralismo" y el "deconstructivismo", cuyas luminarias incluyen a Foucault, Derrida y Kristeva. Algunos/as viajeros/as, continúan más allá del feminismo mismo, hacia el "postfeminismo" y "postmodernismo", y consideran que tanto al psicoanálisis lacaniano como el marxismo han sido simples paradas en el camino" (Lovell 1990, 21f).

Por otro lado, es aún necesariamente gradual. Como Sally Alexander plantea, es notable la buena voluntad entre los historiadores a comprometerse teóricamente con esta característica:

"Si el feminismo ha sido sólo uno de los detonadores de la crisis en el pensamiento marxista, en la práctica ha sido el más insistentemente subversivo, ya que no se detiene en su deseo de hablar en nombre de las experiencias, la subjetividad y la sexualidad de las mujeres... Estábamos preguntando lo imposible tal vez. Como feminista fui (y soy) hechizada por esos deseos, mientras que como historiadora pensaba y escribía a la sombra de la historia del trabajo, que los silenciaba. ¿Cómo pueden las mujeres hablar y pensar creativamente dentro del marxismo, cuando ni siquiera pueden entrar al flujo narrativo tan totalmente como quieren, ni imaginar que puedan existir otras subjetividades presentes en la historia que no sean las de clase (imaginar eso transgrede las reglas del materialismo histórico)"²⁹.

Durante largo tiempo, discusiones como esta han hecho estragos en las formas de marxismo dadas y la comprensión materialista más general. Para muchos, la lógica del antirreduccionismo (como sintetizamos a los desarrollos posteriores a los '60), ha estado omnipresente, dirigiéndose eventualmente hacia el abrazo de un anticipado "postmarxismo" y la contrarreacción predecible de quienes estaban insatisfechos por la "retirada de la clase" (Wood 1986). Pero lo que para algunos fue la temida caja de Pandora de incontables heterodoxias, para otros permaneció en el fondo de un baúl, que contenía no so-



lamente las mencionadas posibilidades antirreduccionistas sino también las desafiantes opciones del posmodernismo y el giro lingüístico. Mientras tanto, la búsqueda más allá de la lógica antirreduccionista durante los '80 –mediante la lectura cada vez más sofisticada de la cultura y la ideología a través de Gramsci, Foucault, Voloshinov y Bajtin, el postestructuralismo francés, los estudios culturales británicos y el campo diversificado de teoría feminista a ambos lados del Atlántico– ha dejado el temprano momento intelectual del los '60 demasiado lejos, hasta el punto de poner las inspiraciones materialistas originales en duda.

Como el sostenimiento en la economía ha ido perdiéndose progresivamente, y con él el poder determinante de la estructura social y su causalidad, el espacio imaginario y epistemológico para otro tipo de análisis ha crecido. De hecho, para muchos que han seguido este camino, la clásica conexión materialista se ha roto de una vez y para siempre. La "sociedad" como un objetivo unitario no puede ser mantenida. No hay coherencia estructural derivada de la economía, de las necesidades funcionales del sistema social y sus valores centrales, y de ningún principio determinante de ninguna clase. Los fenómenos particulares, –el acontecimiento, la política, una institución, una ideología, un texto– tienen contextos sociales particulares, en el sentido de condiciones, prácticas, que conforman una parte esencial de su significado. Pero no hay una estructura subyacente dada a la cual necesariamente puedan ser referidos, en tanto expresión esencial de efectos necesarios. En otras palabras, la principal víctima de este cambio intelectual ha sido la noción de totalidad social, en sus varias formas Marxistas o no Marxistas.

El compromiso de asir a la sociedad como un todo, de conceptualizar sus principios subyacentes de unidad –que es ahora descripto como específicamente "moderno" o como el proyecto de la Ilustración– ha entrado en crisis. Para los marxistas y otros sectores de la izquierda, esto se conecta con la complejidad de algunas experiencias políticas, incluyendo el declive numérico de la clase obrera y sus tradiciones; la crisis del Keynesianismo, del estado de bienestar y los conceptos estatistas del socialismo; la bancarrota económica, política y moral de los sistemas comunistas; la catástrofe en el medio ambiente; y las declinantes estrategias políticas centradas en programas de clase. Como dice Lyotard, el momento postmoderno comienza con la "incredulidad al respecto de las grandes narrativas". La historia, en ese sentido, ha perdido su rumbo. Los grandes ideales que nos permitieron





leer la historia en una dirección particular, como "historias" del progreso y la emancipación, —desde la Revolución Industrial al triunfo de la ciencia sobre la naturaleza, a la emancipación de la clase obrera, la victoria del socialismo y la igualdad de las mujeres— ya no convencen. Todas las apuestas están hechas. "No hay una manera sencilla de leer la Historia. En realidad, la historia se ha convertido en una narrativa como las demás", una "historia" sin un fin (Lyotard 1984, xiiif; Ellis 1989, 38).

Así, las últimas dos décadas han sido las de una historia intelectual confusa. Nos hemos desplazado desde un tiempo en el que la historia social y los análisis sociales parecían capturar el terreno central de la profesión y la fuerza de las determinaciones sociales parecían axiomáticas, hacia una nueva coyuntura en la cual "lo social" parece menos definitivo y las determinaciones sociales perdieron su anterior soberanía. El camino desde la "autonomía relativa" y la "causalidad estructural" (las triunfadoras en la década de los '70) hacia el "carácter discursivo de todas las prácticas" (el axioma postestructuralista de los '80) ha sido rápido y desconcertante, y la lógica antirreduccionista ha sido extraordinariamente difícil de resistir.

Pero si la "sociedad" como categoría totalizante se disuelve, ¿quiere decir que la explicación social ha perdido toda su eficacia independiente? Hay un sentido en el cual la recepción de Foucault y los postestructuralistas siguientes ha colapsado la distinción entre "lo social" y "lo cultural" (donde lo último se ha convertido en un resumen de todo el dominio discursivo), en tanto que la formación social se convirtió, —para esta agnóstica redefinición— en el agregado de las "prácticas discursivas", —como "el equivalente de la totalidad de esas prácticas no unificadas" o como "el complejo, sobredeterminado y contradictorio nexo de las prácticas discursivas" (Hall 1978, 12). En ese caso, si la realidad social solamente es accesible mediante el lenguaje (en un sentido teórico constitutivo, tanto como en el sentido común descriptivo que la mayoría aceptaría) y "lo social" es solamente constituido *a través* del lenguaje, entonces, ¿cuál es el lugar dejado, específicamente, para las determinaciones sociales?

Este es el eje que tomo de la discusión a la que he llegado. Un número relativamente escaso de historiadores tomaron el tren hasta el final del recorrido, a través del terreno de la textualidad a la tierra del discurso y la deconstrucción, hacia una epistemología radical que "relativiza el alcance de todo conocimiento, liga conocimiento y poder y teoriza en estos términos las operaciones de la diferencia" (Scott 1988, 4). Esto puede ser alternativamente



autorizante, en su revelación de la "inseguridad" de significados, muestra cómo las definiciones políticas y sociales pueden ser cuestionadas y cómo los términos de lo dado están siempre en juego y, además, susceptibles al cambio, en el presente no menos que en el pasado, e *incapacitador*, en la medida que la crítica de la epistemología en su forma más radical no determina la idea del conocimiento histórico y reduce la tarea del historiador a formas más o menos elaboradas de crítica historiográfica (la historia no como la reconstrucción de lo sucedido, sino como la continua indagación sobre cómo ese pasado fue reapropiado o invocado). Un grupo importante de historiadores sociales continúan como antes, generalmente enterados de lo que está sucediendo, pero desinteresados en la teoría detrás del giro lingüístico y deseando secretamente que se vaya para no volver. Y en el medio, el resto de nosotros, parcialmente de este lado del camino, parcialmente curioseando qué pasa, y no demasiado seguros de que estaremos demasiado tiempo más en destino.

Ahora, este lugar intermedio (dudo en llamarlo "la mitad del campo", porque implica efectivamente la aceptación del interés y la utilidad básica de la teoría postestructuralista, además de la voluntad de permanecer en el tren) es, desde mi punto de vista, un buen lugar para estar. Pero también tiene costos reales. Esto significa dejar de reclamar una forma distinta de conocimiento histórico, dejar de pensar que la historia es la "reina de las disciplinas". La historia en el sentido de práctica (pocas veces reflejada) de muchos o la mayoría de los historiadores, tiende a una epistemología definida, que usualmente equivale a cierta rama del empirismo— eso es, la creencia en un pasado cognoscible, cuyas estructuras y procesos pueden ser distinguidos de las formas de representación documental, apropiaciones conceptuales y políticas y de los discursos historiográficos que lo construyen. Por ahora, tomo a la crítica epistemológica de esta práctica ingenua (o, más radicalmente, la crítica de la epistemología per se como "un dominio teórico que intenta establecer un mecanismo de correspondencia entre un discurso y los objetos existentes por fuera de ese discurso, que pueden ser especificados y hechos a la medida de éste") como lo básico (Hirst 1985c, 138).

Pero esto no significa que la historia se haya convertido en un sinsentido. Por un lado, desechar una teoría de la correspondencia de la verdad no significa que hacer historia se convierta en algo completamente arbitrario, que los historiadores puedan inventar documentos como quieran, o que las reglas de la evidencia sean irrelevantes (miedos típicamente vociferados por los oposi-





tores al giro lingüístico). Significa que el concepto de verdad debe ser pensado de manera muy diferente. El conocimiento es "bueno" o "malo" de acuerdo a la calidad de las preguntas o los problemas que lo constituyen: "El conocimiento histórico trabaja a partir de plantear, replantear y desplazar preguntas, *no* por la acumulación de "evidencia" independientemente de ellas. Los hechos no son dados, es sólo en relación a la pregunta que podemos comenzar a valorar todo ese material que constituye la evidencia para nuestras respuestas" (Hirst 1985b, 54). Como dijo Stedman Jones en su artículo de 1976, "la historia, como cualquier otra 'ciencia social', es enteramente una operación intelectual que tiene lugar en el presente y en la cabeza" y "El hecho de que el 'pasado' en algún sentido 'sucedió' no significa que el pasado sea sinónimo de la historia". De hecho, el pasado "real" está más allá de su recuperación. En cambio, los historiadores evalúan residuos documentales mediante los procedimientos técnicos de la profesión y les asignan relevancia mediante la construcción de un problema significativo. De acuerdo a esto, la común distinción entre "historia" y "teoría" no tiene sentido: "La distinción no es entre teoría y no teoría, sino entre la adecuación o no la teoría utilizada" (Stedman Jones 1976, 296-97). Además, la prueba del conocimiento histórico (su "verdad") no es alguna noción general de validez epistemológica ("verdad en general") sino el criterio particular de adecuación que en historia, no menos que en otros campos (desde la lectura bíblica hasta la mecánica de automóviles), ha tendido a inventarse (y que estará siempre sujeto al desacuerdo y necesitará ser, a la vez, consensuado).

Por otro lado, la historia es simplemente inevitable. Está siempre en juego, tanto en el nivel de la comprensión cotidiana, como en los discursos formales que afectan al cambio social, cultural, económico y político. Es invocada y apropiada, ya sea implícita o explícitamente, a la hora de realizar argumentaciones. Y para que esas argumentaciones sean hechas efectivamente, la atención apropiada a las convenciones de evidencia de la profesión histórica han de ser pagadas. Pero esas convenciones no deben ser confundidas con un reclamo epistemológico. El valor de la historia no es el de un archivo o una corte de "experiencia real". Es un sitio de la diferencia, un contexto de deconstrucción —parcialmente porque hay realmente siempre una pelea (por ejemplo, la de la apropiación e invocación de distintas maneras) y, en parte, porque proporciona el contexto en el cual la naturalización de las hegemonías puede alterarse. La historia es diferente no en el sentido que revela los escalones iniciales de nuestra pro-



pia "historia", ni tampoco como el reino inabordable de lo exótico, sino en el sentido de que la noción de una "historia" sencilla, coherente y unificada es inadmisibles: "Si [la historia] no consiste simplemente en la vindicación de nuestras propias visiones de nosotros o en los relatos triunfalistas de la modernidad, es porque algunos historiadores pueden reconocer que el pasado es diferente, no sencillamente un mero escalón de nuestra 'historia', sino que significa un nosotros inquietante, en el cual se puede, sin embargo, indagar en qué somos"³⁰.

Volviendo a la historia

Por supuesto (los tenaces realistas de la profesión dirán, custodiando su práctica contra estas sugerencias), toda esta teoría está muy bien, pero, ¿qué diferencia hay? Peor, toda esta teorización interminable, la industria de la crítica autosostenida, nos desvía de un compromiso con el pasado más concreto y extendido (en cuya búsqueda, después de todo, se justifica la permanencia de departamentos de historia separados y especializados). Tales ataques se han convertido en un movimiento retórico familiar, centrados en malograr, más que en considerar seriamente, la teoría concernida. Pero, en una forma inocente, la queja no contiene una petición razonable. Si los tempranos supuestos de la historia social ya no pueden ser sostenidos y las viejas nociones de totalidad social y determinación social ya no bastan, entonces, ¿cómo puede ser reafirmado un proyecto práctico de historia social crítica —en forma de disertaciones y monografías como opuesto al ensayo? Pueden darse de modo indicativo algunas respuestas a esta pregunta.

No hay soluciones para el enigma, pero una respuesta extremadamente fructífera para las actuales incertidumbres ha sido la de historizar la categoría de "sociedad" especificando los términos de su propia historia social, política e intelectual, eso buscando los términos bajo los cuales "lo social" primero se abstraigo en un objeto de las teorías del conocimiento, un blanco de la política y un sitio de práctica, hasta que el contexto material en el que la sociedad podía ser convincentemente representada en tanto originada en los sujetos devino gradualmente construida³¹. Aquí "lo social" no refiere a la categoría analítica global de "sociedad" en el desproblematizado sentido de las ciencias sociales, sino a los métodos, técnicas y prácticas históricamente situados que permiten que tal categoría pueda ser construida en primer lugar. El ímpetu a esta perspectiva lo dio, indiscutiblemente, Foucault.





El concepto foucaultiano de sociedad disciplinaria concierne directamente a este proceso. En un nivel, cambia profundamente nuestra comprensión de la política, llevando el análisis del poder más allá del núcleo de las instituciones estatales de un estado nacional, hacia la emergencia de nuevas estrategias individualizadas "que funcionan por fuera, debajo y al lado del aparato de estado, en un nivel cotidiano, de cada minuto" (Foucault 1980a, 60). Pero en otro nivel, es precisamente a través de estrategias individualizadas que la *sociedad* ("lo social" o "el cuerpo social") deviene reconocida, construida y elaborada como el principal objeto de la ciencia, la vigilancia, la política y el poder. La población (fertilidad, estructura etaria, movilidad, salud), la economía, la pobreza, el delito, la educación y el bienestar se convierten no sólo en los principales intereses de la actividad gubernamental, sino también en la medida de la cohesión y la solidaridad en el orden social emergente en el siglo XIX. Si entendimos lo último, es a la nueva ciencia social y a los discursos médico-administrativos, -sus tecnologías, sus efectos- a lo que debemos mirar en tanto nuevos conocimientos "concernientes a la sociedad, su salud y enfermedad, alojamiento y hábitos, que sirvieron como el núcleo de la 'economía social' y la sociología del siglo XIX" (Foucault, 1980b, 176). Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, el repertorio del poder produce conocimientos que luego se expanden hacia acá -a través de la psiquiatría y la psicología, el trabajo social y el estado de bienestar, las relaciones industriales, las políticas hacia la juventud, la salud pública, la higiene social, el eugenismo, etc.-. Como Donzelot y otros han argumentado, la familia se convirtió en un objeto particular de esas intervenciones y pericias. Además, como algunas feministas eruditas y el propio Foucault en sus trabajos finales han mostrado, la sexualidad provee un campo especialmente rico para observar en construcción tales relaciones de poder (Donzelot 1979; Mort 1987; Copley 1989).

Este movimiento "discursivo" -desde suponer una sociedad "objetiva" a estudiar cómo fue formada la categoría de "lo social"- debe ser tomado por paradigmático para una variedad de áreas, y aquí quiero considerar brevemente dos en particular: el proceso de formación de la clase obrera y el crecimiento de los ideales de ciudadanía a principios del siglo XIX, los cuales han atraído alguna atención³². Desde Thompson ha resultado cada vez más y más difícil presentar el proceso de la formación de la clase obrera como una manifestación lógica del proceso económico y sus efectos necesarios en los niveles de organización social, conciencia y cultura. Pero no podemos



llevar el análisis alternativo simplemente a un proceso de desagregación empírica, de manera que un asimiento más completo de las complejidades en la composición de la clase obrera (su variedad seccional a través de industrias; su diferenciación interna por jerarquía de antigüedad, status y habilidades; y su segmentación cultural a lo largo de líneas de género, religión, etnicidad y raza) pueda emerger en escala temporal. Para entender la clase como un factor político, de hecho, tenemos que ir más allá y aceptar los problemas metodológicos y las dificultades teóricas de analizar las políticas de la clase obrera (la emergencia de los movimientos laborales y los partidos socialistas) como la expresión causal de un interés de clase económicamente localizado y una posición social estructural, (aparte de los problemas epistemológicos de una noción de causalidad social como el que describí).

En este sentido, la clase como un *postulado* político y cultural (la aserción de un modelo particular de identidad social) fue casi tan crucial al proceso de la formación de la clase como la existencia de la clase en tanto un hecho social demostrable (la creación de nuevas posiciones sociales definidas por la posición respecto a los medios de producción u otro criterio material). La *ideología de clase*, la insistencia que la clase fue la realidad organizante de las sociedades capitalistas emergentes y el crecimiento de prácticas específicas y organizaciones alrededor de esta insistencia (como sindicatos y partidos socialistas), es posiblemente un mejor punto de partida para el estudio de clases que el clásico de la estructura económica y social, porque fue en el nivel discursivo en el que la colectividad operacional de la clase -quién debe ser incluido, quién dirige el tono y quién recibe a la voz reconocida- fue definida. En este sentido, la historia de la clase es inseparable de la historia de la categoría. La clase emergió como un conjunto de reclamos discursivos acerca del mundo social, buscando reordenar ese mundo en sus términos.

Un movimiento de este tipo nos ayuda a liberar el análisis de la teleología de una conciencia de clase pensada para ser inscrita en la estructura de los intereses de clase y la experiencia colectiva de clase -y de la necesidad de encontrar explicaciones especiales cuando aquella conciencia de clase es "imperfecta". Efectivamente, convierte la misma noción de "interés" en un problema, un efecto discursivo de historias complejas más que una base de acción dada, coherente y acordada que es causalmente previa. Más que preguntar cuáles intereses de la clase obrera fueron reflejados en qué organizaciones y formas de acción (de manera que la conciencia de la cla-





se obrera deviene derivada expresivamente), deberíamos empezar preguntando cómo los acuerdos prevalecientes de los intereses de la clase obrera fueron construidos, cómo prácticas e instituciones particulares alentaron o impidieron construcciones particulares de los intereses de la clase obrera, y cómo un específico conjunto de imágenes de lo que era la clase obrera vino a ser creado. Desde esta perspectiva, "interés" es más un efecto que una causa.

Focalizar en la construcción de la clase como una categoría estructurante en este sentido nos permite un mejor acceso a las parcialidades e indeterminaciones de la formación de la clase y a los procesos de exclusión en los cuales sus solidaridades crecen. Y explorando el siempre incompleto proceso que así define a la clase como un fenómeno operativo, podríamos concentrarnos menos en la coherencia subyacente de los lenguajes de clase que en la comprensión de las líneas de fractura y diferencia. Como observa Robbie Gray, reflexionando sobre la intervención de Stedman Jones, ese lenguaje es "multi-estratificado, complejo, fracturado, compuesto de incoherencias y silencios, tanto como el tranquilo flujo de lo que serían los autoritarios discursos públicos", y tanto debe ser leído por sus exclusiones como por sus apelaciones unificantes (Gray 1986, 367). La más importante y continua de esas exclusiones es la que ha concernido a las mujeres y ordenada a lo largo de las líneas de género.

La identidad positiva de la clase obrera, tal como fue elaborada durante el siglo XIX —el ideal del macho, trabajador calificado en la industria— descansó poderosamente sobre supuestos dicotómicos acerca de lo que significaba ser un hombre o una mujer. Esos supuestos fueron ordenados en un dualismo omnipresente que alineaba a los hombres con el mundo del trabajo y del dominio público y a las mujeres con el hogar y el reino privado de lo doméstico —uno, sitio de control y racionalidad y el otro, sitio del afecto y la subordinación. Inscritos en el lenguaje de clase, eran nociones definitivas de masculinidad y femineidad que limitaban "el acceso de las mujeres al conocimiento, la capacitación y la subjetividad política independiente" (Alexander 1984, 137). Por consiguiente, la importancia del género, la sexualidad y la familia no puede ser puesta entre paréntesis para un análisis de la política de la formación de la clase obrera. Por el contrario, la construcción social de la diferencia sexual trabajó para separar la esfera privada de la familia de los mundos del trabajo, y el género —la generalización (*gendering*) de la formación de la clase— tuvo un poderoso impacto en cómo la identidad de la clase obrera vino a ser entendida. Además, el establecer la identi-

dad de clase de esa manera presupuso la supresión de posibilidades alternativas. Tal establecimiento presumió, en realidad requirió, el silenciamiento de significados alternativos que amenazaban con desbordar sus términos. En el caso de "clase", el discurso marginalizó el rol de las mujeres al establecer sus supuestos de esa manera. Me parece enormemente importante develar estas estructuras y su operación y convertir los significados de clase asumidos, en un problema. Es vital, en otras palabras, alterar la unidad de significado.

De hecho, necesitamos un concepto opuesto de identidad que tense su no-fijación y la vea como una inestable ordenación de múltiples posibilidades cuya unidad es manejada discursivamente a través del lenguaje y es sólo constituida a través de factores de diferenciación incompletamente ordenados. Si el objetivo es entender las formas en las cuales los procesos y estructuras de exclusión han ordenado la formación histórica de la clase, develar esas exclusiones significa reconocer la indeterminada multiplicidad de identidades. El cómo nos vemos en tanto eje de acción y el cómo nos conducimos en la arena pública no está establecido. Nos reconocemos a nosotros mismos de manera variada —como ciudadanos, como trabajadores, como padres, como consumidores, como entusiastas de deportes y hobbies, como creyentes religiosos, entre otros. Los reconocimientos son alterados por las relaciones de poder de diferentes tipos, y ellas están fuertemente generalizadas (*gendered*) por supuestos que nos definen como hombres y mujeres. En un nivel, esta complejidad y no-fijación del sujeto es una observación banal. Pero lo importante es que la política es usualmente dirigida *como si* la identidad estuviera fijada. El asunto entonces varía: ¿sobre qué bases, en diferentes lugares y diferentes tiempos, la identidad no establecida deviene temporariamente establecida de manera que es posible que grupos o individuos actúen en común, políticamente o de otra manera? ¿Cómo la gente deviene (y da forma a) sujetos actuantes, comprendiéndose a sí mismos de maneras particulares? En efecto, la política consiste en el esfuerzo de "domesticar la infinidad" de identidades (Mouffe 1989). Es el intento de *hegemonizar* la identidad, de ordenarla en un fuerte compromiso programático. Si la identidad está descentrada, la política consiste en *un intento de crear un centro*.

Para volver a la cuestión de la formación de la clase obrera, el poder de la tradición socialista entre fines del siglo XIX y la década de 1930 (llegando a un largo desenlace en nuestro propio tiempo) radicó en su habilidad de entrelazar identidades populares a una fuerte concepción





de clase obrera –eso es, en construir la acción política popular alrededor del discurso de clase en su generizado (*gendered*), calificado, limitado nacionalmente e "industrial", sentido. Ahora, en todos los períodos y lugares, tales partidos fueron siempre más complejos en su sociología que esto, ya sea en sus miembros, soporte o apelación. Movilizaban trabajadores, incluso en una definición restrictiva, altamente desiguales. Y siempre integraron amplias secciones del pueblo alrededor de núcleos masculinos, calificados, religiosos y étnicos, aún si estas otras constituciones no eran clase obrera en el principal sentido sociológico (por ejemplo las mujeres, los no-calificados, las minorías nacionales, etc.) o no clase obrera en absoluto como fue entendida clásicamente (como los intelectuales, los profesionales, clérigos, trabajadores de cuello blanco, comerciantes y otros pequeños empresarios de los barrios obreros). Además, los partidos socialistas fueron siempre activos en un sentido "no clasista", trabajando a través de la retórica pública de la ciudadanía democrática, la justicia social y el igualitarismo tanto como a partir del lenguaje del socialismo *per se*.



Pero programáticamente, el centramiento de su práctica alrededor de la noción de clase es lo suficientemente claro. Y concentrar la identidad de esa manera tiene sus costos. Implica una reducción a la clase. Implica exclusiones y negaciones. La orientación positiva hacia la clase obrera presumió una orientación negativa hacia otros –y no sólo hacia otras clases sino hacia otra clase de trabajadores (por ejemplo, los no organizados, los groseros e irrespetuosos, los criminales, los frívolos, los devotos religiosos, los étnicamente distintos, y por supuesto, las mujeres)– y hacia otros elementos de subjetividad, en efecto, todos los aspectos de indentidad que no podían ser disciplinados en una noción altamente centrada de acción política clasista. Por otro lado, la negación de ese espacio –el espacio definido por estas "otras" identidades– brinda oportunidades para otras tareas de construcción, que vienen del estado, los competidores políticos, las iglesias, el entretenimiento comercial y otros tantos.



Así, la "unidad" de la clase obrera, aunque postulada a partir de la producción y sus relaciones sociales, es un objeto de construcción nunca alcanzable; una motivación ficcional, una contingencia de la acción política. Por otro lado, las nociones de ciudadanía pueden ser deconstruidas de manera similar, particularmente si nos retrotraemos al ideal del sujeto individual racionalmente actuante usualmente colocado en las tradiciones de pensamiento descendientes de la Ilustración. Se ha conver-

tido en un lugar común de la crítica feminista que el pensamiento político moderno está altamente generizado (*gendered*) en sus estructuras básicas, particularmente en el contexto de la Ilustración de fines del siglo XVIII, cuando se compusieron los elementos claves del discurso liberal y democrático. En otras palabras, el momento constitutivo del pensamiento político moderno fue constituido por supuestos reelaborados sobre la mujer y el hombre: no solamente fue visible en constituciones, códigos y movilizaciones políticas sino también ordenó el más elevado discurso filosófico alrededor de los universales de razón, ley y naturaleza, anclándolos en un sistema ideológicamente construido de diferencias de género.

La nueva categoría del "hombre público" y su "virtud" fue elaborada mediante una serie de oposiciones a la "femineidad", la cual se dibujó bajo las antiguas nociones de domesticidad y el lugar de las mujeres, y las racionalizó en un conjunto de reclamos concernientes a la "naturaleza" de la mujer. En un nivel fundamental, construcciones específicas del "ser mujer" (*womanness*) definieron la cualidad de ser un "hombre", de manera que la identificación *natural* de la sexualidad y el deseo con lo femenino, permitió que tuviera lugar la construcción *social y política* de la masculinidad. En este sentido, la política moderna, entre otras cosas, fue constituida "como una relación de género" (Landes 1988, 204). En la retórica de '1780 o '1790 la razón fue contrapuesta convencionalmente a la "femineidad, si por esta entendemos (como los contemporáneos) placer, juego, erotismo, artificio, estilo, refinamiento y particularidad" (Landes 1988, 46). Luego, en las concentradas circunstancias de la Revolución Francesa, las mujeres fueron silenciadas para permitir que los discursos masculinos –en el lenguaje de la razón– tomaran las riendas. Junto con otros (clase, raza, etnicidad, religión, edad, etc.) la identidad sexual y de género fueron las poderosas exclusiones desde las cuales el sujeto político moderno se formó, en realidad, las que permitieron que por primera vez emergiera la idea de subjetividad racional.

No hay necesidad de explicar esto más allá. El punto es sugerir cómo formaciones particulares discursivas –cuya emergencia y elaboración pueden ser cuidadosamente situadas históricamente– están centralmente implicadas en la historia social, constituyen las categorías básicas de comprensión y, por lo tanto, el ambiente social, cultural y político en el que la gente actuó y pensó, antes que ser el predicado de la "experiencia" o seguirse desproblematizadamente de una causa social. El discurs-





so decimonómico de la ciudadanía, no menos que las concepciones de identidad de clase, fueron inmensamente complejas y poderosas formaciones de este tipo, que sutilmente ordenaron el mundo social y político y estructuraron las posibilidades de lo que podía y no podía ser pensado. El género fue crucial no sólo en el adiestramiento y la contención de una identidad de clase, sino también a la dotación y limitación de las capacidades políticas. La reciente teoría feminista nos sensibilizó a los procedimientos y supuestos que regulan el acceso a la voz política. Por un lado, hay una crítica sintetizada al patriarcado como una figura continua en el pensamiento político europeo, desde Hobbes, pasando por Locke hasta la Ilustración y después. Aquí, las mujeres están esencialmente confinadas dentro de la casa: "Dentro de esta esfera, las funciones de las mujeres del cuidado de los niños y el mantenimiento de la familia son juzgadas en correspondencia a su sinrazón, desobediencia y 'proximidad' a la naturaleza. Las mujeres y la esfera doméstica son vistas como inferiores al masculino-dominado mundo 'público' de la sociedad civil y su cultura, propiedad, poder social, razón y libertad" (Keane 1988, 21). Pero por otro lado, la bondad del trabajo reciente es que ha mostrado cómo ese tejido de subordinación fue reformulado y recargado en el medio del mayor cataclismo político –la Revolución Francesa– a través de la cual el ideal de emancipación humana fue radicalmente extendido de otra manera. En otras palabras, el modelo liberal de intercambio político racional no sólo estuvo viciado por las persistentes estructuras patriarcales de viejo tipo. Muy desde el comienzo, la esfera pública liberal se dio forma por un nuevo discurso excluyente dirigido a las mujeres.

En el punto culminante, el tratamiento excluyente de las mujeres, tal trabajo está también subvirtiendo los términos existentes de la "historia" –permitiendo no sólo la recuperación de un aspecto previamente negado, sino también un conjunto de visiones que fundamentalmente reconstruyen nuestro sentido de la totalidad. Ahora hay ricas demostraciones en una variedad de campos. Así, Davidoff y Hall (1987) han mostrado cómo la clásica sociedad y política burguesa del siglo XIX, no menos que la clase obrera, fueron producidas por procesos generizados (*gendered*) de formación de clase. Ellos tensionaron tanto la importancia constitutiva del género (por ejemplo, la estructuración históricamente específica de la diferencia sexual) en el ordenamiento del mundo de la clase media mediante particulares comportamientos de la familia y la domesticidad y particulares estilos de



consumo y las interacciones recíprocas entre esta esfera privada y la esfera pública de la vida asociativa y política, en la cual se reflejaron y reprodujeron activamente las distinciones generizadas (*gendered*) de identidad de clase forjadas entre la casa y el trabajo. La agitada vida asociativa de principios del siglo XIX demarcó estrictamente los roles de las mujeres y los hombres mediante un repertorio móvil de ideologías y prácticas, que consistentemente asignó a las mujeres a una esfera privada no política, "teniendo como mucho que jugar un rol de ayuda en el rápidamente expandido mundo político de sus padres, esposos y hermanos" (Catherine Hall 1985, 11). Por otra parte, esta separación de esferas –entre el reino masculino de la actividad pública y el reino femenino del hogar, que ciertamente no excluyó (y fue sutilmente articulada con) la relación de interconexión entre negocio/ocupación y hogar y engendró una concepción particular de lo público y lo privado para la burguesía decimonónica emergente– fue replicado en la situación de la clase obrera, tanto por el trabajo del Cartismo en el siglo XIX como por los movimientos socialistas, tal como la historia social de la clase obrera ha mostrado ampliamente (Alexander 1984; Rose 1991).

Conclusión

En este ensayo he intentado un repaso de los últimos veinte años, no para ofrecer un inventario exacto del trabajo reciente sino para brindar un sentido de la dirección actual.

Sin embargo, mientras los '70 estuvieron caracterizados todavía por un sentido de movimiento hacia adelante, transportados por el ilimitado poder de la explicación social, los '80 han constituido mucho más una atmósfera de incertidumbre y cambio. Como he sugerido, es parcialmente una historia generacional, en tanto una parte de la legión de la historia social de los '60 se ha separado del previo consenso materialista (como simplemente podemos llamarlo) siguiendo la pista de la lógica antirreduccionista de la teoría estructuralista y postestructuralista, dejando a la otra parte (probablemente la mayoría) en considerable confusión –algunos reafirmando dogmáticamente antiguas posiciones (que he tendido a llamar "clásicamente materialistas"), algunos optando por una historia cultural más ecléctica y antropológicamente orientada, y muchos otros continuando en su práctica socio-histórica de los '70. A riesgo de simplificar demasiado, veo dos tributarios principales del giro lingüístico entre los





historiadores sociales angloparlantes: uno es el vasto cuerpo del británico Marxismo post-Althusseriano/post-Marxismo (incluyendo un separado aunque convergente feminismo) y el otro es el remarcable impacto norteamericano de la teoría literaria deconstructivista, cada vez más mediada a través de la discusión específicamente feminista. (Dónde deja esto a la discusión específicamente antropológica es menos claro). En este punto, la presión radical de la teoría feminista me parece principal.

Los críticos del llamado giro lingüístico desde la izquierda (y los más maliciosos desde la derecha) felizmente lo reducen a una clase particular de proyecto social –como las acrobacias autoindulgentes de los intelectuales de izquierda que han perdido el camino, construyendo seductoras pero inservibles racionalizaciones para su aislamiento en torres de marfil, buscando un sustituto para la clase obrera que rechaza su ministerio y perdiendo los nervios por los bien tratados aunque dificultosos proyectos radicales (Wood 1986; Palmer 1990). En respuesta, la relación constructiva entre las perspectivas teóricas que he estado explorando y las posibilidades de articular políticas más adecuadas a las diversas y complejas bases de identidad colectiva a fines del siglo XX es lo que –por el contrario– yo firmaría de buena gana. Por otro lado, las historias sociales y políticas del último cuarto de siglo –en el así llamado mundo real– han inducido a tal generalizado escepticismo acerca de las ideas más tradicionales de acción política clasista –en tanto la base principal y suficiente para entender y actuar en el mundo– que ciertamente impide el interés de aquellas perspectivas para socialistas como yo mismo, quienes querríamos elaborar algunas bases viables de política de izquierda tras la bancarrota de las tradiciones de socialismo de estado. Existe también un análisis social disponible –del post-fordismo, postmodernidad y la reestructuración transnacional de la economía capitalista global– desde donde se pueden comenzar a anclar las condiciones de posibilidad para una política de los "nuevos tiempos". Pero tal análisis social de la historia intelectual que he estado contando no es necesario para el cambio teórico y epistemológico que contiene. No puede, desde luego, ser invocado como algún tipo de desplazamiento de un materialismo "normalizado".

En realidad, la relación exacta entre la vida intelectual –en este caso un específico desplazamiento en la teoría y sus efectos en el hacer historia– y las condiciones sociales y políticas generales es todo menos clara, y uno de los objetivos de mi ensayo ha sido marcar las dificultades de establecer nexos de causalidad. Sería perverso –un

acto de fe materialista– llevar atrás el argumento hacia una vieja concepción de lo social y de ese modo hacer inofensivas las muchas preguntas que he tratado de suscitarse. En todas sus variantes, la historia social en su amorfa sino aglutinante forma de los '70 ha dejado de existir: ha perdido su coherencia como proyecto intelectual (el cual derivó, como sugerí, de la soberanía de las determinaciones sociales dentro de una concepción materialista de totalidad social, ambos han sido sujetos a una crítica convincente) y ha perdido su prestigio de ser el lugar de los espíritus intelectuales más radicales, innovadores y experimentales de la profesión, particularmente entre las generaciones recientemente "recluidas". La "nueva historia cultural" o los estudios culturales están actualmente tomando ese lugar.

No lo veo como una crisis o una causa a abandonar. Pero hay efectivamente no pocas voces que lo hacen. En el ejemplo más reciente, Bryan Palmer denuncia al giro lingüístico en tanto "indudablemente una maniobra del adversario" dirigida contra el materialismo histórico y la historia social. Representa el "descenso hedonístico en una pluralidad de discursos que descentraron al mundo en una negación caótica de cualquier reconocimiento de las estructuras tangibles de poder y comprensiones de significado"; "una reducción del análisis y la teoría a un juego de palabras de pretensión escolástica"; y una "moda mesiánica" que ha capturado desastrosamente la imaginación de los historiadores sociales (Palmer 1990, 188). El libro de Palmer es realmente bizarro, oscilando abruptamente entre amables exégesis de las contribuciones postestructuralistas y sus posibles apropiaciones por un lado, y condenas salvajes por el otro. Al final, el giro lingüístico para Palmer ha resultado honestamente una "... mierda, una clase de juego de palabras académico con ninguna ligazón posible con algo que no sea los ghettos pseudo-intelectualizados de los más promocionados enclaves de vanguardia del bastión del conservadurismo, la Universidad" (Palmer 1990, 199). Contra esta clase de acción policial-intelectual ("Son negativas que deben ser formuladas, y claramente" –¿pero de acuerdo a qué autoridad?–), que es una decepcionante reminiscencia de los peores excesos de *Miseria de la Teoría* de Edward Thompson y el debate que lo rodeó, nosotros deberíamos insistir en la necesidad de pluralismo. Y esta es la nota con la que prefiero terminar. Si individualmente decidimos tomar o no el giro lingüístico, permanecerán todavía una diversidad de historias en la profesión, y como en la práctica no hay modo de resolver estos debates en breve, a no ser que expulsemos del cam-





po a nuestros oponentes o quememos sus libros, lo mejor que podemos pedir es apertura y seriedad intelectual en las polémicas. La comprensión avanza a través del conflicto y la clarificación de las diferencias. Pero al final, son las diferencias lo que tenemos que mantener ■

Traducción: Valeria Manzano

Notas

1. El contexto bibliográfico para este ensayo es potencialmente inabarcable. Más que abarrotar el texto mismo con un número absurdo de notas al pie o una multiplicidad de citas, he tratado de indicar este contexto citando sólo uno o dos títulos representativos en cada caso mientras recojo las referencias completas en la bibliografía del final. De esta manera, la bibliografía es un intento de proveer una –razonablemente– guía completa de las lecturas que se encuentran en la base de este ensayo.

2. Algunos ensayos de los últimos '70 han sido repetidamente citados en estos desacuerdos polémicos: Fox-Genovese y Genovese (1976); Stedman Jones (1976); Stone (1977); Judt (1979). Fueron seguidos por Stone (1979); y Eley y Nield (1980).

3. Ver los siguientes ensayos de Stedman Jones: 1972, 1975, 1976, 1977a, 1977b. El ensayo sobre lenguaje fue Stedman Jones (1983), en un volumen que también reedita algunos ensayos tempranos. La mejor guía para la trayectoria de su pensamiento es la introducción a ese volumen, junto con una entrevista realizada por Stuart Macintyre (Stedman Jones 1977c).

4. En *CSSH*, las perspectivas postestructuralistas se han comenzado a incorporar de la mano de la antropología. Mis comentarios refieren solamente a los componentes históricos en el contenido de la revista, donde la principal orientación sigue dada por la ciencia social. Los ensayos podrían ser una excepción a esto.

5. Ver también la retrospectiva editorial "Diez años después" (20, otoño de 1985, 1-4), que relaciona este desarrollo políticamente con el Thatcherismo. Un desplazamiento similar puede ser trazado en *RHR*, desde el especial sobre la historia Marxista Británica (19, invierno de 1978-79), pasando por "El retorno de la narrativa" (31, 1985) hasta "Lenguaje, Trabajo e Ideología" (34, 1986). De manera interesante, el especial temático "La sexualidad en la Historia" (20, primavera de 1979) contiene relativamente pocas evidencias de nuevas perspectivas. Solamente el artículo clave de Donald Reid en su discusión de Jacques Ranciere: "The night of Proletarians: Deconstruction and Social History", *RHR* 28-30 (1984): 445-63.

6. Ver Thompson (1978) y el debate acerca de Jhonson (1978). Otras contribuciones incluyen a Anderson (1980) y el debate entre Stuart Hall, Edward Thompson y Richard Jhonson en el XIII History Workshop en diciembre de 1979, publicado por Samuel (1981). (Una cuarta interlocutora, feminista, planteó que el tono y los términos del debate hicieron su presencia inapropiada. Mi favorito entre los siguientes comentarios es el de Margarey [1987]).

7. Mis razones son también, parcialmente maliciosas. Los breves trabajos presentados para esa ocasión fueron publicados por los Tilly como "Problems in Social History: A Symposium", en *Theory and Society* 9 (septiembre de 1980): 667-81, incluyendo los de Louise Tilly, Edward Shorter, Francis Couvares, David Levine y Charles Tilly). El único trabajo que no fue solicitado para su publicación fue el mío, supuestamente en aras de calidad.

8. Nada de la intensidad ni explosividad de tales discusiones es recogido en la publicación.

9. El primero de esos títulos es una coautoría entre Louise Tilly y Joan Scott; el segundo reúne ensayos de Scott y documenta una distancia intelectual infranqueable.

10. Ver especialmente Stedman Jones (1972, 1976). Para un caso particular, ver McDonald (1985). La mejor ilustración general de esta cuestión es *P&P* entre los últimos '50 y los últimos '60, cuando la generación de Marxistas británicos que dejó el partido comunista se volvió hacia la teoría social no Marxista en ayuda de sus reflexiones. Philip Abrahams y Eric Hobsbawm fueron claves en el intercambio con la sociología; Jack Goody, Peter Worsley, Keith Thomas y el propio Hobsbawm en el caso de la antropología.

11. Ver Scott (1988) y Johnson (1979, 1979a, 1979b, y más recientemente 1986-87). Ambos comenzaron sus carreras en los 60', en la relación más dependiente criticada por Stedman Jones, cultivando sus análisis a la luz de la sociología –Scott en el sentido clásico de la nueva historia social y Johnson como un historiador de la educación desde una perspectiva del control social. Ver Scott (1974) y Johnson (1970).

12. Ver los artículos de Toews (1987); Harlan (1989) con la respuesta de Hollinger y Appleby; Matthews (1990); Childers (1990); Chartier (1985), Darnton (1986); LaCapra (1988); Fernández (1988).

13. Ver Abraham (1981) y el exhaustivo intercambio con su perseguidor principal, Gerald Feldman (1984). Hay una buena presentación del *affair* en Novick (1988), 612-21.

14. Ver Bridentalh (1973); Quartaert (1983); Hertz (1983); Quartaert (1987). Esta afirmación está basada en el índice acumulativo de los volúmenes 1-20 (1968-87) en *CEH* 20 (septiembre-diciembre de 1987).

15. Un buen ejemplo de este cambio puede ser Koshar (1986), que es entre otras cosas una excelente exploración en los usos históricos de la teoría de la movilización de recursos. Para el tiempo de las conferencias de 1989-90, Koshar había re-emergido como el postestructuralista más radical entre los participantes. Ver, por ejemplo, sus trabajos inéditos para Chicago, "Representations, Symbols, Monuments", y Philadelphia, "The Kaiserreich as Ruin: Notes on Constructing the Popular Culture of Imperial Germany". *CEH* fue relanzada en el volumen 24 (1991), pero un número especial la precedió, "Historias Alemanas: Cambios en Teoría, Práctica, Técnicas" (*German Histories: Challenges in Theory, Practices, Technique*), vol. 22 (septiembre-diciembre 1989). Cambios similares pueden ser trazados en el campo francés, yuxtaponiendo los trabajos actuales de figuras como William Sewell y Lynn Hunt y en Francia los de François Furet con la clase de historia social en la que aparentemente se encontraban en los últimos 60' y primeros 70'. En Francia misma los referentes políticos del cambio han sido diferentes y extremadamente específicos en un sentido nacional, derivando del extraordinario anti-Marxismo de la vida intelectual contemporánea francesa. Así, en el caso de Furet la perspectiva se ha movido de la historia social hacia una historia intelectual y política, pero difícilmente lo haga hacia una de género o del lenguaje en un sentido más radical. Al mismo tiempo, una detallada pintura en Francia es de lo más diversa: para una indicación ver Godelier (1980); Achard (1980); y más recientemente Schötter (1989).

16. Está reflejado en la introducción a Thane y Sutcliffe (1986), la que está concientemente orientada a renovar el informe de Hobsbawm, pero presentando una mezcla desorganizada de temas y tendencias. En los últimos tiempos, un desplazamiento general de "clase" a "cultura" en tanto categorías organizantes de la historia social británica parece ser el tema omnipresente.

17. El paradigma de logros es Wrigley y Schofield (1981). El lanzamiento de una nueva revista en 1986, *Continuity and Change. A Journal of Social Structure, Law and Demography in Past Societies*, puede presagiar un ensanchamiento en la visión. Al mismo tiempo, ver Levine (1987); Secombe (1983); y Hochstadt (1982).

18. Los fenómenos específicamente urbanos mantienen su importan-



cia, en contraste con los reclamos de la historia urbana de constituir un campo coherente en sí misma. El planeamiento urbano, las dimensiones fiscales del estado local, la urbanización del Tercer Mundo desde los '60, la ciudad como el ideal cultural del modernismo –estos y otros temas vienen rápidamente a la mente. Son las exageradas expectativas con las que se invistió a la historia urbana las que parecen haber entrado en crisis.

19. La literatura sobre el campesinado puede ser acercada a través de *Journal of Peasant Studies*, fundada en 1973-74. Para la pequeña burguesía, ver Blackburn (1985); y Crossick y Haupt (1984). El más elaborado proyecto reciente sobre la burguesía ha estado centrado en Alemania con extensas ambiciones comparativas y fue coordinado por Junger Kocka en la Universidad de Bielefeld. Ver especialmente Kocka (1988); y para una colección anglo-parlante en contraposición, Blackburn y Evans (1990). Hay mucha actividad en Italia también, para la cual ver *Bulletino di informazione a cura del grupo di studio sulle borghesie del XIX secolo* (1985-). El rol del género en la formación de la burguesía ha recibido, también, una atención importante. Ver especialmente Davidoff y Hall (1987); Ryan (1981); Frevert (1988).

20. Por otro lado, Hobsbawm estaba bien enterado de la importancia de asuntos tales como la división sexual del trabajo y la emancipación política de las mujeres, y sus escritos sobre historia del trabajo muestran tanto el relativo desinterés como la ceguera de la tradición política comunista al respecto. La diferencia puede ser sondeada considerando a alguien perteneciente a la misma generación, cuya falta de interés es genuinamente grosera: Perkin (1981).

21. Para trabajos sobre Gran Bretaña, ver Alexander (1976, 1984); Rose (1986, 1991); Freifield (1986); John (1986); y el número especial de SH sobre "Género y Empleo" (1988). Listas similares pueden ser ofrecidas para Alemania, Francia y los Estados Unidos. Pero los progresos no deben ser sobrestimados: de manera desconcertante, una guía reciente de investigación internacional, Tenfelde (1986), no contiene entre sus 20 entradas principales de investigación, ni una correspondiente a las mujeres.

22. Aquí la influencia de Scott (1988) es obviamente importante, junto con trabajos como Ryan (1988), y Davidoff y Hall (1987). Debería también reconocer el trabajo sobre género y formación de clase en Alemania de mi colega Kahleen Canning. Otra vez, el impacto en las discusiones más ortodoxas de formación de clase, incluso donde se profesa la innovación, no debe ser sobreestimado. Ver Katznelson y Zolberg (1986), donde las relaciones de género brillan por su ausencia (aparte de una lamentable nota al pie de disculpas en la segunda página de la introducción).

23. Se ha convertido en un área de gran actividad, mucha de la cual puede ser encontrada en una serie de nuevas revistas, incluyendo: *New Formations* (1987-); *Block* (1979-89); *Cultural Studies* (1987); *Social Text* (1982-); *Cultural Critique* (1985-); *Representations* (1983-); *Media, Culture and Society* (1978-) y las revistas de estudios de mujeres. Los trabajos claves incluirían: Mulvey (1989); Williamson (1986); Coward (1984); Gaman y Marshment (1988); Radway (1984); Modleski (1982) y Kaplan (1987). Conceptualmente, esos trabajos pueden ser usados por los historiadores con excelentes efectos. Para dos ejemplos relacionados con cine, ver Petro (1989) y Kuhn (1990). Para un viejo género, excelente en su clase, que trata al cine como una fuente de comentario social pero donde las mujeres y la nueva teoría cultural están ausentes, ver Stead (1989). El libro de Stead cae dentro de la problemática de la historia social británica inclinada a la izquierda de los '60 y '70, dudosamente influenciada por Thompson (1963) y Williams (1958), con todas sus virtudes y limitaciones, que incluyen una inocencia familiar en cuestiones de género. Ver Swindells y Jardine (1990). Las discusiones históricas dentro de las más nuevas perspectivas culturales pueden encontrarse en las revistas de cine *Screen* (1959-) y *Jump Cut* (1974-).

24. Ver Bridentalh, Grossman y Kaplan (1984); Macciocchi (1979); Caplan (1979); y Theweleit (1987, 1988). Un buen camino en los traba-

jos actuales sobre masculinidad es Chapman y Rutherford (1988), y los artículos de Tosh, Roper y Bristow en Roper (1990).

25. Para un ejemplo de la continua reducción de la historia de la familia a los parámetros técnicos y procedimentales de una problemática demográfica, ver la respuesta de Houston y Smith (1982) al artículo disidente de Chaytor (1980). Para indicaciones de cómo la teoría reciente puede permitir que la historia de la familia sea (re/de)construida, ver Barrett y McNosh (1982) y Riley (1983). Barrett y McNosh también brindan una crítica útil de un influyente texto post-foucaultiano, Donzelot (1979).

26. El primero de los trabajos de Foucault en ser traducido fue 1965, seguido por 1970 y 1972. Los otros trabajos siguieron rápidamente hasta que a finales de los '70 todos eran conseguibles (aparte de los volúmenes 2 y 3 de la *Historia de la Sexualidad*, que todavía no habían aparecido en francés), incluyendo tres volúmenes de entrevistas y ensayos, el mejor de los cuales es Gordon (1980). Es de remarcar, en retrospectiva, la inocencia de los trabajos de historia social de los 70' sobre delito, castigo y ley, con respecto a los trabajos de Foucault: por ejemplo, Hay, Linebaugh y Thompson (1975); Thompson (1975); Gattrell, Parker y Lenman (1980); Ignatieff (1978); Cockburn (1977); Brewer y Styles (1980); Bailey (1981); Donajgrodzcki (1977). Para una colección posterior que recoge parcialmente el impacto de Foucault ver Cohen y Scull (1983). Por otro lado, dos recientes colecciones del campo no-británico, intervenciones pioneras en términos empíricos, tratan de preservar su inocencia: Evans (1988); y Snyder y Hay (1987). Para un texto temprano que registró la influencia de Foucault, a través de la filosofía e historia francesa de la ciencia, notablemente la de Gaston Bachelard, ver Tribe (1978); y para una más reciente respuesta directa, O'Brien (1989).

27. Ver la discusión en sección (d) en el texto siguiente y la nota 23 de la sección (a). Ver también Joyce (1987); muchos de los ensayos en Kaplan y Koepp (1986); Reddy (1987); Vincent (1990); y Hunt (1989). El impacto de LaCapra y los actuales escritos de Chartier son signos fuertes de este cambio: ver Kramer (1989); y Chartier (1989). La discusión en cuatro sentidos en *JMH* entre Chartier (1985); Darnton (1986); LaCapra (1988), y Fernández (1988) a la cual referimos en la nota 12 es también sintomática. De manera interesante, Burke (1987) cae demasiado en la comprensión postestructuralista del lenguaje, con la excepción de Outram (1987). (Burke fue uno de los principales defensores de la historia de *Annales* en el mundo anglo-parlante durante los 70'). Para una mirada del giro cultural entre los historiadores sociales en Alemania, ver Eley (1989).

28. Muchas más referencias pueden ser agregadas a la voluminosa bibliografía de Williams: 1971 (un temprano compromiso con la teoría literaria continental); 1981 (un informe de las influencias enumeradas abajo); 1986 (sobre el específico legado de la escuela soviética de Vitebsk de teóricos lingüistas de los 20': Bajtin, Voloshinov, Medvedev). Williams (1989) fue reconstruido por Fred Inglis desde sus notas de lectura. Pero el veredicto atribuido a Williams sobre el postmodernismo –"El postmodernismo para él era el componente ideológico de una formación enemiga, y se necesita mucho de su refutación autorizada"– no caracteriza para nada al texto mismo, que no dice nada sobre el postmodernismo *per se*.

29. Alexander (1984), 127. Siempre he pensado que hay presunciones sobre los historiadores varones tratando de hablar sobre historia de las mujeres. Todavía la alternativa a formas más incidentales de referencia no puede escapar de los efectos del nominalismo. No hay una solución fácil. Para algunas reflexiones útiles, ver Todd (1988), 118-34.

30. Hirst (1985c), 28. Los ensayos de Hirst, la mayormente escritos entre fines de los 70' y comienzos de los 80' son una guía útil para estas cuestiones. Ver también el siguiente comentario de Hirst (1979), 21: "Podríamos argumentar que los discursos y las prácticas sí emplean los criterios de apropiación o adecuación (no de validez epistemológica) pero estos son específicos a los objetivos de cuerpos definidos del discurso y la práctica. Ninguno pasará como criterio general de validez, ya que no hay

un proceso de conocimiento en general y, de este modo, ninguna necesidad de ese criterio. Las técnicas de crítica de los textos bíblicos no se pueden usar en el garaje mecánico. Las cuestiones de prioridad y relación en los Evangelios, o del estado del tiempo exigen distintos tipos de pruebas. Los referentes y los constructos, Evangelios o motores, dependen de condiciones que difieren, tanto de criterios como pruebas. Las pruebas, etc., se desarrollan dentro de discursos y prácticas que ellas relatan y a los que están sujetas a disputa. Como las pruebas, ellas son radicalmente diferentes, buscan fijar o cambiar diferentes cosas de acuerdo a los objetivos y las circunstancias de la práctica en cuestión".

31. Mientras que esta aproximación deriva fuertemente de Foucault, tiene afinidades con el método de las "palabras clave" de Williams y con el trabajo de Reinhart Kosellek y la tradición alemana occidental de Begriffsgeschichte. Ver Williams (1983); Brunner, Conze y Kosellek (1972-89); Tribe (1989).

32. Para trabajos importantes en dirección similar, ver Somers (1989, 1992) y Canning (1992, 1994).

Referencias bibliográficas

- Abraham, David. 1981. *The Collapse of the Weimar Republic: Political Economy and Crisis*. Princeton, NJ.
- Abraham, David. 1984. "A Reply to Gerald Feldman," and "On Professor Feldman's Insistence: Some Closing Remarks," *CEH* 17:178-244, 268-90.
- Achard, Piéte. 1980. "History and the Politics of Language in France: A Review Essay." *HWJ* 10:175-83.
- Alexander, Sally. 1976. "Women's Work in Nineteenth-Century London." In Juliet Mitchell and Ann Oakley, eds., *The Rights and Wrongs of Women*, 55-111. Harmondsworth, UK.
- Alexander, Sally. 1984. "Women, Class and Sexual Difference." *HWJ* 17:125-49.
- Allen, Robert C., ed. 1987. *Channels of Discourse: Television and Contemporary Criticism*. Chapel Hill, NC.
- Anderson, Perry. 1980. *Arguments within English Marxism*. London.
- Anderson, Perry. 1983. *In the Tracks of Historical Materialism*. London.
- Angus, Ian, and Sut Jhally, eds. 1989. *Cultural Politics in Contemporary America*. New York.
- Applewhite, Harriet B., and Darline G. Levy, eds. 1990. *Women and Politics in the Age of the Democratic Revolution*. Ann Arbor.
- Baehr, Helen, and Gillian Dyer, eds. 1987. *Boxed In: Women and Television*. London.
- Bailey, Victor, ed. 1981. *Policing and Punishment in Nineteenth-Century Britain*. London.
- Barker, Francis, Peter Hulme, Margaret Iversen, and Diana Loxley, eds. 1982. *Europe and Its Others*. Vol. 1. Colchester.
- Barker, Martin. 1984. *A Haunt of Fears: The Strange History of the British Horror Comics Campaign*. London.
- Barrett, Michele, and Mary McIntosh. 1982. *The Anti-Social Family*. London.
- Batsleer, Janet, Tony Davies, Rebecca O'Rourke, and Chris Weedon. 1985. *Rewriting English: Cultural Politics of Gender and Class*. London.
- Bennett, Tony. 1979. *Formalism and Marxism*. London.
- Bennett, Tony. 1982. "Text and History." In Peter Widdowson, ed., *Re-Reading English*, 223-36.
- Bennett, Tony, Susan Boyd-Bowman, Colin Mercer, and Janet Woollacott, eds. 1981. *Popular Television and Film*. London.
- Bennett, Tony, Colin Mercer, and Janet Woollacott, eds. 1986. *Popular Culture and Social Relations*. Milton Keynes.
- Benton, Ted. 1984. *The Rise and Fall of Structural Marxism: Althusser and His Influence*. London.

- Blackbourn, David. 1985. "Economic Crisis and the Petite Bourgeoisie in Europe during the Nineteenth and Twentieth Centuries." *SH* 10:95-104.
- Blackbourn, David, and Richard J. Evans, eds. 1990. *The German Bourgeoisie*. London.
- Brantlinger, Patrick. 1990. *Crusoe's Footprints: Cultural Studies in Britain and America*. New York.
- Brennan, Timothy. 1989. *Salman Rushdie and the Third World*. New York.
- Brewer, John, and John Styles, eds. 1980. *An Ungovernable People: The English and Their Law in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*. London.
- Bridenthal, Renate. 1973. "Beyond Kinder, Küche, Kirche: Weimar Women at Work." *CEH* 6:148-66.
- Bridenthal, Renate, Atina Grossman, and Marion Kaplan, eds. 1984. *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*. New York.
- Bromley, Roger. 1988. *Lost Narratives: Popular Fictions, Politics, and Recent History*. London.
- Brunner, Otto, Werner Conze, and Reinhart Kosellek, eds. 1972-89. *Geschichtliche Grundbegriffe*. 5 vols. Stuttgart.
- Burguiere, Andre. 1982. "The Fate of the History of Mentalities in the Annates." *CSSH* 24:424-37.
- Burke, Peter, and Roy Porter, eds. 1987. *The Social History of Language*. Cambridge.
- Calhoun, Craig J. 1980. "'Community': Toward a Variable Conceptualization for Comparative Research." *SH* 5:105-29.
- Canning, Kathleen. 1992. "Gender and the Politics of Class Formation: Rethinking German Labor History." *AHR* 97:736-68.
- Canning, Kathleen. 1994. "Feminist History after the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience." *Signs* 19:368-404.
- Caplan, Jane. 1979. "Introduction to Macciocchi: 'Female Sexuality in Fascist Ideology'". *Feminist Review* 1:59-66.
- Carr, Helen, ed. 1989. *From My Guy to Sci-Fi: Genre and Womens Writing in the Postmodern World*. London.
- Carter, Dale. 1988. *The Final Frontier: The Rise and Fall of the American Rocket State*. London.
- Chapman, Rowena, and Jonathan Rutherford, eds. 1988. *Male Order: Unwrapping Masculinity*. London.
- Chartier, Roger. 1982. "Intellectual History or Socio-Cultural History? The French Trajectories." In Dominick LaCapra and Steven L. Kaplan, eds., *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, 13-46. Ithaca.
- Chartier, Roger. 1985. "Text, Symbols, and Frenchness." *JMH* 57:682-95.
- Chartier, Roger. 1989. "Texts, Printings, Readings." In Lynn Hunt, *New Cultural History*, 154-75. Berkeley and Los Angeles.
- Chaytor, Miranda. 1980. "Household and Kinship: Ryton in the Late Sixteenth and Early Seventeenth Centuries." *HWJ* 10:25-60.
- Childers, Thomas. 1990. "The Social Language of Politics in Germany: The Sociology of Political Discourse in the Weimar Republic." *AHR* 95:331-58.
- Clark, Stuart. 1983. "French Historians and Early Modern Popular Culture." *P&P* 100:62-99.
- Cockburn, J. S., ed. 1977. *Crime in England. 1550-1800*. London.
- Cohen, Stanley, and Andrew Scull, eds. 1983. *Social Control and the State: Historical and Comparative Essays*. Oxford.
- Cohn, Bernard S. 1980. "History and Anthropology: The State of Play." *CSSH* 22:198-221.
- Cohn, Bernard S. 1981. "History and Anthropology: Towards a Rapprochement?" *JIH* 12:227-52.
- Colls, Robert, and Philip Dodd, eds. 1986. *Englishness: Politics and Culture, 1880-1920*. London.
- Copley, Antony. 1989. *Sexual Moralities in France, 1780-1980: New Ideas*

- on the Family, Divorce, and Homosexuality: An Essay on Moral Change. London.
- Couvares, Francis G. "Telling a Story in Context; or, What's Wrong with Social History?" *Theory and Society* 9(5):674-76.
- Coward, Rosalind. 1984. *Female Desires: How they Are Sought, Bought, and Packaged* London.
- Crossick, Geoffrey, and Gerhard Haupt, eds. 1984. *Shopkeepers and Master Artisans in Nineteenth-Century Europe*. London.
- Darnton, Robert. 1980. "Intellectual and Cultural History." In Michael Kammen, ed., *Past before Us*, 332. Ithaca.
- Darnton, Robert. 1986. "The Symbolic Element in History." *JMH* 58:218-34.
- Davidoff, Leonore, and Catherine Hall. 1987. *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*. London.
- Davis, Natalie Zemon. 1975. *Society and Culture in Early Modern France*. Stanford.
- Degler, Carl. 1980. "Women and the Family." In Michael Kammen, ed., *Past before Us*, 308-26. Ithaca.
- Denning, Michael. 1987. *Mechanic Accents: Dime Novels and Working-Class Culture in America*. London.
- Derrida, Jacques. 1988. "Like the Sound of the Sea Deep within a Shell: Paul De Man's War," *Critical Inquiry* 14:590-52.
- Donajgradzki, A. P., ed. 1977. *Social Control in Nineteenth-Century Britain*. London.
- Donald, James, ed. 1989. *Fantasy and the Cinema*. London.
- Donzelot, Jacques. 1979. *The Policing of Families*. New York.
- Eley, Geoff. 1979. "Some Recent Tendencies in Social History." In Georg G. Iggers and Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies: Contemporary Research and Theory*, 55-70. Westport, CT.
- Eley, Geoff. 1984. "Reading Gramsci in English: Observations on the Reception of Antonio Gramsci in the English-Speaking World, 1957-82." *European History Quarterly* 14:441-78.
- Eley, Geoff. 1989. "Labor History, Social History, Alltagsgeschichte: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday-A New Direction for German Social History?" *JMH* 61:297-343.
- Eley, Geoff, and Keith Nield. 1980. "Why Does Social History Ignore Politics?" *SH* 5:249-71.
- Elliott, Gregory. 1987. *Althusser: The Detour of Theory*. London.
- Ellis, Kate. 1989. "Stories without Endings: Deconstructive Theory and Political Practice." *Socialist Review* 19:38.
- Elstain, Jean Bethke. 1981. *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*. Princeton.
- Evans, Richard J., ed. 1988. *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History*. London.
- Feldman, Gerald D. 1984. "A Collapse in Weimar Scholarship," and "A Response to David Abraham's Reply." *CEH* 17:159-77, 245-67.
- Fernandez, James. 1988. "Historians Tell Tales: Of Cartesian Cats and Gallic Cockfights." *JMH* 60:113-27.
- Fink, Carole. 1989. *Marc Bloch: A Life in History*. Cambridge.
- Forgacs, David. 1989. "Gramsci and Marxism in Britain." *NLR* 176:70-88.
- Foucault, Michel. 1965. *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*. New York.
- Foucault, Michel. 1970. *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*. London.
- Foucault, Michel. 1972. *The Archaeology of Knowledge*. London.
- Foucault, Michel. 1980a. "Body/Power." In Colin Gordon, ed., *Power/Knowledge*, 55-62. Brighton, UK.
- Foucault, Michel. 1980b. "The Politics of Health in the Eighteenth Century." In Colin Gordon, ed., *Power/Knowledge*, 166-82. Brighton, UK.
- Fox-Genovese, Elizabeth, and Eugene Genovese. 1976. "The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective." *JSH* 10:205-20.
- Freifield, Mary. 1986. "Technical Change and the Self-Acting Mule." *SH* 11:319-43.
- Frevort, Ute, ed. 1988. *Bürgerinnen und Bürger: Geschlechterverhältnisse im 19. Jahrhundert*. Göttingen, Germany.
- Frith, Simon, and Andrew Goodwin, eds. 1990. *On Record: Rock, Pop, and the Written Word*. New York.
- Gamman, Lorraine, and Margaret Marshment, eds. 1988. *The Female Gaze: Women as rewriters of Popular Culture*. London.
- Gattrell, Peter. 1982. "Historians and Peasants: Studies of Medieval English Society in a Russian Context." *P&P* 96:22-50.
- Gattrell, Victor A. C., Geoffrey Parker, and Bruce Lenman, eds. 1980. *Crime and the Law: The Social History of Crime in Western Europe since 1500*. London.
- Geertz, Clifford. 1973a. "Ideology as a Cultural System." In *The Interpretation of Cultures*, 193-233. New York.
- Geertz, Clifford. 1973b. "Deep Play: Notes on a Balinese Cockfight." In *The Interpretation of Cultures*, 449-53. New York.
- Giddens, Anthony. 1981. *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Vol. I, *Power, Property and the State*. London.
- Giddens, Anthony. 1985. *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Vol. 2, *The Nation-State and Violence*. Cambridge.
- Gismondi, Michael. 1985. "The Gift of Theory: A Critique of the *histoire des mentalités*." *SH* 10:211-30.
- Godelier, Maurice. 1980. "Work and Its Representations: A Research Proposal." *HWJ* 10:164-74.
- Gordon, Colin, ed. 1980. *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, by Michel Foucault. Brighton, UK.
- Gray, Robert. 1986. "The Deconstruction of the English Working Class." *SH* 11:363-73.
- Gurevitch, Michael, Tony Bennett, James Curran, and Janet Woollacott, eds. 1982. *Culture, Society and the Media*. London.
- Hall, Catherine. 1985. "Private Persons versus Public Someones: Class, Gender, and Politics in England, 1780-1850." In Carolyn Steedman, Cathy Urwin, and Valerie Walkerdine, eds. *Language, Gender and Childhood*, 10-33. London.
- Hall, John A. 1985. *Powers and Liberties: The Causes and Consequences of the Rise of the West*. Oxford.
- Hall, Stuart. 1978. "Some Problems with the Ideology/Subject Couplet." *Ideology and Consciousness* 3:120.
- Hall, Stuart, Dorothy Hobson, Andrew Lowe, and Paul Willis, eds. 1980. *Culture, Media, Language*. London.
- Harlan, David. 1989. "Intellectual History and the Return of Literature." *AHR* 94:581-609.
- Harrison, Rachel, and Frank Mort. 1980. "Patriarchal Aspects of Nineteenth-Century State Formation: Property Relations, Marriage and Divorce, and Sexuality." In Philip Corrigan, ed., *Capitalism, State Formation, and Marxist Theory*, 79-109. London.
- Hay, Douglas, Peter Linebaugh, and Edward P. Thompson, eds. 1975. *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*. London.
- Henriques, J., et al., eds. 1985. *Changing the Subject*. London.
- Hertz, Deborah. 1983. "Internarrative in the Berlin Salons." *CEH* 16:303-46.
- Hewison, Robert. 1987. *The Heritage Industry: Britain in a Climate of Decline*. London.
- Hill, John. 1986. *Sex, Class, and Realism: British Cinema, 1956-1963*. London.
- Hirst, Paul Q. 1979. *On Law and Ideology*. London.
- Hirst, Paul Q. 1985a. "Anderson's Balance Sheet." In *Marxism and Historical Writing*, 1-28. London.
- Hirst, Paul Q. 1985b. "Collingwood, Relativism, and the Purposes of History." In *Marxism and Historical Writing*, 43-56. London.
- Hirst, Paul Q. 1985c. "Interview with Local Consumption." In *Marxism and Historical Writing*, 121-48. London.

- History Workshop Journal*. 1976. Editorial: "Feminist History" (by Sally Alexander and Anna Davin), *HWJ* 1:4-6.
- History Workshop Journal*. 1976. Editorial: "Sociology and History" (by Raphael Samuel and Gareth Stedman Jones), *HWJ* 1:6-8.
- History Workshop Journal*. 1977. Editorial: "British Economic History and the Question of Work" (by The Editorial Collective), *HWJ* 3:1-4.
- History Workshop Journal*. 1980. Editorial: "Language and History," *HWJ* 10:1-5.
- History Workshop Journal*. 1985. Editorial: "Ten Years After" (by Raphael Samuel and Gareth Stedman Jones), *HWJ* 20:1-4.
- Hobsbawm, E. J. 1971. "From Social History to the History of Society." *Daedalus* 100:20-45.
- Hochstadt, Steve. 1982. "Social History and Politics: A Materialist View," *SH* 7:75-83.
- Houston, Rab, and Richard Smith. 1982. "A New Approach to Family History?" *HWJ* 14: 120-31.
- Hunt, Lynn, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley and Los Angeles.
- Hunter, Ian. 1988. *Culture and Government: The Emergence of a Literary Education*. London.
- Hutton, Patrick. 1981. "The History of Mentalities: The New Map of Cultural History." *History and Theory* 20:413-23.
- Ignatieff, Michael. 1978. *A Just Measure of Pain: The Penitentiary in the Industrial Revolution*. London.
- Inglis, Fred. 1990. *Media Theory: An Introduction*. Oxford.
- Jackson, Peter. 1989. *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*. London.
- John, Angela, ed. 1986. *Unequal Opportunities: Womens Employment in England, 1800-1918*. Oxford.
- Johnson, Richard. 1970. "Educational Policy and Social Control in Early-Victorian England." *P&P* 49:96-119.
- Johnson, Richard. 1978. "Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History." *HWJ* 6:79-100.
- Johnson, Richard. 1979a. "Culture and the Historians." In John Clarke, Chas Critcher, and Richard Johnson, eds., *Working-Class Culture. Studies in History and Theory*. 41-71. London.
- Johnson, Richard. 1979b. "Three Problematics: Elements of a Theory of Working-Class Culture." In John Clarke, Chas Critcher, and Richard Johnson, eds., *Working-Class Culture: Studies in History and Theory*, 201-37. London.
- Johnson, Richard. 1986-87. "¿What Is Cultural Studies Any way?" *Social Text* 16:380.
- Joyce, Patrick, ed. 1987. *The Historical Meanings of Work*. Cambridge.
- Judt, Tony. 1979. "A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians." *HWJ* 7:66-94.
- Kamrnen, Michael. 1980. *The Past before Us*. Ithaca.
- Kaplan, E. Ann. 1987. "Gender Address and the Gaze in MTV." In *Rocking around the Clock: Music Television, Postmodernism, and Consumer Culture*, 89-142. New York and London.
- Kaplan, Steven L., and Cynthia J. Koepf, eds. 1986. *Work in France: Representations, Meaning, Organization, and Practice*. Ithaca.
- Katznelson, Ira, and Aristide R. Zolberg, eds. 1986. *Working-Class Formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton.
- Keane, John, ed. 1988. Introduction to John Keane, ed., *Civil Society and the State: New European Perspectives*, 1-31. London and New York.
- Kennedy, Ellen, and Susan Mendus, eds. 1987. *Women in Western Political Philosophy: Kant to Nietzsche*. New York.
- Kinser, Samuel. 1981. "Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structure of Fernand Braudel." *AHR* 86:63-105.
- Kocka, Jurgen, ed. 1988. *Bürgertum im 19. Jahrhundert: Deutschland im europäischen Vergleich*. Munich.
- Koshar, Rudy. 1986. *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935*. Chapel Hill.
- Kramer, Lloyd S. 1989. "Literature, Criticism, and Historical Imagination: The Literary Challenge of Hayden White and Dominick LaCapra." In Lynn Hunt, ed., *New Cultural History*, 97-128. Berkeley and Los Angeles.
- Kuhn, Annette. 1990. *Cinema, Censorship, and Sexuality, 1909-1925*. London.
- LaCapra, Dominick. 1985. "Is Everyone a *Mentalité* Case? Transference and the 'Culture' Concept." In *History and Criticism*, 71-94. Ithaca.
- LaCapra, Dominick. 1988. "Chartier, Damton, and the Great Symbol Massacre." *JMH* 60:95-112.
- Laing, Stuart. 1986. *Representations of Working-Class Life, 1957-1964*. London.
- Landes, Joan B. 1988. *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*. Ithaca, NY.
- Levine, David. 1987. *Reproducing Families. The Political Economy of English History*. Cambridge.
- Lovell, Terry, ed. 1990. *British Feminist Thought: A Reader*. Oxford.
- Lumley, Robert, ed. 1988. *The Museum the Machine: Putting Cultures on Display*. London.
- Lyotard, Jean-François. 1984. *The Post-Modern Condition*. Minneapolis.
- MacCabe, Colin, ed. 1986. *High Theory/Low Culture. Analyzing Popular Television and Film*. Manchester.
- Macciocchi, Maria-Antonieta. 1979. "Female Sexuality in Fascist Ideology." *Feminist Review* 1:67-82.
- Macintyre, Stuart. 1977. "Interview with Gareth Stedman Jones." *Red Shift* 4:19-23.
- Magarey, Susan. 1987. "That Hoary Old Chestnut, Free Will and Determinism: Culture vs. Structure, or History vs. Theory in Britain." *CSSH* 29:626-39.
- Mann, Michael. 1986. *The Sources of Social Power, 1: A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*. Cambridge.
- Matthews, Fred. 1990. "The Attack on 'Historicism': Allan Bloom's Indictment of Contemporary American Historical Scholarship." *AHR* 95:429-47.
- McDonald, Terrence J. 1985. "The Problem of the Political in Recent American Urban History: Liberal Pluralism and the Rise of Functionalism." *SH* 10:323-5.
- McLennan, Gregor. 1981. "Braudel and the Annales Paradigm." In *Marxism and the Methodologies of History*, 129-5. London.
- Medick, Hans. 1987. "Missionaries in the Row Boat? Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History." *CSSH* 29:76-98.
- Megill, Allan. 1989. "Recounting the Past: 'Description,' Explanation, and Narrative in Historiography." *AHR* 94:627-53.
- Modleski, Tania. 1982. *Loving with a Vengeance: Mass-Produced Fantasies for Women*. New York.
- Mort, Frank. 1987. *Dangerous Sexualities: Medico-Moral Politics in England since 1830*. London.
- Mouffe, Chantal. 1989. "Rethinking Pluralism." Comparative Studies of Social Transformations (CSST) lecture, 21 Sept. 1989, University of Michigan, Ann Arbor, MI.
- Mulvey, Laura. 1989. *Visual and Other Pleasures*. Bloomington and Indianapolis.
- Niethammer, Lutz, ed. 1983, 1985, 1986. *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet, 1930 bis 1960*. 3 vols. Bonn.
- Novick, Peter. 1988. *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge.
- O'Brien, Patricia. 1989. "Michel Foucault's History of Culture." In Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, 25-46. Berkeley and Los Angeles.
- Outram, Dorinda. 1987. "Le langage male de la vertu: Women and the

- Discourse of the French Revolution." In Peter Burke and Roy Porter, eds., *The Social History of Language*, 120-35. Cambridge.
- Outram, Dorinda. 1989. *The Body and the French Revolution: Sex, Class, and Political Culture*. London and New Haven.
- Palmer, Bryan D. 1990. *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History*. Philadelphia.
- Passerini, Luisa. 1987. *Fascism in Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge.
- Pateman, Carole. 1988. *The Sexual Contract*. Cambridge.
- Perkin, Harold. 1981. "What Is Social History?" In *The Structured Crowd: Essays English Social History*, 1-27. Brighton.
- Petro, Patrice. 1989. *Joyless Streets: Women and Melodramatic Representation Weimar Germany*. Princeton.
- Pollock, Griselda. 1988. *Vision and Difference: Femininity, Feminism, and the Histories of Art*. London.
- Punter, David, ed. 1986. *Introduction to Contemporary Cultural Studies*. London.
- Quataert, Jean H. 1983. "A Source Analysis of German Women's History: Factory Inspectors' Reports and the Shaping of Working-Class Lives, 1878-1914." *CEH* 16:99-121.
- Quataert, Jean H. 1987. "The Politics of Rural Industrialization: Class, Gender, and Collective Protest in the Saxon Oberlausitz in the Late Nineteenth Century." *CEH* 20:91-124.
- Radical History Review*. 1978-79. Theme Issue: "Marxism and History: The British Contribution." *RHR* 19.
- Radical History Review*. 1979. Theme Issue: "Sexuality in History." *RHR* 20.
- Radical History Review*. 1985. Theme Issue: "The Return of Narrative." *RHR* 31.
- Radical History Review*. 1986. Theme Issue: "Language, Work, and Ideology." *RHR* 34.
- Radstone, Susannah, ed. 1988. *Sweet Dreams: Sexuality, Gender, and Popular Fiction*. London.
- Radway, Janice. 1984. *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Culture*. Chapel Hill, NC.
- Reddy, William M. 1987. *Money and Liberty in Modern Europe: A Critique of Historical Understanding*. Cambridge.
- Rees, A. L., and Frances Borzello, eds. 1988. *The New Art History*. Atlantic Highlands, NJ.
- Reid, Donald. 1984. "The Night of the Proletarians: Deconstruction and Social History." *RHR* 28-30:445-63.
- Riley, Denise. 1983. *War in the Nursery: Theories of the Child and Mother*. London.
- Roper, Michael, ed. 1990. "Recent Books on Masculinity" (reviews by John Tesh, Michael Roper, and Joseph Bristow). *HWJ* 29:184-93.
- Rose, Jacqueline. 1984. *The Case of Peter Pan or the Impossibility of Children's Fiction*. London.
- Rose, Nikolas. 1985. *The Psychological Complex: Social Regulation and the Psychology of the Individual*. London.
- Rose, Nikolas. 1990. *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. London.
- Rose, Sonya O. 1986. "Gender at Work: Sex, Class, and Industrial Capitalism." *HWJ* 21:113-31.
- Rose, Sonya O. 1991. *Limited Livelihoods*. Berkeley.
- Ryan, Mary P. 1981. *Cradle of the Middle Class: Family and Community in Oneida County, New York, 1780-1865*. Cambridge.
- Samuel, Raphael, ed. 1981. *People's History and Socialist Theory*. London.
- Samuel, Raphael, ed. 1989. *Patriotism: The Making and Unmaking of British National Identity*. 3 vols. London.
- Schottler, Peter. 1989. "Historians and Discourse Analysis." *HWJ* 27:37-65.
- Scott, Joan. 1974. *The Classworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in a Nineteenth-Century City*. Cambridge, MA.
- Scott, Joan. 1988. *Gender and the Politics of History*. New York.
- Scribner, Robert W. 1981. *For the Sake of Simple Folk: Popular Propaganda for the German Reformation*. Cambridge.
- Secombe, Wally. 1983. "Marxism and Demography." *NLR* 137:22-47.
- Sewell, William H., Jr. 1980. *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*. Cambridge.
- Sider, Gerald M. 1986. *Culture and Class in Anthropology and History: A Newfoundland Illustration*. Cambridge.
- Sinfield, Alan. 1984. *Formations of Nation and People*. London.
- Sinfield, Alan. 1989. *Literature, Politics, and Culture in Postwar Britain*. Berkeley and Los Angeles.
- Smith, Roger. 1988. "Does the History of Psychology Have a Subject?" *History of the Human Sciences* 1:147-77.
- Snyder, Francis, and Douglas Hay, eds. 1987. *Labour, Law, and Crime: An Historical Perspective*. London.
- Somers, Margaret R. 1989. "Workers of the World, Compare!" *Contemporary Sociology* 18:325-30.
- Somers, Margaret R. 1992. "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation." *Social Science History* 16:591-630.
- Squire, Corinne. 1989. *Significant Differences: Feminism in Psychology*. London.
- Stallybrass, Peter, and Allon White. 1986. *The Politics and Poetics of Transgression*. Ithaca.
- Stam, Robert. 1988. "Mikhail Bakhtin and Left Cultural Critique." In E. Ann Kaplan, ed., *Postmodernism and Its Discontents: Theories, Practices*, 116-45. London.
- Stead, Peter. 1989. *Film and the Working Class: The Feature Film in British and American Society*. London.
- Stedman Jones, Gareth. 1972. "History: The Poverty of Empiricism." In Robin Blackburn, ed., *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, 96-115. London.
- Stedman Jones, Gareth. 1975. "Class Struggle and the Industrial Revolution." *NLR* 90:35-69.
- Stedman Jones, Gareth. 1976. "From Historical Sociology to Theoretical History." *British Journal of Sociology* 27:295-305.
- Stedman Jones, Gareth. 1977a. "Class Expression versus Social Control? A Critique of Recent Trends in the Social History of 'Leisure'." *HWJ* 4:162-70.
- Stedman Jones, Gareth. 1977b. "Society and Politics at the Beginning of the World Economy." *Cambridge Journal of Economics* 1:77-92.
- Stedman Jones, Gareth. 1983a. *Introduction to Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, 1-24. Cambridge.
- Stedman Jones, Gareth. 1983b. "Rethinking Chartism." In *Languages of Class: Studies in English Working-Class History, 1832-1982*, 32-1982, 90-178. London.
- Steedman, Carolyn Kay. 1985. "The Mother Made Conscious: The Historical Development of a Primary School Pedagogy." *HWJ* 20:149-63.
- Steedman, Carolyn Kay. 1986. *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*. London.
- Stone, Lawrence. 1977. "History and the Social Sciences in the Twentieth Century." In Charles F. Delzell, ed., *The Future of History*, 3-42. Nashville.
- Stone, Lawrence. 1979. "The Revival of Narrative." *P&P* 85:3-24.
- Swindells, Julia, and Lisa Jardine. 1990. *What's Left? Women in Culture and the Labour Movement*. London.
- Tenfelde, Klaus, ed. 1986. *Arbeiter und Arbeiterbewegung im Vergleich: Beirichtezur internationalen historischen Forschung*. Historische Zeitschrift-Sonderheft 15 (Munich).
- Thane, Pat, and Anthony Sutcliffe, eds. 1986. *Essays in Social History*. Oxford.
- Theweleit, Klaus. [1987] 1988. *Male Fantasies*. Minneapolis.
- Thompson, Edward P. 1963. *The Making of the English Working Class*. London.

- Thompson, Edward P. 1975. *Whigs and Hunters: The Origins of the Black Act*. London.
- Thompson, Edward P. 1978. *The Poverty of Theory and Other Essays*. London.
- Tilly, Charles. 1980. "Two Callings of Social History." *Theory and Society* 9(5):679-81.
- Tilly, Charles. 1990. *Coercion, Capital, and European States. A.D. 990-1990*. Oxford.
- Tilly, Louise. 1980. "Social History and Its Critics." *Theory and Society* 9:670.
- Tilly, Louise, and Joan Scott. 1978. *Women, Work, and Family*. New York.
- Todd, Janet. 1988. "Men in Feminist Criticism." In Mary Eagleton, ed., *Feminist Literary Theory: A Reader*, 118-34. London.
- Toews, John E. 1987. "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience." *AHR* 92:879-907.
- Tomlinson, Alan, ed. 1990. *Consumption, Identity, and Style: Marketing, Meanings, and the Packaging of Pleasure*. London.
- Tribe, Keith. 1978. *Land, Labour, and Economic Discourse*. London.
- Tribe, Keith. 1989. "The Geschichtliche Grundbegriffe Project: From History of Ideas to Conceptual History." *CSSH* 31:180-84.
- Vincent, David. 1990. *Literacy and Popular Culture: England, 1750-1914*. Cambridge.
- Walden, R., and Valerie Walkerdine. 1985. *Gender and Education: Psychology's Construction of the Feminine*. Milton Keynes.
- Wallerstein, Immanuel. 1988. *The Modern World-System*. Vol. 3, *The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy*. New York.
- Webster, Duncan. 1988. *Looka Yonder! The Imaginary America of Populist Culture*. London.
- Weeks, Jeffrey. 1982. "Foucault for Historians." *HWJ* 14:106-19.
- White, Hayden. 1973. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore.
- White, Hayden. 1978. *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore.
- Widdowson, Peter, ed. 1982. *Re-Reading English*. London.
- Williams, Raymond. 1958. *Culture and Society, 1780-1950*. London.
- Williams, Raymond. 1961. *The Long Revolution*. London.
- Williams, Raymond. 1971. "Literature and Sociology: In Memory of Lucien Goldmann." *NLR* 67:3-18.
- Williams, Raymond. 1981. "Marxism, Structuralism, and Literary Analysis." *NLR* 1 29:5 1-66.
- Williams, Raymond. 1983. *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. 2^a ed. London.
- Williams, Raymond. 1986. "The Uses of Cultural Theory." *NLR* 158:19-31.
- Williams, Raymond. 1989. "When Was Modernism?" *NLR* 175:48-52.
- Williamson, Judith. 1978. *Decoding Advertisements: Ideology and Meaning in Advertising*. London.
- Williamson, Judith. 1986. *Consuming Passions: The Dynamics of Popular Culture*. London.
- Wood, Ellen Meiksins. 1986. *The Retreat from Class: A New "True" Socialism*. London.
- Worpole, Ken. 1983. *Dockers and Detectives: Popular Reading. Popular Writing*. London.
- Wright, Patrick. 1985. *On Living in an Old Country: The National Past in Contemporary Britain*. London.
- Wrigley, E. A., and Roger S. Schofield. 1981. *The Population History of England, 1541-1871*. Cambridge.

El pasado debe presentarse en términos éricos.
Una conversación con Alessandro Portelli

Entrevista



non tradite mio figlio

El pasado debe pensarse en términos Éticos. Una conversación con Alessandro Portelli

Mirta Zaida Lobato y Dora Schwarsztein*

Alessandro Portelli es profesor de literatura norteamericana en la Universidad de Roma "La Sapienza". Se especializa en la literatura del siglo XIX y también de la clase obrera y otras minorías. Es integrante del Comité de la Asociación Internacional de Historia Oral, autor de *Biografia di una città. Storia e racconto. Terni 1831-1985* (1985); *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History* (Albany, NY, 1991); *The Text and the Voice. Writing, Speaking and Democracy in American Literature* (New York, 1994); *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue* (Madison, 1997). Su último libro, *L'ordine è già stato eseguito. Roma, le Fosse Ardeatine, la memoria* (Roma, 1999) acaba de obtener el Premio Viareggio 1999.

M. Z. Lobato: ¿Cómo y dónde comenzaste a trabajar?

– Mis primeras actividades de investigación las realicé en el Instituto Ernesto de Martino recopilando música popular¹. Yo no tenía entonces formación musical, no tocaba ningún instrumento. Más tarde aprendí a leer música, pero cuando hacía ese trabajo

no tenía una competencia musical, y ese era un límite muy fuerte. Sin embargo me parecía que el grabador permitía analizar el trabajo que estaba haciendo.

Un aspecto muy importante del Instituto Ernesto de Martino era que se ocupaba de utilizar formas orales para transmitir la cultura oral. Se han dedicado a publicar "archivos sonoros" en discos desde hace muchos años, en particular sobre la historia del movimiento obrero. También se hizo allí una historia alternativa de la Primera Guerra Mundial así como de la Primera Internacional en Italia, donde se juntaban actores que leían documentos, testimonios orales y algunas veces hasta se ponía música. Eso es lo que yo hice con esas entrevistas, grabé canciones, gritos, manifestaciones de la lucha de los

* Profesoras e investigadoras de la Universidad de Buenos Aires.

La entrevista se realizó en Buenos Aires, en ocasión de la Conferencia dada por Alessandro Portelli en el Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires (1999). Agradecemos la colaboración de Lisandro Suriano.

1. El Instituto Ernesto De Martino es una organización de investigación militante de la ciudad de Milán (Italia).

hombres en el '69. Eso fue casi totalmente abandonado porque nadie compraba los discos y nosotros no teníamos acceso a la radio. En esa época decidí que me interesaba tanto la cultura como la política. En el año 1968 estaba trabajando como empleado en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas pero no como científico, entonces decidí volver a la Universidad. Había pasado un tiempo en Estados Unidos donde había comenzado a estudiar la cultura norteamericana. Yo quería dedicarme al folklore y la historia obrera norteamericana, pero eso no se ofrecía en la Universidad y lo más cercano era la literatura. Desarrollando mi interés por la literatura y profundizando en una metodología literaria me fui formando como crítico literario. A mí siempre me gustó la literatura aunque nunca pensé que iba a ser un crítico literario. En realidad, me interesaban cosas más directamente políticas, era una época de importantes movimientos políticos. Pero llegué a un punto donde, por un lado me faltaba la formación musical lo que implicaba que no podía seguir siendo etno-musicólogo y, por otra parte, me di cuenta que algunos de los cantantes tradicionales eran también narradores y que las historias que me contaban eran a veces equivocadas. Eran cantantes comunistas que hacían canciones sobre la resistencia y las luchas obreras. Ellos siempre me daban el cuadro del contexto histórico que era muy imaginario y ya sea porque tenía esta nueva formación literaria o porque el trabajo del Nuevo Canzoniere del Instituto Ernesto de Martino focalizaba sobre las formas expresivas, esos relatos me interesaron como relatos imaginarios, como expresión de la subjetividad más que como documentos históricos en el sentido más tradicional. Así me planteé el problema sobre qué pasa entre la experiencia (la vivencia) y la memoria, el relato

y la imaginación. Me interesé sobre cómo esos relatos equivocados, parcialmente imaginarios, eran el resultado de una elaboración cultural colectiva; eran una creencia popular. Fue entonces a partir de esto que comencé a interesarme más en los relatos y en la memoria que en las canciones.

MZL: ¿Es en ese momento que escribiste las peculiaridades de la historia oral?

A.P.: Las peculiaridades de la historia oral es posterior, la escribí en 1979.

D. Schwarsztein: ¿Cómo iniciaste el contacto o descubriste al movimiento de la historia oral?

A.P.: Yo no sabía que existía. Gianni Bosio había escrito un ensayo muy breve sobre el uso de las fuentes orales en historiografía en los años '60 y esto lo conocía. Mi acercamiento al movimiento de historia oral fue muy gradual. En verdad, cuando escribí sobre las peculiaridades de la historia oral no había leído nada de Luisa Passerini y de los otros. Y de hecho hubo una conferencia en Roma en 1979 sobre movimientos sociales. Ahí estaban Raphael Samuel y Paul Thompson y yo acababa de escribir este ensayo y se los di y salió en *History Workshop*². Antes había salido en una revista militante llamada *Primo Maggio*, una revista donde había análisis sobre la situación económica, pero también colaboraba Bruno Cartosio³ y Césare Bermani, uno de los fundadores del Instituto de Martino⁴. Cesare había

2. "The peculiarities of Oral History", en *History Workshop a Journal of Socialist Historians*, N° 12 Autumn 1981, pp. 96-107.

3. Historiador italiano formado en los EEUU y que dirige aún hoy una revista de estudios norteamericanos con Alessandro Portelli.

4. Bermani es el autor de *Novara 1922: Bataglia al fascismo*, Roma, 1978.

comenzado a reflexionar sobre las fuentes orales y había escrito un ensayo muy importante llamado "Diez años de trabajo con las fuentes orales" que salió en *Primo Maggio*. Luisa Passerini no sabía nada de todo eso, ni conocía mis trabajos cuando hizo la primera antología de *Historia Oral* en Italia. Tampoco conocía nada de los antecedentes de los años '50, ni de Rocco Scotellaro, un organizador de las luchas campesinas y sociólogo de Lucania que recogía historias de los campesinos. Ella no conocía nada de esa tradición y yo no conocía nada de Luisa Passerini.

MZL: ¿La tradición que desconocía Passerini estaba más ligada a la política y la otra era más académica?

A.P.: Efectivamente, esto se hacía fuera de la universidad. Bosio, Bermani tenían una tradición muy militante. Descubrí luego el libro de Luisa e, independientemente de ella, a Samuel y a Thompson y al grupo de *History Workshop*. Me encontré con la situación de ser un puente entre los dos, porque de un lado yo era integrante de la tradición extra académica italiana pero era además un académico y sabía inglés.

MZL: tu experiencia se vinculaba bastante bien con la tradición del History Workshop, por lo menos en el aspecto militante.

A.P.: Sí. El *History Workshop* era un puente entre militancia e investigación universitaria. También me colocaba en una situación privilegiada estar en un cruce de disciplinas, tenía intereses folclóricos, históricos, antropológicos y una experiencia de trabajo de campo. Estaba además en la Universidad y tenía una metodología de análisis del relato. Por eso me parece que mi contribución fue mirar esas narraciones como narraciones. Lo que Bermani y Bosio no hicieron. Bermani

estaba muy interesado en mostrar la credibilidad de las fuentes orales como documentos. Yo planteé que esos relatos eran creíbles y auténticos como documentos pero que cuando no lo eran, eran aún más interesantes. Esto lo dije desde el inicio de las investigaciones sobre *Trastulli*⁵; la primera parte salió en un boletín llamado *I Giorni Cantati* (1979) y en el '79 u '80 en una pequeña revista militante de Perugia que se llamaba *Segno Critico*.

MZL: Quisiera volver un poco atrás, ¿Era un obstáculo para tu participación pública en términos académicos ese pasado militante?

A.P.: No, en verdad no, porque la Facultad de Letras de Roma era bastante conservadora, pero los estudiantes eran de izquierda y toda la generación de los años '60 era de izquierda. Había espacio, no había discriminación. El director de mi departamento era una persona bastante de izquierda que le interesaba mucho que la gente fuera independiente, que no hiciera lo mismo que él. Su nombre es Agostino Lombardi, era un crítico relativamente tradicional y clásico pero se daba cuenta que había otras cosas.

DS: A mí me parece muy interesante pensar sobre la relación entre la historia oral que hacés y el mundo académico, porque en la Universidad de Roma lo que enseñás es literatura norteamericana. ¿Qué papel juega la historia oral en todo esto?

A.P.: Es una cosa mía. Los historiadores que yo llamo "de verdad" empiezan hoy a darse cuenta de lo que estábamos haciendo, pero entonces era dis-

5. Se refiere a los trabajos que luego fueron publicados como *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, State University of New York Press, 1991.

tinto, más difícil, por ejemplo Luisa [Passerini] tuvo que cambiar de Universidad y Bermani está desempleado totalmente. Los historiadores de verdad comenzaron a darse cuenta que existe el problema de la historia oral, porque las cuestiones relacionadas con la memoria se han instalado con mucha fuerza en los años '90. Se están revisando los orígenes y la identidad de la democracia en el país, el paradigma antifascista, el papel del movimiento obrero y de la izquierda. Entonces, hay una lucha sobre la memoria y los historiadores empiezan a darse cuenta de ello. Pero del otro lado, en Roma hay una institución, el llamado Istituto Storico della Resistenza (su nombre oficial es Istituto Romano per la Storia d'Italia dal Fascismo alla Resistenza) que no está ligado a la Universidad aunque trabajan allí jóvenes historiadores también universitarios, que es una red autónoma de institutos de historia de la resistencia, y yo me ligué a ese Instituto desde el '78-'79. Algunos historiadores como Nicola Gallerano, que hacía historia urbana, tuvieron interés por promover una historia social casi inexistente en la Universidad de Roma. Ellos se mostraron muy interesados también por el trabajo de historia oral y aunque nunca lo hicieron entendían su importancia. Inicié con ellos un intenso diálogo y ahora estoy en el Instituto. La experiencia del trabajo de campo me permitió darme cuenta de cómo funciona el relato oral, de las características y la estructura de la oralidad. Y el ensayo que está en el libro de Trastulli sobre historia oral y literatura fue para mí un descubrimiento, porque me di cuenta que podía utilizar y revisar la teoría literaria para la historia oral y utilizar la experiencia del trabajo de campo para revisar la teoría y el análisis literario.

Trabajé al mismo tiempo sobre la relación entre cultura y clases así co-

mo de la literatura con el folklore tanto en la experiencia norteamericana como en la italiana. Paralelamente al trabajo de campo sobre Terni que salió en 1985 y sobre *The Battle of Valle Giulia* publicado en los Estados Unidos⁶, trabajé sobre teoría y análisis textual de la relación entre literatura y oralidad, en la literatura norteamericana. Hay un libro que se llama *El texto y la voz*⁷ que salió en 1994 que es el otro lado de Luigi Trastulli, es la cara literaria de ese trabajo.

DS: supongo que de hecho cuando enseñás literatura norteamericana en la Universidad establecerás estas relaciones entre oralidad y escritura, en la práctica estás haciendo el trabajo que hacen los historiadores orales.

A.P.: Sí, siempre. Porque la cuestión de la oralidad nunca se mencionaba en la teoría literaria. Y con la teoría postcolonial, el deconstruccionismo, Derrida, la cuestión de la voz se puso de moda. Y casi todos los teóricos y críticos literarios en Italia, todo lo que saben de oralidad es el pequeño libro de Walter Ong⁸. Me parece que pasa lo mismo con los críticos literarios norteamericanos. No tienen ninguna experiencia de escuchar la voz en acción. Para decir algo que no sea banal o abstracto sobre la oralidad es necesario el trabajo de campo. Esa es la ventaja que yo tengo, cuando hablo de oralidad hablo de algo que he estudiado en vivo. Es por eso que en mis cursos de literatura norteamericana siempre incluyo talleres, cursos o seminarios de narración oral, de

6. Se refiere a *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*, The University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1997.

7. A. Portelli, *The text and the voice: writing, speaking and democracy in American literature*, Columbia University Press, 1994

8. Walter Ong, *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, FCE, 1993.

historia oral. Utilicé todo el trabajo en Kentucky para enseñar literatura, y cuando se trata de la literatura afroamericana esto es fundamental, porque allí la voz es central.

MZL: ¿Cuáles serían las habilidades que se debe tener para hacer historia oral? Porque en general hay una idea muy difundida sobre que la historia oral es más fácil que la práctica histórica que se realiza con otros tipos de fuentes. Al plantear esta cuestión de la importancia de la oralidad, de la existencia de estructuras diferentes para lo oral y lo escrito, se plantea también la necesidad de tener un cierto entrenamiento para realizar ese tipo de trabajo.

A.P.: A mí me parece que la historia oral es muy fácil y muy difícil. El hecho de grabar al abuelo que cuenta una historia de migración o de guerra es muy importante porque tenemos una historia y entonces la historia oral bruta siempre es mejor que nada. Para mí es como buscar documentos en un archivo pero más divertido. Pero después es fundamentalmente un problema de análisis y de interpretación ¿Qué hacer con los documentos? Y se puede plantear en una cantidad de direcciones. Porque hay un problema de credibilidad, de verificación histórica. Ese es el aspecto más clásicamente historiográfico: todo documento debe ser verificado; aunque por supuesto eso es válido para todas las fuentes.

Después está todo el nivel que me interesa a mí. Porque cuando te das cuenta que un cuento o una creencia no es históricamente cierta, empieza el trabajo de análisis del imaginario, del relato. Yo me di cuenta al trabajar sobre la cuestión de las fosas ardeatinas⁹ que hay un montón de artículos

9. Se refiere a *L'ordine e già stato eseguito. Roma, le Fosse Ardeatine, la memoria*. Roma, Donzelli, 1999

y libros que no dicen nada. Hay mucho escrito pero casi nada dicho. Lo que me fascina es la cuestión de que exista una creencia popular equivocada y esa es la clave para pensar y analizar la lucha entre memoria y relato. Yo soy muy empírico y siento que me falta una base teórica, filosófica y metodológica para analizar esto pero estoy todo el tiempo en el proceso de construirmela. He leído mucho pero me parece que me interesa y me gusta más construirla desde la experiencia.

MZL: A mí parece interesante esto que vos planteas acerca del rescate y el análisis de la oralidad y de la búsqueda de la lógica de las distintas narrativas y, como de hecho, te convierte en historiador.

A.P.: Sí, pero me convierte en historiador de dos cosas. En historiador de los acontecimientos y en historiador de la memoria, en el sentido que trabajo sobre el relato como narración. Todas son ficciones en el sentido que son cosas hechas. *Fingere* en latín quiere decir hacer, entonces fingere es una cosa bien concreta y no es lo mismo que fingir que es algo que no es realidad. En este caso la realidad se crea con la palabra pero en el verbo latino se crea también con las manos. Entonces es verdad que todo lo social es ficción, construcción, pero hay distintos tipos de ficciones. Para saber que relato estás reconstruyendo es necesario establecer que relación tiene con otros relatos, o con algo que en la teoría literaria postmoderna nunca se menciona, pero que es parte del signo, que es el referente. Bueno, si yo no hubiera sabido que Trastulli había muerto en 1949 todos los relatos sobre su muerte en 1952 no me hubiesen interesado Y si yo no supiese que las matanzas de las fosas Ardeatinas tuvieron lugar 21 horas después de la acción partisana, el hecho de que otros la ubiquen tres días o una semana después no sería re-

levante. Entonces hay que establecer que tipos de relatos están en la entrevista, porque nos vamos a encontrar con distintos tipos de narración, narraciones puramente referenciales o narraciones equivocadas o inventadas. Entonces, el problema es de géneros narrativos que están en el testimonio y del contrato que se plantea con el destinatario, si el contrato de la narración histórica es "lo que voy a decirte es verdad"; o "voy a tratar de acertar y decirte lo que realmente ocurrió"; o en otro terreno del relato autobiográfico, lo que encontramos es "voy a decirte lo que me pasó, lo que yo vi", es un relato en primera persona. Entonces, establecer la relación entre esos relatos es el trabajo del historiador.

MZL: Esta cuestión del relato de lo que me pasó, de lo que vi, te lleva al problema de la memoria.

A. P.: Si, te lleva al problema que planteaba Dora antes de que la memoria no es la memoria de la computadora donde se almacenan cosas y permanecen intactas (o se pierden). La memoria trabaja para la construcción de un sentido, para la interpretación del pasado, y selecciona, organiza y elabora los datos para buscar que sentido tienen en el momento en que se recuerdan. Es un espacio de mediación, intermediación entre el pasado recordado y el acto de recordar en el presente. Es como dijo en uno de mis primeros testimonios, es una bola que va y viene. Entonces, el trabajo del historiador es estudiar relaciones entre el relato y el evento, entre el recuerdo y el recordar.

DS: Vos decís que tiene que ver con los sentidos; es decir que el historiador no sólo está en el lugar de las relaciones entre lo que se recuerda y ese presente, sino que tiene que ver también con los sentidos que se asignan, con los significados. ¿Qué sucede si se vincula con la política?

A.P.: A mí me parece que ese es un trabajo político que la memoria hace, es un trabajo de establecer relevancias. La memoria misma es un hecho histórico, y además cambia. Las mismas personas recuerdan cosas distintas en tiempos distintos, y cuando se habla de memoria social, de memoria compartida (prefiero no usar memoria colectiva porque es el cerebro individual el que recuerda) se trata de aspecto de las transformaciones históricas.

MZL: La idea de memoria compartida está asociada a la idea de conversación.

A.P.: Se trata de una conversación en dos sentidos. Conversación social, el hecho de que la gente habla, las conversaciones que tienen lugar independientemente de la presencia del historiador. Pero también están los silencios, lo que no se puede decir. En el caso de las fosas ardeatinas hay toda una cuestión de silencios familiares y una tensión entre madres e hijos sobre ese silencio. Porque los hijos saben que hay un tema muy importante que tiene una gran presencia en el núcleo familiar pero sobre lo que no se puede hablar.

MZL: algo así como el significante emblemático al que recurren en psicología, refiere a aquello que no se puede hablar pero que se sabe tiene un significado especial.

A. P.: Si, es lo mismo que la cuestión de la esclavitud. Hay muchos relatos familiares donde no se menciona, porque existe vergüenza de la esclavitud y, en este caso, el texto más importante es una novela de Toni Morrison, *Beloved*, que es sobre la memoria, no habla de *remember* sino de *re memory* y habla de una memoria que se trata de tapar pero que sin embargo existe y se expresa¹⁰.

10. Toni Morrison, *Beloved*, Londres, 1987

DS: Yo creo que en ese sentido toda la cuestión de las situaciones extremas, toda la cuestión de los sobrevivientes del holocausto, es el espacio donde esto se puede pensar mejor, incluso el concepto de silencio. Yo pensaba algo sobre las cuestiones metodológicas y esto que vos planteabas de la necesidad de incorporar todas las narrativas. Desde el punto de partida de la historia oral como el espacio para darle la voz a los sin voz, esta necesidad de incorporar todos los matices, sin hacer estereotipos, la historia de los vencedores y vencidos, donde es tan importante incluir la voz de los vencedores también ¿Cómo explicas esta necesidad de pasaje de los sin voz a este diálogo que planteaba Mirta?

A.P.: Los "voiceless", o sea los sin voz era un término que yo entendía pero no compartía, porque si se hace trabajo de campo, ellos son los que si tienen voz, hablan y cantan. Hay un pasaje en el diario de Sarah Kemble Knight, una actriz que vivió en las plantaciones de algodón del sur de los Estados Unidos donde hay una descripción del canto de los esclavos. Me acuerdo que estábamos en una conferencia y alguien dijo: ella da voz a los esclavos y yo planteé que los esclavos eran quienes le daban su voz a ella. Son ellos quienes tenían la voz y cantaban, lo que pasa es que ahora ese libro tiene la voz gracias a ellos. La cuestión de integrar múltiples puntos de vista no implica considerarlos equivalentes. Y no es una cuestión de pluralismo, es una cuestión de corrección metodológica. Porque si estás haciendo una investigación debes tener en cuenta todos los datos. Criticamos la historia de los vencedores porque no escuchan a los sin voz. Es el caso de todos estos libros de historia de la esclavitud basados en los registros de los dueños. Si estás haciendo una historia de la esclavitud es importante tener en cuenta los dos puntos de vista porque la esclavitud es una relación, ver co-

mo son las representaciones de los esclavos para los patrones y de los dueños para los esclavos y como ellas no coinciden. Hay que abrir todo un espacio de lucha sobre lo simbólico y los sentidos. Si estamos hablando de una relación existen dos lados. Si es una lucha por la memoria hay dos bandos, y no se entienden las batallas si no se entienden los dos ejércitos. No es cuestión de estar en el medio, debes conocer al enemigo. También hay cosas que dicen los vencedores que son muy importantes acerca de como vencieron, que no podemos decir nosotros, porque no las sabemos, porque si vienen del bando de los vencidos (esa es una palabra que decimos para entendernos, espero que no vayamos a estar siempre vencidos) no tienen la misma autoridad. Por ejemplo, yo he hecho muchas entrevistas a obreros que hablaban de las condiciones sanitarias de las oficinas, pero cuando hice la entrevista al director de la oficina que decía "tuvimos que cerrar esta oficina porque mataba a la gente", eso es distinto, tiene un peso que la voz de los obreros no tiene. La voz de los obreros nos daba el sentido de lo que era vivir en esas condiciones, que las condiciones eran fatales podía ser exageración, podía ser propaganda, pero no es así cuando lo dice el otro lado.

MZL ¿Esto no está colocando un problema de autoridad y de mayor credibilidad que tiene que ver con el ejercicio de la dominación?

A.P.: No creo que sea así, es una cuestión de plantear una mayor credibilidad cuando dices cosas que no son de tu incumbencia, que no afectan directamente al que habla. Si un torturador dice -yo torturé, tiene otro tipo de autoridad. Es una cuestión de matiz. Tiene otro tipo de autoridad, no nos dice nada sobre lo que era ser torturado pero confirma que existieron torturas. A

mí me parece que hay otros argumentos, por ejemplo el caso del niño que fue muerto en Via Rasella por la bomba que pusieron los partisanos y de lo que nunca se habla. Ahora, al no incluir esa historia en las narraciones de la izquierda hemos silenciado una parte de la historia. Hay una cancelación de la memoria. Entonces, tener en cuenta lo que los otros dicen es muy importante para poder responder. A la izquierda le resultaba difícil decir que había matado o que estaban armados después de decir que estaban desarmados, sólo más tarde empezaron a salir relatos de violencia partisana, de crímenes cometidos por la izquierda, de fascistas muertos después de la guerra. Y la izquierda había borrado todo eso y no tenía la fuerza política, ideológica y cultural para enfrentar esos errores sin darle la razón a la derecha. Porque cuando en la identidad de la izquierda se plantea nosotros nunca matamos y por eso somos superiores, y los otros relatos lo contradicen ¿Cómo vas a continuar diciendo lo anterior? ¿Cómo se puede construir una identidad sobre el silencio?. Entonces, me parece muy importante asumir en nuestro discurso la responsabilidad que los otros nos plantean.

DS: O sea que lo que estás planteando es también un objetivo ético.

A.P.: Sí, absolutamente. No estoy seguro de que la verdad sea revolucionaria, pero el silencio no lo es.

MZL: Aquí la palabra tendría un sentido liberador.

A.P. Sí, lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, no hay un corte neto. Hay una cuestión de orientación ética...

DS: Se me ocurría si se puede presentar el pasado de una manera no ética.

A.P.: Creo que no. Todo trabajo de

ciencias humanas tiene una responsabilidad ética. La responsabilidad científica y la ética en algunos niveles son la misma porque la búsqueda de la verdad, aunque esta palabra no esté de moda, es un objetivo tan científico como ético. Y si no te planteas eso no haces buena historia. Sé muy bien que las verdades son múltiples pero el contrato que te ponen es que vas a tratar de situarte en un ámbito de posibles verdades. Es necesario tener en cuenta todos los datos, todas las voces, y hay que asumir la buena fe del otro lado, que es muy importante. Porque yo me preguntaba cómo es posible que los historiadores que escriben la historia de la derecha repitan versiones del pasado que se saben que no son verdad?. Lo que yo pienso es que como se plantean puntos de narraciones alternativas, no plantean un criterio de verdad sino de antagonismo. Todos los relatos antagonistas son "verdaderos".

DS: Es muy interesante este punto porque es la contraposición entre el historiador abogado del diablo, que va al campo o a la investigación para comprobar hipótesis previamente establecidas, o esta práctica en la que vos planteas la recuperación de narrativas múltiples, en donde no estás prometiendo la verdad sino las múltiples versiones de la experiencia.

A. P.: Sí, que tienen que ver con algunas cosas que son verdad. Por ejemplo, es verdad que nunca hubo carteles que decían que los partisanos tenían que entregarse antes de la masacre de las fosas Ardeatinas, eso es verdad; también es verdad que hay mucha gente que dice que los vió. Es verdad lo que dicen, no que los vieron. Y también es verdad que muchos que creen que los vieron son compañeros de izquierda. ¿Cómo se liga todo eso? Aquí interviene entonces la orientación ética ■

Historia y Educación



Problemas y dilemas en la enseñanza de la Historia reciente

Gonzalo de Amézola*

Introducción

Dentro de las polémicas que se han abierto a causa de los cambios establecidos por la *transformación educativa*, una de las más interesantes es la referida a la incorporación a la currícula de la historia argentina reciente. Si bien estos contenidos no estaban totalmente ausentes de la enseñanza, se restringían a poco más que sobrevolar rápidamente algunos pocos acontecimientos de las últimas décadas de nuestro pasado y, a medida que se le comenzaban a pisar los talones al presente, se limitaba el *racconto* a una enumeración aséptica de presidentes. Por otra parte, el hecho de que estos temas estuvieran ubicados al final del año facilitaba las maniobras elusivas y permitía que las más de las veces ni siquiera esos modestos propósitos se cumplieran. Usualmente, noviembre tocaba el gong del último round del ciclo lectivo sin que la historia reciente hubiera cruzado guantes con los alumnos. El pasado cercano suele ser molesto y, si se puede, es prudente eludirlo.

Sin embargo, entre las novedades aportadas por la reforma se encuentra el propósito de que la historia contemporánea tenga una fuerte presencia en el 9º año de la EGB y en el Polimodal, con la finalidad de que una mayor do-

sis de historia cercana permita a los alumnos comprender mejor el mundo en el que les ha tocado vivir. Por otra parte, desde el punto de vista del sujeto del aprendizaje, se supone que una temática vinculada más estrechamente con la vida cotidiana de los jóvenes permitiría un mayor interés de su parte en el estudio de una materia en la que lograr al menos su atención resultaba cada vez más difícil. Lo reciente, además, sería especialmente apropiado para atender a otra cuestión considerada entre los objetivos explícitos de la transformación educativa: la formación del ciudadano.

Como en otros aspectos, también en éste las innovaciones abrieron una discusión apasionada. Para los contradictores de la posición oficial, la importancia de la historia lejana no debe subestimarse por el fuerte condicionamiento que ese pasado remoto¹ ha dejado en nuestras sociedades (por ejemplo, ¿puede entenderse el presente de América Latina sin conocer su pasado colonial?) y, por otra parte, porque lo muy cercano en el tiempo impide que una distancia *conveniente* del presente permita una perspectiva lo suficientemente amplia como para evitar que la historia enseñada se convierta en la mera transmisión de una burda ideología. Por último, dicen los disconformes, si lo que se quiere explicar es el presente, sería preferible recurrir a otras ciencias sociales mejor preparadas para hacer diagnósticos sobre lo

* UNLP.

actual, como la sociología, la ciencia política o la economía.

Planteadas la disputa de esta manera, los dos bandos tienen –a mi juicio– parte de razón. La vieja tradición argentina de estar a favor o en contra de las propuestas sin admitir matices, puede hacernos perder la oportunidad de reflexionar sobre algunos cambios que probablemente resulten convenientes y que –más aún– fueron reclamados por los docentes durante largo tiempo. El propósito de este trabajo consiste en tratar de profundizar la discusión acerca de algunos de estos argumentos, presentando la diversidad de problemas implícitos, con la finalidad de promover el debate, teniendo en cuenta que los contenidos en cuestión ya comenzaron a implementarse en algunas jurisdicciones y se está a punto de hacerlo en otras.

Una aclaración necesaria es que a lo largo de las siguientes páginas cuando hablemos de "historia reciente" nos estaremos refiriendo casi exclusivamente (años más, años menos) a la década del 70 en nuestro país, o sea, al período más controvertido de nuestro pasado. Los acontecimientos que se precipitan a partir del derrocamiento del gobierno del Dr. Illia dan a luz una Argentina en apariencia inesperada para lo que había sido la primera mitad de los sesenta. De la misma forma, recordar hoy aquel período buscando continuidad con el presente es un ejercicio difícil. Por otra parte, la conflictividad de esta época hace necesario reflexionar junto a los jóvenes sobre aquellas secuelas de la violencia aún presentes en nuestra sociedad.

¿Existe bibliografía satisfactoria sobre los últimos treinta años de nuestra Historia?

Una de las virtudes de la reforma es

que ha reavivado el interés en los medios de comunicación por la enseñanza de la historia. Entre los temas que han sido considerados en los últimos tiempos no faltó el problema del pasado cercano y su presencia en la escuela. El domingo 8 de junio de 1997 apareció en *Clarín* un largo informe sobre las posibilidades y limitaciones de escribir y enseñar la historia de los últimos veinte años, que presenta varias cuestiones de interés para nosotros. Un dato adicional en este debate es que Miguel Bonasso, uno de los interrogados por el diario, intercede nuevamente en la polémica desde la contratapa de *Página/12* del 17 de junio de ese año, al sentirse tergiversado por el recorte de sus opiniones en la discusión original.

"Todavía no se escribió la historia de los años '70", dice L. A. Romero. "La perspectiva se logra en virtud del olvido de los detalles", dice José Carlos Chiaramonte. "Hay un agujero monstruoso sobre los años '70", dice Bonasso. *Clarín* agrega que las obras que existen están escritas por periodistas, son obras de divulgación o de ficción histórica.

Estas opiniones merecen algunos matices. Lo que podríamos decir es que esos trabajos periodísticos son cuantitativamente predominantes, no todos tienen igual valor y que no hay pocas obras que tratan el tema desde un ángulo académico. Ensayemos una bibliografía precaria, con libros que nos parecen recomendables desde distintos puntos de vista:

Maceyra, Horacio (1983). *Cámpora/Perón/Isabel*. Bs. As., CEAL; Di Tella, Guido (1983). *Perón-Perón*. Bs. As., Sudamericana; Amaral, S. y Plotkin, M. B. (comp.) (1993); *Perón del exilio al poder*. Bs. As., Cántaro; Perina, Rubén (1983); *Onganía, Levingston, Lanusse*. Bs. As., Editorial de Belgrano; Horowicz, Alejandro (1985). *Los cuatro per-*

nismos. Bs. As., Legasa; Rouquié, Alain (1994). *Autoritarismos y democracia*. Bs. As., Edicial; Potash, Robert A. (1994). *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973*. Bs. As., Sudamericana. Portantiero, Juan Carlos. "Economía y política en la crisis argentina" en *Revista Mexicana de Sociología*, N°2, 1977; De Riz, Liliana. (1981). *Retorno y derribo: la tercera presidencia de Perón*. Bs. As., Folio; Cavarozzi, Marcelo (1983) *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Bs. As., CEAL; O'Donnell, Guillermo. (1982). *El Estado burocrático-autoritario*. Bs. As., Editorial de Belgrano. Buena parte de la Biblioteca Política del CEAL está dedicada a estos temas. Aunque sus títulos son despa-

rejos, abundan las obras interesantes (además de las ya citadas de Cavarozzi y Maceyra) como *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)* de María M. Ollier.

La primera observación que salta a simple vista es la heterogeneidad de estos trabajos. Podría señalarse adicionalmente otro fenómeno: la reiteración de algunos interrogantes, según el momento en que esas obras fueron escritas. En otras palabras que, como advertía Benedetto Croce acerca de cualquier libro de historia, las preocupaciones predominantes del presente condicionan la mirada del autor sobre



el pasado y, podríamos agregar nosotros, ese condicionamiento se acentúa más aún cuando se trata de lo que ocurrió apenas ayer.

El clásico estudio de Guillermo O'Donnell sobre las formas de dominación autoritaria durante la Revolución Argentina apareció en 1982. Una de las inquietudes centrales de esta obra es la explicación de los mecanismos que llevaron al retorno de Perón y a un gobierno débil jaqueado por la guerrilla. Un interés manifiesto de O'Donnell a principios de los '80 es que la inminente restauración democrática subsistiera y no resultara una

repetición del fallido ensayo de 1973. Algo similar podría decirse sobre el libro de Rubén Perina y de otros aparecidos en los tiempos de retirada de la dictadura.

Una segunda tanda la comprenderían los libros publicados a mediados de los '80, en el contexto de los juicios a las Juntas, donde uno de los problemas centrales era condenar el terrorismo de Estado o explicarse el fenómeno guerrillero, con un tácito o explícito rechazo. Dentro de esta preocupación podríamos ubicar a *Montoneros. La soberbia armada* de Pablo Giusani y el interés por la versión castellana de *Soldados de Perón* de Gillespie.

Simultáneamente con el recrudecimiento del problema militar y de los alzamientos de los carapintadas aparecieron en el mercado editorial dos importantes obras sobre el problema castrense: las de Ernesto López *-Seguridad nacional y sedición militar*, publicada en 1987 por Legasa- y Rosendo Fraga *-Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*, editada por Sudamericana en 1988-.

Finalmente, a fines de los '90 el interés sobre la década del '70 explotó. Tal vez, la clave de esta especie de nostalgia por una época donde todo parecía posible esté ligada en parte a la rutina y las limitaciones de la vida cotidiana en un régimen democrático cuya recuperación ya no está en discusión. En estos últimos tiempos, además de la reedición de varios libros ya publicados (como los de O'Donnell, Cavarozzi, Giusani y Gillespie), se suceden trabajos que van de temas puntuales como la fascinante biografía de José Gelbard² o el campeonato mundial de fútbol de 1978³ a volúmenes colectivos que desde la perspectiva de más de una disciplina analizan diversos aspectos de esos años⁴.

Otra cuestión interesante es lo que podríamos llamar el fenómeno de la

simultaneidad. Veamos un caso. A finales de 1994 y en los primeros meses de 1995, el tema de la corporación militar -que parecía haber perdido interés- resurge vigorosamente con tres obras de aparición casi simultánea de tres autores extranjeros.

El menos notorio y más inesperado de ellos es Prudencio García, un coronel del Ejército español, premiado por sus trabajos de sociología militar y preocupado por los derechos humanos (es jefe de la Unidad de Cooperación con las Fuerzas Armadas del Salvador, en la División de Derechos Humanos de la ONU-SAL). En *El drama de la autonomía militar* (Alianza, 1995), el Cnel. García estudia el período que abarca el llamado Proceso de Reorganización Nacional por el interés que le propone averiguar cómo un Ejército cercano por raíces, ideas y tradiciones al de España como es el argentino, puede apropiarse del gobierno, convertirse en un elemento alienado del conjunto de la sociedad y ejercer sobre ella un poder tan discrecional como despiadado.

Otro elemento que agrega interés a su trabajo es que García ha sido propulsor en su país del "derecho de desobediencia" ante las órdenes delictivas y -por lo tanto- su análisis del caso de la "obediencia debida" en el nuestro, del problema moral que ella implica, de su anacronismo con la doctrina jurídica predominante en el mundo occidental y de las vías por las que ésta se le impone al Gobierno democrático, se articula con su propuesta central de la "autonomía militar" como problema básico de la relación de los militares con la sociedad civil, cuyos antecedentes remonta a 1930. Es, por lo tanto, el punto de vista del autor lo que hace a esta obra particularmente atractiva.

Unos pocos meses antes se había editado la tercera parte de la obra que

Robert Potash iniciara hace más de un cuarto de siglo sobre los militares argentinos y su influencia en la política, que tuvo como punto de arranque los prolegómenos de la "Revolución" del '30. En los dos últimos tomos de *El Ejército y la política en la Argentina 1962-1973* (Sudamericana, 1994), Potash continúa con su minuciosa narración de los avatares de la interna militar, con sus tradicionales virtudes (un acopio notable de información y un manejo exhaustivo de fuentes inéditas) y también con sus debilidades acostumbradas (una cierta superficialidad en las interpretaciones y la identificación con los individuos que son objeto de su estudio), objeciones éstas que no alcanzan para empalidecer el aporte que significa su trabajo.

A diferencia de las obras precedentes, *Autoritarismos y democracia* de A. Rouquié no está concebida de manera integral, sino que se trata de una compilación de artículos -la mayoría redactados entre 1971 y 1984- en forma casi simultánea a los hechos que analiza. Es así como en buena medida, estos escritos tienen también el carácter de testimonio de la época en la que este observador preocupado (y muchas veces perplejo) por la realidad argentina reflexiona sobre ella.

En la introducción, el autor reúne

sus textos en tres grupos. El primero está dedicado a aspectos ideológicos. Su propósito es determinar la influencia de los elementos que van conformando la mentalidad nacionalista autoritaria que considera activa sobre todo en las Fuerzas Armadas, en un continuo que va de Uriburu a los "carapintadas" y el convencimiento de los hombres de armas de ser los depositarios de una misión extramilitar, que no es otra cosa que la defensa del "ser nacional". Dos apuntes de interés presenta en esta sección. En primer lugar, su extrañeza por la singularidad de la discusión política a fines de los años sesenta y principios de los setenta (de la que Rouquié fue testigo en su primer viaje a nuestro país), que no pasaba principalmente por la discrepancia en temas vinculados con las acciones futuras (como la modernización económica o el tránsito a la democracia) sino por la controversia acerca de la actuación de figuras del pasado (Rosas, Perón) y por la interpretación de problemas históricos. En segundo término, el asombro por la particularidad argentina de la vitalidad de la extrema derecha fascista, considerada como una tendencia legítima, natural e incluso aceptable, mientras que el término "izquierda" era tenido por pecaminoso y hasta delictivo. "Que yo sepa,"



—dice el autor— "esta es una situación única en el mundo occidental de este fin del siglo XX".

El siguiente apartado se dedica al "segundo peronismo" e incluye dos artículos: "El año de Perón. los malentendidos de la tercera presidencia" y "El voto peronista en 1973". En ambos casos, el autor promueve la lectura de sus artículos desde la perspectiva de la búsqueda de explicaciones para diversos aspectos del presente. El '73 es considerado como el momento de un cambio decisivo para el futuro institucional del país por la reincorporación del peronismo a la vida política luego de dieciocho años de proscripciones, a pesar de que sus consecuencias inmediatas iban a ser la instalación de "... una de las dictaduras más atroces y nefastas..." de la historia argentina. El estudio de la composición del electorado peronista en ese mismo año es planteado por el autor como una clave del triunfo del Partido Justicialista en 1989.

La última parte del libro está dedicada a cuatro trabajos sobre el Proceso. En ellos, Rouquié retoma su tesis general sobre la "militarización" de la política y el ejercicio por parte de las FF. AA. de una "hegemonía burocrática sustitutiva", desarrolladas en su obra mayor (*Poder militar y sociedad política en la Argentina*), terminada de redactar en 1975 y prolongada en estos artículos, observando su paroxismo durante el Proceso y su decadencia con la instalación del Gobierno democrático. "¿La Argentina entró realmente en la era post-militar?", se pregunta. "Los amotinamientos y sublevaciones militares" (de fines de la presidencia de Alfonsín y principios de la de Menem) "parecen haber sido más reacciones corporativas ante la pérdida de privilegios del pasado... que las primeras tentativas para una dictadura futura", responde.

Una conclusión general acerca de la cuestión de la bibliografía es que en un lapso relativamente corto (unos quince años) ha aparecido una abundante y despereja producción sobre los '70, desde la que se han formulado distintas preguntas al pasado.

El problema que he querido subrayar con este extenso —a la vez que superficial y fragmentario— recorrido es que un docente "promedio" no conoce más que parcialmente este material; si lo quisiera conocer debería destinar un tiempo del que no dispone para su lectura (y recursos con los que no cuenta para comprarlo, ya que la mayor parte no está disponible en las bibliotecas), y otro lapso no menor para establecer las problemáticas tratadas, determinar de cuáles es pertinente ocuparse en la escuela, cómo realizar la *transposición didáctica* y no pocas cuestiones más.

No basta, entonces, con la intención de incorporar estos nuevos contenidos sino que se trata también de brindar posibilidades para que los profesores puedan abordarlos con propiedad. Como dice María Ernestina Alonso "... sin una profunda actualización disciplinar y didáctica, los docentes que actualmente están a cargo de la asignatura —por muy diversas razones— en su gran mayoría, tendrían serias dificultades para hacer realidad en sus clases la enseñanza de la historia argentina contemporánea"⁵.

Los problemas de la escritura

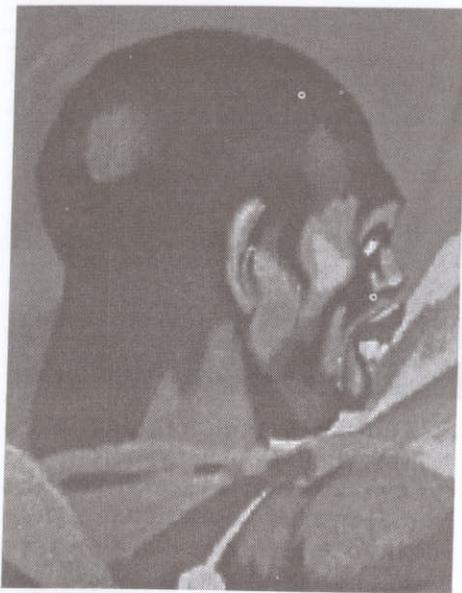
En su nota de *Página/12* mencionada más arriba, Bonasso reacciona contra lo que entiende es un cuestionamiento academicista contra *El presidente que no fue* y agrupa a su trabajo en una misma categoría con *La voluntad*, la obra de Anguita y Caparrós. En su argumentación hace especial refe-



rencia a un reportaje a Potash que aparece en el informe de *Clarín*, donde el historiador norteamericano afirma que "es pronto para revisar el '76", que por ello termina su último libro en el '73 y que deja para historiadores más jóvenes (y con estómago más fuerte) ocuparse de los años negros de la última dictadura. Bonasso dice que esta imposibilidad puede descartarse por el interés del público en la temática, reflejado en el éxito de ventas que han tenido su libro y *La voluntad*. Es casi innecesario subrayar que este argumento es falaz en relación al planteo de Potash, quien manifiesta los obstáculos para conseguir testimonios sobre la época y poder considerarlos ponderadamente. Si pensáramos que la tirada valida la preocupación científica, deberíamos terminar con todo aquello que se vendiera poco e incluir a lo que fuera un éxito. Por ejemplo, en este tema, la cínica visión de la generación de los '70 que ofrece Jorge Asís en *Flores robadas en los jardines de Quilmes*. La comparación no es improcedente, porque tanto *La voluntad* (que está basada en entrevistas y cita numerosas fuentes periodísticas) como *El presidente...* optan por una escritura ficcionalizada para desarrollar sus temas, lo que nos habla —sobre todo— de las dificultades para abordarlos pero también de las

necesidades del mercado editorial.

Estos dos libros, tan extraordinariamente exitosos en sus ventas, han despertado críticas y adhesiones apasionadas. Al respecto, es interesante para nuestros propósitos lo que opina Beatriz Sarlo, que ubica a ambos trabajos dentro de la *literatura testimonial*. Acerca de *La voluntad* dice que: "En la presentación... el libro trabaja obsesivamente el detalle concreto, a la manera de Cortázar, con los nombres de los restaurantes, los platos que se comen en ellos, las bebidas, las calles, los cines, las librerías, las revistas y los discos. Confía en la *capacidad reconstructiva* de la nominación. Las repeticiones de los nombres de los boliches, bares y restaurantes son el tributo que la verosimilitud rinde a la verdad: si los boliches existieron, existieron los hechos que se recuerdan teniéndolos como escena". Acerca de *El presidente que no fue* opina: "Todos los defectos del libro de Bonasso y las cualidades que su autor reivindica y muchos le reconocen, reposan en la idea de que es un testigo el que está contando. El libro debe ser creído no tanto por las pruebas documentales que cita (y que son poco reveladoras de novedades) como por la primera persona del relato que garantiza, porque estuvo allí donde ocurrieron muchos de los hechos contados, la verdad". La conclusión, en



ambos casos, resulta inquietante para los propósitos de la historia: "¿Qué entrega el testimonio a sus lectores? *Historias verdaderas*. ¿Cómo las construye? *Con detalles verdaderos*. Todo puede ser falso en un testimonio menos los detalles"⁶.

Esta inclusión de ambos textos en una misma categoría es cuestionada por Miguel Dalmaroni, quien subraya las diversidades entre ambos: por una parte, *La voluntad* reúne unos veinte testimonios de muy variada jerarquía histórica, política e ideológica, *El presidente que no fue*, por otra, recoge la voz de un testigo jerarquizado. En el caso de *La voluntad*, el resultado es una estructura compleja de apariencia simple, especialmente desde el punto de vista de la narración: "los autores transfirieron los relatos de los entrevistados a un narrador en tercera persona, cuya voz, así, se hace cargo de diversas subjetividades enunciativas de los protagonistas"⁷. De esta manera, "... la negativa o la imposibilidad para leer la complejidad estética o narratológica de textos en apariencia

tan simples como *La voluntad* conduce al error de impugnarlos como reivindicaciones, a tratarlos sólo como reivindicaciones"⁸. Por otra parte, dice Dalmaroni, impugnar a la narración como forma en el rescate de la época presenta otras aristas: "Esa experiencia que llamamos *los setenta* tuvo... una dimensión estética, narrativizada o mítica que la constituía y sin la cual hubiera sido muy otra cosa. En eso, la experiencia argentina se enlaza en una tradición que conocemos bien: las revoluciones —las francesas, la rusa, la República española, la cubana— fueron poderosísimas tramas de narración y figuración, y de afiebradas políticas culturales, literarias y artísticas". Además, el autor cuestiona la renuncia a la utopía moderna de intercambio entre arte y praxis política o moral, que tanto defendió la revista *Punto de vista* durante los años de la dictadura. Pero ¿cuál es la estética del horror capaz de significarlo desde la posición de la víctima? ¿Cuál la forma de restituir una significación *verdadera*? En esto es inevitable el debate. Para Primo Levi, se trataba de alejarse del punto de vista de la víctima (que él mismo había sido) y de adoptar la mirada más distante de un testigo. Para Sarlo, en el plano cinematográfico la solución es similar. Se trata, afirma, de adoptar la visión de Claude Lanzmann en *Shoa* y no la de Spielberg en *La lista de Schindler*.

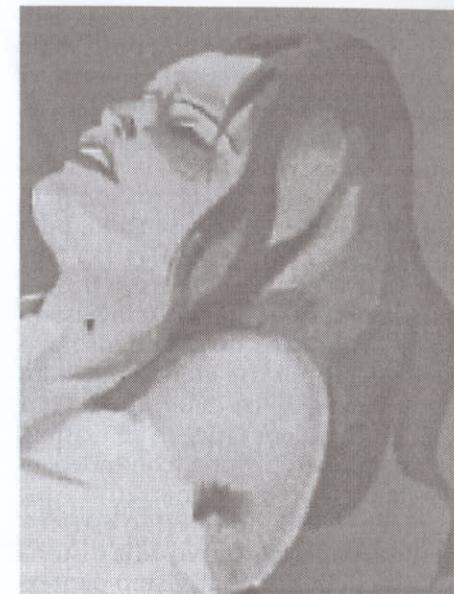
Además de estas particularidades, subyace en esta cuestión un problema de actualidad en la concepción de la historia. Hayden White lo expresa de la siguiente manera: "... el uso continuado por parte de los historiadores de un tipo de representación narrativa constituye un fracaso tanto a nivel metodológico como teórico. Una disciplina que produce relatos narrativos de su objeto como un fin en sí parece teóricamente poco sólida; una disci-

plina que investiga sus datos a fin de contar una historia sobre ellos parece metodológicamente deficiente"¹⁰.

Desde su invención por Heródoto —dice White— la historiografía tradicional ha demandado mayormente la convicción de que la propia historia consiste en un agregado de relatos vividos, individuales y colectivos y la principal tarea del historiador consiste en develar estos relatos y reescribirlos en una narración, cuya verdad consistiría en la correspondencia de la narración contada con el relato vivido por personas reales del pasado. Así concebido, se suponía que el aspecto literario de la narración histórica modificaba sólo ciertos retoques estilísticos que hacían que el relato resultase expresivo e interesante al lector, en vez de incidir en el tipo de inventiva poética que se presupone característica del autor de relatos de ficción.

Sin embargo, las teorías actuales del discurso disuelven la distinción entre discursos realistas y ficcionales sobre la base de la presunción de una diferencia ontológica entre sus respectivos referentes reales e imaginarios. En estas teorías semiológicas, la narración es un sistema particularmente efectivo de producción de significados discursivos, mediante el cual puede enseñarse a las personas una "relación característicamente imaginaria" con sus condiciones de vida reales, es decir, una relación irreal pero válida con las formaciones sociales en las que despliegan su vida y cumplen su destino como sujetos sociales.

Todo esto puede considerarse prueba del reconocimiento de que la narración —lejos de no ser más que una forma de discurso que puede llenarse de diversos contenidos, por reales o imaginarios que puedan ser— posee ya un contenido previo a cualquier materialización en el habla o en la escritura. Por lo tanto, éste sería un argumento



adicional para justificar el reclamo de Bonasso de que *El presidente que no fue* sea ubicado junto a lo que tradicionalmente podía tenerse en cuenta como historiografía académica con la que, en definitiva, no tendría diferencias de fondo.

Así las cosas, la moda historiográfica podría desembocar en confusión. En una obra que deliberadamente mezcla lo real con lo imaginario, Tomás Eloy Martínez hace la siguiente reflexión, muy sugerente tanto porque muestra el éxito del *pantextualismo* fuera del circuito de los historiadores profesionales como por las implicancias que tiene la generalización (y aún la vulgarización) de este concepto de la historia: "¿Por qué la historia tiene que ser un relato hecho por personajes sensatos y no un desvarío de perdedores? Si la historia es —como parece— otro de los géneros literarios, ¿por qué privarla de la imaginación, el desatino, la indelicadeza, la exageración y la derrota que son la materia prima sin la cual no se concibe la literatura?"¹¹.

Más allá del debate teórico, las derivaciones didácticas de esta postura no resultan aconsejables. Al respecto, es necesario que, como dice Hobsbawm, "... los historiadores defiendan el fundamento de su disciplina: la supremacía de los datos. Si sus textos son ficticios, y lo son en cierto sentido, pues son composiciones literarias, la materia prima de estas ficciones son hechos verificables. La existencia o inexistencia de los hornos de gas de los nazis puede determinarse atendiendo a los datos. Porque se ha determinado que existieron, quienes niegan su existencia no escriben historia, con independencia de las técnicas narrativas que empleen"¹². En lo referido estrictamente al papel educativo de la historia en la escuela, ese relativismo pantextualista carecería de sentido. Por el contrario, como lo hacen los historiadores, docentes y alumnos deberían formularse preguntas sobre el pasado cuyo origen se encuentre fuertemente anclado en una inquietud que exista en el presente y ensayar hipótesis que sean coherentes y procuren acercarse a una respuesta. Esas explicaciones tienen que ser verificables para que la explicación resulte probada con datos pertinentes y bien construida desde el punto de vista lógico. Finalmente, cuando se llega a esos resultados, es necesario que los alumnos comprendan la importancia de aceptar la confrontación con otras explicaciones y estar dispuestos al debate de ideas.

La utilidad pública de la historia

El auge de las obras sobre la década del '70 y la necesidad de hallar explicaciones sobre *los años de plomo* nos remite también al problema del "uso público de la Historia".

Acerca de esta cuestión, resulta inevitable hacer referencia a la polémica

desarrollada en Alemania entre 1986 y 1989: la llamada *Historikerstreit*, desatada en torno a una revisión del significado del nazismo. En el caso alemán, el mismo marco de la democracia posbélica descansaba sobre cierto consenso mínimo acerca del pasado: precisamente, que el nacionalismo y antiliberalismo alemanes fueron responsables no menores de 1933. Se pone en juego en ese caso la problemática relación entre *conciencia histórica y autocomprensión actual*.

Pero hacia 1986, dos posiciones complementarias promovieron una nueva valoración en torno a la Alemania nazi. Ernst Nolte propuso que el genocidio no era un crimen excepcional en la historia, sino que había sido precedido por las matanzas de Stalin en la Unión Soviética en la década del '30, que no sólo habían antecedido al Holocausto sino que también lo habían causado. La proposición fundamental de Nolte es que, cuando se observa la época del fascismo, no debe considerarse al Tercer Reich como un fenómeno aislado, sino que debe ser relacionado con la Revolución Rusa como su pre-condición más importante: "... la relación entre Hitler con el comunismo, caracterizada por el miedo y el odio, de hecho rigió los criterios y la ideología de aquel, que sólo expresaba con términos particularmente intensos los sentimientos de un gran número de contemporáneos suyos, alemanes y extranjeros, y que estas opiniones y temores no sólo resultaban claros, sino que en gran medida eran comprensibles y hasta cierto punto, incluso justificados"¹³. Más adelante dice: "La intensidad de la resistencia provocada por la tesis de que el archipiélago de Gulag fue anterior a Auschwitz y de que entre ambos existía un nexo causal sólo puede explicarse por motivos políticos..."¹⁴.

Los vaivenes de la controversia es-

tuvieron relacionados con la situación política. Si bien la impugnación de los argumentos revisionistas promovida por Jürgen Habermas y por un grupo numeroso de importantes historiadores parecía haber terminado con el triunfo de estos últimos en 1988, la caída del Muro de Berlín y el nuevo florecimiento del espíritu conservador volvió a poner a los revisionistas sobre el tapete.

Esta polémica tiene interés para nosotros desde dos puntos de vista.

Primero, porque la *Historikerstreit* subraya la importancia de nuestra disciplina, independientemente de las explicaciones provenientes de las otras ciencias sociales, en las formas de comprensión del mundo en que vivimos. Por otra parte, por la similitud del caso alemán con la Argentina del Proceso: "también se sostiene sobre el nazismo como sucede con nuestra historia reciente que 'nadie sabía nada', 'no se podía hacer otra cosa', 'algo habrán hecho', 'todos tuvimos responsabilidad', o 'fue culpa del demonio'..."¹⁵.

Pero, más allá de este parecido general, ¿podemos encontrar en la historiografía reciente alguna posición concreta que directa o indirectamente justifique a la última dictadura militar de manera similar a la propuesta por Nolte?

A mediados de 1997 apareció un libro sobre las relaciones entre el partido radical y los militares en el período 1955-1983 que plantea algunos puntos de vista que resultan interesantes en relación a esta problemática¹⁶. Su autor, Hugh Simon es un diplomático

norteamericano que estuvo destinado en nuestro país entre 1991 y 1994 y que aprovechó este lapso para realizar su tesis doctoral sobre ese tema en la Universidad de Belgrano.

La hipótesis de Simon es que, habiendo surgido el radicalismo en estrecha vinculación con los hombres de armas y mantenido por buena parte de su historia relaciones armoniosas con ellos, el distanciamiento en tiempos de Alfonsín es resultado de un malentendido pasajero que se solucionará con el mero transcurso del tiempo. Dice al final del libro: "A medida que pasen los años, es probable que los militares argentinos se sientan aún más cómodos en su rol de

fuerza profesional al servicio de los intereses políticos nacionales... Por su parte, los radicales tal vez se acostumbren a ver a los militares en el papel que les corresponde y se preparen mejor para responder a las necesidades militares y de

defensa... La Unión Cívica Radical y las Fuerzas Armadas argentinas están compuestas de hombres y mujeres que tienen ideas claras sobre cómo su país debe ser gobernado y protegido. Confío que puedan trabajar juntos para lograr ese objetivo"¹⁷. En conclusión, una armonía perdida por un equívoco que será finalmente restaurada. Este tipo de razonamiento evoca involuntariamente a H. White, cuando dice en *Metahistoria*¹⁸ que el relato histórico se atiene a cuatro tipos de trama básicos (comedia, tragedia, sátira y novela). En esta explicación de Simon estaríamos en la búsqueda de la *comedia*: un movimiento ternario desde una posición de paz



aparente, pasando por una situación de conflicto hasta llegar a su resolución mediante el restablecimiento del orden.

Pero el verdadero problema para la utilización de este libro en la escuela está en otra parte.

Simon explica la caída en desgracia de los militares por la "guerra sucia" y la derrota en Malvinas. Acerca de lo primero dice: "Aunque la tortura no había sido ordenada explícitamente por los militares, su uso fue tolerado y hasta alentado dentro de algunos grupos operacionales pequeños"¹⁹. En realidad, es la derrota en la guerra la que precipita el desbande: "En la Argentina, la situación se presentaba distinta que en otros países de Latinoamérica, donde los gobiernos militares hicieron la transición a la democracia con un arreglo que contemplaba alguna protección sobre los actos que se habían realizado con anterioridad"²⁰. Estos actos, por otro lado, han sido exagerados: "Las organizaciones de derechos humanos reclamaban que casi 30.000 personas habían muerto como resultado de la represión... " La CONADEP "... estimó el número de muertos en 9.000. Algunos oficiales militares tienden a considerar el total en 6.000, subrayando la dificultad de separar la superposición de un doble o hasta un triple conteo, Según algunos expertos, de estas 6.000 personas, tal vez entre el 10 y el 15 por ciento fueron inocentes o personas con nombres falsos"²¹.

La conclusión es de imaginar: "Es muy fácil descalificar a los 'militares' como una banda de marionetas ansiosas por el poder, moviéndose al ritmo de los sables y concentrados noche y día en la idea de desestabilizar la democracia. Existe un peligro mayor para el caso del último gobierno militar: el de etiquetar a los militares como una institución plagada de torturadores y sádicos, cuyo objetivo fue el de

aterrorizar a los civiles. Esta fue la falsa imagen que se le dio a los militares argentinos durante los años 80 en la Argentina y, por cierto, en la mayor parte del mundo occidental"²².

Amparándose en los defectos de la "exageración" –sostenida por la difícil verificación empírica de las dimensiones del genocidio– la finalidad del autor (que en todo el libro hace propio el punto de vista militar de manera ingenua) es exculpatoria. Pero, ¿debemos indultar nuevamente a los militares del Proceso, ahora borrando sus crímenes de la memoria colectiva? Esto puede relacionarse sin esfuerzo con la *Historikerstreit*, que es en realidad más política que historiográfica y concierne principalmente al modo en que la comprensión de la historia da forma al discurso popular contemporáneo. Y éste es un tema esencial de la enseñanza de la historia escolar y lo que se pone en juego (tal vez en forma poco evidente) en *Radicales y militares...* Sin embargo, las argumentaciones aparentemente asépticas de Simon son más eficaces para justificar a la dictadura que cualquier panfleto en su favor.

La historia reciente y la escuela

Más allá de las reflexiones que podamos realizar sobre la historia erudita, es necesario ensayar una respuesta sobre lo que ocurre con la historia escolar. Para ello sería conveniente una relectura (aunque sea panorámica) de los manuales.

Como dijimos más arriba, a pesar de que el pasado cercano no estaba ausente de los programas, sus contenidos resultaban un apéndice pocas veces frecuentado por profesores y alumnos. En general, esta presencia resultaba la simple adecuación a la visión que promovía (más o menos amablemente)

te) el gobierno de turno.

Un ejemplo interesante de la coincidencia con la perspectiva gubernamental la presenta un difundido texto de la Editorial A-Z, *La edad contemporánea. La Argentina desde 1831 hasta 1982*. En este manual, que tiene su primera edición en 1983, con el gobierno militar en retirada, aparece sin embargo la óptica que sobre la década del '70 había instalado la dictadura. Hablando del régimen militar y sus prolegómenos se yuxtaponen explicaciones convencionales: "la nueva presidente (M. Estela Martínez de Perón) resultó incapaz de resolver el cúmulo de problemas que asolaban el país..."; los propósitos del "nuevo gobierno militar" son extraídos textualmente del documento oficial, los "Objetivos Básicos y Estatuto del Proceso de Reorganización Nacional" sin realizar comentario alguno; el desplazamiento del Gral. Viola en diciembre de 1981 y su reemplazo por Galtieri es explicada "por enfermedad del Presidente", tal como lo hicieron los conspiradores en su momento. La forma particularmente elusiva en que es sofocada la guerrilla merece una transcripción: "A partir de 1976, el movimiento guerrillero entró en una rápida declinación; el retroceso del terrorismo hizo que algunos de sus dirigentes huyeran al exterior. Posteriormente la subversión quedó duramente de-



rrotada"²³. Con este párrafo se pone punto final al tema y al libro.

Lo curioso es que la falta de *timing* en la incorporación de estas opiniones no fuera de ninguna manera obstáculo para el éxito del libro, que se siguió imprimiendo y vendiendo al ritmo de una tirada anual hasta entrada la década del '90. Por otra parte, aún en la euforia de la reinstalación de la democracia nadie reparó en estas observaciones (o al menos nadie creyó que eran objetables), lo que abona la idea de que estos temas sólo estaban en los programas por compromiso.

En 1991 aparece la *Serie de Plata*,

con la que A-Z apunta a modernizar su propuesta. Sin embargo, el patrimonio editorial del otro texto es atesorado, aunque con pequeñas variantes. Desaparece, por ejemplo, el *flash* presentista que en el libro anterior había llevado a insertar en medio de la toma de las Malvinas en 1833 por los ingleses que "El 2 de abril de 1982, la República Argentina a través de un operativo militar, intentó restituir las islas a la soberanía nacional cumpliendo así, con un unánime anhelo del pueblo argentino". El exterminio de la guerrilla también merece otra explicación: "La subversión armada fue eliminada. Los métodos empleados para ello y la injusticia de un accionar indiscriminado merecieron duras críticas de la opinión pública y motivaron posteriores acciones judiciales"²⁴. No hay ninguna otra mención a los derechos humanos, el juicio a las Juntas, las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final, el Indulto, ni a ninguna otra cuestión relacionada con el tema. La vuelta a la democracia (media página que abarca las presidencias de Alfonsín y Menem) se limita a resaltar la vuelta a las instituciones constitucionales.

Igualmente sintética es la *Historia 3* de la Editorial Santillana. Sin embargo, pese a su brevedad las explicaciones no son elusivas. "La renuncia de Cámpora provocó nuevas elecciones el 23 de septiembre, y la consagración de la fórmula integrada por Perón y su esposa, Estela Martínez. Los enfrentamientos internos adquirieron mayor violencia y, a partir de la muerte del presidente, la situación se deterioró en forma acelerada. Surgió una organización armada ultraderechista y un foco guerrillero en Tucumán, En estas condiciones las Fuerzas Armadas cobraron peso en la marcha política"²⁵.

"El gobierno militar instaurado el 24 de marzo de 1976 tenía como objetivo producir una profunda reestruc-

turación de la Argentina. Si bien las organizaciones guerrilleras ya estaban prácticamente derrotadas, el gobierno de la junta militar, presidido por el Gral. Videla (1976-80), desarrolló una acentuada política represiva que implicó una generalizada violación de los derechos humanos...

"El gobierno de la transición democrática debió enfrentar dos grandes desafíos: ante todo afrontar la tarea de establecer el funcionamiento del sistema institucional democrático, y para ello realizó, entre otras cosas, la investigación y el enjuiciamiento de las responsabilidades por las violaciones a los derechos humanos y por la guerra de las Malvinas"²⁶. A diferencia del manual de A-Z, en este libro existen además de documentos y fotografías, epígrafes que enriquecen el tratamiento del tema.

Estas obras comparten, sin embargo, la característica fundamental de ser anteriores a la Ley Federal de Educación y, por lo tanto, no interesadas más que marginalmente en nuestro pasado cercano. A partir de 1993, la industria editorial comienza a vislumbrar un cambio en los contenidos que se concretará con la aprobación de los CBC para la Educación General Básica. A partir de ese momento, los manuales apuntan con mayor énfasis a la historia reciente y se incorporan nuevos autores –en su mayoría jóvenes– provenientes del campo académico. Otros dos fenómenos acompañan a los anteriores. Si antes los libros de texto tenían una vigencia casi ilimitada (sólo basta con recordar a Asoltfi y a Ibáñez) ahora su vida útil en el mercado es de un promedio de tres años y los autores individuales son usualmente reemplazados por equipos. Una última cuestión podría agregarse: en los primeros tiempos, la escasa determinación de los temas a tenerse en cuenta en cada año escolar

impulsó a las editoriales a realizar apuestas que, en otro momento hubieran desechado por arriesgadas.

En esta nueva etapa, se publican compendios dedicados íntegramente a la historia argentina de características difíciles de imaginar poco tiempo antes. Santillana edita una *Historia Argentina* que se ocupa de las últimas décadas de nuestra historia con mayor extensión que su predecesora, la *Historia 3*, y que presenta abundancia de testimonios gráficos, fuentes escritas y trabajos prácticos Siguiendo con el ejemplo tomado para los casos anteriores, los autores de este libro dicen: "La represión ilegal –que tuvo su apogeo entre 1976 y 1978– fue uno de los rasgos básicos del gobierno militar. La ilegalidad no fue tal solo por haber sido llevada a cabo por un gobierno de facto sino porque incluso violó la legalidad establecida por ese gobierno. La represión, cuidadosamente planeada, organizada y dirigida por los más altos niveles de decisión política y militar, fue, al mismo tiempo, clandestina. Sus destinatarios no fueron exclusivamente los integrantes de las organizaciones guerrilleras comprometidos con la lucha armada, sino que se extendió a un conjunto de actores sociales y políticos sin vinculación directa con las organizaciones guerrilleras.

"Las modalidades clandestinas de la represión incluyeron el secuestro y la detención en centros clandestinos –se verificó la existencia de más de trescientos– la tortura y, en la mayoría de los casos, la ejecución. La Junta Militar implantó la pena de muerte. Sin embargo no la aplicó legalmente sino fuera de la ley. Como consecuencia de ello surgió la figura jurídica de la desaparición forzada de personas –alrededor de diez mil casos comprobados, aunque algunas estimaciones triplican esa cifra– incluyendo a personas detenidas y ejecutadas por las fuerzas



de seguridad. Las consecuencias de la represión incluyeron también a la gran mayoría de la población, que vivió en un clima de miedo y de censura"²⁷.

Kapelusz editó una obra de características parecidas. Este manual brinda también una información amplia sobre el tema: "La violación de los derechos humanos fue uno de los graves problemas del período... El estado de sitio –estado de excepción– se volvió habitual. La escalada de violencia hizo suponer que la vida humana no valía nada y justificó en la óptica de muchos argentinos el hacer justicia por su propia mano; la ley fue descalificada, la justicia inutilizada. El límite entre lo lícito y lo ilícito se volvió imperceptible. El *habeas corpus*, que protege a la persona frente al abuso de poder de las autoridades, llegó a carecer de valor.

"Los organismos internacionales de defensa de los derechos humanos se movieron activamente frente a las irregularidades cometidas en la guerra contra la subversión o *guerra sucia*. La Comisión de Derechos Humanos de la OEA, Amnesty International y gobiernos europeos como los de Suecia y Francia presionaron reiteradamente para obtener información sobre los desaparecidos y mejorar las condiciones de detención de los prisioneros. En igual sentido se orientó la acción de Adolfo Pérez Esquivel en el Servicio de Paz y Justicia, por lo cual recibió el Premio Nobel de la Paz."

Un enfoque similar del problema puede encontrarse en *La Argentina del siglo XX* de M. E. Alonso, R. Elisalde y E. Vázquez. En su análisis de los métodos clandestinos de represión durante la segunda mitad de los '70, los autores dicen: "La metodología que le permitió a la dictadura realizar este genocidio fue planeada y aplicada del mismo modo en todo el país. Se trató de un esquema que respondía a una cadena de mandos vertical cuyo vértice era la Junta de Comandantes. Sin embargo, por su carácter ilegal y clandestino, los grupos operativos que realizaron la represión actuaron con una relativa autonomía. A estas bandas de represores se los llamó grupos de tareas. La modalidad de acción clandestina de estos grupos –extremadamente violenta y sin ningún límite– tenía el efecto de provocar en la población un terror aún mayor que un operativo legal y, consecuentemente, neutralizaba cualquier tipo de reacción defensiva"²⁹.

La descripción no ahorra detalles concretos que muestran un notable contraste con los primeros ejemplos transcritos más arriba:

"La función de los grupos de tareas era capturar a los ciudadanos a quienes los servicios de inteligencia (la SIDE y otros) identificaban como 'guerrilleros', 'izquierdistas', 'activistas sindicales' o, más genéricamente, 'zurdos'. El grupo de tareas los secuestraba y los recluía en un *centro de reclusión clandestina* o 'chupadero', por lo general una comisaría, un establecimiento militar o un edificio acondicionado a tal efecto, en donde se los torturaba para que proporcionaran información que permitiera realizar nuevas detenciones"³⁰. El tema se complementa con diversas columnas marginales, varias de ellas extraídas de testimonios presentados a la CONADEP, y el capítulo se cierra con una entrevista realizada por uno de

los autores a Nora Cortiñas, de las Madres de Plaza de Mayo.

A pesar de estas innovaciones, los nuevos enfoques no se han impuesto en la escuela y deberíamos preguntarnos por qué. Una hipótesis que vale la pena arriesgar es que la rápida obsolescencia de los manuales que impone la nueva lógica de la industria editorial impide que esas perspectivas innovadoras se instalen. Por otra parte, este apego a las "novedades" es un fenómeno más del consumismo y los libros son recomendados por los docentes y comprados por los alumnos, pero (como pasa con tantos *best sellers*) poco leídos. Por último, este uso errático no incluye usualmente las páginas referentes a los años '70, acerca de cuyo tratamiento se mantiene latente el temor impuesto por las políticas de la última dictadura.

Pero el tratamiento del tema no se agota en los manuales. Las selecciones documentales (como *La dictadura, 1976-1983*³¹) brindan múltiples posibilidades didácticas para trabajar en el aula, como así también la recopilación de fuentes periodísticas sobre los tiempos del Proceso que integran *Decíamos ayer*³². En este sentido, el excelente libro de Inés Dussel, Silvia Finocchio y Silvia Gojman para utilizar en la escuela el *Nunca más* es una idea inmejorable aunque difícil. Como dice Beatriz Sarlo, "La Argentina de la transición democrática tuvo su gran libro: los documentos sobre la represión que la CONADEP publicó con el título de *Nunca más*. Este es sin duda el libro de la memoria. Pero precisamente por eso es un libro extremadamente difícil y muy duro"³³. Dussel, Finocchio y Gojman son conscientes de estas dificultades. Un peligro implícito es la banalización del pasado a la que puede contribuir la retórica bien pensante. Como advierten las autoras, una consecuencia no que-

rida de un tratamiento superficial del tema es que se transforme en una simple "película de terror". Por el contrario, es necesario que la palabra justa reemplace a los adjetivos. En el prólogo de su obra explican el porqué de las cuatro secciones en las que se divide, a las que piensan como "puertas de entrada" al informe de la CONADEP: "Los capítulos comprenden una revisión de la historia de nuestro país en nuestro siglo, y especialmente del período dictatorial 1976-1983 (cap. 1); una discusión sobre los jóvenes, en tanto objeto principal de la represión y de la juventud actual (cap. 2); una reflexión sobre la violencia y la tolerancia en el mundo y en nuestro país (cap. 3); y una relación entre la memoria y el olvido que apunta a revisar las formas en que se ha recuperado el pasado reciente desde 1983 (cap. 4)"³⁴.

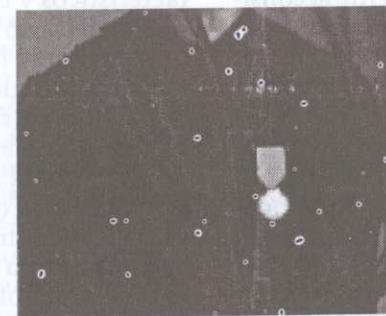
Es curioso que este libro haya sido "descubierto" varios años después de su publicación por Hugo Vezzetti, a quien le merece una dura crítica en *Punto de vista*³⁵. Una idea aproximada de sus opiniones al respecto puede extraerse del último párrafo de su artículo: "En tanto se piensen las relaciones entre la dictadura y la sociedad (encarnada, por la narración comentada, en la figura de los jóvenes) en términos de exterioridad y ajenidad, se hará difícil abrir y mantener un espacio de interrogación que vuelva sobre las condiciones, las acciones y las omisiones de la propia sociedad"³⁶. El autor llega a esta conclusión tan terminante, a pesar de manifestar al comienzo de su trabajo que emitiría su opinión "más allá del juicio que pueda merecer desde una

evaluación estrictamente didáctica..."³⁷ que, confiesa, no le corresponde analizar. Esta prescindencia, sin embargo, deja de lado el propósito central de la obra, cuya finalidad, habían explicitado sus autoras, era ocuparse de la historia reciente para construir otra relación con el pasado reciente, para hacer memoria *en y desde* la escuela.

Mucho podría argumentarse sobre las apresuradas opiniones de Vezzetti (no tener en cuenta el tiempo transcurrido entre la primera edición del libro y su crítica, remitir sus opiniones a una visión parcial de los capítulos y no a una perspectiva completa de la obra), pero lo más importante es

que no favorece la instalación razonada de la temática en la escuela sino que –por el contrario– su actitud es simétrica a la de aquellos profesores que cierran sus manuales cuando ven en ellos referencias a las Madres de Plaza de Mayo.

En un artículo publicado en *La Nación* en febrero de 1995, Umberto Eco al preguntarse por las nociones imprecisas de muchos jóvenes y personas de mediana edad acerca de los acontecimientos desarrollados en Italia entre 1943 y 1945 y el enfrentamiento entre totalitarismo y democracia dice: "La espectacularización de los acontecimientos históricos recientes los entrega a un pasado mitológico, una ocasión para entretener, no un espacio para reflexionar. ¿Qué queda como alternativa? Las decenas de óptimos libros de historia producida en estos cincuenta años. Pero es un material para un par de miles de personas, no para millones. Por lo cual tenemos, de un lado, la reflexión científica



(para pocos), del otro, el espectáculo (para todos). Lo que nos faltó es precisamente un espacio de reflexión no especializada, a la que quizás pudo haber entregado la escuela, no tanto con el último capítulo de los manuales de historia, sino con una más intensa educación cívica...³⁸.

El interés de los alumnos

En el artículo mencionado de *Clarín*, se dedican algunas líneas para que algunos profesores secundarios den a conocer su opinión sobre este problema en la escuela. En términos generales, se da a entender que existe un natural interés de los alumnos por la Historia, que inconscientemente la considerarían importante para entender el presente pero que, paradójicamente, la historia escolar no se ha hecho responsable de esa inquietud. Uno de estos docentes dice: "... lo que los alumnos preguntan tiene que ver con lo que no se quiere que se les responda: del Proceso y de los militares, pero también de la miseria en la que vivimos y otras realidades que atraviesan el conjunto de la historia humana: la esclavitud, la explotación feudal. Es decir, de lo que podemos cambiar. Los jóvenes intuyen lo que todos intuimos: tras la apacible página del 'manual' se esconde el secreto más terrible, el que explicaría lo que, a falta de poder entender, el profesor obliga a memorizar".

Ya se ha comentado que los cambios producidos en la propuesta editorial merecerían un tratamiento menos prejuicioso y más atento. A pesar de ello, es imposible no coincidir en la necesidad de promover la reflexión en vez de la simple memorización, una práctica que pervive en la escuela argentina. Uno de los propósitos de la enseñanza de la historia es lograr el de-

sarrollo de una visión racional y crítica del pasado para explicar el presente o, como la llaman los pedagogos alemanes, la formación de la *conciencia histórica*³⁹, refiriéndose a la influencia de la configuración que cada persona tiene del pasado en sus actitudes y acciones presentes.

Sin embargo, que esta relación alcance sus manifestaciones más complejas está dificultada –los docentes lo sabemos– por una brecha invisible. En *Historia del siglo XX*, Eric Hobsbawm plantea el caso de esta manera: "La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven"⁴⁰. Más adelante, Hobsbawm introduce otro concepto muy sugestivo acerca de cómo para las personas de más edad y otra formación, "el pasado es indestructible... porque el pasado forma parte del entramado de nuestra vida..." "Para el autor del presente libro", dice, "el 30 de enero de 1933 no es una fecha arbitraria en la que Hitler accedió al cargo de canciller en Alemania, sino una tarde de invierno en Berlín en que un joven de quince años, acompañado de su hermana pequeña, recorría el camino que le conducía desde su escuela en Wilmersdorf, hacia su casa en Halensee, y que en un punto cualquiera del trayecto leyó el titular de la noticia. Todavía lo veo como en un sueño"⁴¹.

Esta doble cuestión del "presente permanente" de los jóvenes y el "pasado indestructible" de los adultos tiene implicancias didácticas cuando tenemos que explicar a nuestros alumnos

temas que para nosotros siguen de alguna manera abiertos y para ellos son de una existencia casi tan brumosa como la Querrela de las Invidias. En una conferencia de 1993, el mismo autor había dicho: "Cuando les digo a mis alumnos norteamericanos que recuerdo el día en Berlín en que Hitler se convirtió en canciller de Alemania me miran como si acabara de decirles que estaba presente en el Ford's Theatre cuando Lincoln fue asesinado en 1865. Para ellos ambos acontecimientos son igualmente prehistóricos"⁴². Algo muy similar comenta Primo Levi, que durante años recorrió las escuelas italianas para hablar acerca de los campos de concentración, de los que había sido una de sus víctimas. Refiriéndose a la primera de las obras que dedicó al tema, dice: "*Si esto es un hombre* es muy leído en Italia porque existe una edición escolar anotada. Es un libro de texto... Debo decir que cada año se venden entre diez y quince mil ejemplares en las clases, y a menudo me invitan a comentar este libro. Y advierto con frecuencia también en las cartas que recibo –y recibo muchas– conmoción, incluso participación, pero como si se tratase de un suceso que ya no nos concierne, que no pertenece a Europa, a nuestro siglo, como los hechos, qué se yo, de la Guerra de Independencia americana"⁴³.

Este abismo invisible entre profesores y alumnos es una de las barreras más difíciles de superar cuando nos ocupamos de la historia argentina reciente. El 25 de mayo de 1973, el 24 de marzo del '76, el 2 de abril del '82 son fechas muy presentes para los unos y de escasa o ninguna significación para la mayoría de los otros. Perón, Lanusse y Videla son figuras que se pierden en la noche de los tiempos y la perspectiva desde la que queremos transmitir esos fragmentos del pasado que nos involucra muchas ve-

ces es intransferible. Enfatizar no parece una vía aconsejable. Volvemos al problema de la "película de terror" a la que hacen referencia Dussel, Finocchio y Gojman en su libro y a fenómenos tales como la provocativa adopción de los símbolos nazis mediante la cual grupos como el de los *punks* querían demostrar su rechazo hacia la sociedad de consumo.

Cuando el pasado reaparece

Pero, en nuestro país, el pasado reciente está lejos de poder ser archivado. Eventualmente, los años del Proceso irrumpen en forma grosera en nuestra realidad cotidiana: la vuelta a los tribunales de los responsables mayores de la dictadura por el secuestro de los hijos de los desaparecidos o los nuevos detalles del Plan Cóndor que salieron a la luz con la detención de Pinochet nos hacen ver que están abiertas heridas que querríamos dar por cerradas.

Una ocasión donde esta intromisión se produjo espectacularmente fue en enero de 1998. En esos días, los argentinos asistimos a una serie de acontecimientos que volvieron a poner sobre el tapete los más sombríos recuerdos de los *años de plomo*: el proyecto de los diputados Bravo y Cafiero de rever las leyes de Obediencia Debida y Punto Final; la declaración del presidente Menem disponiendo el traslado de la



ESMA y la demolición de su antiguo edificio para levantar allí un monumento a la "conciliación"; las declaraciones de Astiz que terminaron costándole la pérdida de su grado militar y las distintas manifestaciones públicas producidas por estos sucesos.

La repercusión de todo ello en los medios de comunicación fue notable. Tal vez para sorpresa de muchos, el diario *La Nación* fue uno de los que con más énfasis se dedicó a reflexionar sobre los derechos humanos, la memoria y el papel de la historia. El 22 de ese mes, con el título de "La manipulación del pasado", dedicó al tema el principal editorial de la fecha. "Es inevitable, y de alguna manera condenable, que los más tristes capítulos de nuestra historia se instalen una y otra vez en la opinión pública. Para quienes han perdido en aquellos tiempos a sus seres más queridos, no hay remedio contra tanto dolor. De igual manera, no hay dudas de que la peor medicina para que aquellas páginas no se repitan es el olvido". Luego de hacer una alusión a Firmenich y refiriéndose a las declaraciones de Astiz, concluía: "Para que estos hechos no se repitan es imprescindible seguir alimentando la memoria colectiva, desterrando las pretensiones de manipular políticamente el pasado o de buscar venganza mediante las mismas actitudes que la inmensa mayoría de los argentinos ya ha condenado". En la página siguiente aparecía una columna con el título de "La historia no se entierra", de José Ignacio García Hamilton. Allí, el exitoso autor de *Cuyano alborotador* afirmaba entre otras cosas: "Así como la historia no puede falsificarse impunemente, también es inútil tratar de sepultarla. El drama de los desaparecidos ha sido una de las aberraciones de este siglo y ha quedado doblemente inconcluso: no conocemos exactamen-

te lo sucedido y los responsables no han sido debidamente castigados...

"Hacer un museo en la sede de la ESMA debe ser parte de la respuesta. Acaso algún gobierno pueda destruir ese edificio, pero nadie logrará borrar de la memoria colectiva el horror del terrorismo de Estado y el desprecio por las normas de la civilización."

El sábado 24, se publicaba una nota titulada "Crímenes paralelos" firmada por Tomás Eloy Martínez. En ella, el autor de *Santa Evita* realizaba una comparación entre Astiz y Pol Pot a la manera de Plutarco, y concluía diciendo: "En 1929, Ortega y Gasset escribió que 'el argentino vive absorto en la atención de su propia imagen. Se mira sin descanso'. Ojalá fuera cierto. Si nos miráramos de veras, tal vez descubriríamos por qué nos ha pasado todo lo que nos ha pasado."

"En Camboya, Pol Pot es un prisionero perpetuo de los mismos soldados a los que convirtió a la religión de la guerra. En la Argentina, Astiz afronta un módico arresto de sesenta días—que tal vez se agrave—no por sus crímenes sino por hablar de sus crímenes. La historia es circular y tiende a las repeticiones. En la Argentina, las repeticiones son tal vez lo único que nos hace diferentes".

El viernes 30, *La Nación* vuelve a dedicar su primer editorial al tema. En "El búnker de Hitler y la ESMA", el diario vincula la decisión de las autoridades bávaras de permitir el acceso del público al llamado Nido del Águila con la propuesta de Menem de demoler el edificio de la Escuela de Mecánica de la Armada:

"El espíritu de la decisión de las autoridades de Baviera se vincula con la idea de que, mostrando el horror del Tercer Reich, de Hitler y de su entorno, se mantendrá la viva la conciencia colectiva sobre lo que no se debe volver y se luchará más efectivamen-

te contra la proliferación del neonazismo.

"La propuesta del presidente Menem de demoler el edificio de la ESMA parece tener relación... con el mecanismo de defensa tendiente a borrar de nuestra memoria aquello que más nos duele.

"Lo que se necesita, en cambio, es alimentar la memoria activa para no tropezar una vez más con la misma piedra. La reconciliación es imprescindible, pero no se logrará por medio del olvido, del mismo modo que no se cicatrizan profundas heridas por un simple decreto presidencial".

El 5 de febrero (día en el que se reseñan las turbulentas alternativas de la fallida sesión en el Congreso para revisar el Punto Final y la Obediencia Debida), dos notas ocupan la página dedicada a las colaboraciones especiales. En "El crimen del silencio", Mario del Carril retoma el problema de haber castigado a Astiz no por lo que hizo sino por lo que dijo, agrega que por el mismo motivo fue aislado Scilingo en la Armada y concluye: "¿Por qué se cree necesario guardar silencio acerca de los problemas y la historia de violencia ilegal en las organizaciones de seguridad del país y no estudiarlos y analizarlos? El silencio no sólo niega la posibilidad de justicia y arrepentimiento, también niega la oportunidad del aprendizaje y la educación. Además, niega la posibilidad del cabal esclarecimiento histórico, que es un sustento del espíritu de una nación".

La segunda es una traducción de *Die Welt* sobre el tema del juicio de Maurice Papon por la deportación de judíos durante la ocupación nazi. En "La tardía lección de Vichy" de Jochen Hahn se rescata el valeroso reconocimiento de Jacques Chirac de la culpabilidad parcial del Estado francés por colaborar con los invasores alemanes. Esta lección, dice Hahn, "... no debe li-

mitarse al período de Vichy, sino que ha de extenderse a otros temas prohibidos como el levantamiento realista en la Vendée, durante la Revolución Francesa, o el papel desempeñado por Francia en el conflicto de Vietnam y la guerra de liberación de Argelia, dos episodios más recientes cuyas consecuencias están aún a la vista.

"Por sobre todo, los hechos deben abrirse camino lo antes posible hasta los manuales escolares y los libros de historia. Sólo entonces —concluye— la próxima generación podrá comprender cuánto coraje se necesita para obrar correctamente en tiempos de confusión"

Tal vez lo más interesante de esta sucesión de notas (que no son todas las que *La Nación* dedica al tema con el mismo tono) es el medio donde aparecen. Si bien el diario fundado por Mitre es posiblemente el que más se ha modernizado en los últimos tiempos, sus opiniones siguen manteniéndose en un tono de moderación deliberadamente alejado de matices exaltados. Por otra parte, su posición durante la dictadura había sido complaciente⁴⁴. ¿Qué significa, entonces, esta enérgica y reiterada condena de ese tipo de abusos y el pedido de que la historia y la escuela se ocupen de estos funestos episodios de nuestro pasado?

Algunas de las claves son señaladas por Luis Alberto Romero en un reportaje realizado en esos días: "... hay un punto ideológico y político cada vez más fuerte en la sociedad argentina que es la cuestión de los derechos humanos. Mucha gente siente que el tema de los derechos humanos es una clave para interpretar el pasado y está haciendo un esfuerzo por reconstruir esa memoria. En 1984 lo único que tuvimos fue un esfuerzo notable por parte del Estado. La CONADEP y el enjuiciamiento a las Juntas fueron esfuerzos del Estado, no de la gente. Hoy el

Estado no actúa, pero la sociedad sí, a través de una parte quizás minoritaria pero muy activa... Reconstruir la historia, aún cuando no se pueda condenar a nadie judicialmente es muy importante. El Estado va a actuar en ese sentido si registra que la sociedad tiene un interés especial en eso"⁴⁵.

El problema de la necesidad de que la historia brinde una interpretación del pasado cercano es una demanda creciente de la sociedad y presenta un cierto consenso a fines de los '90. Los actuales programas de estudios de los países europeos e iberoamericanos muestran una fuerte tendencia en ese sentido, tanto por el mayor interés que esa temática se supone despierta en los alumnos como por el fuerte papel explicativo del mundo presente que se le adjudica⁴⁶. En esta construcción, la educación debe jugar un papel de gran importancia. Jacques Le Goff, propone para ella un camino en la tradición de los iluministas del siglo XVIII, pero con una diferencia: "... si bien los iluministas situaban en el centro neurálgico de su sistema a la filosofía, las ciencias naturales y la técnica, nosotros (los historiadores de *Annales*) preferimos instalar allí a la historia. Pensábamos que la reflexión sobre el desarrollo de las sociedades humanas debía ocupar el lugar central de eso que ha dado en llamarse 'humanismo'..."⁴⁷.

Conclusiones

El balance de todo este recorrido no es fácil. La necesidad de acceder a esta temática es pareja con las dificultades para abordarla y esto plantea la necesidad de ponderar cómo ocuparse del pasado inmediato en el aula. El primer paso es comprender que estos temas no están en la escuela y que es imprescindible que se discutan en ese ámbi-

to. Cómo hacerlo es un problema que debe tratarse razonadamente y sin soberbia. Una afirmación general postulada en las páginas anteriores merece repetirse: no basta con disponer que se enseñe la historia reciente para que ello pueda efectivamente ser llevado a la práctica.

En primer lugar, es necesario discernir entre una bibliografía heterogénea proveniente mayoritariamente de aportes periodísticos o de disciplinas sociales como la ciencia política o la sociología, poco familiares para la mayoría de los docentes. Por otra parte, la investigación sobre el período en cuestión no es favorecida por las instituciones dedicadas a la historia y esta temática es considerada como marginal por la incorporación de los historiadores. El saber científico sobre el cual la transposición didáctica debe realizarse presenta, entonces, problemas.

Pero una vez dicho esto habría que preguntarse si el principal obstáculo para estudiar los '70 es historiográfico. Podríamos afirmar, sobre todo teniendo en cuenta las alternativas de la *Historikerstreit* que (inversamente al cuestionamiento más usual) es la elección de una perspectiva la que condiciona la elección historiográfica. Un problema central, desde el punto de vista escolar, es que quienes enseñan puedan hacer conscientemente su valoración y para ello es necesario una capacitación que contemple recursos económicos destinados específicamente para que estos docentes, la verdadera *carne de cañón* de la Transformación Educativa, puedan realizarla.

Ahora bien, si el problema consiste básicamente en la elección de una perspectiva, podría entenderse que estamos promoviendo una visión maniquea del pasado. La finalidad de estudiar nuestro pasado cercano debe ser exactamente la contraria.

A esto se refiere Jacques Le Goff,

cuando afirma que el gran aporte del historiador no es sólo la reconstrucción de la memoria, sino también la "normalización" de la memoria. "Hablo de 'normalización' en el sentido positivo. Es necesario que la memoria no sea una memoria pervertida, deformada, manipulada. Para ser inspiradora, el requisito esencial es que sea verificada y pensada a través de la historia..."⁴⁸.

Pero, además, este propósito plantea un problema relacionado con la producción histórica. Ocuparse de los años '70 implica en buena medida volver a la historia *événementielle*, cuando tanta agua ha corrido bajo el puente. ¿Es válido retornar al estudio de los acontecimientos en las postrimerías del siglo XX? Múltiples historiadores han estigmatizado esa forma de hacer historia, colocando una pesada lápida sobre los hechos políticos. Sin embargo, existen argumentos en favor de ella. Jean Louis Flandrin, por ejemplo, opina que: "En la actualidad la historia política y del acontecer no está muerta. Se encuentra incluso muy bien, porque responde a la demanda de una gran parte del público: los interesados en las ciencias políticas y los lectores de *Historia*. Por otra parte, ¿no estamos nosotros mismos interesados en los acontecimientos de la actualidad y en aquellos estudios consagrados a aquellos ocurridos en un pasado cercano? No veo ninguna razón para lanzar anatemas contra este tipo de historia si es de buena calidad. Su razón de ser se justifica mientras tengamos una vida política y los acontecimientos sucedan en nuestra sociedad"⁴⁹.

La enseñanza de la historia reciente tiene un papel estratégico en la formación de la *conciencia histórica*, porque toda interpretación sobre los acontecimientos actuales depende de alguna representación de lo que ocurrió en el pasado, que es -en definiti-

va- lo que da sentido al presente. Según la clasificación de Rüssen, de los cuatro tipos de *conciencia histórica* que considera -la *tradicional*, la *ejemplar*, la *crítica* y la *genética*- se debería promover el desarrollo de las dos últimas. La *crítica* permite la problematización de modos culturales y de vida actuales y la *genética*, transformar los modelos culturales y de vida ajenos en otros propios y aceptables. Para contribuir a la formación de estos tipos de conciencia histórica debemos construir ámbitos de discusión no especializada, tal como lo reclama Umberto Eco. En nuestra opinión, debería procurarse que ese análisis pueda realizarse en espacios que incluyan a la escuela y a la universidad, que abarque a la historia de los especialistas y a la historia escolar de los manuales y que permita superar la separación entre una historia sofisticada para unos pocos y una visión rudimentaria del pasado para la mayoría, tal como lo habíamos propuesto en un artículo de 1992⁵⁰.

Un ejemplo significativo para ese debate es el problema de la conciencia histórica y su relación con la investigación y con la historia escolar, tal como lo plantea el profesor Frank Stern. Los alemanes han sido precursores en esta preocupación y Stern presenta un buen caso: "A fin de presentar en forma plástica el carácter problemático de la conciencia histórica alemana, me serviré de una imagen... que aparece... en los textos de historia usados en los colegios secundarios. He revisado los textos, que se publicaron en los años 50, 60, 70 y 80; y hallé en la mayor parte de ellos el mismo cuadro: judíos que, portando valijas y pequeños envoltorios, marchan por la calzada, vigilados por agentes del orden: esa foto se tomó durante La Noche de los Cristales Rotos... En la mitad de la calle aparecen solamente algunos policías. En los

volúmenes que salieron a la luz varios años después, ya se ven civiles alemanes de pie en las aceras, contemplando desde un costado a los judíos y a sus guardias. Una década después se repite la escena, pero ahora completa: una masa de gente en la calle, observa a los judíos y a los policías. En esa muchedumbre, un papá con su pequeño a la espalda, y el padre señalándole a su chico lo que allí sucede. Como si se tratara de algo rayano en lo 'popular', un evento en el que participen muchas personas y no sólo de lejos sino desde bien cerca".

"Sostengo", concluye Stern, "que un ejemplo tan simple puede enseñarnos algo sobre la evolución de una conciencia histórica: ¿qué pasaba por la cabeza de los autores de esos libros cuando al revisar las fotografías decidían: 'No tomemos sólo un fragmento?' Resulta muy interesante seguir este punto a lo largo de 30 años. Máxime si en su transcurso el saber histórico se amplió y la investigación sacó a la luz nuevos trabajos, ya que en resumidas cuentas las masas habían sido copartícipes de lo que sucedió en Alemania"⁵¹.

Por otra parte, no se debe ser ingenuo con el interés espontáneo que esta temática pueda despertar en los alumnos. La brecha generacional y las distintas formas en las que estos acontecimientos nos involucran hacen necesario un trabajo que será muchas veces duro. Un peligro latente es la banalización del pasado a la que

puede contribuir la retórica bien pensante. Por el contrario, es necesario que la palabra justa reemplace a los adjetivos. Como decía Primo Levi, "Quizá no se pueda comprender lo que sucedió o no se deba comprender lo que sucedió, porque comprender es justificar. No podemos comprender el odio nazi, pero podemos comprender dónde nace ese odio"⁵².

Tal vez como en ningún otro caso, el problema de "qué Historia enseñar" y de "para qué enseñar Historia", están en estas circunstancias inexorablemente ligados. Como plantea Carlos Altamirano: "¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder?... Hanna Arendt escribió que la mayor parte de la vida adulta de una generación de alemanes, la suya, había vivido bajo el peso de esas preguntas. Son preguntas elementales -como lo fueron bajo la última dictadura argentina las preguntas de las madres de los 'desaparecidos'-. En lo relativo a nuestro pasado reciente, si no queremos cerrar los ojos ante la fractura por la que un día se precipitó el terror estatal, no creo que podamos formular preguntas más rigurosas que esas. Tal vez no haya que esperar preguntas últimas, definitivas (en Alemania el debate sigue abierto). Pero la voluntad de mantener la interrogación y de mantenerla como exigencia de una vida pública democrática, no será indiferente al carácter de la sociedad en que los argentinos vayamos a vivir"⁵³ ■

Notas

1. Acerca de esta cuestión, cfr. Fradkin, Raúl. "Enseñanza de la historia y reforma educativa. Algunas reflexiones críticas sobre los Contenidos Básicos Comunes", en Anuario del IEHS N°13, 1998.
2. Seoane, María. *El burgués maldito*. Bs. As., Planeta, 1998.
3. Gilbert, Abel y Vitagliano, Miguel. *El terror y la gloria*. Bs. As., Editorial Norma, 1998.
4. Pucciarelli, Alfredo (ed.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Bs. As., EUDEBA, 1999.
5. Alonso, María Ernestina. "¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis crítico de los nuevos contenidos básicos comunes de ciencias sociales para educación general", en *Entrepasados* N°8, 1995. P. 157.
6. Sarlo, Beatriz. "Cuando la política era joven", en *Punto de vista* N°58, agosto de 1997. Pp. 15-16.
7. Dalmaroni, Miguel. "El deseo, el relato, el juicio. Sobre el 'retorno a los setenta' en el debate crítico argentino, 1996-1998", en *Tramas* N°8, Bs. As., 1998. P. 39.
8. Dalmaroni, M. *Op. cit.* P. 40.
9. Dalmaroni, M. *Op. cit.* P. 39.
10. White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, 1992. P. 41.
11. Martínez, Tomás Eloy. *Santa Evita*. Bs. As., Planeta, 1995. P. 146.
12. Hobsbawm, Eric. "La historia de la identidad no es suficiente", en Hobsbawm, E. *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 1998. P. 271.
13. Nolte, Ernst. *La guerra civil europea, 1917-1945*. México, FCE, 1994. P. 22.
14. Nolte, E. *Op. Cit.* P. 493. A Esta postura se le sumó la revalorización de la acción de las fuerzas armadas alemanas en el frente oriental en 1944, deteniendo el avance del Ejército Rojo y manteniendo al mismo tiempo las condiciones del genocidio, ya que Himmler ordenó acelerar los envenenamientos con gas cuando se conoció la derrota de Stalingrado. Hillgruber rescata la acción de la Wehrmacht que con su accionar detenía la marea comunista con su secuela de muertes y violaciones, desentendiéndose de lo que ocurría en los campos de concentración como consecuencia de esa resistencia.
15. Cfr. Acha, José Omar. "El pasado que no pasa: la *Historikerstreit* y algunos problemas actuales de la historiografía", en *Entrepasados* N°9, 1995.
16. Simon, Hugh V. *Radicales y militares*

1955 - 1983 (Desde una relación familiar hasta el divorcio). Bs. As., Editorial Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 1997.

17. Simon, H. *Op. Cit.* P. 134.
18. White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. México, FCE, 1992.
19. Simon, H. *Op. Cit.* P. 123.
20. Simon, H. *Op. Cit.* P. 123.
21. Simon, H. *Op. Cit.* P. 124.
22. Simon, H. *Op. Cit.* P. 129.
23. Lladó, Juan B., Grieco y Bavio, Alicia, Lugones-Sessarego, Alejandra, y Rossi, Patricia. *La edad contemporánea. La Argentina desde 1831 hasta 1932*. Bs. As., A-Z, 1983. La edición de la que se realizan las citas es la 8ª, publicada en 1991.
24. Bustinza, Juan Antonio y Grieco y Bavio, Alicia. *Los tiempos contemporáneos. Argentina y el mundo*. Bs. As., A-Z Serie de Plata, 1991. P. 245.
25. Jáuregui, A.; González, A.; Fradkin, R. y Jáuregui, S. (coord.). *Historia 3*. Bs. As., Santillana, 1990. P. 268.
26. Jáuregui, A. y otros. *Op. Cit.* P. 279.
27. Luchilo, Lucas; Romano, Silvia O. y Paz, Gustavo. *Historia Argentina*. Bs. As., Santillana, Pp. 278-79.
28. Rins, E. Cristina y Winter, María Felisa. *La Argentina. Una historia para pensar*. 1776 - 1976. Bs. As., Kapelus, 1997. Pp. 512-13.
29. Alonso, María Ernestina; Elisalde, Roberto y Vázquez, Enrique C. *La Argentina del siglo XX*. Bs. As., Aique, 1997. P. 255.
30. *Op. Cit.* Pp. 255 - 256.
31. Caraballo, Liliana; Charlier, Noemí y Garulli, Liliana. *La dictadura (1976-1983. Testimonios y documentos*. Bs. As., Oficina de Publicaciones del CBC - UBA, 1996.
32. Blaustein, Eduardo y Zubietta, Martín. *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Bs. As., Colihue, 1998.
33. Sarlo, Beatriz. "La historia compacta y la historia ausente" en *Página/30* N°85, agosto de 1997. P. 44.
34. Dussel, I.; Finocchio, S. y Gojman, S. *Haciendo memoria en el país del Nunca más*. Bs. As., EUDEBA, 1997. P. X.
35. Vezzetti, Hugo. "Memorias del 'Nunca más'", en *Punto de vista* N°64, 1999.
36. Vezzetti, H. *Op. cit.* P. 41.
37. Vezzetti, H. *Op. cit.* P. 37.
38. Eco, Umberto. "La historia reciente como espectáculo", en *La Nación*, febrero de 1995.
39. Cfr. Rüssen, Jörn. "El desarrollo de la competencia narrativa en el aprendizaje histó-

rico. Una hipótesis ontogenética relativa a la conciencia moral", en *Propuesta Educativa* N° 7, 1992.

40. Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1995. P. 13.

41. Hobsbawm, E. *Op. Cit.* P. 14.

42. Hobsbawm, Eric. "El presente como historia" en *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 1998. P. 232.

43. Levi, Primo. *Entrevistas y conversaciones*. Barcelona, Península, 1998. P. 190.

44. Blaustein señala que durante la dictadura, *La Nación* apoyaba la filosofía de Martínez de Hoz y guardaba silencio acerca de la represión, que sólo se quebraba cuando alguna de las víctimas provenía de su entorno. Cfr. Blaustein, E. y Zubieta, M. *Op. cit.* Pp. 35 a 41.

45. "La paciente tarea de la memoria" por Susana Colombo. (Diálogo entre Luis Alberto Romero y Rosendo Fraga). en *Clarín* 1º/2/98. Segunda sección, pp. 10 - 11.

46. Cfr. González Muñoz, M. C. *La enseñanza de la historia en el nivel medio. Situación, tendencias e innovaciones*. Madrid, Marcial Pons, 1996. Pp. 227 - 229. Allí la autora determina para el caso de los países Latinoamericanos que en algunos de ellos (como México, Cuba o la República Dominicana) alrededor del 70% del curriculum está destinado a la historia re-

ciente, mientras que en los países del Cono Sur (por cuestiones vinculadas a la historia pero también a la situación política) la presencia de esa temática es muy baja. En este segundo caso, la autora advierte que se está produciendo un rápido cambio con la creciente incorporación de la historia contemporánea en los planes de estudio.

47. "Un patriota europeo. Jacques Le Goff habla del futuro de Europa", en *Radar* 30/11/97. P. 8.

48. "Un patriota europeo. Jacques Le Goff habla..." , P. 8.

49. Flandrin, Jean-Louis. "De la historia - problema a la aproximación histórica de los problemas" en Gadoffre, Gilbert (dir.) *Certidumbres e incertidumbres de la historia*. Santa Fe de Bogotá, Editorial Universidad Nacional/Editorial Norma, 1997. Pp. 210 - 211.

50. Cfr. Amézola, Gonzalo de y Barletta, Ana María. "Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de historia y vuelta al secundario", en *Entrepassados* N°2, 1992.

51. Citado por Birmajer, Marcelo. "De la efemérides a lo efímero", en *Página/30* N°85. P. 36.

52. Citado por Abós, Álvaro. "La ardiente paciencia", en *La Nación* 18/7/97. P. 17.

53. Altamirano, Carlos. "24 de marzo", en *Punto de vista* N° 54, abril de 1996. P. 3.

Los intelectuales y la invención del peronismo,

Augusta Echeverría, Buenos Aires, 1994, 304 páginas.

Fachista

U

de

Reseñas

de



Los intelectuales y la invención del peronismo, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, 304 páginas.

Federico Neiburg¹

Una definición académica incluiría este libro en el rango de la sociología del conocimiento, pues efectivamente Neiburg intenta horadar en el obstáculo que supone considerar el peronismo como una *cosa*. Porque si fuera tal, el peronismo sería comprensible a través de una rigurosa investigación empirista. El supuesto del análisis es el contrario. Aquello múltiple, heterogéneo y polivalente que entendemos bajo el significante *peronismo* es una *construcción*. Siendo así, una tarea primera y básica de un estudio crítico es deconstruir los módulos de sentido y aspiraciones encarnados en la temática peronista. Basado en las consideraciones de M. Mauss sobre las creencias religiosas, Neiburg se preocupa por identificar agentes, prácticas y representaciones del conocimiento del peronismo. La sociología del conocimiento es, en este registro, una sociología de las y los intelectuales.

Ahora bien, los discursos elaborados sobre el peronismo fueron legitimadores de posiciones intelectuales en campos de poder. De acuerdo a las elecciones sociológicas de Neiburg las discusiones que se llevaron a cabo sobre qué era el peronismo, cuáles eran sus cualidades políticas, culturales y sociales, eran al mismo tiempo estrategias de legitimaciones diversas de intelectuales que lo apoyaban o combatían. El peronismo como conocimiento, pues, no fue previo a los saberes que sobre él se elevaron: el carácter popular o fascista del peronismo era parte de una lucha cultural y política. Pero lo verdaderamente intere-

sante, y aquí reside la novedad del libro, es que tampoco la intelectualidad *pertinente* en esos tiempos fue anterior al peronismo. En los tiempos agitados que siguieron a la revolución de junio de 1943, y especialmente a la actuación del coronel Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión, la tematización del "peronismo" estuvo ínsita en la estrategia de toda actividad intelectual presuntamente relevante. Para tener derecho a ser escuchada/o había que poner en discurso el peronismo.

En buena parte de los ensayos que componen el libro se estudia cómo intelectuales desde lugares dispares (verbi-gracia, Mario Amadeo y Victoria Ocampo, Arturo Jauretche y J. J. Hernández Arregui), hallan en la discusión sobre esa cuestión ineludible la justificación de su pertenencia a una *intelligentsia* o a una antítesis populista de la misma. Decididamente, las aspiraciones de nuevas figuras concentran en la cuestión peronista su lema legitimador. Y aquí la impronta sociológica de Neiburg previene de una demasiado transitada simplificación. En efecto, no escasean los trabajos en que el análisis del peronismo es atribuido a un punto de vista, una posición política, a una opinión. El problema insoslayable y definitorio de estos estudios es que suponen ya dados esos puntos de vista, posiciones y opiniones. Es *a partir de ellos* que se consideran los discursos en torno al peronismo. Neiburg se pregunta, en cambio, por la *formación* de tales posiciones. El origen social, el capital simbólico disponible, las redes personales de pertenencia, la inserción institucional, son variables imprescindibles para comprender con rigor las opciones políticas y culturales de los y las agentes intelectuales.

1. Las dos reseñas de este libro fueron presentadas en el Seminario dictado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) por M. Z. Lobato

Así las cosas, la virulencia y denuedo con que J. J. Hernández Arregui increpaba a la "mentalidad colonizada" que atacaba al peronismo tendría una deuda con sus escasos recursos para adoptar otra estrategia de legitimación. Por el contrario, la formación "científica" de Gino Germani, su fidelidad hacia los grupos liberales que lo contuvieron durante años difíciles y su búsqueda de reconocimiento académico implicaron una estrategia muy otra: método, rigor, cuantificación, teoría, investigación. Desde diferentes lugares sociales se constituían modalidades de enunciar al peronismo, que entraban frecuentemente en conflicto.

Con tales expedientes es que F. Neiburg ofrece una modalidad sin duda fértil de indagación de esa añosa obsesión argentina. *El peronismo como invención*, producto de numerosas batallas de interpretación, es también parte del fenómeno social peronista, que el autor reconoce como irreducible a las imágenes del mismo, aunque no podría entenderse sin éstas. Y es que el componente mitológico inscripto en el peronismo es parte de su desciframiento.

Una pregunta de va de suyo es ¿qué leer para descifrar la esfinge argentina? La consistencia del estudio de Neiburg también se mide aquí, no sólo en el método. La comparación entre las afirmaciones de M. Amadeo (1956), las respuestas dadas a Carlos Strasser (1959) por dirigentes de las izquierdas, y las enumeraciones de C. Fayt (1967), hubieran merecido muchas otras que las acompañen para hacerlas justificadamente comparables. La yuxtaposición de comentarios sobre cada uno de aquellos libros sin analizar el contexto de recepción, sin deshilar el campo específico de sus intervenciones, parecieran más ajustados a un enfoque menos vinculado al P. Bourdieu repetidamente mencionado por el autor.

La confrontación entre las posiciones de A. Jauretche y J. J. Hernández Arregui, en cambio, arrojan luz sobre

sus opciones y limitaciones personales. Complejiza con ello las fisuras y matices que surcaban el microcosmos nacional-popular. Quizás si J. A. Ramos hubiera terciado en la contienda las diferencias relativas hubieran encontrado su debida acidez. No parece tampoco exagerado señalar que la recorrida por Martínez Estrada y V. Ocampo y *Sur* predisponen a inquisiciones más inquietas. Por ejemplo: ¿por qué el peronismo fue tan agudamente antinómico?, o más bien, ¿qué condiciones condujeron a una concepción antagonista en su valoración?

Injusto sería no agregar que los capítulos dedicados al Colegio Libre de Estudios Superiores y a la carrera académica de Gino Germani no son importantes. Aquel Colegio cumplió una importante función de articulación social de la intelectualidad no o antiperonista de la ciudad de Buenos Aires (y luego en otras ciudades argentinas) que hasta ahora no había sido explorada sistemáticamente, mientras que la breve biografía sociológica de Germani sin duda aporta claridad a sus precisiones sobre el peronismo que, es sabido, constituyen un cimiento interpretativo al cual debemos más de lo que se desearía reconocer. También es significativo el desarrollo de las implicancias políticas del análisis germaniano para tratar con las "masas peronistas" una vez derrocado su líder.

El libro de Neiburg, en síntesis, propone caminos apenas transitados de la investigación en torno al peronismo. Destacar excesivamente sus limitaciones adolecería de la torpeza de olvidar su novedad que, por lo demás, no anula sus varios aciertos. Más decisivo es precisar que no deriva en lecturas culturalistas excesivas que renieguen del anclaje social de las prácticas, las agencias y las representaciones. Estudios posteriores enriquecerán tal senda abierta y, con honestidad, apenas evitarán reconocer su deuda con este texto ■

Jorge Omar Acha

El fenómeno peronista ha sido objeto de importantes debates en el campo académico y político, en particular después del golpe militar de 1955. En *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Federico Neiburg se propone no tanto recrear esos debates como rastrear, a través de ellos, la constitución y las condiciones sociales de las figuras autorizadas a hablar sobre "el fenómeno"; y también sobre la construcción del peronismo como objeto de debate. El interés del autor se centra en la relación entre el origen social de los intérpretes de la realidad (los intelectuales), sus representaciones y su objeto (el peronismo). En este sentido, la palabra "invención" que se encuentra en el título puede sugerir para el lector desprevenido, que este libro niega "lo real" del fenómeno y lo remite a pura ficción. Sin embargo, la intención del investigador es dar cuenta con esta expresión de la dimensión productiva de las acciones sociales sobre la realidad social.

El autor sostiene que el debate sobre el peronismo se fundó en una serie de unanimidades: la base social que era sinónimo de pueblo, el origen de la adhesión popular y, sobre todo, qué hacer con el pueblo peronista que se encontraba en disponibilidad. En este punto las discusiones se bifurcaban entre las alternativas de "peronización" de los intérpretes y la "desperonización" del pueblo. Comprender este debate revela las luchas de clasificación, las propiedades del objeto, la identidad de cada sujeto y las relaciones entre ambos. Por lo tanto una comprensión del debate sobre el peronismo implica tener en cuenta todas las dimensiones y permite conocer la historia cultural y social de las figuras elegidas.

El libro se divide en una breve introducción, seis capítulos relativamente independientes y un apéndice que ofrece cuadros estadísticos sobre el Colegio Libre de Estudios Superiores cuyo análisis se desarrolla en las últimas secciones. Aunque la división es por capítulos, se distinguen claramente dos partes: los

tres primeros capítulos tratan la cuestión de las discusiones que tienen al peronismo como objeto; los tres 'últimos' son más "historiográficos" y en ellos se analizan los circuitos intelectuales opo- sitores entre 1946-55.

El primer capítulo recorre los textos de Mario Amadeo (Ayer, Hoy y Mañana, 1956), Carlos Strasser (Las izquierdas en el proceso político argentino, 1959) y Carlos Fayt (La naturaleza del peronismo, 1967) Federico Neiburg observa que estos autores utilizan para la construcción de su discurso el recurso de "barricada", basado en una retórica de calificaciones y descalificaciones, de tipo combativo, que involucra la representación del peronismo, pero también las posiciones que se sustentaban desde distintos puntos de vista. Para el análisis de los diferentes autores, toma de Pierre Bourdieu el concepto de "luchas de clasificación", por el cual se define el monopolio de hacer ver y creer, de conocer y reconocer, de imponer divisiones legítimas del mundo social. Para el investigador el texto de Amadeo tendría el mérito de explicitar las relaciones existentes entre cada una de las interpretaciones del peronismo y cada una de las alternativas de desperonización. Por otro lado el de Strasser marcaría el conjunto de cuestiones que daba sustento al sistema y espacios para la polémica. Diez años después, se podrían observar en la obra de Fayt las continuidades y discontinuidades con los dos autores mencionados. En primer lugar, las preocupaciones siguen siendo las mismas, la base social del fenómeno y el liderazgo potencial no peronista. En segundo término, la discontinuidad estaría dada por la nueva dimensión que adquiere la polémica pues ahora posee no sólo un sesgo político sino también académico.

Dos conceptos claves del segundo y tercer capítulo son: el de la metáfora del duelo, estrechamente relacionado y complementario con el de "luchas de clasificación" y el de "sociodicea". Para Neiburg, el debate sobre los orígenes y la na-

turalidad del peronismo se constituyó de manera semejante a las luchas de honor o a los duelos; en ellos los contrincantes que intervienen en el "duelo" o debate (cuyo rasgo principal fue la polémica), reconocen la autoridad del otro para participar en él. Por este mecanismo le otorgan existencia al objeto al cual se refieren. Sin embargo, para analizar la cuestión de cómo cada intelectual arma su argumento y constituye su autoridad utiliza el concepto de "sociodicea". El término es utilizado para analizar la génesis y las relaciones entre figuras sociales, para ver como estas construyen su posición dentro de ese universo y cómo ofrecen un relato de la historia y un proyecto de nación que pueda ser reconocida por el resto de la comunidad. Entonces, Federico Neiburg reconstruye el camino intelectual y la "sociodicea" de autores como Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, Victoria Ocampo, Ezequiel Martínez Estrada, Torcuato Di Tella

El concepto de "mito" tal como lo utiliza Levi Strauss es el eje del capítulo tres. Según el antropólogo estructuralista, la eficacia de los mitos reside en el hecho que estos mantienen una relación simultánea entre pasado, presente y futuro, son históricos y ahistóricos al mismo tiempo que funcionan como máquinas de suprimir el tiempo. En este sentido, cada intérprete de la realidad buscó legitimar su propia existencia construyendo el peronismo como una manifestación de algo ancestral y como un fenómeno inédito. El mito más importante, que el debate alrededor del peronismo viene a actualizar, es el que habla sobre la "crisis argentina". Crisis en términos de la imposibilidad de lograr el destino de grandeza, que da cuenta de la mala integración de dos argentinas: una urbana y moderna, la otra rural y atrasada. Desde diferentes voces los nacionalistas, los nacionalistas populares y liberales dieron un diagnóstico (en términos de enfermedad) de la situación por la que atravesaba el país y las posibles salidas a esa crisis.

Los tres últimos capítulos son de corte historiográfico, como ya se dijo. En ellos se analiza la trayectoria de las instituciones durante el régimen peronista. Una de ellas fue el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), espacio que aunque nunca otorgó títulos, competía con la universidad. El interés del autor reside en este caso en la posibilidad de examinar los reagrupamientos políticos y culturales alrededor del Colegio, especialmente en la década peronista, así como las transformaciones entre las élites sociales y el campo del poder. Fundado en 1930 y desaparecido en 1961 fue un lugar para la discusión y elaboración de diferentes proyectos. Sus objetivos originales estuvieron dirigidos por un lado, al campo universitario, procurando crear ámbitos que generen cultura superior; por el otro, al campo político, destinado a un público más amplio que el académico (especialmente a los sectores medios de la sociedad), dando la oportunidad de acceso a esa cultura. Neiburg divide en varias etapas la historia del CLES. La primera (1940-45) es como la edad de oro de la institución, se dedicaban a discutir los problemas del país y proyectos para el futuro al mismo tiempo que se extendían hacia el interior del territorio. En la segunda (1945-55), su labor fue acoger a los intelectuales expulsados por el régimen y, dadas las redes creadas antes de 1945, funcionó como uno de los centros estratégicamente situados en el circuito opositor. Cuando en 1952 el Colegio fue clausurado, la actividad fue trasladada a las filiales, en particular a las de Bahía Blanca y Rosario. Ambas encararon la organización de manera diferente. Mientras la primera se dedicó a realizar conferencias y cursos generales que las daban los maestros-ensayistas y estaban destinadas a un público amplio; la segunda fue transformándose en un centro de reunión de especialistas. Tal vez una de las contribuciones más importantes de esta filial es que de aquí saldrían las figuras que renovarían los cuadros universitarios post Revolución Libertadora, co-

mo José Luis Romero y Gino Germani. La tercera etapa del CLES se inicia cuando en 1955 reabre sus puertas en Buenos Aires, pero pese a la vitalidad inicial pronto dará muestras de agotamiento y así se mantendrá hasta su clausura definitiva en 1961.

Gino Germani, el padre de la sociología científica argentina, perteneció al CLES y a los círculos opositores del régimen y, una vez derrocado Perón, fue uno de sus dirigentes. El autor reconstruye la trayectoria intelectual de Germani para seguir los vericuetos de la transformación de la sociología en ciencia y sobre cómo se constituyó en un discurso autorizado para interpretar la sociedad sancionando científicamente al fenómeno peronista y convirtiéndolo en objeto de esa ciencia.

El último capítulo está dedicado al campo universitario después de 1955 y la desperonización de la institución. La novedad del análisis reside en las fuentes utilizadas. Para ver este movimiento de cambios, trabaja con los expedientes de los concursos para la provisión de cargos en la UBA en los años inmediatos a la caída del régimen. Estos expedientes contenían la currícula, los dictámenes y las impugnaciones. Se tenía en

cuenta la erudición del concursante y la posible complicidad con el antiguo régimen, línea que era totalmente subjetiva y gris. Lo que se buscaba entonces era consagrar la figura del maestro en la universidad post peronista; sin embargo con el surgimiento de las nuevas ciencias y la creación de espacios alrededor de los cuales giraban las actividades de estas, el perfil académico del maestro fue cediendo lugar a las corrientes reformistas y modernizadoras que consagraron al especialista. Un tipo de intelectual dedicado a la actividad centrada en la universidad, la investigación y la formación de investigadores. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se crearon diferentes departamentos y se incorporaron nuevas figuras.

Finalmente, con la utilización de un conjunto de conceptos tomados de la sociología y de la antropología, pero sin olvidar el contexto histórico de su producción, Federico Neiburg ofrece una mirada diferente al revisar los debates sobre el peronismo. Logra un libro atractivo y sugestivo que invita a reflexionar sobre la *invención* de las acciones sobre la realidad social.

María Paula Bontempo

Terra, etnie, migrazioni. Tre donne nel Brasile contemporaneo,

Il Segnalibro, Torino, 1999, pp. XIII, 357

Chiara Vangelista

Historia nacional, historia familiar e historia personal son las tres grandes categorías estudiadas en el último libro de Chiara Vangelista (investigadora de Historia latinoamericana en la Universidad de Turín), a partir de la transcripción de tres entrevistas hechas a dos mujeres brasileñas (Leila y Eunice) y a una italiana emigrada a Brasil (Carla).

Luego de una breve introducción metodológica, en los capítulos 1-3 se presentan las entrevistas seleccionadas entre tantas otras realizadas por la autora en un barrio en el sur del Estado de San Pablo y en la misma gran ciudad. Algunas de ellas fueron ya analizadas durante congresos y seminarios en Italia y en el extranjero. En este caso, las entrevistas propuestas, como la misma autora señala en la Introducción, evidencian la "calidad" y no la "cantidad", es decir fueron escogidas considerando la condición de clase de las tres mujeres, ya que todas pertenecen al sector medio urbano y paulista, donde viven con comodidad y, en el caso de Leila y Carla, han tenido acceso a una instrucción universitaria.

Por eso, frente a entrevistas llevadas a cabo con el método del "esquema abierto", la condición social y cultural de las tres mujeres, les permitió actuar con seguridad en el diálogo con la estudiosa y, de esta manera, facilitar su papel de mediadora en la orientación del discurso autobiográfico. Un rol que también está acreditado por el modo en el que las tres entrevistas han sido transcritas, cuyos criterios se aclaran en la misma Introducción, siendo éste un aspecto que desde siempre alimenta el debate sobre la oralidad. Los casos de Eunice y Leila han implicado también problemas de traducción, a los que la auto-

ra responde con un conjunto de notas explicativas de varios términos que en la traducción italiana podrían dar lugar a dudas interpretativas, así como notas bibliográficas referidas a temas que no son directamente afrontados en los capítulos 4-6, dedicados al análisis crítico. Completan el volumen una cronología de la historia brasileña, un diccionario biográfico y un glosario.

La autora lleva ya más de veinte años recogiendo entrevistas en Brasil. A pesar de eso, es la primera vez que ella se atreve a enfrentar a la historia oral con un trabajo que presenta profundas implicaciones relativas al desarrollo teórico de la oralidad y, al mismo tiempo, cargado de elementos de reflexión sobre la historia brasileña reciente, sin por ello descuidar los sucesos del Brasil moderno. Todo esto con el rigor histórico y la sensibilidad que siempre distinguen sus investigaciones sobre los grandes temas brasileños: la nación, la esclavitud, las cuestiones étnico-raciales, la frontera, la propiedad de la tierra, las migraciones internacionales e internas y el proceso de urbanización. Argumentos que también confluyen en este libro y que son desarrollados gracias a un análisis tanto de las representaciones de sí mismas ofrecidas por las protagonistas entrevistadas, como por sus interpretaciones de los fenómenos políticos, económicos, sociales y culturales de la historia brasileña de este siglo, en el que estas mujeres participaron y fueron testigos.

Sin embargo, lo que puede verse del análisis de las entrevistas biográficas no es una integración en la historia oficial, o la construcción de "otra" historia, en el sentido de alternativa a la historiografía actual, ni tampoco el intento de reconstruir la "realidad" histórica de los

grupos sociales oprimidos o marginales. Más bien, y en esto reside el aporte innovador de Chiara Vangelista al discurso histórico sobre las fuentes orales, la autora indaga sobre cómo las entrevistadas asimilaban las interpretaciones más difundidas de la historia nacional, que aparecen en las presentaciones de sus propias historias individuales, familiares y sociales. La referencia es, sobre todo, a la historiografía surgida en el período vivido entre las dos guerras mundiales, que tiende a recuperar los elementos peculiares de una identidad brasileña común, a partir del análisis de los clásicos de la época colonial.

Las tres mujeres entrevistadas han sido culturalmente influenciadas por esta interpretación de la historia nacional que predominó hasta cuando, con la democratización del país, se asistió al avance de una historiografía que revela una multiplicación de las memorias colectivas en el interior de diferentes grupos sociales y culturales. Este último es un proceso en el que las entrevistadas, a pesar de saberlo, no se reconocen: Leila se manifiesta ligada al concepto de una identidad brasileña mestiza; Eunice, a pesar de haber podido remontar, gracias a un recorrido personal, al origen africano de su familia, en el autorepresentarse no se apropia de los temas afro-brasileños; y Carla rehusa el concepto de una identidad italo-brasileña y, por el con-

trario, vive la experiencia de la inmigración como un exilio.

En resumidas cuentas, las entrevistas de Leila, Eunice y Carla, más que privilegiar los aspectos colectivos de la memoria, ponen en claro la capacidad de relacionarse, desde un plano individual y personal, con la historia nacional. Sin embargo, aparece no sólo la interpretación oficial y consolidada, sino las peculiaridades de sus experiencias de vida que hacen posible una ulterior línea crítica que nos lleva a las temáticas femeninas de los estudios de "género". Las tres mujeres muestran el coraje de sus opciones, asignan una importancia precisa al aspecto físico, han vivido la experiencia de la inmigración solitaria y urbana, gracias a la cual pueden ahora gozar de una condición económica y social de "éxito", y, para terminar, son también las primeras representantes de sus familias que asumieron la tarea de contar sus propias historias familiares a través de la experiencia de la entrevista. Se trata de filones de análisis que en el texto sólo son sugeridos y que, sin embargo, podrían desarrollarse por los estudiosos interesados en las cuestiones del género, dando, de esta manera, una ulterior clave de interpretación a las entrevistas de Leila, Eunice y Carla ■

Camila Cattarulla

Revolución, República, Confederación (1806-1852)

Noemí Goldman, (dirección)

Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)

Marta Bonaudo (dirección)

tomos III y IV de "Nueva Historia Argentina"

Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999

Una promoción de historiadores entra en escena

Los primeros dos volúmenes ya publicados de esta *Nueva Historia Argentina*, que coordina Juan Suriano, permiten advertir plenamente lo que los tres lustros de estabilidad institucional inaugurados en 1983 han significado para nuestra disciplina. Se lo advertirá aun mejor si se los confronta con los de la *Historia Argentina* que publicó Paidós en 1972, en la que llegaba al público de modo póstumo la cosecha del esfuerzo de renovación historiográfica trascurrido en el marco de la convulsionada etapa universitaria de 1955-66, en el que me tocó participar.

Mientras ésta había sido el fruto de un haz de esfuerzos paralelos pero que eran aún inevitablemente individuales, la que hoy ve la luz da testimonio de que la comunidad de historiadores que entonces apenas existía en esbozo, ha encontrado modo de crecer y arraigar en un suelo entonces más inhóspito. No se trata tan solo de que cada volumen reúna ahora los trabajos de un grupo considerable de investigadores de la etapa respectiva, lo que hubiera sido sencillamente imposible entonces; hay todavía dos rasgos que ofrecen testimonio aun más inequívoco de la presencia de la auténtica cofradía de historiadores plenamente profesionales que no alcanzó a madurar entonces. Uno es la riqueza de los ecos que se entrecruzan en estos trabajos, que revela hasta qué punto cada uno de sus autores lo sabe integrado en un esfuerzo común con los de sus colegas, otra es la solvencia que es rasgo común a todos ellos, y que hace que el

lector, al declarar los que han ganado más vivamente su admiración (en el caso de este lector en particular, y referido al primer volumen, el que despliega la precoz maestría con que Marcela Ternavasio reconstruye la etapa que corre desde el efímero esplendor del Buenos Aires de Rodríguez, García y Rivadavia hasta el gran derrumbe de 1827, o el que encierra los sutiles análisis que Jorge Myers ofrece de un paisaje de ideas a cuya contradictoria riqueza hace plena justicia), tema venir a retacearlas injustamente, así sea de este modo a la vez indeliberado e indirecto, a otras contribuciones, y en primer lugar a las de Noemí Goldman, cuyo pulso tan seguro como firme se refleja no sólo en la ceñida estructura temática del volumen (en el que sólo el capítulo, por otra parte excelente, de Fernando Aliata sobre cultura urbana y organización del territorio no logra integrarse sin fisuras con los restantes), sino en la igualmente ceñida narrativa de los dos capítulos troncales de los que es autora, a los que debe tanto la coherencia global del volumen por ella dirigido.

Este se organiza en torno a dos ejes temáticos. Nueve de los once estudiosos que colaboran en él están vinculados al instituto Ravnani; no ha de extrañar entonces que la naturaleza del ordenamiento confederal madurado luego del derrumbe del estado revolucionario, tema que por más de una década ha venido interesando a su director, José Carlos Chiaramonte, concentre la atención de más de uno de éstos, frecuentemente integrado ahora en la problemática de la transición entre antiguo orden y orden republicano, tal como viene siendo explorada en un esfuerzo colectivo que

tuvo su punto de partida en las propuestas de François Xavier Guerra, al que no es tampoco ajeno Chiaramonte.

El otro eje temático está dado por la historia agraria del litoral pampeano, a la que está dedicado el capítulo sobre "El mundo rural en transición", en que Jorge Gelman integra sus propias contribuciones con las de estudiosos de promociones más recientes que abordan perspectivas afines, ya desplegadas por otra parte en los trabajos de Juan Carlos Garavaglia, y con las tan valiosas que debemos a Carlos Mayo, un historiador que no teme seguir, cuando es necesario en soledad, su propio rumbo. El tema, central al ensayo de Gelman, vuelve por otra parte a aflorar una vez y otra en los consagrados total o parcialmente a la historia social, desde el ya citado de Aliata hasta los de Cansanello y Salvatore.

En todos ellos domina la ambición de hacer de la historia rural del Río de la Plata entre la instauración del Virreinato y la madurez de la paz de Rosas algo más que la prehistoria del formidable ascenso de la Pampa húmeda que pronto iba a seguirle. Volviendo la mirada a temas ya explorados en 1927 por Ricardo Levene en sus estudios sobre la historia económica virreinal, al encuadrarlos plenamente en el marco hispanoamericano que es el suyo, logran percibir con una nitidez nueva, junto a lo que hace a la experiencia pampeana excepcional en ese marco, todos los lazos hasta ayer ignorados que a pesar de ello la ligan con éste. La renovación de la historia rural ha venido así a tomar de modo del todo independiente un rumbo paralelo a la de la político-institucional que ofrece el otro eje para el presente volumen: ambas se deciden por fin a sacar las consecuencias del hecho obvio de que la Argentina es parte de Hispanoamérica. El descubrimiento del marco hispanoamericano de nuestra historia, que debe mucho a la atención finalmente alerta que nuestros estudiosos se han decidido a prestar a desarrollos historiográficos que exceden el ámbito nacional, sin duda debe algo

también a los forzados desplazamientos de tantos historiadores en ciernes durante la etapa de terrorismo de estado. En 1847, decidido a descubrir rasgos positivos para un durísimo momento argentino, Alberdi mencionaba entre ellos que había hecho necesaria la emigración política, alegando en favor de esta última que los viajes forman a la juventud; es quizá preciso admitir que ello volvió a ser verdad en ese momento decididamente más atroz que el del ocaso del régimen rosista que fue el así llamado proceso de reorganización nacional.

La historia que transcurre de Caseros a la nueva derrota de Buenos Aires en 1880 se presta menos que la de la etapa previa a una presentación ceñida en torno a un par de ejes a la vez temáticos y narrativos. Ello se debe sin duda en parte a la complejidad y variedad crecientes de esta etapa de la vida nacional, pero aún más quizá a su demorada incorporación al territorio del historiador, que hace de ella una franja pionera dentro de éste, en cuyo paisaje predominan aún hoy las canteras y los edificios en construcción (baste recordar en cuanto a esto que la *Historia* dirigida por Ricardo Levene desde la presidencia de la Academia, y sólo completada a mediados de siglo, se cerraba en 1862).

Lejos de buscar modos de enmascarar esos rasgos compartidos por la historia y la historiografía de la etapa, Marta Bonaudo ha preferido sacar partido de ellos para desplegar ante el lector una imagen de ésta que hace plena justicia a la contradictoria y compleja riqueza de los rasgos que encierra, hasta tal punto que, si en el volumen anterior el capítulo debido a Fernando Aliata aparecía marcado por una inevitable marginalidad, ella apenas pesa sobre el que en éste dedica Graciela Silvestri al imaginario paisajístico en el Litoral y en el Sur argentino, que organiza magistralmente en torno al tópico declarado en el título, una exploración a la vez muy disciplinada y muy libre de los ecos recíprocos entre las grandes transformaciones ma-

teriales profetizadas por los románticos, que avanzan con intensidad creciente en la segunda mitad del siglo, y las evocaciones más frecuentemente literarias que plásticas de paisajes cuyos rasgos han sido cargados de significaciones morales y políticas. Esa apuesta por la riqueza y la variedad se refleja en las secciones destinadas a dar cuenta de economía y sociedad; en que, mientras falta un cuadro global de las transformaciones de la economía nacional que enmarcase los sólidos estudios regionales sobre las de Tucumán y Mendoza y sobre la del Litoral y las pampas, debidos respectivamente a Daniel Campi y Rodolfo Richard Jorba y a Blanca Zeberio, el ensayo sobre las burguesías regionales de Sandra R. Fernández, Adriana S. Pons y Oscar R. Videla propone implícitamente un marco alternativo quizá más fiel a la agenda que, oculta bajo una riqueza por momentos un tanto abigarrada de temas y perspectivas, asegura al volumen dirigido por Marta Bonaudo una más estricta coherencia de lo que anticipa su índice.

Esa coherencia la debe al lugar central que en él tiene un proyecto de reconstrucción de la historia política desde sus raíces, que se despliega tanto en el capítulo de Hilda Sabato sobre la vida pública en Buenos Aires cuanto en el que la directora del volumen y Élica Sonzogni dedican a "los grupos dominantes entre la legitimidad y el poder", que examina desde una perspectiva complementaria de la adoptada por Fernández, Pons y Videla las mismas burguesías regionales evocadas por éstos.

En la presentación global que ofrece Sabato de la etapa de la vida porteña ya analizado por ella en *La política en las calles* resalta aún más nítidamente que en el libro lo que tuvo de paradójico una división del terreno de la política entre un espacio público poblado por vastos sec-

tores de la población urbana cuyas movilizaciones alcanzaban influjo innegable en la marcha de los negocios públicos, y el ámbito cada vez más íntimo en que escuálidas máquinas electorales disputaban las posiciones electivas desde las cuales aspiraban a dirigir la marcha de esos negocios. Esa paradoja pudo ser descubierta porque en un momento menos gris de la vida nacional Sabato había contado con que esa mirada a ras del suelo de la política le permitiría en cambio descubrir dónde había anidado esa democracia, cuya resurrección inspiraba entonces tantas esperanzas.

En el trabajo de Bonaudo y Sonzogni otra mirada también a ras del suelo busca más bien descubrir los lugares donde se consumó la alquimia que trasmataba menudos fragmentos de poder económico e influjo social en uno de esos átomos de poder político que los dirigentes de la etapa de organización nacional buscaron –y finalmente lograron– integrar en constelaciones de poder tolerablemente estables. En su reciente *Los hijos de la Revolución* Beatriz Bragoni nos acaba de dar –a través del examen de la trayectoria de una familia mendocina– una muestra particularmente convincente de qué lejos se puede llegar por ese camino, pero es todavía necesario recorrerlo de modo más sistemático; mientras tanto los trabajos aquí reunidos justifican ya plenamente la noción de que nuestra historia política a partir de Caseros debe ser construida desde sus cimientos, que les ha ofrecido su punto de partida. Precisamente por ello, de esa historia no pueden por el momento desplegar sino los cimientos, pero sería injusto ver una carencia en un rasgo que los ubica en la vanguardia del esfuerzo por incorporar de veras esa ya remota etapa argentina al territorio del historiador.

Tulio Halperin Donghi

Italiani malagente. Inmigración, criminalita, razzismo in Argentina, 1890-1940

Franco Angeli, Milano, 1999, 207 pp.

Eugenia Scarzanella

En este trabajo se abordan una serie de temas fundamentales en la conformación de la Nación argentina como la inmigración, la criminalidad, el razzismo. Temas que merecieron la atención de los contemporáneos (hombres de gobierno, pensadores, escritores) y más tarde de los historiadores, quienes enfocaron desde diversos ángulos muchos de los problemas tratados aquí. Precisamente, Scarzanella parte de una hipótesis relativamente conocida que sostiene que hacia 1910 se produce un cambio en la imagen de los inmigrantes vinculado a las abruptas transformaciones de la sociedad argentina: el rápido crecimiento de Buenos Aires, el conflicto social y la mala vida influyen de manera superlativa en la mutación de esa imagen cuyo escenario es esencialmente la ciudad. Se encuentra la causa de esos males en la inmigración y si los españoles e italianos son vinculados al homicidio y a la violencia política, los uruguayos lo serán al alcoholismo y la riña y los judíos (rusos, polacos) a la prostitución. Estos y otros argumentos, conocidos por el lector argentino, le sirven a la autora para ubicar al público italiano (a quien está dirigido centralmente el trabajo).

Sin embargo, si volvemos al lector argentino, el libro presenta aristas bien interesantes y poco transitadas por nuestra historiografía en tanto buena parte de la investigación de Scarzanella descansa en la interacción y en los estrechos vínculos intelectuales que durante esos años se desarrollaron entre Argentina e Italia. El libro está dividido en tres partes: en la primera se aborda el tema de la "cuestión criminal" urbana, en la segunda la cuestión de la constitución

de la raza blanca y en la tercera la desaparición-exclusión de la población indígena de la Patagonia. En los tres casos la autora otorga un rol importante a la presencia italiana en el país: el peso de la escuela criminológica de Cesare Lombroso, la influencia de la biotipología y la eugenesia italiana en la medicina social argentina y la desaparición de los indígenas patagónicos vistos a través de la óptica de los salesianos italianos.

La primera parte se compone de cuatro capítulos: *I misteri di Buenos Aires*, *Ospiti ingrati*, *Casi Celebri* y *Asili e Carceri*. Allí se abordan diversos aspectos relacionados a la "cuestión criminal". No es un estudio de la criminalidad en sí misma sino un análisis de cómo era percibida por abogados y médicos, en particular por la escuela criminológica italiana orientada por Lombroso de la que se describen sus diversas posturas y la profunda influencia alcanzada entre los profesionales locales así como el prestigio logrado en las esferas oficiales. Participaron en la reforma del código penal y del sistema carcelario. El saber criminológico definió la "trilogía del vicio" (lunfardos, prostitutas, vagos y mendigos) y la explicó a partir de la degeneración de la raza y la degradación moral de los individuos, en buena medida inmigrantes (particularmente italianos). Según este criterio estos individuos eran portadores de un defecto originario (la degeneración racial) que los predisponía de manera innata al crimen, a la vez que eran improductivos e incapaces de trabajar. Y en este punto aparece la capacidad de aceptar el trabajo regular y disciplinado como uno de los elementos centrales en el análisis del saber criminológico, que les permitía determinar la ten-

dencia hacia la mala vida de los sectores populares y establecer una tipología del delincuente.

Pero la relación entre inmigración y criminalidad se profundiza en torno al centenario y en ella tienen un rol destacado los escritores "nativistas" (Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas) quienes tomaban de la antropología criminal la idea de la predisposición al crimen de la raza latina, particularmente italianos y españoles. Los criminólogos remarcaban la importancia del ambiente físico y sostenían que esta predisposición se profundizaba en las ciudades mientras que una vida sana en el campo incentivaba la honestidad. Sin embargo, y aquí la autora resalta la complejidad y los matices, no todos los criminólogos estaban de acuerdo en culpar a los italianos de todos los males sociales. Pedro Gori, José Ingenieros y, particularmente, M. A. Lancelotti se opusieron a esta idea. Este último intentó demostrar que las estadísticas que sancionaban la culpabilidad de los italianos eran falsas y elaboró sus propias conclusiones que no fueron tenidas en cuenta. Sin embargo Scarzanella utiliza los datos cuantitativos aportados por Blackwelder y Johnson que pusieron énfasis en la relación entre crimen, sexo, categoría ocupacional, edad y nacionalidad y en cierta forma demostraban que las estadísticas originales estaban teñidas de prejuicios.

También los *Casi celebri* tomados de las páginas policiales son utilizados por la autora para analizar la manera en que se convertían en casos típicos y permitían establecer modelos de comportamiento: el caso de Cayetano Santos Godino (el Petiso Orejudo) era el prototipo de la delincuencia callejera; el de Carmen Guizot de delincuencia pasional y el del albañil italiano J. M. de terrorismo político. En cada uno de estos casos aparecen diversos elementos del arsenal tipológico del saber criminológico y cada uno se encuadra dentro de una categoría específica de anormalidad, desde

la convicción (sospechada de prejuicio) de la tendencia al crimen de los italianos (criminales natos) hasta las tendencias del delito femenino, desde la delincuencia juvenil al terrorismo político (magnicidio). También emergen los temas del matrimonio, el divorcio y el adulterio.

En *Asili e carceri* se profundiza la relación con la península a través de las visitas de positivistas y criminólogos italianos a diversas instituciones locales consideradas modélicas. Estos eventos funcionan a la manera de un doble proceso de consagración: de los ilustres visitantes que son agasajados con todos los honores y de las instituciones locales por parte de los visitantes. Así se analiza la visita de Gina Lombroso, Enrico Ferri, Guglielmo Ferrero, Cesarina Lupati (entre otros) a la Penitenciaría Nacional o a la colonia Open Door. La estrategia de la autora es interesante. Detrás de las visitas de los ilustres extranjeros resalta polémicas (Ferri-Justo) y analiza el funcionamiento de dichas instituciones que llevan a la práctica el saber positivista-criminológico y si la institución carcelaria (Penitenciaría Nacional) servía de modelo para prevenir el crimen, la profilaxis médica, especialmente la puericultura científica infantil, podía prevenir el crecimiento de individuos anormales trabajando sobre la herencia y el ambiente.

La segunda parte del libro trata la preocupación por la raza y por la constitución de una población sana, temas que derivan directamente en la preocupación por la madre y la infancia. consta de dos capítulos: *Le madri e le nazione* y *Eugenica e medicina sociale*. En el primero la temática está determinada por las fuentes y el período analizado: desde las páginas del periódico *Unión y Labor* (1909-1915) "expresión de mujeres reformistas, ligadas al feminismo italiano" (121) y desde el *Boletín del Museo Social Argentino* sigue la evolución de la "cuestión femenina" en los años 20 y 30. *Unión y Labor* "órgano del progreso fe-

menino y protección del niño" reivindicada para las mujeres el ámbito de la infancia abandonada y la educación racional del niño y tiene como objetivo abrir instituciones para menores influenciadas por la obra de la italiana María Montessori. Esta obra intenta trascender el marco educativo para ubicarse en el plano de las reformas sociales que se referían al interés por la madre obrera (condiciones de trabajo, de habitación y de salud). Al respecto, las feministas de *U y L* se propusieron, aparentemente sin demasiado éxito, como expertas para ocupar los cargos de inspectores de fábricas y cárceles, integrantes de tribunales de menores y educadoras.

En cuanto al *Boletín* del MSA el centro de la problemática se ubica en la protección del Estado sobre la maternidad y la infancia. Mientras el tema de la infancia abandonada no es sólo una cuestión de control social y se vincula a la raza y a la reproducción, la protección a la maternidad se redefine a partir del problema demográfico, esto es, la preocupación por la homogeneidad étnica y el autoabastecimiento poblacional. Para ello se tornaba indispensable combatir la mortalidad infantil e incentivar la natalidad. En ese sentido el MSA propagandizó la participación estatal protegiendo a los débiles y saludó la creación de la División de Asistencia a la Infancia en el seno del Departamento Nacional de Higiene. La autora destaca con precisión que de la preocupación por la reproducción participaban socialistas y feministas, radicales y conservadores, católicos y nacionalistas, era en definitiva una "convergencia entre reformismo, patriotismo y temor por el declive demográfico [que] desemboca en una red elemental de Welfare" (137). Esta preocupación por la fecundidad-maternidad se expresó en los años 30 en un generalizado clima hostil a la participación femenina en el mercado de trabajo.

Simultáneamente ocurre un fenómeno nuevo: la aparición de una política diplomática cultural del Estado fas-

cista italiano, tendiente a justificar el expansionismo territorial, que asocia los valores de la latinidad a los del fascismo y que intentar tener un respaldo científico y universitario a partir de la eugenesia y de la medicina social, que al igual que la criminología se difunde en Argentina en su variante italiana. El objeto de esta nueva ciencia era el mejoramiento de "los valores físicos y morales del pueblo" a través de la biología social y política (biotipología) que apuntaba centralmente al cuidado de la reproducción. En nuestro país esta disciplina tiene una presencia importante en los años 30 a través de la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social (AABENS) que elogió los avances de la medicina social y la sanidad del régimen fascista. La Asociación tuvo una activa participación en la creación de diversos institutos vinculados a la medicina del trabajo, a la ginecología y a la formación de visitadores sociales. Uno de sus mayores éxitos en materia de maternidad y medicina infantil fue el Lactario Municipal.

La tercera y última parte del libro, *Finis terrae. La razza morente*, es quizás la más original. Allí el tema es la rápida decadencia y casi desaparición de las diversas etnias indígenas patagónicas en el momento inmediatamente posterior a la campaña militar iniciada en 1879. Sin embargo igual que en los capítulos anteriores, el centro del análisis se desplaza de la sociedad local al discurso y la acción de quienes operan sobre esa sociedad, en este caso los sacerdotes salesianos. Estos contarán con el apoyo oficial (político y económico) para realizar su obra de evangelización e irán a la retaguardia del ejército (la cruz y el ejército). La imagen que tienen es la de una tierra hostil y una población autóctona feroz y salvaje, y si bien compartían en cierta medida la imagen de la antropología criminal, su mirada es más diversificada: más abierta al juzgar los rasgos físicos y más dura con el aspecto psicológico en tanto condenaban contun-

dentamente ciertas supuestas características de los indígenas como la pereza o el alcoholismo. Hacia 1900 el edificio salesiano constituido por escuelas, iglesias y hospitales estará sólidamente construido en la Patagonia pero en la escasa población sobreviviente lo que quedará de la evangelización es una cristianización lábil y superficial.

En conclusión, si bien desparejo el libro es sumamente interesante y la principal contribución se halla, como se ha dicho, en aquellos capítulos en donde el énfasis se centra en el análisis de la influencia de la acción y el pensamiento de aquellas corrientes científicas como la Antropología Criminal o la Eugenesia y la Biotipología provenientes de Italia, así como también la acción de los misioneros de Don Bosco. Además, en la pri-

mera parte es de destacar el sutil manejo de los matices: la autora confronta el discurso criminológico con el sentido común, con la opinión pública, o con otros discursos como el de los escritores o el de la prensa. Los cruces con la jurisprudencia, por ejemplo cuando se analiza los casos célebres en donde se remarca que la justicia no siempre emite condenas ejemplares pues, presionada por la opinión pública busca condenar con el máximo rigor, mientras la criminología toma distancia de la opinión pública y de los prejuicios para centrarse científicamente en cada caso. Aunque los criminólogos crean sus propios estereotipos que conviven con los otros circulantes en diversos ámbitos ■

Juan Suriano

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 65 / Dic. 1999

Dos décadas: cultura, sociedad y política en los '80 y los '90

Escriben: Altamirano • Dotti • Gorelik • Gramuglio • Monjeau • Sábado • Sarlo • Terán • Vezzetti • Cheresky • Cohen • Almeida • Parodi • Oubiña • Silvestri • Amor • Narodowsky

Suscripciones: Argentina, tres números \$24 / Exterior, seis números, u\$s 50. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

DE VISTA
PUNTO

Perón y el mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946

Editorial Sudamericana, 1999

Loris Zanatta

Mientras los estudios interesados en explicar la significación del peronismo en la historia política nacional han ocupado un lugar de privilegio en el campo historiográfico, aquellos que se refieren al análisis del lugar del catolicismo en la cultura política de la Argentina contemporánea no han gozado –hasta hace relativamente poco tiempo– de un interés semejante.

En estos últimos años, podemos detectar la aparición de una serie de trabajos que han abierto, por fin, una línea de investigación sugerente tanto por los resultados obtenidos como por el aporte de una serie de ideas e hipótesis novedosas que iluminan la comprensión de algunos de los procesos claves correspondientes al desarrollo de la historia argentina del Siglo XX¹.

Entre ellos se ubica el primer libro de Loris Zanatta, publicado en 1996: *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*. Allí, el autor nos proporciona una explicación provocativa acerca del pasaje –que sería casi una “conversión”– de una cultura política hegemona-

nizada por los valores del liberalismo decimonónico, a otra fundada en la idea de asociar nacionalidad / argentinidad y catolicismo.

Una prolija historización reconstruye cómo se va conformando este proceso, mostrado como una verdadera revancha católica que –desde comienzos del Siglo XX– se lanza a una ofensiva destinada a recuperar espacios de influencia en sus relaciones con el poder político y la sociedad civil. Este revanchismo católico ha de conocer inusitada fuerza en la década del '30. Es allí donde se evidencia con crudeza el intento de inventar el “mito de la Nación Católica”, mediante el estrechamiento de los vínculos entre la Iglesia y el Ejército. Se trataba de construir un “nuevo orden cristiano”.

La histórica enemistad que el catolicismo establece con la modernidad parece estar en la base de esta apelación a la confrontación con Estado laico y de la autodefinición del catolicismo como el auténtico pensamiento nacional, en detrimento de otras ideologías y religiones, caracterizadas como “ideologías extranjeras”.

En esta abnegada cruzada orientada a recristianizar el Estado y la sociedad, de sostener el catolicismo “en toda la vida”, no podrá evitarse el surgimiento de ideas, discursos y prácticas en competencia, que demuestran la diversidad y la fragmentación que también invadía el campo católico. Al mismo tiempo, sin embargo, el universo católico se comporta como un cuerpo disciplinado reconociéndose deudor de un sustrato de ideas comunes acerca del rol que debían jugar la Iglesia y los católicos en el plano político y social. Entre todas ellas, el te-

1. Un antecedente importante a la contribución de estos estudios es la tesis doctoral de Fortunato Mallimaci. *Catholicisme et État militaire en Argentine (1930-1946)*. École de Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1988, no traducida al español. Asimismo, pueden agregarse a este corpus la edición española del libro de Robert Mc Geagh: *Relaciones entre el poder político y el poder eclesiástico en la Argentina*, 1987, los diversos trabajos de Susana Bianchi para el período 1930/55, la investigación doctoral de Lila Caimari: *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad civil en la Argentina (1943-1955)*, y el libro de Austen Ivereigh: *Catholicism and Politics in Argentina 1810-1960*, publicado en 1995 y aún no traducido al español.

ma educativo y la cuestión social constituían sus preocupaciones centrales.

Si la avanzada católica de los años '30 no se plasmó –a pesar de sus denodados esfuerzos– en la conformación efectiva de la "nueva cristiandad", dejó –concluye Zanatta– una fuerte impronta en la cultura política nacional y podrá afirmarse que el peronismo retomó varios de sus postulados.

La propuesta política encarnada por el liderazgo del todavía coronel Perón parecía ofrecer interesantes puntos de contacto con los preceptos católicos: nacionalismo económico, anticomunismo, concepción de lo social que se apoyaba en la Doctrina Social de la Iglesia.

¿Había llegado entonces el tan anhelado momento de consolidar la "Nación Católica"?

Precisamente, este interrogante que quedaba en suspenso al concluir su primer estudio, es el que retoma Zanatta en su presente investigación.

Perón y el mito de la Nación Católica, es presentado por el propio autor como la continuación y conclusión de lo expuesto en el texto en el que nos hubimos detenido, justamente para que pueda entenderse la génesis de algunas ideas que despojadas de la descripción precedente, podrían aparecer en exceso impactantes y hasta forzadas a la exageración.

En lo concerniente al aspecto teórico-metodológico, Zanatta manifiesta su intención de realizar un abordaje que al igual que en el libro anterior, haga interactuar la historia de las ideas y la de las instituciones políticas, otorgando, por obvias razones, un lugar principal a la Iglesia y al Ejército. La preocupación central se detiene en la relación establecida entre la cultura política católica y la de otros actores que resultaron influenciados por ella.

Advierte, también, acerca de su propósito de dar un espacio considerable al enfoque narrativo por considerarlo un elemento indispensable en la práctica del oficio del historiador, y por la importancia que el tratamiento minucioso

de los acontecimientos tienen en la construcción de su relato. En efecto, su análisis queda estrictamente circunscripto al período comprendido entre junio de 1943 y febrero de 1946.

Si el autor ha preferido aligerar las reflexiones y sistematizaciones abstractas –más notables en el trabajo preliminar– a favor de una descripción pormenorizada de los hechos más relevantes, el resultado final parece reafirmar el acierto de tal elección dada la dificultad de ajustar el análisis de las distintas esferas de la realidad social cuando el tiempo histórico evidencia aceleraciones y rupturas tan marcadas como en el caso que nos ocupa.

Un nutrido corpus bibliográfico y documental sirven de soporte irrefutable a la cuantiosa información que se presenta al lector.

A diferencia de buena parte de la literatura referida a la Revolución del '43, la premisa de Loris Zanatta es incluir también a la Iglesia –además del Ejército, los partidos políticos, el movimiento obrero, las corporaciones empresariales, los grupos estudiantiles, las potencias extranjeras– como un actor fundamental del nuevo orden político que se abre a partir del golpe militar, dada su decisiva influencia en el campo de las ideas como en su protagonismo en la lucha por el poder, en la búsqueda de consenso e insistencia por imponer a toda costa su proyecto de "Nación Católica".

En su intento por reconstruir una genealogía ideológica del peronismo, el autor descubre que sus raíces se nutren fuertemente del imaginario nacional católico. Sin embargo, la "Nación Católica" que Perón ha de invocar hacia 1946 no es la misma por la que bregaron los militantes católicos desde la década del '30.

¿De qué manera resultó trastocado este mito con la irrupción de Perón y su naciente movimiento en la escena política argentina? Más que responder a esta pregunta el autor se detiene a explicar la dinámica que se desarrolla para impulsar tal derivación.

Si bien el libro está estructurado en cinco capítulos que recorren paso a paso los distintos momentos de la Revolución de Junio, los mismos pueden ser definidos en tres instancias principales.

La primera de ellas recrea el optimismo y las expectativas católicas de apropiarse de la revolución y que efectivamente parece tener su hora gloriosa ante el giro nacionalista que se impone entre octubre de 1943 y marzo de 1944. Se opera allí un verdadero trasvasamiento de los cuadros provenientes del nacionalismo católico al elenco de autoridades gubernamentales, entre las cuales se destaca de manera emblemática la designación de Gustavo Martínez Zuviría –también conocido bajo el seudónimo de Hugo Wast– al frente del Ministerio de Instrucción Pública.

El decreto de diciembre de 1943 que instauró la instrucción religiosa en las escuelas públicas pareció marcar el declive final de la hegemonía liberal en la educación argentina y su reemplazo por los valores de la "Nación Católica".

La segunda instancia coincidirá, en cambio, con las presiones internacionales que acecharon al régimen militar, obligándolo a regañadientes a la ruptura de las relaciones diplomáticas con las potencias del Eje. A partir de allí, se tornaba indispensable procurar una salida política decorosa en base a una ampliación de sus bases sociales de apoyo.

En el campo católico se agudizan los enfrentamientos y las presiones al gobierno ante el riesgo de perder las conquistas obtenidas.

La tercera instancia, es la que aparece indisociablemente ligada a la figura del ascendente coronel Perón y a la vertiente revolucionaria que coincidiendo con la Iglesia en el diagnóstico de la problemática social argentina, sostenía que debían profundizarse las reformas sociales tendientes a equilibrar las desigualdades sociales y a capitalizar la organización de las masas trabajadoras dentro del espectro ideológico nacional y cristiano.

La política social impulsada por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión gozó del apoyo de la mayor parte de la militancia católica pero desde sus inicios se vislumbró el potencial de conflicto que se instaló dentro del mundo católico, en el que comenzó a crecer la preocupación por el tono "clasista" del discurso peronista y la suspicacia respecto del crecimiento de un liderazgo de corte personalista y demagógico.

Aún así, una vez desencadenada la crisis de octubre de 1945 y el insospechado desenlace del día 17, la Iglesia y los católicos, resignados ya ante la imposibilidad de una salida política moderada, más acorde al nuevo modelo de democracia cristiana que el fin de la Segunda Guerra Mundial contribuye a difundir en las filas de la cristiandad, se inclinan ante la propuesta política de quien parecía personificar el mal menor.

Si el objetivo de restaurar la "Nación Católica" fracasó, esto se debió –apunta Zanatta– a que se trató siempre más bien de un mito que de un proyecto concreto.

Sin embargo, Perón habría trasladado a su movimiento la misma lógica totalizadora existente en el "mito de la Nación Católica", en cuanto a su agresiva pretensión de arrogarse la representación de los valores inmutables de la nacionalidad.

El mérito principal de la investigación de Loris Zanatta es haber instalado en la escasa y dispar producción historiográfica dedicada al tema, una poderosa hipótesis de trabajo para la interpretación del estilo que fue adoptando la cultura política del catolicismo argentino y su correspondiente influjo en sus relaciones con el Estado y la sociedad civil.

Algunas de sus afirmaciones acerca de la militarización del catolicismo y de la catolización del Ejército, sin embargo, flotaban dispersas en los enfoques de los primeros estudios que se sumergieron en este asunto y que tal vez han sido ignorados y hasta menospreciados por los investigadores de perfil más de-

cididamente académico por haber sido producidos por escritores pertenecientes a la matriz católica, equiparándolos –si se permite la analogía– con aquellas historias del movimiento obrero argentino concebidas desde una pluma y una experiencia militantes.

Por último, otro aspecto a destacar, es el tratamiento que brinda el autor a la cuestión de las influencias católicas en la formación intelectual de Perón y en la conformación de la ideología peronista.

Su interés por demostrar que, en efecto, Perón y el peronismo es un hijo del imaginario de la "Nación Católica", lo lleva a redimensionar la influencia del pensamiento social cristiano como temprana, a través de figuras tan disímiles como Maritain, Monseñor De Andrea, Monseñor Franceschi, A. Bunge y J. Figuerola, en detrimento de otras más subrayadas: la del padre Hernán Benítez y la del padre Virgilio Filippo.

De este modo, aunque se reconocen los rasgos pragmáticos de la política instrumentada por Perón, el análisis de Zanatta termina concediendo un lugar central a la influencia católica, descuidando el sondeo de otras deudas y apropiaciones que Perón en una operación intelectual y de práctica política sumamente peculiar, fue capaz de realizar una y otra vez en las distintas propuestas que el peronismo representó para etapas bien diferenciadas de nuestra historia política contemporánea.

La evolución posterior de las relaciones de la Iglesia y el mundo católico con el peronismo durante el período 1946/55, pone en evidencia cuánto se apartó el proyecto peronista de la percepción del orden socio-político y del modelo cultural sostenido por el "Mito de la Nación Católica" ■

Claudia Touris

ENTRE PASADOS

Indices N° 1 a 16

N° 1 - Fines de 1991

Editorial

¿Por qué Entre Pasados?

Artículos

Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires 1912-1922. *Aníbal VIGUERA*

Espacio, economía y sociedad regional. Neuquén: el auge del ciclo ganadero y la organización social del espacio 1879-1930. *Susana O. BANDIERI*

Galería de textos

El trabajo en la gran ciudad. *Eric HOBBSBAWN*

Historia y Educación

Una reflexión para los historiadores.

¿Qué llega de nuestra producción a la escuela media?. *Silvia FINOCCHIO*

Entrevista

A Adolfo Prieto. *Ema CIBOTTI y Mirta Zaida LOBATO*

En Debate

El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)

Susana BIANCHI y María Esther RAPALLO comentan a Fortunato Mallimacci.

Fuentes de Archivo

Industria y Trabajadores: el valor de los archivos de fábrica como fuente documental
Mirta Zaida LOBATO y Fernando ROCCHI

N° 2 - Principios de 1992

Artículos

Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900. *Patricio GELI*

Crítica en los años '30: entre la conspiración y el exilio. *Silvia SAITTA*

Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin de siglo a la década de los '20). *Leticia PRISLEI*

Galería de textos

Folklore, antropología e historia social. *E. P. THOMPSON*

Historia y Educación

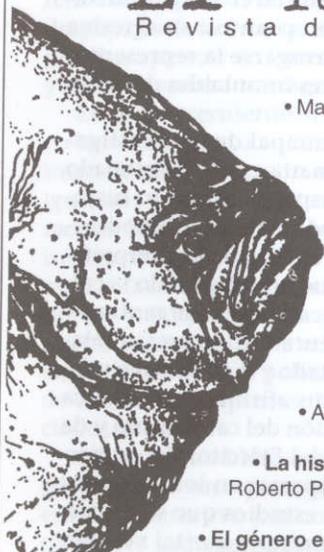
Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de Historia y vuelta al secundario. *Ana María BARLETTA y Gonzalo DE AMEZOLA*

Entrevista

Historia y cultura: una conversación con Carlo Guinzburg

El Rodaballo

Revista de política y cultura Verano 99/2000 Año 6, N° 10/11



• Martín Bergel, Blas de Santos, **La política, la técnica, la memoria**

• Boris Kagarlitsky, Helios Prieto, Ezequiel Adamovsky, **Los Balcanes, Rusia, Latinoamérica**

• Susan Weissman, Horacio Tarcus, **Actualidad de Víctor Serge**

• A. Infranca, F. Abbate, R. Malfé, **Lukàcs, Agamben, Situacionismo**

• Jens Andermann, Juan Pablo Scarfi, **Arlt revisitado**

• A. Petruccelli, J. Trímboli, **Reseñas críticas sobre E. Adamovsky,**

• **La historia, la memoria, la política**

Roberto Pittaluga sobre el PRT-ERP – Juan Hernández sobre el Cordobazo

• **El género en cuestión**

Nancy Fraser responde a Judith Butler – Elena Marengo polemiza con Liliana Heker

En Debate

Buenos Aires I; el video como ensayo de historia
Adrián GORELIK, Beatriz SARLO y Graciela SILVESTRI

Centralidades y periferia. Para pensar la antigüedad tardía
Horacio BOTALLA y Hugo ZURUTUZA

Fuentes de Archivo

Los archivos de la inmigración. *Ema CIBOTTI*

Una red para proteger la memoria obrera y popular. *Susana FIORITO*

Nº 3 - Fines de 1992

Artículos

Historia contada en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros. *Daniel JAMES*

Memorias militantes: Un lugar y un pasado para los trabajadores argentinos
L. GUTIÉRREZ y M. Zaida LOBATO

Ciudad o Aldea. La construcción de la historia urbana del Buenos Aires anterior a Caseros. *Fernando ALIATA*

Historia y Educación

La localidad en la escuela. Entre el consenso y el desconcierto
Patricia PICCOLINI y Juan RUIBAL

Entrevista

Acerca de la historia de las mujeres: Una entrevista a Reyna Pastor
por *Mirta Zaida LOBATO*

En Debate

Memoria y ciudadanía. *Edgard DE CECCA*

V Centenario y después. *Enrique TANDETER*

Problemas en las teorías actuales del discurso colonial. *Benita PARRY*

Fuentes de Archivo

El acervo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación
Irina PODGORNÝ

Nº 4/5 - 1993

Artículos

El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente: 1983-1993.
Ema CIBOTTI

Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo. *Patricio GELI - Leticia PRISLEI*

Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador. *Mirta Zaida LOBATO - Juan SURLANO*

Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria. *Jorge MYERS*

El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831). *Michael RIEKENBERG*

Historia y Educación

Algunas consideraciones respecto de los contenidos en la enseñanza de la historia
Jorge SAAB

Entrevista

Reflexiones sobre la historia política y el oficio de historiador:
Una entrevista con Antonio Annino *Ema CIBOTTI*

Fuentes de Archivo

La situación de los archivos frente a la privatización de las empresas públicas
Graciela SWIDERSKI - Elisabet CIPOLLETA

La OEA y un proyecto para la identificación de fuentes privadas

Nº 6 - Principios de 1994

Artículos

Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense (1820-1832). *Carlos CANSANELO*

Hacia una Antropología de la Producción de la Historia. *Rosana GUBER*

La construcción del consenso en los inicios del sistema político moderno argentino: formación y disciplinamiento de la oposición pública (1862-1868)
Alberto LETTIERI

¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936
Luciano de PRIVITELLI

Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880. *Hilda SABATO*

En Debate

Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la "generación ausente". *Roy HORA y Javier TRIMBOLI*

Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología. *Lucas RUBINICH*

Galería de textos

Edward Thompson. Historia social y Cultura política: La formación de la "esfera pública" de la clase obrera, 1780-1850. *Geoff ELEY*

Entrevista

Halperín en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos
Entrevista a Tulio Halperín Donghi. *Diego ARMUS y Mauricio TENORIO GRILLO*

Historia y Educación

Las fuentes orales en la enseñanza de la historia. *Silvia FINOCCHIO, Daniel PLOTINSKY y Dora SCHWARZSTEIN*

Nº 7 - Fines de 1994

Artículos

Periodismo político y política periodística, la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular. *Ema CIBOTTI*

Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966
Daniel H. MAZZEI

La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920. *Fernando ROCCHI*

El período colonial en la historiografía argentina reciente. *Enrique TANDETER*

En Debate

Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente. *Nancy FRASER*

Galería de textos

Barbarie, una Guía para el usuario. *Eric HOBSBAWM*

Entrevista

Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier por *Noemí GOLDMAN* y *Leonor ARFUCH*

Historia y Educación

La selección de contenidos curriculares: los criterios de significatividad en el conocimiento escolar. Apuntes para la selección de contenidos de historia
Lea F. VEZUB

Fuentes de Archivo

Entre historiadores y anticuarios. Acerca del proyecto de recuperación, protección y clasificación del archivo de la Justicia Letrada del Territorio Nacional del Neuquén
Enrique MASES

Archivos de Protocolo: la conservación de la propiedad, la conservación de los documentos. *Verónica SECRETO*

Nº 8 - Principios de 1995

Editorial

Entre pasados ante las reformas de los Contenidos Básicos Comunes

Artículos

Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios
Ricardo NUDELMAN

Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino. *Juan SURIANO*

Galería de textos

Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. *Carlo GINZBURG*

Entrevista

De la política a la historia. Entrevista a Eugene Genovese. *Gustavo PAZ*

Historia y Educación

Contenidos Básicos Comunes en Ciencias Sociales

Los Contenidos Básicos Comunes de Ciencias Sociales para la Educación General Básica
María Dolores BEJAR

¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis de los nuevos contenidos básicos de Ciencias Sociales para la educación general. *María Ernestina ALONSO*

Fuentes de Archivo

Los archivos filmicos. Un ejemplo local: la Cinemateca Argentina
Susana STRUGO

Nº 9 - Fines de 1995

Artículos

El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años '30
Orietta FAVARO y *Mario Arias BUCARELLI*

El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina
Jorge GELMAN

Dossier

Problemas y dilemas de la historia oral

Presentación. *Mirta Zaida LOBATO*

Entrevista a Paul Thompson. *Daniel JAMES*

Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina. *Dora SCHWARZSTEIN*

Virgindad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia. *Ann FARNZWORTH-ALVEAR*

Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense. *Jeffrey L. GOULD*

Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista. *Daniel JAMES*

En Debate

El pasado que no pasa:
La *Historiekerstrit* y algunos problemas actuales de la historiografía. *Jorge Omar ACHA*

Galería de textos

La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría. *Bryan D. PALMER*

Fuentes de Archivo

Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo filmico del Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)
Silvia ROMANO y *María Cristina BOIXADOS*

Nº 10 - Principios de 1996

Artículos

La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires 1870-1940. *Diego ARMUS*

Historia y experiencia. *José SAZBON*

Dossier

Repensar a Jorge Sábato

Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro
Juan Manuel R. PALACIO

En busca del empresario perdido: Los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato. *Fernando ROCCHI*

En Debate

La historiografía argentina en la democracia: Los problemas de la construcción de un campo profesional. *Luis Alberto ROMERO*

Entrevista

"Simplemente amo la historia" Entrevista a Robert Darnton. *Jeremy ADELMAN*

Galería de textos

¿Repensar la microhistoria?. *Edoardo GRENDI*

Microanálisis y construcción de lo social. *Jacques REVEL*

Fuentes de Archivo

El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Modelo para armar *Patricio GELI*

N° 11 - Fines de 1996

Artículos

Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos. *Patricio GELI y Leticia PRISLEI*

Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840. *Silvia RATTO*

El honor y el delito. Buenos Aires a fines del siglo XIX. *Beatriz C. RUIBAL*

Fiestas Federales: Representaciones de la República en el Buenos Aires rosista *Ricardo SALVATORE*

En Debate

Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia *Susana BANDIERI*

¿Revolución o Invención? Moses Finley, Tulio Halperin Donghi y el análisis histórico de la política. *Julián GALLEGO*

Galería de textos

Exodus. *Benedict ANDERSON*

Entrevista

La sociología actual ante la globalización, los fundamentalismos y la identidad
Entrevista a Anthony Giddens
por *José Mauricio DOMINGUEZ, Mónica HERZ y Claudia REZENDE*

Historia y Educación

La historia local y regional de la enseñanza. *Marcelo LAGOS*

N° 12 - Principios de 1997

Artículos

Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910
Julio D. FRYDENBERG

Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la reforma universitaria:
Buenos Aires 1871-1876. *Ricardo GONZALEZ LEANDRI*

Reflexiones sobre el populismo en Italia: el fenómeno Lauro. *Valeria NAPOLI*

Los primeros años de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*:

la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina. *Luis ALEJANDRO ROSSI*

En Debate

Campeinado y Nación (a propósito de *Peasant and Nation*, de Florencia Mallon)
Tulio HALPERIN DONGHI

Galería de textos

Muerte y memoria de la Rusia moderna. *Catherine MERRIDALE*

Entrevista

Feminismo sin ilusiones Entrevista a Elizabeth Fox-Genovese.
Gustavo PAZ y Alma IDIART

Historia y Educación

La enseñanza de la historia en el tercer ciclo de la EGB: una aproximación a la compleja relación entre construcción del conocimiento y organización de los contenidos. *Silvia FINOCCHIO*

Archivos

El sistema de documentación e información sindical de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, una experiencia original. *Sergio GREZ TOSO*

N° 13 - Fines de 1997

Artículos

El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910) *Jorge Francisco LIERNUR*

De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Irina PODGORNY*

Dichos y hechos del gobierno peronista (1946-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico. *Noemí GIRBAL-BLACHA*

La búsqueda de la historia. Reflexiones sobre las aproximaciones macro y micro en la historiografía reciente. *Fabián Alejandro CAMPAGNE*

En Debate

El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años sesenta. *Alejandro CATTARUZZA*

Galería de textos

Formación cultural de la nación en la Alemania del siglo XIX. *Dieter LANGEWIESCHE*

Entrevista

Historia, Tradición e identidad política en el Brasil. Entrevista a José Murillo de Carvalho. *Jorge MYERS y Elías PALTÍ*

Historia y Educación

Un caso particular. El proceso de renovación de la enseñanza de la historia en el nivel de secundaria en México: 1922-1993. *Marcela ARCE TENA y Mireya LAMONEDA HUERTA*

Archivos

Comentario sobre el no alineamiento y los archivos. *Marisol SAAVEDRA*

N° 14 - Principios de 1998

Artículos

Ciudadanos y vecinos. De la igualdad como identidad a la igualdad como justicia
Oreste Carlos CANSANELLO

Los trabajadores en los orígenes del Movimiento Popular Neuquino. *Juan QUINTAR*

La Argentina y la partición de Palestina: ¿Una tercera posición peronista?
Raanán REIN

El ocio peronista: vacaciones y "turismo popular" en Argentina (1943-1955)
Eugenia SCARZANELLA

Entrevista

La historia siempre debe tener un ojo crítico.

Entrevista a Natalie Zamon Davis. *Jeremy ADELMAN*

Galería de textos

¿Quién es dueño de la Historia? La Historia en la profesión*. *Natalie ZAMON DAVIS*

La postura determinista: algunos obstáculos para el futuro desarrollo de la aproximación lingüística a la historia en los años '90. *Gareth STEDMAN JONES*

Historia y Educación

Idas y vueltas en la enseñanza de la historia: la transformación brasileña
Silvia FINOCCHIO

Archivos

Mercaderes en la conquista española. El uso del Archivo de Indias. *Luigi AVONTO*

Lecturas

"El desierto y su semilla" de Jorge Barón Biza o el derecho de escribir. *Sylvia SAITTA*

N° 15 - Fines de 1998

Artículos

Los espacios de la identidad en las autobiografías de inmigrantes italianos en Argentina y en Brasil. *Camilla CATTARULLA*

"Pobres y ricos"; cuatro historias edificantes sobre el conflicto social en la campaña bonaerense (1820-1840). *Juan Carlos GARAVAGLIA*

Las sociedades de amigos del país. Una alternativa de inversión en el Buenos Aires de 1820.
Daniel REYNOSO

Historiografía, trabajo y ciudadanía en Brasil. *Alexandre FORTES* y *Antonio Luigi NEGRO*

Dossier: Historia y Cine

El cine como fuente y reflexión para la investigación histórica

Entrevista a Marc Ferro y a Robert A. Rosenstone. *Mario RANALLETTI*

Sobre La lista de Schindler. *Geoff ELEY* y *Atina GROSMANN*

Historia y Educación

Los otros en la historia escolar: las naciones extranjeras en los manuales de historia argentina entre 1956 y 1989. *Luciano de PRIVITELLIO*

Archivos

El Centro de Investigación de la Cultura de Izquierda en la Argentina. Recuperar la memoria histórica de las clases subalternas
Jorge CERNADAS, Roberto PITTALUGA y *Horacio TARCUS*

Lecturas

La alteridad de lo propio: el conocimiento y el "otro" en la constitución de identidades. Apuntes teóricos para el trabajo historiográfico. *Ezequiel ADAMOVSKY*

Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo. *Lilia Ana BERTONI*

N° 16 - Principios de 1999

Artículos

Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882. *Alejandro Claudio EUJANIAN*

Unidades domésticas, familias, mujeres y trabajo en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII. *José Luis MORENO* y *Marisa M. DIAZ*

Nosotros y la "Nueva generación": Una lectura sobre la tramitación de las diferencias entre los '20 y los '30. *Leticia PRISLEI*

Las relaciones de Argentina con Chile y Brasil entre 1945 y 1955. *Marisol SAAVEDRA*

En Debate

Nuevos públicos, nuevas políticas, nuevas historias. Del reduccionismo económico al reduccionismo cultural: en busca de la dialéctica. *Emilia VIOTTI DA COSTA*

Galería de textos

Distancia y Perspectiva. Dos metáforas. *Carlo GINZBURG*

Entrevista

"Hay que renovar los estudios sobre la izquierda".

Entrevista a Bruno Groppo. *Patricio GELLI*

Historia y Educación

El país que nos contaron. La visión de Argentina en los manuales de geografía (1950-1997). *Silvina QUINTERO*

Lecturas

Florencio Sánchez en Rosario: política, periodismo y la literatura en la periferia del campo intelectual del novecientos. *Agustina PRIETO*

Solicitud de Suscripción Entrepasados – Revista de Historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País: Tel.:

Envío: Giro postal Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano
Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.
Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 4582-2925

Suscripción: En Argentina U\$S24 (dos números)
En el exterior; vía superficie U\$S30 (dos números)
vía aérea U\$S40 (dos números)

Solicitud de Suscripción Entrepasados – Revista de Historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País: Tel.:

Envío: Giro postal Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano
Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.
Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 4582-2925

Suscripción: En Argentina U\$S24 (dos números)
En el exterior; vía superficie U\$S30 (dos números)
vía aérea U\$S40 (dos números)